
La chica
DE LAS
FLORES
Carlota Manzano

La chica DE LAS FLORES

Carlota Manzano

Primera edición.
La chica de las flores
Carlota Manzano
©agosto, 2026
©imágenes por Magnific
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo

«En ocasiones, lo que no ves ni imaginas es lo más real que puedes llegar a tener».

Capítulo 1



Eimy

La vibración del móvil en la riñonera me hizo aminorar la velocidad.

Paré la moto en la mejor zona que encontré, aunque no me quedé muy bien posicionada. No iba a estar mucho tiempo, solo el necesario para atender rápido a quien continuaba haciendo vibrar mi móvil.

Levanté el casco lo suficiente para liberar la oreja y abrí la riñonera para coger el teléfono. Una vez descolgué, me llevé una pequeña desilusión al oír la voz al otro lado de la línea.

Una vez más, no iba a poder ser. Llevaba casi dos semanas completas que cada vez que me sonaba el móvil, pegaba un bote donde estuviera y corría para descolgar.

Estaba esperando una llamada de trabajo muy importante para mí. Una vez que la recibiera, sabría si había sido la afortunada para ser contratada para la decoración floral de una boda muy importante.

Yo era propietaria de una floristería. Ese era mi negocio y, si me daban el trabajo, supondría un ingreso muy, pero que muy jugoso. Necesitaba esa inyección de dinero, de ahí que estuviera tan nerviosa por saber la respuesta.

No sabía si la pareja que se casaba podía considerarse rica, pero tenían mucho dinero y seguramente vivían en una mansión que debía costar lo que yo no ganaría ni en cien vidas.

El padre de la novia sí que era un importante empresario dueño de una empresa internacional. Debido a ello, los padres de la novia estaban en la lista de las personas más ricas de todo el mundo.

La floristería era un negocio bebé, ya que iba a hacer seis meses que la abrí. El primer mes y medio fue un poco de locura todo; sin embargo, después comenzó a cambiar mi suerte y los clientes fueron descubriendo la floristería.

Había ido sumando clientes, despacito, pero a muy buen ritmo. El cuarto mes ya pude empezar a respirar más tranquila. No era fácil, pero podía con ello. Desde que me decidí a montar el negocio, supe que tendría que trabajar duro y que tendría muchos altibajos.

Estaba muy agradecida porque, aparte de vender en la tienda física de la floristería, también tenía la página web. Esta funcionaba a la perfección y era tan intuitiva que los clientes estaban encantados de poder hacer sus encargos con todo tipo de detalles, de manera fácil, cómoda y rápida.

A la tienda venían clientes, pero, aunque no eran pocos, se podía considerar que sí, en comparación con los que tenía a través de la web.

La primera vez que me sobró dinero a final de mes, después de haber cubierto todos los pagos, tanto de la floristería como de mi piso y los gastos fijos, me eché a llorar con mis mejores amigos, Taylor, Cata y Bruno. No fue mucho, pero igualmente lo celebramos a lo grande. Cata nos invitó a comer.

A lo grande para nosotras equivalía a salir a cenar y a tomar unas copas. O si era con la luz del día, nos gustaba pasar horas en el centro de la ciudad, por las calles peatonales viendo y entrando en las tiendas, donde nos comprábamos algunas cositas antes de comer en uno de nuestros restaurantes favoritos. En verano también estaba la opción de pasar la mañana en la playa y comer en el chiringuito.

—Hola —respondí a la llamada.

Sentada en la moto, giré la cabeza hacia atrás para comprobar que no estorbaba demasiado.

—Hola. ¿Floristería Girasol?

—Sí —confirmé.

—Llamo para saber si puedo pasar esta tarde a por el ramo que encargué hace unos días. Me dijiste que llamara por la mañana para asegurarme antes.

—¿Mariana?

—Sí. Soy yo, perdón.

—Tranquila —sonreí—. Puedes pasar esta tarde a la hora que quieras. Estoy a punto de terminarlo. Me quedan solo unos pequeños detalles. He tenido que salir a hacer una entrega. En cuanto vuelva a la floristería, me pondré con lo tuyo.

—Perfecto. Muchas gracias.

—Gracias a ti.

—Pues nos vemos esta tarde.

—Hasta luego.

Colgué la llamada, guardé el móvil en la riñonera y me coloqué bien el casco, para ponerme de nuevo en marcha con la moto.

Después de comprobar que podía salir, me incorporé a la circulación para llegar a la dirección en la que tenía que entregar el ramo que llevaba.

No tardé mucho en parar la moto de nuevo, pero esta vez me bajé dejándola estacionada. Guardé el casco mientras observaba la cafetería que tenía delante.

La afortunada que iba a recibir la sorpresa se llamaba Aroa y trabajaba en la cafetería. El ramo se lo enviaba su novio porque hoy hacían cuatro años que empezaron a salir.

Qué bonito era el amor cuando te querían de verdad. Recordaba perfectamente la cara de ilusión que tenía el chico cuando me dijo lo que quería. Sí, el amor existía. No era algo imaginario, tampoco inalcanzable.

Eso, si no tenías la mala suerte que tenía yo, porque todos los hombres que habían pasado por mi vida tendrían que haber venido con un letrero de advertencia bien grande. Como mínimo del tamaño que tenía el rótulo donde ponía el nombre de la cafetería.

Lo mío con los hombres era de escándalo, pero me consolaba saber que no era la única en el mundo. Mis mejores amigas iban conmigo de la mano, que para algo eran mejores amigas.

Hacer las entregas me subía el ánimo porque daba alegrías y estas eran contagiosas en la mayoría de los casos.

Abrí el cajón que tenía la moto en la parte trasera y saqué de él el ramo. Sonreí al verlo. No era por dármelas de nada, pero me había quedado precioso. Era una maravilla para la vista y el olfato. Olía increíble.

Le había puesto mucho amor al hacerlo, el mismo que me transmitió por su novia el chico que me lo encargó.

Me aseguré de que la tarjetita estaba en su sitio y caminé por la acera, yendo directa hacia la cafetería.

Al entrar, llamé la atención de las personas que había más cerca y, cuando me paré en la parte de fuera de la barra, tenía toda la atención de las trabajadoras de la cafetería.

De todas, porque las que atendían a los clientes se acercaron rápido.

—Hola —saludé.

Al otro lado de la barra había cuatro chicas que me miraban con curiosidad. Y también, con esperanza de ser la afortunada.

—¿Aroa? —pregunté.

—Soy yo —respondió ella, con una gran sonrisa.

Se la devolví, mientras sus tres compañeras soltaban un grito contenido y saltaban alrededor de Aroa.

A esto me refería con ser portadora de alegrías y felicidad. Me encantaba.

—Es para ti —le dije.

Extendí los brazos para darle el ramo y ella hizo lo mismo, para cogerlo emocionada.

—Es precioso, Aroa —le habló una compañera.

—Mucho. Muchas gracias. —Me miró.

—A ti. Disfrútalo. —Le hice un guiño—. Ya que estoy aquí, voy a aprovechar para pedirme un café con leche para llevar.

—Claro.

—Yo se lo preparo —dijo otra de las chicas.

Aroa asintió, mientras sacaba el sobrecito del ramo. Lo abrió y los ojos le brillaron de una manera diferente y especial al leer lo que su novio le había escrito en la tarjeta.

—¿Podemos saber lo que pone o es muy íntimo y marrano?

—¡Rita! —se quejó Aroa, pero riendo.

Apreté los labios, conteniendo la diversión.

Aroa se quedó en silencio durante unos largos segundos, tiempo en el que no dejó de mirar el ramo y la tarjeta.

Cuando sus compañeras pensaban que ya no les diría lo que ponía en el mensaje, Aroa comenzó a leerla en voz alta.

«Felicidades, cariño. Después de cuatro años en los que no lo hemos tenido nada fácil, sigo sintiéndome el hombre más feliz y afortunado del mundo teniéndote a mi lado. Por una vida eterna junto a ti, te amo».

—Oh, ¡qué bonito! —exclamó Rita.

—Dios, yo quiero un clon de Eloy —lloriqueó en broma otra compañera.

—No existe y el verdadero lo conocí yo primero —le dijo Aroa con gracia.

Riendo, sus tres compañeras la abrazaron. Cuando se calmaron, la que había dicho de prepararme el café se puso a ello. Las demás continuaron con lo que habían dejado a medias.

Aroa salió de la barra y se perdió por un pasillo.

—Aquí tienes —me dijo la chica.

Dejó delante de mí el vaso abierto con el café con leche.

—Gracias.

—Estás invitada. Me llamo María.

No llegué a abrir la riñonera. Me quedé a medio camino.

—Te lo agradezco, pero no…

—No es nada. Bébetelo a la salud del amor.

—Por el de tu amiga y el de las demás, si lo tenéis, porque como sea el mío…

Reímos.

—Yo me llamo Eimy.

—Encantada.

—Igualmente —le sonreí.

—Aquí la única con suerte es Aroa —me dijo con diversión.

—¡Oye! ¡Yo estoy conociendo a Rubén! —se quejó una de sus compañeras—. Yo soy Salma.

Nos sonreímos.

Rita, que era la que faltaba y de la primera que supe el nombre al decirlo Aroa, estaba atendiendo a los clientes en las mesas.

—Rubén tiene que pasar por muchas pruebas todavía. Cuando él saque sobresaliente en todo, ya hablaremos, amiga —le dijo María, riendo.

Hicieron varios comentarios más de lo mismo, mientras yo me preparaba a mi gusto el café con leche.

Le eché el azúcar, la removí y le puse la tapa al vaso.

Aroa volvió a la barra con una sonrisa radiante.

—Mírala —rio Salma.

—Qué mala es la envidia —comentó Aroa.

Reímos las cinco, ya que Rita llegó en ese momento.

Me presenté a ella y a Aroa, para que no fueran las excepciones, y después me despedí de las cuatro.

Me hizo ilusión que me pidieran los datos de la floristería y que me dijeran que tenía cuatro clientas nuevas. Les di una tarjeta a cada una, aunque podían saber todos los datos por Eloy.

Me fui con una sensación muy agradable y sin dejar de sonreír.

Me habían subido el ánimo y el café terminó por arreglarme la mañana.

Capítulo 2



Coloqué el ramo recién acabado en el recipiente con agua fría y me quedé mirándolo, mientras me incorporaba sonriendo.

Era el de la clienta que me había llamado mientras conducía la moto para entregarle a Aroa su ramo en la cafetería.

Otra obra terminada y de la que acababa enamorada. Esperaba que a la clienta le sucediera lo mismo.

Siempre había sentido pasión por las flores, por las plantas en general. Desde bien pequeña fue algo que me llamó mucho la atención, sobre todo, las flores coloridas.

Mi madre tenía un jardín en el que las cultivaba y las mimaba, y yo crecí rodeada de ellas. Había pasado muchas horas ayudando a mi madre a tratarlas, a cuidarlas y plantando nuevas cada pocas semanas.

Hacerlo y pasar tiempo con mi madre de esa manera era algo que me daba muchísima paz.

Pero, a pesar de mi debilidad por todo tipo de plantas, nunca imaginé que acabaría montando una floristería y haciéndolas aún más importantes en mi vida.

Mi madre era mi fiel clienta. La primera venta que hice en la floristería fue a ella. Compró algunas variedades de semillas para plantar y un par de plantas para trasplantarlas en el terreno de su jardín.

En mi floristería no solo ofrecía arreglos florales decorativos, plantas en macetas y flores cortadas que vendía sueltas o en ramos. En absoluto. Yo quise ir un poquito más allá al montar la floristería, por lo que tenía una pequeña sección dedicada a la jardinería.

En esta había una buena variedad de semillas y todo lo necesario para llevar a cabo un buen trabajo.

Me quité los guantes mientras salía de la cámara de refrigeración, donde conservaba las flores para mantenerles la humedad. De esta manera, cuando los clientes se llevaban sus ramos o les hacía la entrega yo, siempre se mantenían como si estuvieran recién hechos.

Apagué la luz del pasillo y fui un momento al baño, donde me lavé las manos.

Al salir, fui a mi despacho para coger el bolso.

El despacho era mi zona personal donde trabajaba con el papeleo cuando era necesario y donde me liaba a organizar mi agenda. Esta la ponía al día al final de cada tarde, ya que durante el día iba anotando en un papel todos los encargos, las fechas importantes, los números de teléfono y las cosas que debía hacer por prioridades.

El despacho hacía de un dos por uno. Era un espacio grande en el que, aparte de la mesa de escritorio, la silla y las estanterías, hacia el lado opuesto, tenía un sofá de tres plazas, ancho y cómodo, con una mesa pequeña enfrente.

Ahí comía los mediodías que me quedaba en la floristería. Intentaba que no fueran muchos, pero en ocasiones no me quedaba más remedio porque, por mucho que alargara los días, no llegaba a los plazos.

Por lo que estaba muy feliz y no me quejaba.

Quitando esos ratos para comer y los finales de la tarde en el despacho, el resto del tiempo lo pasaba en mi zona especial trabajando con las flores o cuidando las que vivían en sus maceteros. Aparte de atender a los clientes que entraban en la floristería o los de la web, como a los que llamaban por teléfono. También salía con la moto para hacer las entregas de los pedidos.

Por el momento me las arreglaba bien yo sola y así continuaría, aunque a veces notara que iba a volverme loca.

Debo decir que de vez en cuando tenía la ayuda de mi madre. A ella le encantaba poder colaborar y estar rodeada de plantas y flores diferentes a las suyas. Lógicamente, también lo hacía para estar conmigo y a mí me encantaba que me acompañara y pasar tiempo juntas.

Abrí el armario del despacho, saqué el bolso y me lo colgué cruzado al pecho. Cogí el casco de la moto, me aseguré de que llevaba el móvil en un bolsillo del pantalón y salí del despacho para ir hacia la puerta de entrada de la floristería.

Este mediodía iba a comer en la casa de mis padres, de manera que cerré la tienda y caminé los pocos metros en línea recta que me separaban de la moto.

Tenía la suerte de que había un estacionamiento para motos justo enfrente de la floristería. Siempre había tenido facilidad para aparcar.

Me puse el casco, me monté y arranqué.

Mis padres no vivían lejos de la floristería, a unos seis minutos yendo en la moto. Caminando era un paseíto que se hacía muy bien y era entretenido porque había muchos comercios en el recorrido.

Cuando llegué, tampoco tuve problema para estacionar. Dejé la moto en el camino que llevaba al garaje de la casa de mis padres.

—Cariño —me recibió mi madre.

—Hola, mamá.

Nos abrazamos y nos dimos besos.

—¿Cómo está yendo el día? —me preguntó.

Entré en la casa y ella cerró la puerta.

—¿Y papá?

Me extrañó no verlo.

—Va a retrasarse unos minutos. Me ha dicho que debía dejar una cosa solucionada en el trabajo.

—Vale —sonreí—. Mejor así, que ir por la tarde —le dije con un guiño.

—Eso le costaría la vida porque ya no está acostumbrado.

Reímos.

—La mañana me ha ido muy bien —le respondí a su pregunta de cómo me estaba yendo hoy.

—Me alegro, cariño.

Me quité el bolso para dejarlo colgado en una silla y seguí a mi madre a la cocina.

—Qué bien huele.

—Nos vamos a chupar los dedos con la salsa de las albóndigas.

Sonreí.

—¿Te ayudo a algo?

Me puse a su lado.

—No. Solo falta aliñar la ensalada y los pocos minutos que quedan para apagar el fuego. Voy a llamar a tu padre porque, si va a tardar mucho, comemos nosotras.

—Si viene en media hora, puedo esperar.

—Vale.

Se fue de la cocina para buscar el móvil y yo fui a la nevera, para sacar un refresco. Con una lata en la mano, fui a por un vaso. Lo llené con el refresco, tiré la lata vacía y me acerqué a la isla dando el primer sorbo.

—Vale, cariño. Te esperamos. Pero no corras —dijo mi madre, antes de colgar la llamada—. En unos minutos sale de la empresa.

—Estupendo. ¿Quieres uno?

Señalé el vaso y negó.

—Me alegro de verte tan bien, hija.

—Gracias, mamá. Hoy me ha puesto muy contenta una entrega que he hecho y desde entonces me continúa la energía.

—Eso es buenísimo. ¿Cómo van los encargos?

—Bien.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Van entrando más clientes a la tienda?

—Mamá, estoy muy contenta de cómo va la floristería.

—Entonces los números van saliendo —suspiró.

—Sí. Tranquila, que los tengo en positivo —le aseguré, con un guiño.

—Ay, hija, cómo me alegro.

—Y yo.

Reímos.

Me encargué de aliñar la ensalada mientras mi madre se apañaba con las albóndigas en salsa que tenía al fuego. Este lo apagó rápido y retiró la olla, hasta que mi padre llegara.

Nos fuimos al salón para sentarnos en el sofá.

—Esta tarde me pasaré por la floristería —me dijo.

—Perfecto.

—¿Mañana has quedado con las niñas?

Las niñas para mi madre eran Taylor y Cata, mis amigas. Yo también, pero cuando me mencionaba hablando con mi padre.

—No hemos hablado de qué vamos a hacer, pero cuento con que quedaremos por la tarde o para salir por la noche. No sé.

Al día siguiente era sábado, por lo que, una vez que cerrara la floristería a la una y media de la tarde, el resto del día lo tenía libre.

—Este domingo descansa, cariño.

—No tengo planeado ir a la tienda.

Era lo que llevaba haciendo dos domingos seguidos, pero este tocaba descanso porque así lo había decidido yo.

—Qué bien —sonrió.

La melodía de mi móvil nos interrumpió cuando comenzó a sonar y me levanté para sacarlo del pantalón.

—Diga —respondí.

Me había acostumbrado a descolgar sin conocer el número que aparecía en la pantalla, por todas las llamadas que recibía por la floristería.

—¿Estoy hablando con la dueña de la floristería Girasol, Eimy?

Desde arriba, porque me quedé de pie y mi madre sentada, la miré nerviosa al reconocer la voz que me habló. Mi madre me observó extrañada y preocupada, sin saber todavía el motivo de mi reacción.

Comencé a caminar por el salón, de un lado a otro.

—Soy yo —le confirmé.

—Perfecto. Yo soy Greta, la encargada de la boda de Natalie y Eduardo. Soy la organizadora. ¿Te acuerdas de lo que hablamos en la primera llamada que te hice, para la decoración floral del evento?

—Sí. Por supuesto. Lo recuerdo todo.

—Pues ahora te llamo para decirte que estás contratada. Desde que la novia vio tus ideas, quiso que fueras tú la encargada de toda la decoración de la iglesia y de la mansión de sus padres. En esta última se hará la celebración, con cientos de invitados. ¿Aceptas?

—¿Qué si acepto?

Greta no podía verme, pero estaba dando saltos de alegría. No podía imaginarse lo que me estaba conteniendo para no gritar. Me obligué a calmarme un poco porque quería y debía mostrarme profesional.

Mi padre llegó en ese momento y me encontró dando saltitos. Miró a mi madre, que se había levantado del sofá, y ella le devolvió la mirada emocionada.

Mi madre ya había comenzado a intuir de qué iba la llamada y mis siguientes palabras se lo confirmaron.

—Para mí es un honor hacer ese trabajo. Estoy encantada y muy emocionada por la oportunidad.

Mi madre soltó un chillido y se tapó la boca. Mi padre sonrió de oreja a oreja, a su lado.

—Me alegro, Eimy. En unos días volveré a llamarte para comenzar con todo. Parece que hay tiempo, pero con tantas cosas por hacer se pasará demasiado rápido. Eso sin contar los inconvenientes que podemos encontrarnos.

—Sí, prefiero ponerme cuanto antes. Tengo que hacer los pedidos y organizarlo todo para que no me falle nada.

—Estupendo, entonces. Hablamos en unos días y nos veremos pronto, por fin. Tengo que enseñarte la mansión y los sitios de esta que serán los más importantes en la celebración. Así tomarás tus notas o lo que necesites.

—Vale. Muchas gracias.

—Gracias a ti. Dejaste a la novia emocionada. Perdóname por lo que voy a decir, pero yo no entiendo nada de flores. Las veo y digo que son bonitas, pero hasta ahí llego —rio—. En cambio, la novia, Natalie, empezó a decirme yo qué sé del amor, del cariño y de la energía que transmitían, y más cosas con las que me perdí.

Solté una carcajada, feliz de la vida y con ganas de llorar. Greta rio conmigo.

Nos despedimos hasta dentro de unos días y cuando colgué, entonces sí que grité, reí y lloré, volviendo a saltar frente a mis padres.

—¡Me han cogido para el trabajo de la boda! —les dije—. ¡A mí! Diosss… ¡Lo he conseguido! No sé cómo, pero lo he conseguido.

Reí entre lágrimas, lanzándome a los brazos de mis padres. Me recibieron entre felicitaciones y alegría, igual de emocionados.

Capítulo 3



—Me encanta. ¡Qué grande! —exclamó emocionada la clienta, en cuanto le enseñé el ramo que acababa de sacar de la cámara de refrigeración.

—Me alegro —le sonreí.

—¡Qué bonito es!

—Gracias.

—Gracias a ti, por todo.

El ramo ya estaba pagado, por lo que se lo llevó en cuanto le añadí un poco de protección en los tallos.

La clienta me lo agradeció, pero lo que más me gustó fue que no perdió la sonrisa en ningún momento. Me la contagió y me quedé sola sonriendo, una vez se fue de la floristería.

Era lo último de la tarde que iba a hacer. Había estado esperando para que la chica llegara, ya que le surgió un problemilla que la obligó a retrasarse para venir. De ahí que me diera las gracias también por esperarla.

No iba a dejarla sin su ramo, y menos cuando iba a regalárselo a sus padres esta noche, en la cena de celebración de sus bodas de plata. Hoy sus padres cumplían veinticinco años de casados y esperaba que les emocionara el ramo tanto como a la hija.

Cerré con llave la puerta, giré el cartelito para que se viera desde fuera que estaba cerrado, y me dirigí hacia el despacho. Ya lo tenía todo recogido, solo me faltaba irme para dar el día de trabajo por finalizado.

Eran las siete de la tarde, hora en la que cualquier otro día todavía estaría terminando algún trabajo. Hoy no, porque desde que recibí la llamada de Greta al mediodía para informarme de que me contrataba para la boda que ella estaba organizando, no había podido tranquilizarme del todo.

Me había costado mucho concentrarme en el trabajo. Ni comer con mis padres en un ambiente alegre, ni todo el trabajo que tenía pendiente con fechas de entrega habían podido hacerme poner los pies en la tierra.

Pero es que no quería porque para mí era algo muy importante. Me sentía como si hubiera ejecutado un salto triple mortal a la perfección, sin tener ni puñetera idea de cómo se hacía. Estaba tan emocionada por lo que suponía para la floristería y para mí ese trabajo…

Cogí del armario el bolso, metí el móvil dentro, y no esperé más para irme hasta la mañana siguiente. Sería sábado, por lo que solo trabajaría hasta la una y media de la tarde. Entonces comenzaría para mí el fin de semana, después de varios días metida en la floristería.

Me aseguré de que la cámara de refrigeración se quedara bien cerrada y apagué todas las luces. Al pasar por el mostrador donde atendía a los clientes y donde tenía la caja con el dinero, coloqué bien la silla.

Cada tarde dejaba la caja casi vacía. El único dinero que dejaba era para poder dar cambio a los primeros clientes del día, pero era muy poco porque hasta el momento la mayoría pagaban con tarjeta.

El resto del dinero ganado me lo llevaba conmigo. Era un poco arriesgado llevármelo a casa, aunque tampoco era una cantidad excesiva. Igualmente, quería protegerla porque, fuera el dinero que fuera, ahí iban mi esfuerzo y mi tranquilidad para los pagos.

De la misma manera que era arriesgado llevármelo, lo era que se quedara en la tienda.

Cerré con llave la puerta principal y después bajé la persiana. Una vez aseguré el candado y me incorporé, me giré hacia donde tenía la moto estacionada.

No llegué a dar ni un paso. Solté un grito, sobresaltada, cuando me encontré de frente y casi encima de mí a mis dos amigas: Taylor y Cata.

—¿Qué narices…? —hablé con un jadeo.

Mis queridísimas amigas soltaron una carcajada y poco les faltó para doblarse de la risa delante de mí.

Arqueé las cejas y me crucé de brazos.

—Ay, Eimy —me dijo entre risas Cata—. Si te hubieras visto la cara y tu reacción…

—Hubiera sido muchísimo mejor verte a ti en mi lugar —sonreí de medio lado.

—Joder, eso habría sido apoteósico —rio con más ganas Taylor—. Ya estaría enganchada a la persiana.

Su comentario nos hizo reír a las tres porque no iba muy desencaminada.

—¿Qué hacéis aquí? —le pregunté, sonriendo.

—No sé… ¿A ti qué te parece? —habló con diversión Taylor.

—Llevamos un ratito haciendo tiempo para darte la sorpresa —comentó Cata.

—He tenido que esperar a una clienta.

—Hemos visto a una chica llegar casi corriendo, así que hemos pensado que tenía que ver con tu retraso.

—Sí, porque cuando hemos hablado nos has dicho que hoy no te quedarías más tarde de la hora de cierre.

Siempre que sucedía eso, la floristería sí que cerraba de cara al público en su horario diario, el que ponía en una placa cerca de la entrada. Aunque yo estuviera dentro alargando el trabajo.

—Por cierto, el ramo era impresionante —añadió Cata y Taylor asintió.

—Así que aquí estamos, como las buenísimas amigas que somos, para celebrar contigo la gran oportunidad que te han dado —dijo Taylor.

Solté un grito y me lancé a ellas. Comenzamos a dar saltos juntas, sin soltarnos, y a reír en medio de la acera.

A Cata y a Taylor les hice una videollamada en cuanto llegué a la floristería de la casa de mis padres. Sabía que estaban en sus ratos de descanso para comer, por lo que no pude contenerme para explicarles lo que me había sucedido.

—Sois las mejores —les dije emocionada—. Gracias por estar aquí.

—Lo sabemos —lo confirmó con diversión Taylor.

Nos sonreímos.

—Son las siete y diez —comentó Cata—. ¿Vamos a tomarnos algo al bar al que vamos cuando venimos a verte?

—Claro —acepté encantada.

Me puse en medio de ellas y me agarré de sus brazos. Me olvidé de la moto y comenzamos a caminar por la acera.

—¿Os ha costado mucho aparcar a esta hora? —les pregunté.

—Hemos venido en mi coche —me contestó Cata—. Y sí, me ha costado.

—Mira con qué tranquilidad lo dice —rio Taylor—. Tendrías que haberla visto después de no sé cuántas vueltas, por no sé cuántas calles, porque he perdido la cuenta de todo el tiempo que hemos tardado en encontrar un estacionamiento para que dejara el coche.

—Vale, sí, ha sido desesperante y me he vuelto un poco loca —admitió Cata, con un bufido.

Reímos las tres.

—Qué lástima habérmelo perdido —dije con diversión.

—¡No seas mala! —exclamó Cata.

Taylor comenzó a picarla y Cata a defenderse, contraatacando. De esa manera llegamos a la terraza del bar.

Se tranquilizaron cuando ocupamos una mesa.

—Hola —nos saludó una camarera.

—Hola —le devolvimos mis amigas y yo.

—¿Qué queréis tomar?

Pedimos tres refrescos. El café para mí estaba descartado tan tarde y la cerveza también, ya que debía conducir la moto. No es que fuera a subirme, pero era por precaución.

—¿Estás más tranquila? —me preguntó Cata.

—No —reí—. Cada vez que paro de hacer algo y me viene a la cabeza… —suspiré.

—Estamos muy contentas por ti, cariño —me dijo Taylor.

—Lo sé. —Las miré con cariño—. Aún no me lo creo.

—Pues ya va siendo hora porque, por lo que te ha dicho la organizadora de la boda…

—Greta —le recordé.

—Eso mismo. Por lo que te ha dicho Greta, volverá a llamarte a principios de semana.

—Madre mía, ¡qué voy a estar en la mansión de uno de los hombres más ricos a nivel internacional! —exclamé bajando la voz.

—Es que es muy fuerte. —Se tapó la boca Cata.

—Tiene que ser una pasada. —Bufó Taylor—. Hazle fotos a todo lo que veas.

—¿Qué dices? —reí—. No voy a hacer eso. Nunca —les dejé claro.

—Eso digo yo —habló sorprendida Cata—. Si la pillan, a la mierda la grandísima oportunidad que le han dado. No tengo ni idea de cuántas opciones y presupuestos de floristerías le enseñó Greta a la novia, pero imagino que muchos. Con el nivel de dinero que tienen ella y sus padres…

—Joder, qué malas sois pillando las bromas… —Se quejó Taylor.

—Ya… broma —carraspeé—. Si cuela, cuela.

—Efectivamente, amiga. Pero como no ha colado…

Me hizo un guiño y soltamos una carcajada.

La camarera llegó con nuestras latas de refrescos y los vasos con hielo, y Taylor se adelantó a pagarle.

—Mañana por la noche lo celebraremos mucho mejor. Es sábado y toca cenar fuera y tomar unas copas —dijo.

—Sí —sonreí.

—Qué ganas —suspiró Cata.

Taylor y yo la miramos con curiosidad.

—Esta semana me ha ido cansando mucho. Cada día era algo nuevo. —Hizo una mueca.

—¿Y eso? —Fruncí ligeramente el ceño—. Hablamos cada día, aunque sea unos minutos por mensaje, y hasta ahora no nos has dicho nada.

—Porque quería que llegara hoy, cuando tengo dos días de descanso —suspiró.

—¿Problemas en el paraíso? —le preguntó Taylor, seria.

—Ojalá fuera un paraíso —rio sin ganas Cata—. En esa empresa solo hay víboras.

Puso los ojos en blanco.

—Deja que se envenenen solas. Tú a lo tuyo, que te quedan los días contados —intenté animarla.

—Joder, sí. Tengo unas ganas de mandarlos a todos a la mierda —dijo entre risas Cata.

Taylor y yo estuvimos de acuerdo y nos unimos a sus risas.

A Cata la habían cogido para trabajar en una empresa muy importante. En la que estaba no podía ni intentar competir con un titán tan grande como al que iba.

Su contratación ya estaba cerrada y firmada, pero hasta dentro de unas semanas no comenzaba a trabajar. Aún quedaba para que ese día llegara, el que sería el primero de muchos años.

Estaba convencida de ello porque Cata era una profesional increíble en su materia.

Había un buen motivo por el que todavía no había dejado su actual empresa, a pesar de que tenía los días contados allí. Cata quería joderlos lo máximo posible y para eso nada mejor que decirles de un día para el otro que ya no volvería.

Mi amiga ocupaba un puesto de responsabilidad y llevaba muchas cosas adelante. Cosas de las que nadie más tenía el control. Tampoco sabrían por dónde empezar.

Capítulo 4



Me pinté los labios y di por terminada mi preparación para la salida con mis amigas.

Bueno, me quedaba lo más importante: vestirme y calzarme.

Iba en ropa interior después de la ducha, por lo que fui a la cama, donde tenía la ropa que iba a ponerme.

Para esta noche había elegido una falda plisada muy mona con un top palabra de honor que quedaba perfecto con la falda. Me vestí y me puse las sandalias de cuña. Estas eran comodísimas y una opción ideal siempre porque, además, arreglaban.

Al terminar, volví al baño para echarme el perfume y para cepillarme el pelo por última vez, ya que me lo había dejado suelto.

Fui a por el bolso, el que revisé para asegurarme de que llevaba dentro todo lo que iba a necesitar. Metí el móvil y me lo colgué al hombro.

Miré la hora en el reloj de pulsera y aceleré los pasos por el interior del piso. Salí dejando bien cerrado y fui al ascensor. Faltaba un minuto para que me avisaran de que el taxi había llegado, por lo que iba muy bien de tiempo.

Recibí el aviso cuando las puertas del ascensor se abrieron delante de mí. Me dirigí a la calle, donde vi rápido el taxi. Estaba parado en doble fila y me apresuré para llegar hasta él.

—Buenas noches —le dije al hombre, al entrar.

—Buenas noches.

Me sonrió y le devolví el gesto. Le di la dirección a la que debía llevarme y, cuando se puso en marcha, saqué el móvil para avisar a mis amigas de que iba en camino.

Habíamos quedado en el que era nuestro punto de encuentro: el bar en el que trabajaba Bruno, nuestro amigo y camarero de confianza entre todos los que conocíamos. Eso le decíamos siempre, en broma, pero con mucha verdad también.

A Bruno lo conocimos por primera vez en el bar. Ahí lo conocimos años atrás. Fue una tarde en la que mis amigas y yo paramos por casualidad, ya que, a pesar de que teníamos muy visto el bar, con anterioridad nunca nos dio por elegirlo entre las demás opciones. No por nada, simplemente no surgió.

Ese día que nos decidimos, tuvimos la suerte de que nos atendió Bruno. Suerte, sí, porque desde ese momento y con el paso del tiempo, fuimos repitiendo y poco a poco cogimos una confianza que nos llevó a crear una buena amistad.

El bar se encontraba en la parte más céntrica de la ciudad, en una de las plazas más famosas. Esta daba comienzo a las calles peatonales más concurridas y animadas.

El restaurante en el que Taylor había reservado se encontraba cerca de allí, por lo que no tendríamos que movernos mucho cuando llegara la hora. En esa parte se concentraban muchos comercios, restaurantes variados, bares, una coctelería y varios *pubs*.

—Ya hemos llegado —me dijo el taxista.

—Sí —le sonreí.

Saqué el monedero y la tarjeta de él para pagarle.

—Que disfrute de la noche —me deseó.

—Gracias. Lo mismo digo, en la medida de lo posible.

Después de su agradecimiento y de guardarlo todo en el bolso, me bajé del taxi con una despedida rápida al taxista.

Caminé por las calles y pronto accedí a la zona peatonal, por la que seguí caminando con calma.

—¡Y aquí está mi florista favorita! —exclamó Bruno cuando me vio.

Solté una carcajada, mientras me acercaba a él.

—Lo digo muy en serio —se dirigió a todos los que había en la terraza—. Si queréis o necesitáis algo relacionado con flores y plantas, ella es la persona indicada. —Me señaló.

A continuación, dijo en voz alta la dirección exacta donde estaba la floristería e incluso se ganó varios aplausos de los clientes. Él o yo, no lo tuve muy claro, pero no iba a averiguarlo.

—No tienes remedio —le dije a Bruno.

Nos dimos un abrazo.

—Tú déjame a mí, que en un par de meses tu floristería va a ser la más famosa de la ciudad —me dijo con un guiño.

—Me emocionas.

Me llevé una mano al pecho.

—El día que se haga realidad me cobraré todas las bromitas al respecto. —Sonrió de medio lado—. Para tu información, ya no me quedan tarjetas para dárselas a los clientes.

—¿Ya no tienes? —le pregunté sorprendida.

—Joder, si es que no me haces caso —rio—. Te acabo de decir lo que sucederá dentro de poco.

Elevó las cejas, varias veces de forma graciosa.

—Pues he traído unas pocas por traer. No se me ha ocurrido coger más de la tienda porque pensaba que no necesitarías más por ahora.

—No te preocupes. La semana que viene me paso para hacerte una visita y así te secuestro para tomarnos un café. Ya me darás todas las que quieras.

—Voy a tener que hacer más. Eres un pozo sin fondo.

Reímos.

—Todo por mi chica preferida.

—Como te oigan Cata y Taylor… Sobre todo, la última —dije con diversión.

—Entre tú y yo, sabes que os tengo ganadas a las tres.

—Y te aprovechas de eso.

Negué con la cabeza, sonriendo.

—¿Yo? Pero si no hago nada.

Solté una carcajada y, mientras me reía, le di varios golpecitos en la espalda. Bruno me miró con una gran sonrisa.

—Las chicas no han llegado —me avisó—. Así que te toca elegir mesa.

—Vale —le sonreí.

Me decidí por una que quedaba un poco apartada, de las últimas, porque a un lado de ella no había más mesas. Estaba en la fila que cerraba la terraza por este lado.

—¿Una cerveza? —me preguntó.

—Sí.

—Marchando.

Me hizo un guiño y me dejó sola.

Observé la calle peatonal. Había mucho movimiento y gente llenando las terrazas.

No vi por ningún lado a mis amigas, por lo que saqué el móvil para comprobar si habían escrito en el grupo, después de enviarles yo el mensaje de que venía para el bar.

Así fue, Cata y Taylor habían enviado mensajes diciendo que estaban en camino. De eso hacía unos minutos, por lo que tardarían poco más en aparecer.

—Aquí tienes —me dijo Bruno.

Me dejó el botellín de cerveza delante.

—Gracias —le sonreí—. Tengo una novedad muy importante que contarte.

—¿Qué dices? ¿Buena?

—Sí. Es sobre la floristería.

—¿Y?

—¿Te acuerdas de que te conté que había una mínima posibilidad de que me eligieran para el trabajo floral de una boda y que era muy importante? Al menos para mí lo es.

—Joder, sí. —Agrandó los ojos—. ¡Te han elegido!

—Sí —reí.

—Me alegro muchísimo, Eimy —me dijo con ilusión.

Acepté el abrazo que me dio y se lo devolví con las mismas ganas.

—Gracias. Estoy muy emocionada, todavía no me lo acabo de creer —reí.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Se inclinó hacia delante, apoyando las manos en el respaldo de la silla vacía que estaba a mi lado.

—Desde ayer viernes. Recibí la llamada a la hora de comer, cuando estaba en la casa de mis padres.

—Qué bueno, Eimy.

—Mucho. Para mí es una ayuda inmensa para el negocio. Supone una gran inyección de dinero, aparte de lo que voy a disfrutar con el trabajo —sonreí—. Cada vez que pienso que estaré en la mansión de los padres de la novia… Iré con la organizadora de la boda, para tomar nota de todo y organizarme. Ella se llama Greta.

—Menuda aventura —silbó y reí.

—Espero que me salga bien.

—¿Estás de broma? Pues claro que te saldrá bien. Vamos, es que sería lo último en lo que dudara.

—Gracias.

Sonreí de oreja a oreja.

—Es la verdad. —Se encogió de hombros—. Te he visto trabajar y las obras de arte que creas. Los clientes quedarán encantados y les darás una boda y celebración mágicas, en lo que a tu parte corresponde.

—Para ya, que no quiero llorar —le pedí riendo—. Estoy muy sensible desde ayer.

—¿Esto qué es? Tardo unos minutos y los aprovechas para ligar con mi amiga.

Al escuchar a Taylor, Bruno y yo soltamos una carcajada y nos giramos hacia ella.

Nuestra amiga estaba parada a un paso de la mesa, sonriendo. No habíamos notado su presencia.

Taylor se acercó y saludó primero a Bruno, ya que él estaba de pie. Se dieron un abrazo y, cuando fue mi turno, me levanté para abrazarla también.

—Imagino que ya sabes la gran noticia —le dijo Taylor a Bruno.

—Recién salida del horno —le confirmó él.

—Pues vamos a celebrarlo. Tráeme otra cerveza y a ver si puedes escaquearte un poco para estar con nosotras.

—Un sábado por la noche no lo creo, pero haré lo que pueda.

—Hola, chicos —nos saludó Cata.

Los tres la miramos y tocó otra ronda de abrazos y saludos.

La noche comenzó bien. Genial. Con mis amigos y en un ambiente festivo. Tenía mucho que celebrar porque, cuando la vida sonreía, había que aprovecharlo al máximo.

Eso pensaba hacer con mis amigas este fin de semana. Con Bruno, lo que él pudiera, aunque antes de marcharnos, en algún momento antes de ir para el restaurante, le diría de quedar para desayunar por la mañana.

Me apetecía que él estuviera tranquilo para hablarle con calma del tema y, ya de paso, que Bruno me contara cómo le había ido la semana.

Capítulo 5



—¿Y estas qué te parecen? —le pregunté a la clienta.

Levanté en cada mano un tipo de flor.

—No me decido —contestó riendo—. Jo, es que son todas bonitas.

—¿Quieres que elija yo?

—Te lo agradecería. Además, tú eres la experta y tus elecciones quedarán geniales.

La puerta de la floristería se abrió y un hombre alto vestido de traje entró en la tienda.

Le sonreí y él asintió hacia mí, serio. Ese era su saludo de siempre, ya que no era la primera vez que venía. De hecho, era uno de mis clientes más fieles porque se pasaba varias veces por semana.

Se quedó a un lado a esperar su turno, con las manos en los bolsillos del pantalón del traje. Ni una sola vez lo había visto vestido diferente, pero claro, suponía que era como un uniforme de trabajo para él, ya que venía de lunes a viernes.

La postura en la que se quedó hizo que la chaqueta se le abriera por la posición de los brazos, lo que provocó que se viera más la parte delantera de la camisa y lo bien que le quedaba a su cuerpo.

Me obligué a apartar la vista para centrarme en la clienta que estaba atendiendo. Era complicado, ¿eh? Me refiero a dejar de prestarle atención a ese hombre.

Cuando venía, llenaba todo el espacio que quedaba libre en la floristería, solo con su presencia. Deberían prohibirle salir a la calle, al menos ponerle restricciones para evitar desmayos por donde pasara.

Ese pensamiento tonto, de los que tenía muchos y me divertía con ellos, me hizo apretar los labios para contener la risa.

—Voy a ello, entonces. Espero que te guste el resultado —le dije a la clienta.

—No tengo dudas de que será que sí —me sonrió.

—A unos metros, al otro lado de la calle, hay una cafetería —le comenté—. Lo digo por si prefieres hacer tiempo allí y no esperar aquí de pie, mientras te preparo el ramo.

—Muchas gracias. Pues sí, voy a aprovechar para tomarme algo rápido.

—No tengas prisa. Si me das tu número de teléfono, te aviso cuando termine si no has vuelto. Puedes tardar lo que quieras.

—Estupendo. Te lo agradezco.

—De nada.

Nos sonreímos.

Saqué el móvil para grabar el número que me dio, antes de que saliera de la tienda. Yo me acerqué al otro cliente.

—Hola —lo saludé.

—Hola —me devolvió el saludo.

—¿Qué será hoy?

Cada vez que venía, tenía muy claro qué flores quería llevarse en el ramo que le preparara.

—Puedo esperar. Termina primero con lo de la clienta que se ha ido.

—Puedo hacerlos al mismo tiempo.

—No pasa nada. No tienes necesidad de correr, hoy no tengo prisa.

—Ah… Vale —le sonreí—. Pues enseguida estoy contigo.

Asintió y le di la espalda.

Comencé a coger las flores para el ramo que se me vino a la mente cuando la clienta me contó lo que le gustaría regalar.

Yo lo tuve claro desde que la escuché, pero es que era a lo que me dedicaba y también mi pequeña pasión, por lo que era normal que a los demás les costara visualizar ciertas cosas, ya que no estaban habituados a ello.

Fui dejando todas las flores y la decoración sobre el pequeño mostrador que había hacia la derecha de la tienda. Este formaba parte de mi zona de trabajo exterior. Detrás de él tenía todo lo necesario para tratar con las flores y las plantas, así como para preparar todo lo que creaba.

Cuando tuve todo lo que iba a necesitar, rodeé el mostrador. Me senté en la silla de trabajo, poniéndome los guantes, y comencé a montar el ramo.

Desde donde estaba veía toda la tienda, por lo que al hombre que esperaba a que terminara, también. Hice todo lo posible para no mirarlo directamente, pero mis ojos traicioneros se me iban hacia él sin darme cuenta. Cuando esto sucedía, le sonreía como si no tuviera importancia y después bajaba la mirada para seguir con el ramo.

Al cabo de un tiempo, no sé cuánto porque no lo miré, sonreí de oreja a oreja. Pero esta vez fue mirando el ramo, por lo bonito que me había quedado. Recoloqué en varias partes las flores nube, como a mí me gustaba llamarlas, y comencé a envolver el ramo con papel transparente decorativo.

Las flores nube eran las florecitas blancas que decoraban los ramos. Estas aportaban delicadeza, una belleza natural y ligera con toques románticos.

Al terminar, dejé el ramo en un cubo con agua, listo para que se lo llevara la clienta.

Me quité los guantes y me alejé de la zona de trabajo, sacando el móvil del bolsillo central del pequeño delantal que llevaba atado a la cintura.

—Un momento. Voy a avisar a la clienta —le dije al hombre, al pararme frente a él.

—Tranquila.

Entré en la aplicación de mensajes y le escribí uno.

Eimy: *Soy la chica de la floristería. Ya tienes el ramo preparado, para cuando quieras pasar.*

Salí de la aplicación, bloqueé el teléfono y lo metí de nuevo en el bolsillo del delantal.

—Ya estoy por ti —le dije al hombre.

Entonces me di cuenta de que estaba observándome con la cabeza un poco ladeada.

—¿Ocurre algo? —le pregunté.

—No.

—Vale. Entonces, ¿qué será hoy? —repetí la pregunta que le hice con anterioridad.

Señalé con la mano los recipientes en los que lucían preciosas las rosas, las peonías, los lirios, los tulipanes, las calas, las hortensias, las margaritas, los claveles, las orquídeas, y algunas variedades más.

Normalmente dejaba solo un puñado de cada variedad, para que las vieran los clientes y para utilizarlas las primeras para los ramos. Las demás estaban en la cámara de refrigeración.

—Lirios rosas —me contestó.

—Estupendo. —Asentí.

A él no le propuse que saliera si le apetecía, ya que, la primera vez que vino a por un ramo se lo dije y su respuesta fue que no se iba, que esperaba en la floristería.

Desde entonces siempre era de la misma manera: yo trabajaba en lo que me pedía y él se quedaba a un lado, entreteniéndose con el móvil en los momentos que no me observaba trabajar.

Cogí unos cuantos lirios rosas del recipiente, pero no los cogí todos porque igualmente no iba a tener suficiente para el tamaño del ramo que este cliente siempre se llevaba.

Dejé los lirios sobre el mostrador de trabajo y fui hacia la parte trasera, donde estaba la cámara de refrigeración. De ella cogí todos los lirios que creí que necesitaría y unos cuantos más para reponer los que había cogido del recipiente.

Salí dejando bien cerrada la cámara y regresé a la parte delantera de la tienda. El hombre continuaba en el mismo sitio.

Coloqué todos los lirios en la mesa de trabajo, me puse los guantes y me senté en la silla, para comenzar a montar el ramo.

Trabajé concentrada, o al menos puse todo mi empeño en conseguirlo porque, como era habitual, cada vez que este hombre me miraba, yo me alteraba. A veces incluso se me resbalaban las cosas de las manos.

Eso estaba haciendo en este momento él. Notaba el peso de su mirada, aunque mi vista estuviera en las flores. Era imposible no sentirlo.

Cuando tenía medio ramo montado, llegó la otra clienta a por su ramo.

Me levanté quitándome un guante y cogí el ramo del cubo de agua. Sequé bien el exceso de agua de los tallos y los protegí para que se mantuvieran frescos y que no mancharan a la chica.

—Aquí tienes —le dije, dándoselo—. ¿Qué te parece?

—¡Me encanta! —exclamó con una gran sonrisa—. Es precioso.

Me miró.

—Me alegro de que te guste —le sonreí.

—Claro. Es una pasada. Es que tiene algo…

—Difícil de explicar.

Ambas nos sorprendimos, por la intervención del hombre.

Por unos instantes, por su silencio prolongado, se me había olvidado que estaba cerca.

—Exacto —estuvo de acuerdo la chica.

Ella se sonrojó y soltó una risilla, observándolo con atención. Pero no fue descarada, solo mostró interés.

Debía ser algo normal para este hombre poner a las personas nerviosas cuando lo miraban, porque él no modificó su expresión por la reacción de ella. Lo vio como algo normal.

—¿Te cobro?

Me vi en la necesidad de preguntarle, porque la chica se quedó embobada mirando al hombre.

Y también, porque yo quería terminar de una vez el ramo que le estaba haciendo a él. Sería lo último que haría de trabajo por el momento.

En cuanto me quedara sola, cerraría e iría al despacho a comer la comida que me preparé la noche anterior.

—Sí, perdona —me dijo la chica.

Se sonrojó más y le sonreí, para tranquilizarla.

Fui hacia la caja para anotar la venta del ramo y después le ofrecí el datáfono, cuando sacó para pagar la tarjeta del banco.

—Gracias.

—Gracias a ti. Dentro de un mes celebramos el aniversario de la empresa y, como me tocará a mí organizar la fiesta, junto con otros compañeros, les propondré venir aquí a por la decoración. Y también a por algunos ramos que se darán de regalo.

—Muchísimas gracias —hablé ilusionada.

—No hay de qué. Nos veremos pronto.

—Aquí estaré.

Nos sonreímos.

La acompañé hasta la puerta y, cuando se fue feliz con su ramo, cerré con llave y giré el cartelito para que desde la calle se viera que estaba cerrado.

Me quedé con el hombre dentro, pero él también se iría rápido.

Me dirigí de nuevo a la zona de trabajo y esta vez sí, me concentré bien en el ramo y en dejarlo lo más bonito y llamativo posible.

Hice una gran obra de arte, al menos bajo mi punto de vista.

El cliente no mostró ninguna emoción nueva. Solo asintió cuando dejé el ramo a su lado, después de observarlo con detenimiento.

Era su manera normal de actuar. Nunca me decía nada al entregarle los ramos, pero siempre volvía. Ahí tenía su respuesta y yo estaba encantada, ya que él venía varios días a la semana, cada semana.

Desde la primera vez no había fallado ni una.

Capítulo 6



—¿Te apetece venir a mi piso a cenar? —me preguntó Taylor.

—Es lunes —le dije.

—¿Y? ¿Los lunes no se sale y me entero ahora?

Sonreí.

—Los lunes se sale lo que cada uno quiera, al igual que cualquier otro día —le contesté con diversión.

Me llené la boca de comida.

—Si vienes, cenamos pronto para que antes de las diez estés en tu piso.

—Hoy no sé si me iré cuando cierre la tienda o si me quedaré un poco más trabajando.

—¡Vamos, Eimy! Sé que la floristería es nueva y esas cosas, pero, joder, tú necesitas vivir y descansar. Ambas cosas son importantes y vitales para que puedas seguir al pie del cañón con tanta fuerza en tu negocio.

—Ese discurso ya me lo sé —le sonreí—, pero tengo plazos de entrega que cumplir y, si no hago yo el trabajo, no llego. Ahora que cada vez tengo más clientes, no puedo aflojar. Los primeros meses de arranque no fueron buenos y me dieron muchos dolores de cabeza, así que, ahora que parece que todo comienza a funcionar…

—Vale. Mierda. Sabes que te entiendo perfectamente, pero es que llevas un ritmo… —suspiró—. ¡Oye!

—¿Qué? —grité, igual que ella.

Reímos.

—Acabo de decidir que iré algunas tardes a ayudarte.

Elevé las cejas, sonriendo.

—¿Quieres que te enseñe? —le pregunté divertida.

—Yo paso de hablarle y cantarle a las flores, ¿eh? Que entonces al día siguiente te las encuentras todas mustias.

Soltamos una carcajada.

—Tampoco quiero que me enseñes. Yo con ayudarte en lo que pueda, como atender a los clientes en la tienda o al teléfono, y con hacerte compañía, tengo bastante. Termino en el trabajo a las dos, voy a mi piso, como, descanso un poco porque en ese horario la floristería está cerrada, y vengo para cuando abras por la tarde. ¿Qué te parece?

—Por mí genial, porque estaremos juntas. Siempre y cuando no te lo tomes como una obligación.

—Hecho y no te preocupes. Empezamos a partir de mañana —confirmó animada—. Y como se te ocurra mencionar darme algo de dinero, te las verás con mi peor versión. Avisada estás.

—Conozco todas tus versiones, incluso las peores, así que esa amenaza no me vale —reí.

—Puedo ser mucho, mucho más mala.

Reímos juntas.

—¿Qué tal te ha ido la mañana?

—Muy bien —le contesté—. Estoy muy contenta, Taylor.

—¿Y eso es malo?

—No, para nada. Pero es que me asusta que me cambie la racha —suspiré.

—No pienses en eso. Disfruta del momento y de lo que estás consiguiendo porque todo es gracias a ti, a tu dedicación, esfuerzo y talento.

—A última hora de la mañana he hecho un ramo a una chica y me ha dicho que dentro de poco es el aniversario de su empresa y que ella me recomendará para la decoración y los regalos porque es una de las organizadoras de la fiesta.

—Genial.

Me llené la boca de nuevo, por última vez.

Ya había terminado de comer, por lo que, todavía masticando, me levanté de la silla para ir al baño.

—Un momento. Voy al baño con el recipiente.

—¿Ya has terminado?

—Sí —contesté alzando la voz, mientras salía del despacho.

Debajo del grifo de las manos, limpié el recipiente con agua. Cuando terminé, volví al despacho para taparlo antes de guardarlo en la bolsa que tenía en el armario.

Dejé la mesa baja frente al sofá recogida y, con el móvil en una mano, me tumbé en el sofá. Solté un suspiro al estirarme.

En el despacho quería hacer unos cambios, como montar una cocina pequeña con lo básico y esencial. Podía hacerlo sin problema porque tenía el permiso de la dueña del local, y porque no había que armar mucho para montar un fregadero y poner un fuego pequeño.

La nevera ya la tenía. Esta me acompañó el segundo día que vine a la tienda. Era grande, pero en ella solo tenía varias botellas de agua, latas de refrescos y leche, ya que, a un lado del armario, había una cafetera con todo lo necesario para prepararme los cafés. Esta también viajó conmigo desde mi piso a la tienda.

Cuando podía, me gustaba ir a la cafetería que estaba cerca, en la misma calle, porque así me daba el aire y me despejaba, pero tener una cafetera aquí era esencial.

Todo lo que había en el local era mío, incluso la cámara de refrigeración y los mostradores. Cuando lo alquilé, todos los espacios estaban completamente vacíos, por lo que tuve que preparar el lugar para la actividad que iba a desarrollar aquí.

Hubo varias cosas que me convencieron para alquilar este sitio. Entre ellas estaba la zona, su ubicación, porque era una muy concurrida y de paso. Pero lo más importante fue la gran puerta trasera que había en la tienda.

Tenía el tamaño como la de un garaje, de manera que terminó de conquistarme al ahorrarme calentamientos de cabeza para pensar en cómo meter la cámara de refrigeración.

—¿Te has dormido?

La voz de Taylor me hizo sonreír mientras abría los ojos despacio. Por unos segundos los había tenido cerrados.

Me quedé mirando el techo.

—Casi —le contesté.

—Lo sabía —rio—. Pues te dejo para que descanses un poco.

—No voy a dormirme. En cuanto colguemos, me pondré a trabajar.

—Eso, hija, tú no te des ni un respiro…

Bufó y yo apreté los labios.

—¿Sabes quién ha venido a última hora de la mañana? —le pregunté.

Cambié de tema rápido.

—Yo qué sé.

Nos quedamos en silencio.

—¡Oh, espera! —exclamó—. ¿El tío cañón que parece estar siempre de mala leche? Es por el único que me harías esa pregunta.

Solté una carcajada.

—Exacto. El hombre de pocas palabras —le confirmé.

—Joder, qué bueno. ¿Se ha quitado el traje hoy?

—No. Lo llevaba, pero ya me hubiera gustado que me hiciera un estriptis en medio de la tienda.

Soltamos una carcajada.

—¿Te lo imaginas?

—No —le contesté riendo—. Con lo serio que es… —suspiré.

—¿Para quién serán todos los ramos que se lleva? —preguntó con curiosidad—. Madre mía, debe tenerle la casa llena de flores. Unas tanto y otras tan poco —se quejó.

—Ya te digo… No tengo ni idea de quién será la persona afortunada —dije pensativa—. Cada semana se lleva varios ramos y no son nada pequeños.

—Qué pasada. Es tu tercer mejor cliente —comentó—. El segundo puesto se lo lleva el bodorrio para el que te han contratado la decoración de las flores.

—¿Y quién se lleva el primer puesto al mejor cliente? —le pregunté con diversión.

Sabía qué iba a responder.

—Por favor, mi querida Belén. La duda ofende —jadeó, al mencionar a mi madre.

Solté una carcajada a la que se unió mi amiga.

—Bueno, volviendo al cliente buenorro…

—¿Sí?

—¿Te ha hablado algo más hoy?

—No —sonreí—. Ha estado corto en palabras, como siempre, y me encantaría escucharlo hablar más.

—Dijiste que parecía de otro país, ¿verdad?

—Sí. Pero en realidad no lo sé. Tiene una forma de hablar diferente, pero es muy sutil. Casi pasa desapercibido y con lo poco que dice…

—La próxima vez que vaya, provoca que hable. Invéntate cualquier cosa.

—No tengo yo otra cosa que hacer… —dije con diversión—. Por mí, como si se tira toda la vida como hasta ahora. Mientras siga viniendo cada semana varias veces a comprar…

—Tienes razón. A ver si va a hablar y la caga, entonces se acabaron nuestros momentos de soñar despiertas gracias a él.

—Si ese hombre supiera lo que nos da de sí hablar de él en una conversación…

Reímos.

—El día que viene nos entretiene bastante —dije.

—Ya me gustaría a mí que me entretuviera como a ti, en persona —habló con diversión—. A ver si tengo suerte y las tardes que vaya a la floristería aparece por ahí.

—No es por desanimarte, pero hasta ahora siempre ha venido por las mañanas.

—Vaya mierda —suspiró—. ¿Por qué no cierras los ojos un ratito? Aunque sea media hora. Te sentará bien y lo agradecerás.

—Me encantaría, ahora mismo me lo pide el cuerpo, pero voy a ponerme a trabajar ya. Cuanto más tarde en empezar, más tardaré en irme de la tienda, así que…

—Vale, vale… Prefiero que renuncies a una pequeña siesta a que salgas de noche de ahí. Entonces lo de cenar lo dejamos para otro día, ¿no?

—Sí —le confirmé—. ¿Más hacia el final de la semana?

—Está bien —suspiró—. Haces conmigo lo que quieres.

—Más bien es al revés, pero vamos a dejarlo en empate.

Reímos.

Me despedí de Taylor y no tardé en incorporarme. Me quedé sentada en el sofá y cerré los ojos durante unos segundos, hasta que los abrí y me levanté para alejarme de la tentación que suponía el sofá.

Me até el delantal a la cintura, metí el móvil en el bolsillo central delantero y salí del despacho para dirigirme a la zona de trabajo.

Necesitaba espabilarme cuanto antes y lo más rápido era ponerme a trabajar con los cuatro encargos que tenía para mañana por la mañana. Para la tarde de hoy no tenía ninguna entrega urgente, por lo que podía ir un poco más tranquila.

Si conseguía dejar los encargos listos, ya que debía ir parando cada vez que entraba un cliente o me sonaba el móvil, al día siguiente podría dedicarme a otras cosas que no corrían tanta prisa.

Me puse a trabajar para aprovechar bien el tiempo.

Capítulo 7



Salí del baño corriendo, para llegar a tiempo a descolgar la llamada que llevaba un rato sonando en mi móvil.

—¿Diga? —pregunté acelerada, sin mirar la pantalla.

—¿Eimy?

—Sí.

Contuve la respiración al reconocer la voz.

—Soy Greta.

—Hola, Greta —la saludé.

—Hola. ¿Te pillo en mal momento?

—No, perdona. Es que no estaba al lado del móvil y he venido corriendo.

—Ah. Vale. Esperaba hacer esto con tiempo y no de manera tan precipitada, pero se acaba de presentar la ocasión perfecta.

—¿De qué se trata?

—Necesito que esta mañana vengas conmigo a la mansión, para que tomes tus notas y hagas tus cálculos. Todo lo que necesites. Si te parece bien, te recogeré en la floristería dentro de una hora e iremos directamente a la mansión. Resulta que la novia estará esta mañana allí y me ha insistido para conocerte personalmente.

—¿De verdad? —me sorprendí.

—Sí. Ya te dije que le encantó tu trabajo con las flores. De manera que había pensado llevarte primero a la mansión, para que os conozcáis y así empezar con el trabajo. Después tenía en mente pasarnos por la iglesia, para que tengas una imagen real del lugar. Está hablado con el párroco. Tenemos permiso para todo lo que hagamos.

—Vaya… —susurré.

—¿Qué me dices? ¿Puedes?

—Eh, sí. Ahora hablaré con una persona para que me sustituya en la floristería.

—Gracias, Eimy. Siento haberte liado tanto el día y eso que todavía no ha comenzado.

—No pasa nada. Ha surgido así.

—Sí. Es que no es nada fácil coincidir con la novia, te lo aseguro.

—Tranquila —sonreí.

—Te dejo ya, para que hagas lo que tengas que hacer. Qué bastante prisa te he metido de buena mañana. Nos vemos en una hora. Pararé frente a la tienda. Mi coche es…

Me dijo el modelo y el color y yo le comenté que estaría esperándola en la puerta de la floristería a las nueve.

Colgué y me quedé mirando la pantalla, antes de reaccionar para llamar a la única persona que podía sustituirme en la floristería. Por muchos motivos.

Me llevé el móvil a la oreja mientras salía de la habitación.

Eran las ocho menos diez de la mañana, muy pronto, por lo que todavía estaba en mi piso.

—Eimy, ¿pasa algo? —me respondió mi madre.

—Mamá. Necesito que me ayudes.

—¿Qué sucede?

Se preocupó más.

—Tranquila. No me pasa nada malo.

—¿Seguro?

—Sí.

—Oh, por Dios —suspiró y sonreí—. ¿Entonces por qué me pides ayuda un día entre semana cuando no son ni las ocho de la mañana?

—¿Te he despertado?

—Qué va. Llevo un rato dando vueltas en la cama, desde que se fue tu padre a trabajar.

—Acaba de llamarme Greta, la organizadora de la boda para la que me han contratado. Me ha dicho que en una hora me recoge en la floristería para llevarme a la mansión. La veré para hacerme una idea de los sitios que tengo que decorar y esas cosas. Después me llevará a la iglesia para lo mismo.

—¡Qué rápido todo!

—Sí —reí—. Es que esta mañana está la novia en la mansión de sus padres y quiere conocerme.

—Oh.

—¿Puedes hacerme el favor de quedarte en la floristería hasta que yo llegue? No sé cuándo será porque, por todo lo que me ha dicho Greta, entre unas cosas y otras, me parece que se me echará encima la hora de comer.

—Claro, cariño. Ve tranquila, yo te cubro el tiempo que sea necesario.

—Gracias. Eres la mejor.

—Eso ya lo sabemos.

Reímos.

—Has dicho que te recoge en una hora en la floristería.

—Sí. Yo ya estoy vestida. Iba a tomarme un café e irme hacia allí.

—Vale. Llegaré en media hora o así. Tengo que arreglarme.

—¿Quieres que vaya a tu casa a recogerte?

—¿E ir en la moto? Me he ofrecido a ayudarte, pero no quiero morir en el intento.

Soltamos una carcajada.

—Sabes que todo lo que no tenga cuatro ruedas no va conmigo —continuó hablando entre risas—. Iré en taxi.

—Vale, mamá. No te entretengo más para que no tengas que correr mucho. Recuerda que hasta unos minutos antes de las nueve tienes tiempo.

—Sí, sí… Lo tengo controlado.

Sonreí.

—Hasta ahora.

—Hasta ahora, cariño.

Colgué mucho más tranquila y agradeciendo haber terminado la tarde anterior los ramos que los clientes recogerían hoy.

Si no fuera el caso, mi madre podía encargarse de preparar los que faltaran, de la misma forma que prepararía todo lo que fuera necesario para los clientes que entraran a la tienda.

Con lo experta que era con las flores y las plantas, y el gusto que tenía, desaparecía de la floristería sintiéndome muy tranquila porque en mejores manos no podía dejar el negocio.

Pero pudiera ella o no, no me hubiera gustado dejarle trabajo pendiente para hoy.

Me preparé un café con leche, sin saber cómo iba a sentarme al estómago. Me había puesto muy nerviosa con la llamada inesperada.

La esperaba en cualquier momento, pero no recién levantada un miércoles.

Me tomé el café con calma, porque llegar a la floristería en la moto no me llevaba mucho tiempo.

Salí al balcón a bebérmelo.

Hacía un día precioso y, en cuestión de horas, se sentiría caluroso. Ya se notaba y era temprano.

Al final, el café me sentó bien, como cualquier otro día, y cuando terminé y dejé la taza en el fregadero, fui hasta mi habitación para calzarme y coger el bolso.

Era lo único que me faltaba por hacer. Una vez me colgué el bolso, metí dentro el móvil y me dirigí hacia la puerta del piso, dispuesta a enfrentar un nuevo día.

Este iba a ser muy diferente, teniendo en cuenta que iba a estar en una mansión. Todavía me costaba creer la magnitud del trabajo que iba a realizar y a las personas que iba a conocer.

Incluso ver por primera vez a Greta me imponía y me aceleraba, y solo era la organizadora. Al decir lo de «solo», mi única intención era resaltar que ella no formaba parte de la familia rica para la que iba a trabajar.

Porque a la novia iba a conocerla hoy, pero la boda y todos los gastos derivados de ella los pagarían sus padres multimillonarios, como un regalo de bodas para los novios.

Me tembló todo y me reí sola.

Bajé en el ascensor hasta mi plaza de aparcamiento, donde me esperaba mi moto. Me crucé el bolso al pecho, cogí el casco para ponérmelo y me monté.

Arranqué y salí a la calle, para alejarme haciendo el mismo camino de cada mañana, de lunes a sábado.

Después de unos minutos, aparqué en el estacionamiento de enfrente de la tienda y, una vez guardé el casco y aseguré la moto, me dirigí hacia la entrada de la floristería.

Desbloqueé los candados de la persiana y la subí, para entrar después. Eché un vistazo rápido a todo sin encender las luces y, dejando el cartelito en la posición de cerrado para que se viera desde la calle, salí de la tienda cerrando con llave.

No me quedé porque necesitaba otro café urgente y porque estaba tan nerviosa que no iba a poder hacer nada de trabajo. Tampoco quería empezar algo y dejarlo a medias, ya que en media hora Greta estaría aquí.

Por eso decidí que lo mejor era tomármelo con calma, porque la mañana en la floristería ya la tenía perdida.

Me senté a una mesa de la pequeña terraza de la cafetería y le pedí un café con leche a la camarera que se acercó a atenderme.

Solté un suspiro, mirando la fachada de la floristería, mientras pensaba en cómo estaba cambiando todo. De buenas a primeras, todo iba muy rápido.

No era una queja, pero sí me llamaba mucho la atención y también, porque no decirlo, me daba un poco de miedo que, igual de rápido que estaba subiendo, llegara una bajada que me lanzara al suelo de golpe.

Fuera como fuera, iba a aprovechar las cosas buenas que estaban sucediéndome.

La camarera regresó con mi café con leche y se lo agradecí. Antes de que se fuera, le pagué con varias monedas.

Me preparé el café a mi gusto y le di el primer sorbo, observando la calle. Desde donde me encontraba vería perfectamente llegar a mi madre y, si aparecía con tiempo, en vez de ir hacia ella, la llamaría para que se uniera a tomarse un café conmigo.

Íbamos muy bien de tiempo. La floristería abría al público a las nueve de la mañana, aunque yo estuviera dentro desde las ocho y cuarto o y media.

Sonreí cuando, al cabo de unos minutos, un taxi paró cerca de la floristería y de él se bajó mi madre.

—¡Mamá! —la llamé en alto, cuando estaba cerrando la puerta del taxi.

Levantó la cabeza y miró por la calle, para encontrarme. Sonrió cuando me vio en la terraza.

Le pedí que viniera moviendo una mano y asintió, antes de mirar a ambos lados de la carretera para cruzarla.

Capítulo 8



—Buenos días, cariño.

—Buenos días, mamá.

Me levanté para abrazarla y darnos besos.

Llamé a la camarera para que volviera y mi madre le pidió otro café con leche.

—¿Cómo llevas los nervios? —me preguntó.

—No muy bien, pero bueno —sonreí.

—La mañana te va a ir genial, hija. Lo más difícil ya lo has conseguido, que te contratasen entre todas las opciones que tendrían.

—Sí.

—Tu padre te manda muchos ánimos y me ha dicho que te diga que adelante con todo. Lo he llamado para decirle que no cuente con encontrarse la comida hecha al mediodía —me dijo con un guiño.

—Sois los mejores.

—Para ti, siempre.

—Oye, ¿por qué no le dices a papá que cuando salga del trabajo venga para la floristería? Podemos comer juntos en alguno de los restaurantes que hay por aquí cerca.

—Oh. Me parece una idea genial —aceptó encantada—. Y no te preocupes si te retrasas. Tu padre me acompañará en los últimos minutos en la floristería y, cuando cerremos, saldremos a que nos dé un poco el aire.

—Vale —sonreí—. Podéis ir al restaurante que más os apetezca y esperarme en él, cuando os canséis de mover las piernas. Para hacer tiempo tomándoos algo hasta que llegue.

—Sí. Seguramente terminemos así —me dijo con un guiño—. Conforme se acerque la hora y esté con tu padre, te escribiré un mensaje para decirte lo que vamos a hacer. Te diré también en qué restaurante estamos.

—Perfecto. Eso será si se me complica la mañana, porque puede que termine mucho antes de lo que pienso y llegue a la floristería antes que papá.

Hicimos una pausa cuando la camarera llegó con el café con leche para mi madre. Aproveché para pagárselo a la chica, ignorando la queja de mi madre.

—Sea como sea, no corras para nada —me pidió, siguiendo con la conversación—. Y si por la tarde abres la floristería un poquito pasada la hora, tampoco pasará nada.

—Ya lo sé. —Asentí—. Mamá… En la cámara de refrigeración hay cuatro ramos que preparé ayer. Los clientes se pasarán por la mañana a recogerlos. En el mostrador donde está la caja, en el que atiendo a los clientes, en la parte de abajo hay una libreta.

—Sí, me sitúo.

—En esa libreta busca las dos últimas hojas escritas. En ellas están los detalles de los ramos: las flores que debían predominar, los precios, los nombres de los clientes y el dinero que dejaron pagado. Así sabrás sin problema cuál es para cada uno y lo que tienes que hacer.

—De acuerdo.

—Te lo digo ya porque es lo único urgente y no sé si me dará tiempo a entrar contigo en la tienda.

—No te preocupes, hija. Cuatro ramos y todo lo has dejado bien detallado. Ningún problema.

La miré sonriendo de oreja a oreja.

—Eres libre de hacer lo que quieras, ¿vale? Te va a encantar atender a los clientes. Ya te veo explicándoles por qué unas flores sí y otras no, según para qué las quieran.

Reímos.

—Ay, qué ilusión.

—Lo dices como si fuera tu primera vez en la floristería —reí.

—Hoy me siento la dueña —me dijo con picardía.

—Cuidado con la dueña de verdad, porque puede cortarte rápido las alas.

Mi madre rio con ganas.

—Tengo mis maneras de atar en corto a la dueña, antes de que eso suceda —dijo con un guiño.

Fue mi turno de reír.

—Y, por supuesto, puedes llamarme cuando lo necesites —le remarqué.

—Te llamaré solo si me surge algo urgente.

Nos tomamos los cafés con leche mientras hablábamos de otros temas y yo iba mirando de tanto en tanto la hora en el reloj de pulsera.

Cuando terminamos, nos fuimos de la terraza de la cafetería, despidiéndonos de la camarera, y caminamos hacia la floristería.

Abrí la puerta y le di las llaves a mi madre, por si tenía que cerrar para algo.

Fui al baño un momento y cuando salí vi por el cristal de la puerta de la entrada el coche de Greta. Una mujer estaba al volante, pero no la vi bien.

—Mamá. Tengo que irme —le dije caminando ligera hacia ella.

—Ay, ¿ya está aquí?

Se levantó de la silla de detrás del mostrador.

—Sí.

La abracé y le di un beso sonoro.

—Que vaya muy bien, cariño.

—Gracias. Lo mismo te digo. Si no hablamos por teléfono, nos vemos para comer.

—Ahora llamaré a tu padre para decírselo.

Nos dimos un último beso, cogí el bolso del mostrador y salí de la floristería para acercarme al coche.

La puerta del conductor se abrió y del vehículo salió una mujer vestida de manera elegante. Llevaba una camisa que se le ajustaba a su figura, con una falda de tubo y unos zapatos de tacones con bastantes centímetros de altura. El pelo lo llevaba recogido en una coleta alta y estirada.

Yo iba de lo más normal y en ese momento me arrepentí de no haberme cambiado de ropa después de recibir su llamada.

Ya no había nada que hacer, tampoco iba mal, de manera que me vine arriba con mi falda corta tejana, mi camiseta de tirantes anchos y escote cuadrado y mis sandalias planas.

—¿Eimy?

—Sí. ¿Greta?

—La misma.

Reímos, por la situación.

Era la primera vez que nos veíamos en persona. Nuestro contacto siempre había sido por teléfono. La primera llamada que recibí de ella fue porque estaba poniéndose en contacto con varias floristerías de la ciudad, para que le enviaran un presupuesto de todo lo que detalló para una boda.

Presupuesto que no estaba cerrado, algo que quedó claro, ya que, sin saber realmente todo lo que se necesitaría, era imposible hacer un cálculo real. El precio fue orientativo y provisional. Lo más importante fue que le envié por correo electrónico fotografías de mis creaciones florales.

Nos dimos un abrazo rápido y me pidió que me montara en el coche. Donde había parado no era buen sitio, pero tampoco había muchas más opciones.

Rodeé el coche y, antes de montarme, le dije adiós a mi madre con la mano. Estaba mirando desde dentro de la tienda y sonreí cuando me imitó.

—¿La persona en la que has pensado ha podido cubrirte en la floristería?

—Sí. Es mi madre y siente pasión por las flores y las plantas, así que la he hecho feliz.

—Eso está muy bien —sonrió.

Me miró de reojo.

—Entonces te contagió su pasión.

—Es algo que compartimos y siempre pensé que sería una afición. Nunca me imaginé que me dedicaría a esto. De hecho, estudié periodismo.

—¿En serio?

—Sí —reí, por su sorpresa.

—¿Terminaste la carrera universitaria?

—Sí —le confirmé de nuevo.

—¿Y trabajaste en la profesión? —me preguntó con mucha curiosidad.

—No. Me hubiera encantado porque me gustaba mucho, pero no tuve suerte después de hacer muchos intentos. Al final terminé trabajando en otras cosas, hasta que se me metió en la cabeza lo de la floristería.

—Lo lamento, pero, por otro lado, parece que era lo que debía ser porque el negocio te va bien. ¿No?

—Hace poco que lo abrí, pero ahora mismo estoy muy contenta.

—¿Cuánto tiempo? Pensaba que llevabas años con la floristería. No sé por qué, la verdad.

Rio y sonreí.

—Mi negocio, bebé, está a punto de cumplir seis meses.

Giró la cabeza hacia mí y nos sonreímos.

—Pues enhorabuena, Eimy. Estoy convencida de que llegarás muy lejos, tanto como te lo propongas

—Muchas gracias, Greta.

—No hay de qué. La mansión está un poco lejos. Se encuentra apartada, a las afueras de la ciudad.

—No conozco la ubicación, pero sé que está por la zona de montaña.

—Lo del periodismo lo sigues llevando contigo, ¿no?

Rio al ver que me ruborizaba.

—Lo siento, no quería…

—Era broma, Eimy —me tranquilizó.

—Vale —reí nerviosa.

—Relájate —me pidió con una sonrisa que me recordó a la de mis amigas—. Me caíste bien por teléfono, desde el principio, y en persona lo has mejorado. Así que me siento cómoda hablándote sin medir las palabras y sin tener que contenerme si me apetece hacerte alguna broma.

—A mí también me sucedió y me sigue pasando. Y te agradezco que seas conmigo tan natural y que no te prives de nada —le dije con sinceridad.

—Entonces estamos de acuerdo. —Me hizo un guiño.

Se lo devolví exagerando el gesto y terminamos riendo.

Me sentí genial gracias a Greta. Me lo puso tan fácil que consiguió que me tranquilizara e hiciera el viaje como si estuviera con una amiga que conocía de toda la vida.

Fue una sensación extraña, pero una muy real.

—Hemos llegado —dijo.

Frenó frente a una gran puerta rectangular que parecía de hierro. Esta comenzó a abrirse para nosotras.

—¿Preparada? —me preguntó, con la cabeza girada hacia mí.

—No —contesté, viendo cómo la puerta se deslizaba hacia un lado —. Pero ya que estamos aquí…

Miré a Greta y soltamos una carcajada. De esa manera, riendo, ella aceleró y entramos en la propiedad.

Mis nervios se dispararon solo con ver los metros de terreno que nos rodearon y teníamos por delante.

Capítulo 9



—¿Estás respirando?

Reí por la pregunta de Greta.

—Empieza a preocuparte cuando me veas cambiando de color… —Le advertí.

—Gracias por el consejo —dijo con diversión.

—Es la primera vez que estoy en un sitio así —comenté distraída.

Los ojos se me iban hacia todos lados. Por el momento, continuábamos rodeadas de vegetación mientras el coche avanzaba por un camino asfaltado. Este era ancho y cabían bien dos coches en paralelo.

—Quedan unos minutos para llegar a la propiedad —me informó Greta.

—¿Tanto? —pregunté sorprendida.

—Sí —sonrió—. La mansión está rodeada por muchos metros cuadrados de terreno.

—Ya…

—No te dejes imponer por todo lo que veas. Te lo digo por experiencia.

—Es un poco difícil.

—Cambiarás de pensamiento por ti misma. Solo tienes que acostumbrarte y lo harás en cuanto tengas contacto con las personas que vamos a ver.

—¿Sueles trabajar para clientes con el mismo nivel económico o parecido? —le pregunté con curiosidad.

—Tengo una gran variedad, pero sí, la mayoría de mis clientes son como los Thomson —me confirmó.

—Vaya… Vas con ventaja —suspiré.

—Mucha. Llevo años con lo mismo —me dijo con un guiño.

—¿Trabajas para una empresa o vas por libre?

—Trabajo para una empresa. Para la mía —sonrió de medio lado—. Tu historia y la mía son diferentes, pero tienen algo en común. Yo tampoco esperaba dedicarme a organizar bodas y eventos y ya ves… No solo me dedico a las bodas, también trabajo para empresas y asociaciones.

—Ah. Suena genial.

—Lo es. Me va muy bien, pero no pienses que tengo una empresa grande. La oficina está en un local mediano y ahí tengo a mi hermana trabajando junto a mis dos amigas de toda la vida. Nosotras eso de no mezclar las cosas nos lo saltamos hace mucho tiempo. No va con nosotras.

Se encogió de hombros.

—Mi hermana y mis amigas siempre han sabido estar en su lugar, dándome el que me corresponde a mí. Y si descarrilan, solo tengo que soltar cuatro gritos y cagarme en todo, para hacerlas reaccionar.

Reímos.

—Eso sí, después me lo devuelven. Pero fuera del trabajo —dijo con diversión—. En serio. Me va muy bien trabajando con gente de mi total confianza. Sin mi hermana y mis amigas no podría llevarlo todo para adelante. Son demasiadas cosas. Aparte de que son mis pilares, me dan fuerzas y ánimos cuando me fallan.

—Me lo imagino. —Asentí sonriendo—. Es bonito poder trabajar con alguien de esa manera. Sentir esa seguridad y paz con ellas es un gran extra. Yo trabajo sola en la floristería. Como ya te he dicho, es muy nueva y está en rodaje todavía. Como digo siempre —suspiré.

—Para ser un negocio bebé, como te has referido a él, está aprendiendo a correr muy rápido. Ha cogido carrerilla.

Reímos.

—La verdad es que sí —dije pensativa—. Quién sabe, lo mismo dentro de un tiempo, unos años, puedo tener a alguien contratado. Pero no serán mis amigas, ellas tienen sus vidas hechas profesionalmente. Aunque me ayudan siempre que pueden y que lo necesito. Mi madre también viene a ratos a la tienda, para estar conmigo. Estoy muy agradecida con todo.

—Parece que tienes un ángel de la guarda que cuida muy bien de ti —sonrió.

—Pues si me oye, espero que siga haciéndolo —dije con diversión —. ¡Madre mía! —exclamé.

Me quedé maravillada porque, al mirar hacia delante, me encontré de frente con la mansión.

Era una construcción impresionante, con unos jardines maravillosos rodeándola.

—Ay, ¡qué susto!

Di un bote en el asiento cuando un perro grande salió de algún sitio y me sorprendió persiguiendo al coche por mi lateral.

Me moví hacia el centro del vehículo. Poco me faltó para echarme encima de Greta, mientras ella conducía los últimos metros sin poder parar de reír.

Había soltado una carcajada por mi reacción.

—Tranquila. Nos está dando la bienvenida y saludándonos.

—¿En serio? —pregunté con un jadeo—. Porque parece que quiere abrir mi puerta y arrastrarme fuera de aquí.

Greta volvió a reír y yo hice una mueca cuando paró el motor del coche.

El perro se sentó frente a mi puerta, con la lengua fuera y jadeando. Estábamos justo en la entrada de la vivienda, a unos metros de la escalera que llevaba hasta ella.

—¿Y ahora qué? —le pregunté—. A ti te conocerá, pero a mí…

—Se llama Skye y es muy buena.

—¿Es una perra? —pregunté con un jadeo—. ¡La virgen! ¿Cómo deben ser de grandes los machos?

—Bastante más. Te lo aseguro —respondió riendo.

—¡Espera! ¿Adónde vas?

Greta no me hizo caso. Se bajó del coche para rodearlo y venir hasta mi puerta, pero Skye fue hacia ella y la paró delante del coche.

Me estiré un poco sentada en el asiento, para ver cómo Greta le acariciaba la cabeza a Skye y le decía algo. No escuché el qué, pero Skye ladró y me pareció feliz.

Cuando Greta se incorporó y miró hacia mí, me pidió que me bajara. Negué con la cabeza, sin dudar. Ella rio.

Al final no me quedó más remedio que lanzarme, a pesar de que todavía no me sentía cómoda.

Abrí la puerta despacio y enseguida tuve a Skye cerca. Esperaba que fuese para darme la bienvenida, como había dicho Greta, porque si no…

Para mi sorpresa, la perra salió corriendo y se alejó de mí, ya que respondió a un silbido que sonó de repente.

Me bajé del coche mirando hacia la entrada de la casa, donde había una chica sonriente. Skye se había ido hacia ella y se había sentado a su lado. Tanto la chica como la perra me miraban a mí.

—Ella es Natalie, la novia —me dijo Greta.

—Oh.

La observé con más detenimiento.

—Algo que no te he dicho es que somos muy amigas.

Giré la cabeza hacia Greta. Ella me hizo un guiño y me pidió que la siguiera.

Caminé a su lado, sin perder de vista a la perra. Estaba mostrándose obediente, pero nunca se sabía.

Subimos los pocos escalones que llevaban a la entrada y me paré a unos pasos de la novia y la perra. Esta última ladeó la cabeza, sin perderse detalle de mí. Intenté controlar los nervios, para no ponerme más nerviosa.

—Encantada de conocerte, Eimy —se dirigió a mí la novia.

Su tono de voz suave y tranquilo y su sonrisa constante me tranquilizaron un poco.

—Estaba deseando que llegara este momento —dijo con sinceridad.

Al menos yo lo recibí de esa manera porque me lo pareció.

—Es un placer conocerte, Natalie.

Utilicé su nombre para mantener la cercanía. Como había empezado ella llamándome por mi nombre.

—Y también poder estar aquí —sonreí—. Gracias por confiar en mí para una ocasión tan especial.

Natalie amplió su sonrisa y se acercó a mí. En ese momento la perra se puso sobre sus cuatro patas.

—No te preocupes por ella —me dijo riendo Natalie—. Ya te lo habrá dicho Greta, es un trocito de pan. Eso sí, muy celosa. Ahora mismo quiere ser ella el centro de atención y recibir todos los mimos y caricias.

Me hizo un guiño antes de inclinarse hacia mí. Era un poco más alta que yo.

Nos dimos un beso en la mejilla y después se fue hacia Greta. Ellas se dieron un abrazo y se sonrieron como amigas que eran.

La primera impresión de la novia no podía haber sido más buena. Se veía simpática, comprensiva y muy agradable, incluso cariñosa, y eso que acababa de conocerme. Para nada tenía la imagen que me había formado de ella en la cabeza, de mujer rica que tiene todo lo que se le antoja.

Me gustó mucho, tanto como Greta. Estaba teniendo una suerte increíble porque iba a trabajar en un ambiente muy bueno.

—Ahora sí. Es tu turno, Skye, pero con cuidado —le habló Natalie a la perra.

Sonreí un poco tensa, pero enseguida se me pasó y solté un suspiro de alivio. En cuanto la perra rozó la cabeza en mi pierna y se quedó quieta para recibir una caricia.

Su dueña y Greta nos observaron sonriendo, mientras yo le daba a Skye lo que quería. Una vez que comencé a acariciarla, me costó parar.

—Si sigues portándote así, nos llevaremos genial —le dije a la perra.

Ella ladró y Natalie y Greta rieron.

—Vamos —dijo la novia y después se dirigió a mí—. Voy a enseñarte la mansión completa y te diré los espacios de dentro que quiero decorados con flores.

—Vale —sonreí.

—Después daremos un paseo por los jardines y también te indicaré en qué parte montaremos el banquete para la ceremonia. De todo lo demás te informará Greta. —Me hizo un guiño.

—Perfecto.

—Y una vez que terminemos, si os parece bien, podemos quedarnos en el porche para tomar algo y hablar. Me gustaría conocernos mejor.

Lo último lo dijo mirándome a mí, por supuesto.

—No tengo prisa. Por mí, estupendo —le confirmé.

Me vino a la cabeza mi madre, pero no había problema porque calculaba que, con todo lo que había dicho Natalie, más después ir a la iglesia con Greta, igualmente llegaría a tiempo para comer con mis padres.

En la iglesia no tardaríamos casi nada, ya que solo era echar un primer vistazo al interior.

—Yo me he tomado el día para ti, así que… para uno que no tienes que trabajar —comentó Greta.

Ambas rieron.

—Genial —dijo animada Natalie.

Caminó hacia la puerta de la casa y Greta y yo la seguimos.

Capítulo 10



—Mamá, ¿pasa algo? —le pregunté, nada más descolgar su llamada.

—Perdona, cariño. Es que tengo aquí a un cliente que me pregunta si podría encargar un centro de mesa para mañana, antes del mediodía.

—Es muy justo… —dije pensativa—. Pero dile que sí. Dejaré bastante adelantado hoy, aunque salga de noche de la floristería. Tómale los datos, sobre todo, el número de teléfono. Y que te diga la idea que tiene para el centro. Como las flores que quiere que predominen, la forma… esas cosas.

—Vale, tesoro. Puedo quedarme contigo, para que no estés sola.

—No te preocupes. Además, estaré con Taylor. Ayer quedamos en que vendría por la tarde para pasarla conmigo en la floristería y, si se nos hace tarde, cenaremos juntas. Seguro que Cata se une en algún momento.

—Ah. Entonces, arreglado.

Sonreí.

—Coméntale también al cliente que esta tarde lo llamaré para decirle lo que le costará el centro de mesa, antes de ponerme a trabajar con su encargo.

—Estupendo. Ahora lo hago todo. ¿Cómo te va?

—Genial, mamá. Es todo una pasada —susurré—. Desde las personas que estoy conociendo hasta la propiedad. Si estuvieras aquí, en la mansión… —Bufé—. Te enamorarías de ella. Es de ensueño. Y los jardines también.

—Vale, te cuelgo, que estás poniéndome los dientes largos.

Reímos.

Cuando colgamos, me guardé tranquila el teléfono, sabiendo que mi madre atendería bien al cliente. Iba a ir contra reloj para preparar ese centro de mesa, pero por un ingreso más valía todo.

No podía rechazar ningún trabajo, así como así. Daba igual cuántas horas me llevara y cuánto tuviera que correr. En el momento en el que me encontraba necesitaba todo lo que me llegara.

Y no quería tomármelo con más calma, aunque fuera a tener un gran ingreso por el trabajo de la boda de Natalie. Eso sería un extra muy grande y bien recibido, pero el dinero se iba demasiado rápido y las facturas no dejaban de llegar.

Era prioritario sumar clientes.

—¿Todo bien? —me preguntó Natalie, cuando me uní a ella y a Greta.

—Sí.

Me senté en el sillón de jardín.

—Era mi madre. Está con un cliente en la floristería y dudaba de si decirle que sí a un encargo para mañana. Es muy justo de tiempo.

—¿Lo has aceptado? —me preguntó Greta.

—Sí. Trabajaré en ello esta tarde porque para mañana no tengo otros encargos urgentes. Para el siguiente día sí, pasado mañana, así que me tocará correr unos días.

—Me alegro de que tengas tanto trabajo, pero ¿crees que es bueno que no descanses las horas necesarias? —me preguntó Natalie—. Porque, por lo que estoy entendiendo, es lo que va a suceder.

—Mira la que habla —carraspeó Greta.

—Oye —rio Natalie—. Yo trabajo dentro de mi horario.

—Clarooo… Entonces, cuando te llamo para quedar porque estás en tu casa y me dices: Uy, es que estoy terminando unas cosas de trabajo y todavía me queda un rato… ¿Qué?

Elevó las cejas Greta.

—Vale. Mejor me callo —terminó diciendo Natalie.

Las tres reímos.

—Aquí tienen.

La que habló fue la chica del servicio, aunque no lo parecía porque todo era muy natural. Como si una de mis amigas me estuviera sirviendo el café solo, con el vaso con hielo que había pedido.

—Gracias, Sofía —le dijo Natalie, sonriendo.

—Si necesitáis algo más…

—Te gritamos, sí —la interrumpió Greta.

Rieron las tres y yo las observé sonriendo.

Cogí mi café de la bandeja que había dejado Sofía y lo endulcé, para después echarlo en el vaso con hielo.

—¿Qué te han parecido las zonas para decorar? —me preguntó Natalie, con interés.

—Preciosos y grandes. Voy a disfrutar mucho trabajando para decorarlas —dije emocionada y sonreímos—. Ahora que tengo en la cabeza las ideas, me pondré a ello en cuanto pueda. Tengo que hacer los pedidos con tiempo.

—Estupendo. ¿Te apuntas mi número de teléfono? Me gustaría que fueras pasándome de vez en cuando las ideas que tengas.

—Claro. —Asentí.

Miré a Greta porque lo último que quería era incomodarla de alguna manera.

—Te agradezco el gesto —me dijo ella, captando el motivo por el que la había mirado—. Puedes comunicarte tranquilamente con Natalie, no hace falta que pase por mí todo. Yo estoy encantada de quitarme una obligación, por pequeña que sea. Te lo aseguro. —Me hizo un guiño.

—Vale —sonreí.

Saqué el móvil del bolso y anoté el número de teléfono de Natalie, para después grabarlo.

—Ya te tengo —comenté.

—Estupendo. —Dio una palmada ella.

—En unos días comenzarán a organizar los espacios en la casa —me dijo Greta, refiriéndose a la mansión en la que estábamos—. Así que volveremos a venir tú y yo.

—Cuando me digas. Mientras tenga tiempo de preparar bien el día…

Reímos.

—Hoy casi la saco de la cama para venir aquí —dijo con diversión.

—Anda que… —rio Natalie—. ¡Pero si no me voy hasta primera hora de la tarde! Voy a comer con mis padres. Por cierto…

Se giró hacia mí.

—Saludos de ellos. Querían conocerte, pero no han podido estar. Mi padre siempre está muy liado y es complicado que pueda variar su rutina si no lo planifica con antelación. Y mi madre hoy ha dado la casualidad de que debía ir a una de las asociaciones con las que colabora.

Me parecía tan increíble que sonara de una manera tan natural, por lo que representaba la pareja y por quiénes eran.

—Dales las gracias de mi parte y devuélveles el saludo —le pedí, intentando sonar tranquila.

—Lo haré —sonrió.

—¿Te ha gustado la casa? —me preguntó Greta.

—Muchísimo. Creo que he experimentado por primera vez en mi vida lo que es el amor a primera vista —hablé emocionada.

Soltamos una carcajada.

Skye levantó un poco la cabeza, pero no encontró nada interesante y volvió a apoyarla en sus patas delanteras.

Estaba tumbada a un lado del sillón de jardín en el que estaba sentada Natalie. Había ido moviéndose. Antes estaba más cerca de mí y, dentro de poco, si seguía como hasta ahora, volvería a acercarse.

—Me gustaría invitarte a la casa en la que viviré con Eduardo cuando nos casemos. Todavía no hemos pasado ni una noche allí, pero sí vamos en otros momentos del día. Hemos estado haciendo unos cambios de última hora y ya están terminados.

—¿Por fin? —le preguntó Greta.

—Sí. Ayer mismo —le respondió ella, con un guiño.

—Joder, ¡qué bien! Pensaba que al final llegaba la boda y vosotros todavía estaríais empeñados en arreglar cosas. Siempre se os está ocurriendo algo.

Greta puso los ojos en blanco y Natalie rio con ganas.

—No le hagas caso. Todo lo que está sacando es la envidia que siente por lo que tenemos Eduardo y yo —me dijo Natalie, como si me estuviera contando una confidencia.

Apreté los labios, divertida.

—Serás…

Skye dejó callada a Greta, cuando se levantó de repente y salió corriendo. Las tres la miramos hasta que la perdimos de vista.

—¿Qué le pasa? —pregunté, aunque Natalie y Greta no parecían preocupadas.

—Ha escuchado algo interesante —contestó la dueña y sonrió.

—Skye encuentra interesante cualquier cosa, incluso las que no se mueven —rio Greta.

—Porque es una perra muy inteligente y pone interés en todo. —Bufó Natalie.

Bebí varios sorbos seguidos del café con hielo.

Cuando dejé el vaso en la mesa, miré la hora en el reloj de pulsera. Pasaban unos minutos de las doce del mediodía.

—¿Qué me dices? —me preguntó Natalie.

—¿Cómo? —La miré extrañada.

—Que qué te parece venir a la casa en la que viviré. Me gustaría enseñártela. ¿Qué me dices?

—Me encantará verla —le contesté sonriendo.

—Genial —habló contenta—. Greta te llevará. Pasaremos un rato divertido las tres. No te esperes que sea una propiedad parecida a esta —rio.

—No. Pero tampoco es pequeña —comentó Greta, antes de beber de su té.

—Eso es verdad, pero no tiene punto de comparación con esta casa de mis padres. Aquí tengo tantos recuerdos buenos… —suspiró—. Es uno de los motivos por los que acepté encantada cuando mis padres nos propusieron a Eduardo y a mí que celebráramos la boda aquí.

Skye pasó corriendo por la hierba, yendo a lo suyo, y nosotras continuamos hablando. Cuando vi que había pasado media hora, desde la última vez que miré la hora, Greta me preguntó si nos íbamos ya.

Le dije que sí, para que nos diera tiempo a ir tranquilas a la iglesia y así llegar bien a la floristería.

Nos fuimos del porche rodeando la vivienda, caminando por el jardín, hasta que llegamos a la parte delantera de la casa. Allí seguía el coche de Greta.

—Me ha encantado conocerte, Eimy —me dijo Natalie.

—Lo mismo digo. Ha sido un placer venir aquí.

Nos dimos un abrazo y un beso en la mejilla y, después de que Greta y ella se despidieran de la misma manera, nos montamos en el coche.

Antes, con la puerta abierta del copiloto, me paré a hacerle unas caricias a Skye. Apareció corriendo por una esquina de la mansión, para despedirse.

Le dijimos un último adiós a Natalie y entonces Greta comenzó a conducir hacia el camino que llevaba a la puerta de la propiedad.

—¿A que no era para tanto? —me preguntó, mirándome de reojo.

—No. Tenías razón —sonreí—. Estoy muy contenta y me voy con una sensación muy agradable.

—Me alegro. —Asintió, sonriendo también—. Creo que hoy hemos comenzado algo mucho más importante e interesante que el trabajo. ¿No te parece?

—Sí. Tengo la misma sensación.

Capítulo 11



Apagué las luces de la tienda y me dirigí hacia la puerta.

Para ser la una y diez de la tarde del sábado, estaba muy cansada.

La semana había sido agotadora, por todas las horas que había trabajado. Demasiadas, porque quise llegar a todo yo sola y el resultado lo tenía encima. Iba casi arrastrando los pies, ya que me fallaban las fuerzas.

Mi cuerpo sabía muy bien que ya podía relajarse, que estaba a punto de tener un descanso largo. Un día y medio hasta el lunes ya era mucho.

El miércoles comencé a notar esta debilidad o bajón de energías y cada día había ido a peor. Fue el mismo día que volví a quedar con Greta, justo después de regresar a la floristería y de despedirme de ella hasta la próxima vez.

No le había contado a nadie de mi alrededor cómo me sentía porque sabía cómo se pondrían. Aunque tampoco era que hiciera falta que les dijera a los que me conocían bien el cansancio que llevaba encima.

Solo había que mirarme a la cara. Se me notaba por lo poco que estaba durmiendo por las noches. A pesar de la necesidad que sentía por descansar, había empezado a costarme conciliar el sueño. Tenía muchas cosas en la cabeza y, en cuanto me tumbaba en la cama, me asaltaban todas de golpe.

Durante la semana, convertí en una rutina salir muy tarde de la floristería, al igual que estar en ella al día siguiente, desde bien temprano. Fueron varios los días que me fui de noche.

El problema, o no, fue aceptar varios encargos grandecitos. Estos se me acumularon porque el día de entrega para todos fue ayer, con poco tiempo de diferencia entre ellos.

A pesar de lo cuesta arriba que se me había hecho la semana, me sentía orgullosa de lo que había conseguido. A sumar a todo lo anterior, el miércoles, como ya había comentado, volví a ver a Greta.

Fuimos de nuevo a la mansión, pero esta vez Natalie no se encontraba en ella. De hecho, solo vimos a un hombre de los que trabajaban en la vivienda. Él fue quien nos recibió. Después, Greta y yo nos movimos con total libertad por las estancias que yo debía adornar con flores.

Tomé medidas, hice todos los cálculos que necesitaba en base al espacio y, cuando tuve claro todo lo del interior de la mansión, nos fuimos porque en el jardín todavía no habían comenzado a montar nada.

Igualmente, podía hacerme una buena idea, ya que Natalie me detalló cómo iban a ir las mesas en la celebración. Tanto la de los novios como las del resto de los invitados.

El montaje de todo iban a hacerlo con mucha antelación, ya que, una vez que lo finalizaran, ocuparía una buena parte del jardín con decoraciones personalizadas.

Mi encuentro con Greta fue tan bueno como la primera vez y ambas quedamos igual de encantadas.

Me obligué a dejar de pensar en el trabajo, fuera del tipo que fuera, y en todo lo relacionado con él. Necesitaba con urgencia bajar el ritmo, hasta de mi cabeza. Estaba deseando no hacer absolutamente nada y olvidarme de todo.

Ese momento por fin había llegado. Nunca había tenido tantas ganas de llegar a mi piso, comer algo rápido y echarme en la cama a dormir una siesta, sabiendo que después no tenía obligaciones que atender.

Ya había avisado a mis amigas de que esta noche no contaran conmigo porque no iba a salir de mi piso. Me había adelantado a cuando me despertara de la siesta, aturdida y todavía cansada, porque no la alargaría mucho para poder dormir bien por la noche.

Aunque si me lo proponía, estaba convencida de que podría dormir hasta el día siguiente, sin interrupciones. Al menos era la sensación que tenía, por la pesadez del cuerpo.

Eché un último vistazo a la tienda, asegurándome de que todo se quedaba bien hasta el lunes, y abrí la puerta de la floristería. Justo cuando lo hice, me llevé un buen sobresalto.

Me encontré de cara, a muy poca distancia, con el cliente trajeado que venía siempre a por su ramo. Varias veces a la semana.

Solté un pequeño jadeo por la impresión, al encontrármelo de golpe, ya que no esperaba darme de frente con nadie. Y también, por el susto tonto que me llevé.

Sinceramente, ya no esperaba ver a nadie en la floristería, pero muchísimo menos a él. Y, por supuesto, aún menos esperaba encontrármelo parado al otro lado de la puerta como si fuera una estatua, mientras me observaba tan serio como siempre.

Este hombre únicamente se pasaba por aquí de lunes a viernes, nunca los fines de semana.

Esa era una primera vez excepcional, con la que se había saltado su rutina. La segunda, fue verlo vestido sin el traje de chaqueta. Poco a poco fui recomponiéndome de la impresión, por las vistas inesperadas.

El cambio no era para menos. Llevaba una camiseta de manga corta y un pantalón largo de lino que terminaba en unas zapatillas casuales.

Casuales, que quedaban fuera de mi presupuesto. Imaginaba que todo lo que llevaba encima sería de marca o de diseñador. Tal vez hecho a medida. Qué sabía yo.

Sí, sí sabía algo: lo bien que le quedaba a su cuerpo la camiseta y el pantalón, y la manera en la que se amoldaban a ciertas partes de él. A pesar de que todo lo que se ponía le quedaba perfecto, esta imagen de él era muchísimo peor que la de los trajes a los que me tenía acostumbrada.

Además, con su aire informal, llevaba el pelo un poco revuelto. Como si se lo hubiera despeinado a propósito porque, independientemente de su apariencia, la que ya había dejado claro que era perfecta, pues a pesar del efecto despeinado que daba su pelo, se notaba que cada mechón estaba muy bien colocado en su desorden.

Le sentaba demasiado bien todo.

—¿Estás cerrando?

Su voz fuerte, con ese toque especial y diferente que había notado en las veces anteriores y que me llamaba tanto la atención, me hizo aterrizar de golpe en la tierra.

Me sacó del aturdimiento y busqué su mirada. Joder, hasta sus ojos me parecían diferentes hoy.

—Eh… Sí. Voy a cerrar —conseguí contestarle.

Carraspeé para aclararme la voz.

—Faltan unos minutos. Pensaba que llegaba a tiempo —dijo.

Miró a un lado de la puerta, a la placa donde ponía el horario.

—Ya. Es que este sábado he decidido cerrar un poco antes de la hora.

Nos quedamos observándonos en silencio y pensé que podía quedarme así durante infinidad de tiempo. Mientras me mantenía pendiente de él, no me acordé del malestar que me acompañaba desde hacía días.

El único motivo por el que hice el siguiente comentario fue porque era uno de mis mejores clientes. Uno que nunca fallaba.

Solté un suspiro.

—No puedo prepararte un ramo ahora, pero en la cámara de refrigeración he guardado varios que puede que te gusten.

Frunció ligeramente el ceño.

Su expresión me sorprendió porque… ¿No le parecía bien mi ofrecimiento? Estuve a punto de hacerle un comentario al respecto, como que podía simplemente haberlo echado de aquí con las manos vacías, pero…

—¿Te encuentras bien?

Su pregunta me desconcertó y me dejó sin saber qué decir.

—¿Eh?

—¿Estás enferma? —insistió.

—No —contesté.

De repente sentí mucho calor en la cara y lo lamenté porque me puse en evidencia al ruborizarme.

—Estoy bien —añadí rápido.

—Pues no lo parece.

Ladeó un poco la cabeza, sin apartar los ojos de los míos.

—Solo estoy cansada y con muchas ganas de terminar la semana de trabajo. Por eso he decidido irme un poco antes —le aclaré.

No tenía por qué, pero la preocupación que estaba mostrando me pareció tan auténtica que tocó algo en mi interior. Me agradó mucho y me hizo sentirme muy bien, de manera que le di esa pequeñita parte de mí, con una versión muy suavizada de la realidad de lo que me sucedía.

—Entonces es mejor que regrese la semana que viene —volvió a hablar, con un carraspeo.

Yo no daba mucho más de mí. No estaba para captar rápido ciertos detalles, por lo que me costó darme cuenta. Me refería a que hasta ese momento no caí en que estaba teniendo otra primera vez con él, la tercera. Estábamos manteniendo una conversación.

Cuando les contara a Taylor y a Cata que había conseguido hacerlo hablar más que unas pocas palabras sueltas…

—No quiero dejarte sin la opción de un ramo —le dije—. De verdad, puede que los que te enseñe no sean del todo como el que venías a buscar, pero están frescos de hoy y alguno puede encajarte en lo más parecido que tuvieras pensado. Y si no, pues al menos por mi parte lo habré intentado con lo que tengo para ofrecerte —insistí con lo mismo.

—Está bien. Enséñame cómo son esos ramos.

Algo debió de ver en mí para aceptar tan rápido. Otra cosa más a sumar que no me esperaba de él, ya que me sorprendió gratamente.

—Claro —hablé en un tono más bajo.

Antes de que me diera tiempo a apartarme para dejarlo pasar, él levantó un brazo y apoyó la mano en la puerta, por encima de mi cabeza. La empujó para abrirla un poco más y, al hacerlo, dio un paso hacia mí.

Se quedó tan cerca que tuve que levantar la cabeza para seguir mirándolo a la cara. Él no hizo ni dijo nada, solo esperó observándome también.

Me costó muchísimo reaccionar. Su proximidad me paralizó, al igual que lo bien que olía.

Me concentré en moverme. Cuando lo logré, le di la espalda rápido para que no notara que las mejillas habían comenzado a arderme. ¿Qué me pasaba con este hombre? En la vida había actuado de esta manera con ningún otro, por mucho que me hubiera gustado o atraído.

No lo comprendía, pero me desestabilizaba demasiado y me daba rabia porque él no hacía nada para conseguirlo. Y eso era lo peor, porque era un gran problema mío.

Hice una respiración profunda cuando escuché la puerta de la floristería cerrarse detrás de mí. No solo la encajó, sino que se encargó de cerrarla con llave. En cualquier otro momento o circunstancia, eso hubiera hecho saltar todas mis alarmas y me habría cabreado, pero no fue lo que sucedió con él.

—Si te parece bien acompañarme a la cámara de refrigeración… Así no tengo que sacar los ramos —comenté.

No me paré ni me giré al hablar.

—Está bien —aceptó con voz calmada.

Continué recorriendo el interior de la tienda, siendo muy consciente de su presencia a mi espalda. Me siguió en silencio.

Capítulo 12



—Por aquí —le dije.

Abrí la puerta de la cámara de refrigeración y me quedé parada pegada a ella, para que él pasara.

—Será rápido —comenté—. Lo digo por el fresco —aclaré.

—Ahora mismo lo agradezco.

—Sí —sonreí—. Por un rato se está bien porque… ¡¡Oh, mierda!! —exclamé con un jadeo—. No me lo puedo creer. ¡Seré idiota! —susurré.

Los nervios se me dispararon, mientras ambos nos quedábamos como dos tontos mirando la puerta cerrada de la cámara de refrigeración.

—Lo siento —me disculpé, tragando saliva—. Yo…

—No vuelvas a insultarte —dijo interrumpiéndome.

Di un pequeño respingo. Este fue tan leve que a él le habría pasado desapercibido si no hubiéramos estado tan cerca el uno del otro. Pero no fue así.

Se giró hacia mí.

Mi reacción no se debió a que me interrumpiera. La culpable fue su voz, o más bien el tono diferente que utilizó y la forma tan marcada con la que habló. Lo que me dijo no sonó a petición, sino a exigencia.

Fue como una orden dicha desde una serenidad que me puso más nerviosa, ya que en ella había mucha seriedad y bastante rotundidad. Me hizo perder el hilo de lo que iba a decir.

Me froté los brazos con energía cuando la piel se me erizó, lo que no tuvo nada que ver con la temperatura a la que estábamos.

Me costó aclarar la mente, mientras nuestros ojos no se apartaban de los del otro. Por suerte, el frío de la cámara, el que comencé a notar con más intensidad, me hizo espabilarme y salir del aturdimiento.

Volví a hablar, pero no le dije nada sobre su petición u orden. Pasé por alto sus últimas palabras.

—Es la segunda vez que me pasa esto —dije con un suspiro—, pero… ¡Joder! La anterior fue porque acababan de traer la cámara y cerré por… Pues yo qué sé. Fue de esas cosas que haces como acto reflejo. No me di cuenta.

Sentí rabia por lo poco y lenta que me funcionaba la cabeza. El gran cansancio que había acumulado era la causa de lo que había sucedido.

—En esa ocasión estaba conmigo el chico que acababa de instalar la cámara. Nos quedamos atrapados dentro porque entramos para que me explicara las pocas cosas que necesitaba saber. Pero ahora…

—Ahora lo has hecho por lo mismo —habló él, sin alterarse—. Has cerrado sin darte cuenta.

Dada la situación, su calma y comprensión me sorprendieron.

—Es eso, o solo se me ocurre otra posibilidad por la que nos has dejado encerrados aquí dentro —continuó hablando.

—¿Cómo? —le pregunté en voz baja.

Agrandé los ojos porque no tenía ni idea por dónde iba a salir con su siguiente comentario. Yo cada vez estaba más nerviosa.

No me equivoqué para que mis nervios se dispararan…

—Está la posibilidad que has dicho, que hayas vuelto a cerrar la puerta como un acto reflejo. Lo que podría haberme pasado a mí también —comentó.

En ningún momento varió su tranquilidad habitual.

—Sin embargo, también me viene a la cabeza otro posible motivo. Aunque este es arriesgado.

—¿Qué quieres decir? ¿En qué estás pensando? —le pregunté con curiosidad.

—Se me ocurre imaginar que querías alargar el tiempo para estar conmigo y qué mejor manera para hacerlo que dejándonos aquí por un tiempo.

—¡¿Cómo?! ¡¿Qué dices?! —grité con voz ahogada y acelerada.

A continuación, solté una fuerte carcajada. Ya no estaba nerviosa, sino histérica. Al menos durante los largos segundos que me entró de todo por el cuerpo. Sobre todo, sentí mucha vergüenza porque él pensara en esa posibilidad.

—¡No! —dije rápido y entre risas.

—¿Estás segura?

Elevé las cejas.

—Por supuesto —contesté intentando sonar lo más segura posible, sin perderlo de vista—. Lo que has dicho sería imposible.

Me imitó y arqueó las cejas.

—Perdón —me disculpé rápido—. No era mi intención que sonara como… quiero decir… A ver, eres un hombre muy atractivo y guapo para cualquiera que te mire. Eso es evidente y debes saberlo de sobra, pero… mierda.

Cerré los ojos, presionándome el puente de la nariz. No quise ver su expresión, por lo que me giré un poco para no encontrarme con su mirada.

Él debía estar pensando que, con mi intento de aclaración, acababa de darle la razón a la última posibilidad que había dicho. Una aclaración en la que los nervios me habían traicionado soltándome la lengua, ya que le había dicho directamente que me parecía atractivo y guapo.

Estupendo, vas de mal en peor, me dije.

—Bueno… —Carraspeé—. No pasa nada —suspiré—. La puerta… —Bajé la mirada al reloj de pulsera—. Deben quedar pocos minutos para que pueda abrirse. Necesita un tiempo.

—Lo imagino —dijo con una voz tan fría como la temperatura que hacía.

Hice un gran esfuerzo para que no me afectara el cambio que dio, así como también me esforcé para no preguntarle el motivo real por el que lo había dado. Por lo visto, no se había sentido halagado por mis palabras.

Por una parte, podía llegar a entenderlo y me parecía normal. No creía que fuera la primera vez que él escuchaba lo que yo le había dicho, e incluso me lo imaginé cansado por ello. También daba por hecho que se acercarían a él con propósitos muy claros.

Por todo ello me alejé, ya que no quería que se sintiera presionado por mí de ninguna manera. No era mi intención y aproveché bien el tiempo, porque no nos quedaba más remedio que pasarlo dentro de la cámara.

No hice el intento de abrir la puerta, ni siquiera me acerqué a ella. Sabía perfectamente que era imposible abrirla hasta pasado el tiempo que me dijo el chico que la montó. Me lo remarcó mucho en su momento, para que no perdiera la calma si me quedaba encerrada y me encontraba sola en la floristería.

—Estos son los ramos —le dije.

Me quedé de cara a las flores, por lo que continué dándole la espalda.

Contuve la respiración cuando, sin esperármelo porque no lo escuché acercarse, pasó un brazo muy cerca del mío. Fue muy breve, pero me rozó por lo cerca que estábamos. No me moví.

Dirigió la mano hacia uno de los ramos y comenzó a acariciar despacio una de las rosas que más destacaban. Seguí el movimiento de sus dedos al hacerlo.

¿Algo tan simple podía convertirse, al mismo tiempo, en algo impactante, atrayente y sensual? Él lo hizo posible, con su insignificante movimiento de dedos.

Su presencia a mi espalda me calentó un poco, rodeada de toda la frialdad de la cámara.

—¿Te ha gustado ese? —le pregunté hablando bajo.

—Puede ser.

—Si quieres…

Agrandé los ojos cuando se acercó más a mí, tanto que su pecho tocó mi espalda. Por suerte, él no pudo ver mi expresión.

—¿Qué ibas a decir?

Tragué saliva y cogí carrerilla al hablar.

—Que… que si quieres puedo sacar el ramo. Así lo tienes en las manos y lo aprecias mejor.

—Desde aquí lo veo perfectamente. Gracias.

—De nada —susurré.

Seguí de reojo el movimiento de su otro brazo, el que me pilló por sorpresa. La respiración se me atascó cuando hizo lo mismo que con el otro. Me quedé atrapada por su cuerpo a la espalda, por sus brazos a ambos lados y por los ramos delante.

No me atreví a hablar ni a romper el momento. Lo que sí hice fue respirar, pero para mi vergüenza de manera entrecortada.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Fue demasiado evidente.

—Sí —respondí rápido.

—No lo parece.

—No puedes verme.

—Pero sí sentirte.

Dejé salir el aire de golpe, antes de atreverme a levantar la cabeza mientras la giraba ligeramente hacia atrás. Lo hice lo justo y necesario para poder verle la cara, lo que fue un grandísimo error porque me encontré con la suya a muy poca distancia.

Él también había movido su cabeza, anticipándose a lo que yo iba a hacer.

—Estoy bien —conseguí decir.

No supe cómo, pero la voz me salió.

Él no dijo nada. Se quedó observándome serio, mientras recorría despacio mis facciones con la vista.

—Si has notado algo, es por la temperatura más baja. Un rato se agradece, pero tanto…

—Claro. Es por la temperatura —repitió.

Tensó los labios en una pequeña sonrisa.

—Sí —murmuré.

—Eimy…

Me asombró que me llamara por mi nombre. Era otra primera vez para sumar a las demás.

En una de las ocasiones en las que vino a la floristería, escuchó mi nombre de boca de una clienta que se despedía de mí justo en el instante en el que él se paró junto al mostrador. Por eso sabía cómo me llamaba, pero hasta este momento no se había dirigido a mí de una manera tan personal.

Lo mismo sucedía de mí hacia él. Me refería a que yo también sabía cuál era su nombre, por la tarjeta del banco con la que pagaba. La mayoría de las veces no prestaba atención a ese detalle, pero con él tuve el impulso de hacerlo, para saber algo más de él.

Siempre que me daba la tarjeta para pagar, leía su nombre disimuladamente antes de utilizarla.

De manera que no me lo pensé cuando me dirigí a él de la misma manera…

—Dime, Ander.

Capítulo 13



Ander

Al escucharla pronunciar mi nombre, mis labios se curvaron en una pequeña sonrisa.

Fue muy sutil, tanto que ella no se dio cuenta. Aunque era normal, ya que no apartó los ojos de los míos.

—Tiemblas —le dije, cuando dejé la vista fija en sus ojos.

—No… Yo… Un poco —suspiró.

Incliné la cabeza más hacia ella, hasta que nuestras narices se quedaron a pocos centímetros de separación. Me mantuve en esa posición durante unos segundos, sin notar su respiración.

Para que cogiera el aire que necesitaba, me moví un poco y continué bajando, hasta que mis labios quedaron muy cerca de su oreja. Ella hizo una respiración profunda.

—Nadie te ha dicho que no está bien mentir —le susurré al oído.

Se tensó ligeramente

—He rectificado al decir que estoy temblando un poco.

—Porque no podías negarlo. Estamos en contacto y es evidente. En cambio, has mentido sobre tu reacción anterior.

Me separé de ella, para mirarla a la cara. Me puse recto para darle un buen respiro, pero no aparté la vista de sus ojos.

—No has sido sincera. Solo admítelo.

Frunció ligeramente el ceño y contuve el impulso de sonreír y de acariciarle las finas arrugas que se le habían formado por el gesto.

—Lo admito —dijo.

No me esperaba que retrocediera y admitiera lo que le estaba pidiendo. Nos quedamos mirándonos fijamente a los ojos durante un buen rato. Al menos me lo pareció, hasta que ella rompió el momento.

—Debemos salir ya —añadió, hablando más bajo.

—Sí —estuve de acuerdo.

No esperé a que me preguntara si me gustaba alguno de los ramos por los que habíamos terminado en la cámara de refrigeración, ni tampoco esperé a escuchar de ella si quería llevarme alguno.

Me incliné hacia un lado de su cuerpo para coger el ramo del que había acariciado una rosa, bajo su atenta mirada.

—Me llevo este —le dije, acabando con este momento.

Dirigió la vista al ramo que ya sujetaba en una mano y después volvió a buscar mis ojos. Terminó asintiendo.

Pasó por mi lado, yendo hacia la puerta de la cámara. La seguí de cerca, pensando en el bofetón que nos iba a dar el cambio de temperatura, una vez estuviéramos fuera.

Eimy agarró con ambas manos la palanca de apertura. La bajó y después tiró de ella hacia su cuerpo. La puerta de la cámara se abrió sin problema, dándonos paso.

Como ya esperaba, el cambio del frío al calor fue chocante.

—Joder —susurró ella, agobiada de repente.

La miré fijamente, antes y mientras cerraba la puerta de la cámara. Una vez la dejó asegurada, volví a seguirla por la floristería. Cuando llegamos al mostrador en el que atendía a los clientes, yo me puse en el lado de fuera y ella ocupó su sitio al otro. Como siempre.

Se sentó en la silla y sacó una libreta, de la que pasó varias páginas hasta que encontró la que buscaba. Dejó la libreta abierta, con un bolígrafo encima, y levantó la cabeza hacia mí.

—No voy a cobrártelo —me dijo, sorprendiéndome—. Solo voy a anotarlo. Puedes irte cuando quieras.

—¿Cómo que no?

—Eres un buen cliente. Vienes cada semana, varias veces y sin fallar ninguna. Siempre te llevas ramos bastante más caros que el que tienes en las manos y ese —lo señaló— no es a tu gusto, sino elegido porque no tenías muchas más opciones.

Se encogió de hombros.

Bajó la cabeza para mirar la libreta y cogió el bolígrafo. Escribió varias cosas y, al terminar, cerró la libreta para colocarla a un lado que no era visible. Se levantó de la silla soltando el bolígrafo.

—Si no me lo cobras, no me lo llevo —le dije.

Suspiró y arqueé una ceja.

—Ander, acepta el detalle, el regalo, o como quieras llamarlo —habló con voz cansada—. Te lo pido, por favor, lo hago de corazón.

Analicé con más detenimiento su cara. Se la veía más agotada que cuando llegué. Las ojeras delataban cómo se encontraba y, a sumarle a ellas, estaba que parecía que en cualquier momento se caería al suelo.

Dentro de la cámara de refrigeración había sido diferente. Allí debía haber gastado las pocas energías que le quedaban.

—Un regalo —dije, mirando el ramo.

—Eso es.

Eimy rodeó el mostrador y se paró a mi lado.

—No es que quiera echarte, pero te agradecería que nos fuéramos. Estoy deseando olvidarme de la floristería hasta el lunes.

Busqué sus ojos y asentí.

—Gracias.

—No hay de qué —sonrió.

Fijé la mirada en su boca y después la regresé a sus ojos.

Eimy no me dio tiempo a decir nada, comenzó a caminar hacia la puerta. Viéndola de espaldas, sacudí la cabeza antes de ir detrás de ella.

Una vez estuvimos en la calle, esperé a que cerrara con llave la puerta de la tienda y entonces la aparté a un lado delicadamente. Ignoré su mirada de sorpresa cuando vio que iba a encargarme de la persiana.

La bajé y, de cuclillas frente al candado, alargué la mano para que sujetara el ramo. Cuando lo hizo, esperé con la palma hacia arriba para que me diera la llave correcta para cerrarlo. En cuanto lo bloqueé, me incorporé despacio.

—¿Vienen a buscarte? —le pregunté, frente a ella.

—No. Me voy ya a mi piso y, sinceramente, en bastantes horas no quiero saber nada de nadie —sonrió.

—Haces bien. Se te ve cansada.

—Ya… —suspiró—. Gracias, Ander.

—Gracias a ti, Eimy.

Me devolvió el ramo y yo hice lo mismo con las llaves, aunque cuando las agarró, yo no las solté. Nos quedamos sujetándolas por un extremo cada uno.

Eimy buscó mi mirada.

—No puedes llevarte tan al límite.

Mi voz sonó tranquila, pero con fuerza y determinación.

—Pones en juego tu salud —añadí.

—Ha… ha sido esta semana. La que viene será más normal de trabajo —susurró—. Gracias por tu preocupación.

Tiró de las llaves y permití que se hiciera con ellas. Metí en el bolsillo del pantalón la mano libre, antes de inclinarme un poco hacia ella.

—No me des las gracias por eso —le dejé claro—. ¿De acuerdo?

Asintió en silencio.

—Vete ya —le pedí, mientras me incorporaba para volver a estar recto frente a ella.

—Espero que a quien le des el ramo le guste y se ponga contenta —sonrió.

—Me voy contento con mi regalo. Así que sí, gustará.

Su sonrisa se amplió y dio un paso atrás, alejándose de mí.

—Que tengas buen fin de semana, Ander —me deseó.

—Igualmente, Eimy. Sobre todo, cuídate.

—Sí.

Levantó una mano hacia mí, a modo de despedida, y asentí a su gesto dándole la mía.

Eimy se giró. Me dio la espalda y, para mi sorpresa, no fue muy lejos. Se dirigió al estacionamiento de motos que había enfrente y se paró junto a una.

Fruncí el ceño, mientras la observaba moverse. Sacó el casco, se lo puso, se montó y miró hacia mí, mientras arrancaba la moto.

Di un paso hacia ella para decirle que, como se encontraba, no era seguro que utilizara ese medio de transporte, pero no me dio tiempo a abrir la boca ni a acercarme más, cuando Eimy salió del estacionamiento y se incorporó a la carretera.

—Mierda… —murmuré.

La seguí con la mirada hasta que la perdí de vista y no me moví hasta que el sonido de una llamada de mi móvil me distrajo.

Saqué el teléfono de un bolsillo y me puse a caminar por la acera, yendo hacia donde dejé el coche estacionado.

—Hola, tío —me saludó mi amigo Quinn, en cuanto descolgué su llamada.

—Hola.

—¿Qué haces?

—Ahora mismo voy hacia el coche para irme a casa —le contesté.

—Pensaba que estarías en ella cómodo y a punto de comer.

—Dentro de poco. En unos minutos.

—Pues he llegado antes que tú —dijo con diversión.

—¿Estás en mi casa? —me extrañó—. No me dijiste nada ayer.

—Es que se me ha ocurrido hace un rato y me he dicho: ve a darle una sorpresa a tu gran amigo —rio—. Estoy frente a la puerta, dentro del coche.

—Si has llegado con la comida, le digo a Mairi que no te eche.

Soltó una carcajada y sonreí de medio lado.

—Entonces tenemos las puertas abiertas de tu casa, de par en par.

—¿Tenemos?

Me paré frente a mi coche y, antes de abrir, dirigí la mirada hacia donde Eimy había desaparecido con la moto. Fue inevitable que volviera a pensar que no debería haberse ido en ese medio de transporte.

Sacudí la cabeza, abrí el coche y me monté.

—Leo y yo. Tus adorables amigos —me contestó Quinn.

—Adorables cuando queréis.

—Por supuesto. Aprendimos del mejor, de ti —rio.

Sonreí de medio lado mientras arrancaba el motor. La voz de mi amigo sonó a través de los altavoces.

—¿Qué habéis planeado? —le pregunté.

—Hace unas horas llamé a Mairi, para decirle que hoy descansara de hacer la comida. Le conté que Leo y yo la pediríamos a un restaurante y le pareció una idea genial. Tú habías salido, pero pensaba que ya estarías de vuelta.

—He pasado un momento por la empresa y me he retrasado.

—En sábado…

—Sí, en sábado —repetí—. Voy para allí.

—Leo acaba de llegar. Está estacionando.

—De acuerdo. Hasta ahora.

—Salgo del coche.

Colgamos la llamada y salí del estacionamiento, mientras miraba de vez en cuando, de reojo, hacia el ramo de flores que reposaba en el asiento del copiloto.

En esta ocasión lo había comprado para Mairi, ya que le encantaba y le hacía mucha ilusión. Sonreí pensando en que durante unos días me mimaría preparándome mi comida favorita y los dulces que más me gustaban. Aunque estos últimos los tomaba de tanto en tanto.

Capítulo 14



Eimy

Me levanté de la cama más dormida que despierta, desorientada.

El timbre del piso volvió a sonar y solté un bufido, mientras iba todo lo rápido que podía hacia la puerta principal.

Quien fuera, acababa de despertarme de la siesta, por lo que no tenía ni idea de qué hora era. Esperaba que al menos llevara un buen rato durmiendo, porque si no…

Giré la llave en la cerradura y abrí la puerta de un tirón, entre cabreada y dormida.

—¿Qué hacéis aquí? —les pregunté a mis amigas, sorprendida.

—¡Sorpresa! —exclamó Cata.

Después de hablar, se lanzó a mi cuello para abrazarme. Le correspondí como mejor pude, lo mismo que hice con Taylor, quien no dejó de observarme sonriendo.

Entraron en mi piso y me las quedé mirando, apoyada con la espalda en la puerta que cerré.

—Por tu aspecto te hemos despertado —dijo Taylor, acertando.

—Está clarísimo —rio Cata—. Solo hay que verle los pelos.

—Cualquiera de las dos nos despertamos mucho mejor que tú —le dijo Taylor, picándola.

—¿Qué hora es? —pregunté, interrumpiéndolas.

Caminé con pesadez hacia el sofá, donde se habían sentado, y me dejé caer en un lateral.

—Las siete y media —me contestó Taylor.

Agrandé los ojos y entreabrí los labios.

—Madre mía… No me he despertado con la alarma —me lamenté.

—Es evidente —me sonrió Cata—. ¿A qué hora la habías puesto?

—Hace una hora —respondí con una mueca.

—Pues menos mal que hemos venido —dijo Taylor, observándome con más atención—. Tienes mejor cara.

—Gracias —sonreí—. He dormido muy a gusto y bastante.

—Pero aún no has recuperado del todo la energía —habló Cata.

—Me queda mañana para no hacer nada —les dije con un guiño.

—Venimos para cenar juntas —comentó Taylor.

—Lo siento, chicas. No he cambiado de opinión. No voy a salir.

—Contábamos con eso, de manera que vamos a pedir la cena para que nos la traigan pronto y así cenamos juntas, pero cómodas. Y tú en pijama.

—No nos iremos tarde —añadió Cata.

—No puedes decir que no. —Me hizo un guiño Taylor—. Para las ocho y media, si quieres, pedimos la cena. O antes. Una cenita tranquila en el sofá.

—Me gusta el plan —les dije, sonriendo.

—Estupendo —habló Cata, dando una palmada—. ¿Qué comida os apetece? Para tenerlo claro cuando llegue el momento.

—A mí me da igual —hablé encogiéndome de hombros.

—Todavía estás dormida —dijo riendo Taylor—. Yo voto por comida japonesa.

Cata y yo nos miramos y asentimos sonriendo.

—Pues decidido. En media hora llamo al japonés —comentó Cata—. ¿O has merendado y quieres que sea para más tarde? —me preguntó a mí.

—Llevo durmiendo desde que me acosté después de comer —le contesté.

Negué con la cabeza y mi amiga silbó, por las horas que había dormido.

—En media hora está bien —comentó Taylor.

Se levantó del sofá.

—¿Un refresco? —se dirigió a mí.

—Vale.

En este instante, recién despertada, no me entraba nada con alcohol. Esa sería la elección de mis amigas, y no me equivoqué.

—Para nosotras, cerveza —dijo Cata.

—Correcto, amiga —rio Taylor.

Se fue hacia la cocina a por las bebidas.

—¿Cómo te encuentras? —quiso saber Cata.

—Más descansada, pero a la vez siento que necesito más.

—Normal. La próxima vez que no salgas a la hora del cierre de la floristería, por las tardes, te aseguro que apareceré y te sacaré a rastras de los pelos —comentó Taylor.

Volvió con dos botellines de cerveza y una lata de refresco. Me ofreció la última y a Cata un botellín. El otro se lo quedó ella, mientras colocaba un mantel pequeño en la mesa baja de enfrente del sofá.

Volvió a sentarse en su sitio, en medio, entre Cata y yo.

—No puedes continuar con el ritmo que has llevado esta semana —insistió.

Le dio un sorbo a su cerveza, mirándome.

—Tiene razón, Eimy —me dijo Cata.

—Lo sé. Tranquilas —les sonreí—. A partir del lunes vuelvo a los horarios normales.

—Pero no se te ocurra aceptar otra vez varios trabajos tan grandes juntos, como has hecho esta semana. Es una locura —insistió Taylor.

—Lo pensaré bien si me llega la oportunidad, para organizarlo con tiempo.

—Es un buen comienzo —comentó Cata, sonriendo.

Le hice un guiño.

—Sí. La semana que viene estaré contigo en la floristería el lunes, el miércoles y el viernes. ¿Qué te parece?

—Que te lo estás tomando como una obligación y no es tu responsabilidad —le contesté a Taylor.

—Voy porque quiero estar contigo y no tengo nada más importante que hacer.

Se encogió de hombros.

—Déjala, mientras está en la floristería no deja temblando la tarjeta —rio Cata.

—Mira qué graciosa… —Se quejó Taylor.

—Estar en la floristería no la frena —hablé—. El último día que estuvo de esta semana, el jueves, se compró un bolso del que no quieres saber el precio.

Taylor y yo reímos, recordando el momento.

—¿En serio? —se sorprendió Cata—. ¿Qué bolso te has comprado? —le preguntó a Taylor con interés y volvimos a reír, las tres.

Desconecté por un instante de la conversación. Bebí un sorbo de refresco, dejé la lata sobre el mantel, y apoyé la cabeza en el respaldo. Flexioné las piernas sobre el asiento del sofá y me las rodeé con los brazos.

Cuando mis amigas reían por no sé qué comentario sobre bolsos, dije algo que captó la atención de ambas. Y de qué manera… Ya sabía que sería así.

—Esta mañana ha estado en la floristería el cliente fijo trajeado.

Lo dije de esa manera para que supieran rápido de quién hablaba y lo conseguí porque se quedaron calladas de golpe. Se giraron hacia mí, pero yo no me moví de la postura cómoda que había encontrado.

Solté un suspiro y sonreí, recordando cómo se dio todo entre nosotros.

Había pensado bastante en ello. Durante el trayecto en moto hasta mi piso y en el tiempo que estuve despierta, antes de echarme en la cama a dormir la siesta.

Todavía me parecían increíbles ciertas cosas y no entendía algunos de los comportamientos y actitudes de ese hombre, pero todo había sido muy real. Demasiado.

—Vaya… en sábado —comentó Cata—. ¿Y estaba tan atractivo como siempre?

Bebió de su cerveza y dejó el botellín en el mantel.

—Sí. Se ha saltado la norma de ir a la floristería entre semana. Y alguna más —dije, con un carraspeo

—Ya estás tardando en contarnos cuáles más —intervino Taylor.

Las puse al día de todo. Desde el instante en el que decidí irme antes de la floristería, hasta mi despedida del cliente en la calle, cerca de mi moto. No me dejé ningún detalle, ni siquiera la forma en la que iba vestido.

Me escucharon con la boca abierta, sobre todo, cuando llegué a la parte de que nos quedamos encerrados en la cámara de refrigeración y les conté todo lo que sucedió dentro de ella.

Tal vez podía verse como algo insignificante, pero para mí no lo fue. Ni los roces de nuestros cuerpos, ni los susurros de su voz en mi oído, ni su cercanía y preocupación, ni la forma en la que me había mirado y ayudado. No. Para mí había sido importante cada detalle de él.

—Joder —dijo Cata—. Qué fuerte, ¿no?

—Tampoco ha sido para tanto… —Quise quitarle importancia hacia mis amigas.

Una cosa era lo que yo sentía y otra muy diferente era lo que quería que se viera desde fuera. No tenía sentido sacar las cosas de contexto ni extendernos mucho en el tema, ya que, por mucho acercamiento que hubiera habido entre ese hombre y yo, si algo tenía claro, era que él estaba con alguien.

—Pues perdona que te diga, pero por lo que has contado sí que parece que ha sido para tanto —dijo Taylor, con una ceja arqueada—. Al menos mi sensación es que él ha querido tener un acercamiento más íntimo contigo. Por poco que fuera, como para tantear por dónde salías tú.

—Qué va. —Negué con la cabeza.

Taylo elevó las cejas durante unos segundos, pero después las frunció, observándome muy detenidamente.

—¿Qué no nos estás contando? —me preguntó.

—Nada —le contesté riendo—. Todo ha sucedido como os acabo de contar. Ni más ni menos.

Me encogí de hombros.

—¿Entonces por qué te niegas a ver lo que los demás vemos con claridad? —Fue el turno de Cata para preguntar.

—Efectivamente —la apoyó Taylor.

—Es que lo mismo lo he exagerado —dije pensativa.

—¿No acabas de decir que nos lo has contado como ha pasado? —Frunció el ceño Taylor.

—Sí, pero lo mismo yo lo he visto de una manera y en realidad no ha sido para tanto —aclaré.

Hice una mueca.

—Es imposible que un hombre como ese esté libre. Además, la prueba de ello son todos los ramos que se lleva a la semana. Lo que a mí me parece perfecto por mi negocio, así que…

—Así que, mierda —habló Taylor.

—Estoy de acuerdo. —Bufó Cata.

—El caso es que lo he dejado contento al regalarle el ramo y ya está. Espero que sea así y que siga viniendo a la floristería.

—Pues claro que irá. Si encima has hecho una excepción para darle el ramo, en vez de decirle que ya habías cerrado y que no podías atenderlo —comentó Cata.

—Sí —sonreí.

Nos quedamos un rato en silencio, mirándonos de vez en cuando. Mis amigas se descalzaron y se pusieron tan cómodas como yo, con los pies en alto en el sofá.

—¿Llamas ya al restaurante? —le preguntó Taylor a Cata.

—Claro —nos lo confirmó cogiendo el móvil.

Se levantó para hablar un poco alejada de nosotras. Cata sabía de sobra lo que pedíamos siempre, por lo que no tuvimos que hablarlo.

—Sobre ese hombre… —dijo Taylor.

Giró la cabeza hacia mí.

—¿Qué?

—Ten cuidado.

Fruncí ligeramente el ceño.

—Sí. Ten cuidado —repitió, al ver mi expresión—. Es de esos de los que es muy fácil enamorarse y con el nivel que parece tener, y todo lo demás…

—Por Dios, Taylor. Es un cliente y ya está. Hoy ha pasado algo que nos ha acercado un poco más, pero hasta ahí. Me refiero a que, por lo menos, ya nos dirigimos al otro por el nombre.

—Hazme caso: ten cuidado con Ander.

No volví a hablar. Nos quedamos observándonos en silencio y al final terminé asintiendo, dándole la razón.

Capítulo 15



—Buenos días, guapo —saludé a Bruno, mi amigo camarero del bar al que venía muchas veces con mis amigas.

Solo porque Bruno estaba aquí. El bar nos gustaba, pero si no estuviera él trabajando, nos moveríamos por otros más, alternándolos.

Bruno se giró hacia mí, sonriendo.

—Buenos días, preciosa —me saludó y le devolví la sonrisa.

Lanzó a un lado el trapo que tenía en las manos, para apoyarlas en la barra.

—Me alegra verte por aquí. No te esperaba.

—Ya. Yo tampoco pensaba salir del piso, pero al final me he animado. Desde que llegué ayer para comer, no me he movido y he pasado mucho tiempo descansando. Necesitaba estar un rato al aire libre.

—Has hecho muy bien —me dijo con un guiño—. Ve a ocupar una mesa en la terraza. Ahora voy a atenderte.

—¿Puedes tomarte un café rápido conmigo?

—Te permito que me lo robes un tiempo.

Ambos nos giramos hacia Manuel, el dueño del bar. Era muy buen hombre y trataba a todos los que trabajaban para él como si fueran parte de su familia. A Bruno le tenía mucho cariño y se notaba.

Se acercó a nosotros.

—Buenos días, Manuel. Gracias.

—Buenos días, Eimy. No hay de qué. Los clientes están todos servidos, por lo que puedes tomarte ese café tranquilo —se dirigió a Bruno—. Entre los demás nos apañamos con el trabajo.

—Gracias, jefe. Espero que esto no suponga salir más tarde —le dijo él, con diversión.

—No me des ideas, chico —rio Manuel.

Riendo, se alejó de nosotros. Bruno y yo nos miramos sonriendo.

—Elige mesa en la terraza —me pidió de nuevo—. Enseguida voy con los dos cafés con leche. ¿Quieres algo más?

—Más tarde, cuando tengas que volver al trabajo. Ahora no quiero entretenerte más —le dije.

—De acuerdo. —Me hizo un guiño.

Lo dejé preparando los cafés y fui a la terraza sin retrasarme más, ya que no había muchas mesas libres y no quería quedarme sin una. Tuve suerte y ocupé una en una posición que me gustaba.

Bruno no tardó en aparecer con las dos tazas de café.

—Gracias —le dije y me hizo un guiño.

Cuando las dejó en la mesa, me acerqué una para endulzar el café a mi gusto.

—¿Qué tal fue ayer sábado? —me preguntó sentado a mi lado.

—Trabajando y descansando, pero le di más tiempo al descanso.

—Eso está muy bien —sonrió.

—Sí. No te imaginas cómo lo necesitaba —suspiré—. Dormí mucho por la tarde y las chicas vinieron de sorpresa a cenar conmigo. Por ellas me desperté, porque apagué la alarma sin darme cuenta. Cenamos y se fueron temprano, por lo que volví a la cama y, aunque pensaba que me costaría, me dormí muy rápido.

—Y esta mañana te has despertado echándome de menos.

Reí.

—Más o menos —sonreí.

—Elimina ese menos —me pidió con una mueca y volví a reír.

—¿Cómo te fue a ti ayer?

—De maravilla. Era mi día de descanso.

—¡Es verdad! No me acordaba. Si no tenías planes, podrías haberte unido a cenar con nosotras.

—Salí con Raúl y Saúl. Nosotros también estuvimos en plan tranquilo.

—Me alegro —sonreí—. ¿Cómo están? Hace tiempo que no veo a ninguno de los dos.

—Cada uno liado con sus cosas, pero bien.

—Dales recuerdos cuando los veas.

—De tu parte. —Asintió—. Ellos me dirán lo mismo, así que ya sabes…

—Vale —reí.

—Me encanta escucharte más animada. A mitad de semana, cuando hablamos por teléfono, te noté muy decaída. No quise preguntarte en ese momento porque estabas muy liada, pero no me pasó desapercibido.

—He pasado una semana complicada de trabajo y estrés, pero ya está superada. Estoy intentando olvidarla —dije haciéndole un guiño.

—Vale. Captada la indirecta.

Reímos.

—¿Cómo llevas lo de la boda? —se interesó.

—Esperando a que me hagan las primeras entregas de las flores a principios de la semana que viene. Si no fallan, tengo que recibir mañana lunes una parte y el resto entre el martes y el miércoles. Podré trabajar poco a poco, dando forma a todo lo que tengo pensado.

—Estupendo. Seguro que te queda genial todo.

—Gracias. Eso espero —suspiré—. Estoy un poco nerviosa porque es un trabajo muy grande y no quiero fallar en nada.

—No lo harás. Confía en ti, tanto como lo hago yo.

Lo miré agradecida.

—Oye, pero ¿las flores aguantarán hasta la boda? Quedan dos semanas, ¿no?

—Haré que aguanten y se vean relucientes —le contesté con seguridad—. Igualmente, las primeras flores que reciba serán para hacer el montaje de prueba de cada una de las decoraciones. Una vez que los tenga, haré fotos de todo y se lo enviaré a la novia y a la organizadora de la boda. Si le parece bien a la novia, entonces comenzaré a trabajar en serio.

—Guay. —Asintió—. Me encanta ver cómo te cambia la expresión al hablar de esa boda.

—Es que ya no es solo la oportunidad.

—Lo sé —me dijo con un guiño—. Ya me contaste lo bien que te fue con la organizadora y la novia, y que esta última quería que os conocierais más.

—Sí. La novia se llama Natalie y Greta es la organizadora. Ellas son buenas amigas.

—Eso. No me acordaba de los nombres —sonrió.

—Me hace mucha ilusión por varios motivos y ellas entran dentro de esos motivos —le confirmé.

—¿Te das cuenta de que vas a hacerte amiga de la hija de uno de los hombres más ricos del mundo?

—No sé si llegaré a tanto, pero, de todas maneras, no quiero pensar en eso —reí, negando con la cabeza—. A mí me importa Natalie, cómo es ella y lo bien que me ha caído y hemos encajado. Lo demás es un extra que, sinceramente, me da igual.

Me encogí de hombros.

—No esperaba menos de ti.

—Seguramente la semana que viene volvamos a reunirnos las tres.

—Espero que vaya igual de bien.

—Así será —aseguré convencida de ello.

—¿Qué planes tienes para cuando te vayas de aquí?

—Volver al piso en la moto y continuar descansando. No creo que vuelva a salir de allí hasta que no me quede más remedio mañana por la mañana, para ir a trabajar. ¿Y tú? Hoy trabajas hasta el mediodía.

—Sí, y por eso al verte aquí he pensado en invitarte a comer. ¿Te animas? Iría a por ti sobre las dos.

—Cambio de planes —le dije sonriendo—. Acepto. Tengo el resto de la mañana para descansar y después la tarde. Además, tengo que contarte una novedad que me ha pasado con un cliente.

—Genial. —Me hizo un guiño—. Ahora me dejas con la intriga.

—Sí —reí—. La comida la pagamos entre los dos.

—Claro que sí. Bébete el café antes de que se te enfríe más.

Reímos por cómo lo dijo, para que no hablara más.

—Cuando hace calor me gusta frío —sonreí de manera exagerada, después de sacarle la lengua.

Nos bebimos los cafés entre bromas y el momento de que él tuviera que volver al trabajo llegó demasiado pronto.

—¿Una tostada? —me preguntó cuando se levantó de la silla.

—Esta mañana no tengo hambre. Voy a reservarme para el mediodía.

—No sé si eso es bueno o malo para mi cartera.

Reímos.

—Tú has insistido en invitarme, así que… —Sonreí con picardía.

—Te recojo sobre las dos —me dijo sonriendo—. Te enviaré un mensaje cuando salga del trabajo para ir a buscarte.

—Vale. Estaré preparada.

—Vete cuando te canses. El café lo tienes pagado.

—Eres…

Se perdió dentro del local riendo y a mí me dejó sonriendo de oreja a oreja.

No tardé en levantarme e irme de la terraza. Bruno no volvió a salir y, como no quise interrumpir más su trabajo, me fui sin esperar a verlo otra vez.

Di un pequeño paseo por las calles, yendo directa hacia donde estacioné la moto. No la dejé muy lejos, por lo que no me dio tiempo a caminar mucho.

Cuando me monté y arranqué, comencé a circular por las calles con calma. Durante el trayecto hasta mi piso pensé en llamar a mis padres, una vez estuviera en mi edificio. Fue lo que hice en cuanto llegué a mi destino, a la plaza de estacionamiento.

La conversación con mis padres me acompañó mientras recorría el aparcamiento, subía en el ascensor hasta mi planta y durante un breve tiempo dentro del piso. Cuando me despedí de ellos, me dirigí a mi habitación, donde me quité la ropa para ponerme otra más cómoda.

Por el momento ya había hecho más de lo que tenía pensado, por lo que me sentí contenta. Estar con mis amigos me animaba y Bruno era uno de ellos.

Continuaba sin hambre, por lo que decidí ponerme cómoda en el sofá a leer. Este fin de semana no había hecho nada en el piso, más allá de mantenerlo diariamente, pero poco me importó.

Todo continuaría de la misma manera para cuando pudiera tomarme el tiempo suficiente para darle un buen meneo. En este instante podía hacer algo, pero no me dio la gana moverme para eso. Me puse a mí como prioridad y continué descansando el máximo de tiempo posible.

Había recuperado energías. Me notaba con más fuerzas y más animada, pero todavía sentía que me faltaba un poco para llegar a la normalidad a la que estaba acostumbrada.

Capítulo 16



Sonreí al escuchar el sonido de un mensaje. Sabía que era de Bruno, ya que no hacía ni media hora que habíamos hablado.

Metí el móvil en el bolso, me lo colgué, y salí de la habitación, para ir hacia la puerta principal del piso.

Ya estaba preparada para irme a comer con mi amigo.

Había aprovechado la mañana como más me había apetecido, lo que se resumía a leer un rato, hasta que me entró sueño. Cerré los ojos un instante y cuando volví a abrirlos, había pasado una hora y media. Como me desperté con tiempo, decidí darme una ducha rápida antes de arreglarme para salir.

Para aprovechar que iría en el coche de Bruno, me había puesto una falda corta vaquera. Para ir en moto también me ponía ese tipo de faldas, pero muy de tanto en tanto. No terminaba de sentirme cómoda montada en mi moto, ya que me limitaba los movimientos.

En la parte de arriba me había puesto una camiseta de tirantes básica y en los pies llevaba unas sandalias de cuña.

Guardé en el bolso la llave, una vez cerré la puerta, y bajé en el ascensor para encontrarme con mi amigo.

Al salir del edificio, sonreí en cuanto vi su coche parado en doble fila. Me apresuré para llegar rápido hasta él.

—Hola —lo saludé, con alegría.

Me incliné para darle un beso en la mejilla y recibí lo mismo por su parte.

—Hola, preciosa. ¡Qué energía!

—Sienta bien descansar —dije con diversión.

—Eso mismo pienso hacer yo en cuanto entre en mi piso. Voy a olvidarme del mundo entero hasta el martes.

—De eso se trata. —Le hice un guiño—. Bastante nos cansamos en nuestros trabajos y para salir con los amigos siempre hay tiempo.

—Si fuera viernes o sábado tendría que esconderme bien para que Raúl y Saúl no me encontraran, pero siendo domingo estoy salvado.

Reímos.

Se incorporó a la carretera y nos alejamos de la zona en la que yo vivía.

—He reservado en un restaurante que te gustará —me dijo.

Giré la cabeza hacia él.

—No tengo problema con ninguno.

—Lo sé —sonrió de medio lado—. Pero hoy he querido hacerlo un poco más especial.

—¿Qué has planeado? —le pregunté con curiosidad.

—Vamos a celebrar lo bien que te está yendo la floristería y el trabajo de la boda.

Me miró de reojo.

—Para eso me basta con comer un menú de hamburguesa —hablé riendo.

—Y a mí, pero de vez en cuando va bien mimarnos. ¿No?

—¿Qué consideras tú por mimar? Te recuerdo que igual de rápido que he aceptado que me invites a comer, puedo retroceder. No voy a dejar que pagues por…

—Voy a invitarte y punto. No tienes nada más que decir al respecto. Da igual en el restaurante que sea.

—Bruno…

—No voy a darte más datos, quiero que sea una sorpresa —sonrió.

—Ya me la has dado —imité su gesto.

—Me alegro. —Asintió.

Mi amigo, para tenerme callada, subió el volumen de la música que nos había acompañado de fondo hasta ese momento.

Bien sabía él que eso no era impedimento ninguno para mí, pero acepté esa pausa porque no quise insistirle. Lo veía animado, contento por invitarme a comer para celebrar lo bien que me iba, de manera que opté por quedarme en silencio.

—Hacía mucho que no venía por esta zona —le dije, cuando aminoró la velocidad para encontrar dónde estacionar.

—Yo suelo pasar por aquí con el coche, pero quedarme por la zona lo habré hecho en muy contadas ocasiones.

Lo miré sonriendo y después dirigí la vista hacia la ventanilla.

La zona en la que estábamos era una en la que vivían y se movían personas con un nivel económico muy diferente al de Bruno y al mío.

Estaba considerada la parte pija de la ciudad, por lo que aquí se reunían las viviendas, los comercios y los restaurantes más caros y exclusivos.

A ver, no era todo intocable. Había sitios a los que se podía entrar, aun sabiendo que saldrías de ellos con mucho menos dinero. Era de esas cosas que hacías muy de tanto en tanto, cuando querías darte un capricho o para transformar una ocasión especial en algo más extraordinario e inolvidable.

—Dime que no has reservado el restaurante por aquí.

Mi amigo rio.

—¡Bruno!

—Relájate —me pidió, mirándome de reojo—. Todo está saliendo como esperaba.

—Pero… va a ser mucho dinero y…

Bajé la mirada a mi cuerpo. Una tontería porque sabía muy bien la ropa que me había puesto y cómo me veía, pero aun así…

—Vas perfecta —interrumpió mis pensamientos.

—¿Con una falda corta vaquera y una camiseta básica de tirantes? —pregunté con un jadeo.

—Por supuesto —sonrió de medio lado—. Van a mirarte muchos ojos.

—Leche, así no me ayudas.

Rio.

—Estás impresionante, Eimy. Así que deja de pensar en tonterías.

Apreté los labios sin estar muy segura de todo lo que decía. No era una mujer insegura, para nada. Pero sí que me gustaba ir acorde con la situación y en esta me sentía muy fuera de lugar.

No supe por qué, pero así fue.

Bruno encontró aparcamiento y, una vez estacionó y apagó el motor, se bajó del coche.

—¿Vas a salir o tengo que llevarte a cuestas? —me preguntó mi amigo, después de abrir mi puerta.

—Es que no sé por qué no me has dicho que íbamos a comer a un sitio más exclusivo —comenté con un bufido.

Me bajé mientras él sujetaba la puerta, la que cerró. Al igual que hizo con el coche.

—¿Para qué? ¿Sabes qué es lo único importante aquí?

Me giré hacia él, cruzándome de brazos.

—Tú y yo, y lo que vamos a celebrar. Hace unos meses estabas intranquila porque no sabías cómo te iría el negocio, ahora ya sabes lo que esperar de él y mejor no puede irte. Me importa una mierda el dinero que tenga toda la gente que estará a nuestro alrededor y la que esté por esta zona. Yo sé lo que tengo y lo que valgo, y hoy me apetece compartir parte de eso contigo. No necesito aparentar algo que no soy.

Hice una mueca, curvando los labios hacia abajo. Bruno me sonrió con cariño.

—Yo tampoco quiero aparentar algo que no soy. Mi reacción no ha sido por eso —suspiré.

—Lo sé —me dijo con un guiño—. Vamos a ir a comer al restaurante, pediremos sin miedo, disfrutaremos de todo porque nos lo merecemos, y a la mierda lo demás porque lo importante es que voy a pagar como cualquier otra persona.

—Jo. Vale. Me has convencido —dije emocionada.

Soltamos una carcajada.

—Y te repito —me dijo, pasando un brazo por mis hombros—. Estás perfecta tal y como vas. Voy a ser la envidia del restaurante.

—Eres muy tonto —reí.

—Sí, pero acierto en todo —dijo uniéndose a mis risas.

Caminamos por la acera sin soltarnos, mientras nos entreteníamos en comentar todo lo que veíamos. Al ser domingo, los comercios estaban cerrados, pero los escaparates se veían perfectamente y junto a ellos, admiramos también algunas fachadas.

—Sabes que no tenías por qué organizar algo así, ¿verdad? —le pregunté a Bruno.

—Sí, pero me ha apetecido.

—Claro, has dicho: como me sobra el dinero, voy a gastarlo con mi buena amiga Eimy —comenté con diversión.

—Exacto —rio él.

Sonreí mirándolo de reojo.

—Gracias por todo —le dije de corazón.

Apoyé la cabeza en su cuerpo.

—No me las des, solo disfruta.

Me dio un ligero apretón en el hombro, con la mano.

Le sonreí y asentí, y unos segundos más tarde silbé mientras nos acercábamos al restaurante.

—Qué bonito —dije, observando la preciosa entrada que tenía.

—Sabía que iba a gustarte. Entre todas las posibilidades, he elegido la que más encajaba contigo.

—Es imposible que te supere.

—No tienes que superarme —rio.

—¿Una vez que pisemos los escalones comenzará a costarnos dinero?

—Estás muy tonta, hoy.

Reímos.

—Hay una rampa. Si quieres, vamos cada uno por un lado.

—Y la tonta soy yo —reí.

Subimos la escalera y cuando entramos al restaurante, nos quedamos callados por el lujo que había solo en la entrada. Un lujo con mucha clase.

—Señores.

Nos giramos hacia el hombre que salió a atendernos.

—Hola —lo saludé y él me sonrió.

—Hola. Bienvenidos —dijo con un asentimiento—. ¿Tienen reserva?

—Hola. Sí. A nombre de Bruno —contestó mi amigo.

—Estupendo. Síganme.

Eso hicimos, mirándonos con una gran sonrisa.

El hombre se paró en un pequeño mostrador y, después de revisar el libro de reservas, nos sonrió y nos pidió que volviéramos a seguirlo hasta nuestra mesa.

Todas las zonas por las que pasábamos eran una maravilla. El salón donde estaban las mesas con los clientes era muy elegante, como cada detalle que había en él.

La mayoría de las mesas estaban ocupadas y las que no, muchas tenían el cartelito de reservadas.

El hombre nos llevó hasta la nuestra, la que me encantó porque se encontraba pegada a una cristalera desde la que se veía un pequeño jardín.

Todo iba genial, con mis nervios controlados, hasta que estos me saltaron por los aires. Sucedió justo cuando lo vi, mientras me sentaba en la silla que el hombre del restaurante apartó para mí.

Capítulo 17



—Gracias —le dije al hombre del restaurante.

Él asintió, sonriéndome.

—Enseguida vienen a atenderlos.

Con esas palabras nos dejó solos. Bruno cogió la carta, sin dejar de observarme.

—¿Te encuentras bien? —terminó preguntándome.

—Claro —sonreí.

Mi amigo elevó las cejas, ya que reaccioné de manera exagerada. Hasta mi sonrisa lo fue.

—Es que iba a hablarte del cliente que viene cada semana a la floristería. El trajeado.

Bruno sabía a quién me refería. No hacía falta que le diera más detalles.

Como ya ha quedado claro, ese cliente era famoso en mis conversaciones con mis amigas, y muchas de estas las habíamos tenido sentadas a una mesa de la terraza del bar en el que trabajaba Bruno. De manera que él nos había escuchado e incluso había intervenido en esas conversaciones.

—Vale —dijo con expresión de curiosidad—. Imagino que tienes alguna novedad sobre él, pero no entiendo a qué viene eso con la cara que has puesto hace unos segundos, mientras te sentabas. La misma que tienes todavía.

—Porque está aquí. Acabo de verlo y él también a mí. Me está mirando.

—¿En serio?

—No, en broma. —Bufé.

Bruno apretó los labios, conteniendo la risa.

—Buenas tardes.

Nos olvidamos de lo que estábamos hablando para atender al camarero que se paró junto a nuestra mesa.

—Buenas tardes —le correspondimos al unísono.

—¿Saben qué quieren para beber? —nos preguntó.

—¿Te parece bien vino? —se dirigió a mí mi amigo.

Asentí y él abrió la carta. Fue muy rápido para elegir el vino. No tuvo ningún problema porque entendía bastante y sabía mis gustos. Yo no quise ni mirar la carta, para no saber lo que costaba la botella que pidió.

El camarero se fue y Bruno y yo nos miramos, aunque los ojos al final se me fueron hacia el hombre que estaba a unas mesas de la nuestra.

En cuanto me encontré con la mirada de mi cliente Ander, levanté una mano hacia él, a modo de saludo. Él asintió a mi gesto y le sonreí. Fue lo máximo que hicimos, después aparté la mirada y me esforcé para mantenerla en mi amigo.

—Parece que bien, ¿no? —me preguntó Bruno, sobre lo que acababa de hacer.

—Sí —suspiré, sin dejar de sonreír.

—Creo que tienes bastantes cosas que contarme. Esa sonrisilla esconde demasiadas cosas.

Se echó hacia delante al hablar y apoyó los brazos en la mesa.

El camarero volvió con la botella de vino y nos sirvió en las copas. Primero lo hizo en la mía para que lo probara, y, cuando le dije que estaba perfecto, terminó de llenarme la copa y después pasó a la de Bruno.

—Danos unos minutos más —le pidió mi amigo, antes de que el hombre nos preguntara.

Se refirió a que no sabíamos la comida que pediríamos. Todavía no habíamos mirado la carta, por lo que cogí la que estaba a mi lado y la abrí cuando nos quedamos solos.

—Como elijas en base al precio, me daré cuenta y me enfadaré —me advirtió.

—No se te escapa ni una, ¿eh? —hablé con diversión.

Tuve la tentación de buscar con la mirada a Ander, pero me contuve.

—Pues no —rio y sonreí.

Después de comentar varios platos, nos decidimos cada uno por uno principal y otro para compartir. Bruno llamó la atención del camarero y cuando se acercó de nuevo a nuestra mesa, le pedimos la comida.

—Por la amistad y por los sueños que se hacen realidad —dijo mi amigo, con su copa de vino en alto.

Lo imité para chocar la mía con la suya y bebimos para completar el brindis.

—Está muy rico —le dije, refiriéndome al vino.

—Sí —afirmó con un guiño—. ¿Puedo girarme ya para ver a tu cliente? Tengo ganas de ponerle cara.

—¡No! —reí, nerviosa—. Se llama Ander.

—Imagino que ya lo sabías, pero ¿por qué hasta ahora no te has referido a él por su nombre?

—Porque ya nos hemos llamado por nuestros nombres entre nosotros y me parece más normal hacerlo.

Me encogí de hombros.

—Cuéntame de qué va todo esto —me pidió.

Eso hice, le conté todo lo que me sucedió el día anterior con Ander, de principio a fin. Y también todo lo que me dijeron Taylor y Cata cuando vinieron a mi piso a última hora de la tarde, para estar conmigo y cenar juntas.

—Taylor me pidió varias veces que tuviera cuidado.

—Me hago una idea de por dónde iba ese comentario —dijo Bruno.

—Le dije que lo haría, para que no se preocupara, pero es que no tiene sentido.

Di otro sorbo al vino y, al dejar la copa en la mesa, me acerqué al borde para hablarle a mi amigo más bajo.

—No voy a enamorarme de un cliente que viene cada semana a por ramos preciosos para vete a saber quién. Ese hombre está muy pillado. A saber, si está casado, pero no lleva alianza.

Me encogí de hombros.

—Lo dices como si todo eso fuese un impedimento para dar rienda suelta a tus sentimientos.

Arqueó una ceja.

—Sé cuál es el sitio de todo. Te lo aseguro. Que haga buenas bromas y hable de Ander con admiración no significa nada. Taylor y Cata también lo hacen.

—Pero ellas no lo ven cada semana, varias veces, ni hablan con él.

—Quitando el día de ayer, yo tampoco he hablado mucho con él en todo el tiempo que lleva viniendo a la floristería.

Negué con la cabeza.

—Ya… Has entendido muy bien lo que quería decir.

—Sí —le confirmé—. Cuando lo veas, entenderás por qué es difícil no hablar de él —le dije con un guiño.

—Me estás creando muchas expectativas y después ya verás el chasco que voy a llevarme.

Solté una carcajada, mientras negaba con la cabeza. Bruno me sonrió con picardía.

—Como te dijo Taylor, ten cuidado —me advirtió cuando me tranquilicé y asentí—. Pero al mismo tiempo no pierdas la chispa de alegría que te provoca lo que estás viviendo. Sea lo que sea. Me encanta verte así, pero no quiero que cambie de repente y pases a estar triste.

—No es para tanto. De verdad —le sonreí—. Solo me provoca el interés normal de cualquier que ve a un hombre atractivo y guapo. No siento nada por…

—Hola.

Al escuchar la voz que me interrumpió, agrandé los ojos mirando a mi amigo.

¿Por qué, entre todas las cosas que podría haberme encontrado diciendo, precisamente tenía que oírme esas puñeteras palabras en el momento que había decidido acercarse? Eran las mismas que le dije a él, por lo que sentí mucho calor de golpe.

Bruno ya no me prestaba atención a mí; ahora miraba hacia su derecha, donde estaba parado Ander. Lo analizaba con una sonrisa, satisfecho por ponerle cara, por fin.

—Hola —le correspondió al saludo mi amigo—. ¿Te conocemos? —le preguntó de manera natural.

—Soy Ander.

Este le ofreció la mano y Bruno la aceptó al instante. Se dieron un apretón.

—Soy cliente de la floristería de Eimy y me ha parecido bien acercarme a saludar, ya que todavía no os han traído la comida. No quería interrumpiros en ese momento.

—Encantado —le dijo Bruno.

—¿Y tú eres…?

Sin haberme recuperado del todo, levanté la cabeza hacia Ander. Lo hice sorprendida por su interés hacia Bruno.

Verlo de lejos tenía un pase, pero de cerca era demasiado para los sentidos. De repente retrocedí en el tiempo y volví a la cámara de refrigeración de la floristería, justo al momento en el que su pecho rozaba mi espalda y sus brazos me dejaron atrapada entre las flores y él.

Estaba guapísimo y no, de nuevo no llevaba traje de chaqueta. Iba vestido con un pantalón largo que se ajustaba a su cintura, el que le caía recto hacia los pies. Le quedaba de maravilla, incluso sin que se ajustara a sus piernas.

En la parte de arriba llevaba una camisa de lino, de manga corta. De esta llevaba abiertos los primeros botones que comenzaban por debajo del cuello.

No le miré los pies por vergüenza, pero imaginaba que iría con un calzado acorde con su vestimenta. Como no podía ser de otra manera. En Ander todo encajaba y encima lo mostraba de una manera muy natural.

El pelo volvía a llevarlo peinado como si lo tuviera despeinado. Exactamente igual al día anterior, porque cuando aparecía por la floristería vestido de manera impoluta, con sus trajes de chaqueta, el pelo lo llevaba siempre como más dominado.

El efecto de todo el conjunto era increíble y perfecto para pasarte horas admirándolo. Mi amigo ya sabía a lo que me había referido.

—Soy Bruno —se presentó, sin dar más detalles.

Ander asintió y cuando giró la cabeza hacia mí se encontró con mi mirada.

—Hola, Eimy.

Su voz sonó un poco más grave al dirigirse a mí.

—Hola, Ander —le sonreí, queriendo mostrarme natural y tranquila —. ¡Qué casualidad vernos aquí!

—La verdad es que sí. No sé si es vuestra primera vez o es que no hemos coincidido en otras ocasiones, pero por si os interesa, saldréis muy contentos. Es uno de mis restaurantes preferidos, por lo bien que se come y la buena atención que dan.

—Es bueno saberlo. Gracias.

—Que disfrutéis —nos deseó.

—Gracias —le dijo Bruno.

Ander asintió. Esa fue su despedida, antes de alejarse de nosotros para ir hacia su mesa.

No estaba solo. Lo acompañaban dos hombres que no habían dejado de observarnos en ningún momento.

Capítulo 18



Ander

—¿Quiénes son? —me preguntó Leo, cuando llegué a la mesa.

Me senté en mi silla despacio, mirando a mis amigos. Quinn también estaba.

No entraba en nuestros planes terminar en este restaurante, pero nos llamamos a media mañana y, entre unas cosas y otras, salió el tema de quedar para comer. Fue Quinn quien propuso venir aquí y con eso tuvieron mi confirmación.

Como le había dicho a Eimy y a su acompañante Bruno, este restaurante era uno de mis preferidos y pocas veces rechazaba la posibilidad de venir.

Cogí mi copa de vino y me la llevé a los labios, mientras miraba sin ningún disimulo hacia la mesa donde estaba la pareja. Me daba igual que Eimy me pillara observándolos, aunque no fue el caso. Ambos estaban entretenidos en la conversación que tenían.

Desde que la vi entrar al restaurante con ese hombre, me había preguntado varias veces si era verdad que lo eran. A ser pareja, me refería.

Podían ser amigos o familiares, como hermanos o primos. A pesar de no parecerse en nada.

—Estás aumentando nuestra intriga —dijo Quinn, al no responder a la pregunta de Leo.

Dirigí la atención a mis amigos y dejé la copa en la mesa.

—Ella es la dueña de la floristería a la que voy a comprar los ramos. La que me los hace a mi gusto.

—¿La florista? —preguntó con curiosidad y sorpresa Leo.

—Eso acabo de decir —le contesté elevando las cejas.

Negué con la cabeza, al ver su amplia sonrisa.

—Me he levantado a saludarla porque la veo cada semana. Ya está —terminé de decir.

—Ayer apareciste en tu casa con otro ramo —recordó Quinn.

Cuando llegué, como ya sabía porque hablé con Quinn, él y Leo me esperaban en mi casa. Más concretamente en el porche, al aire libre y tomando unas cervezas con Mairi.

Por cierto, tal como esperaba, a Mairi le encantó el ramo.

—Cierto —dije.

—Así que este fin de semana lleváis pleno en veros los dos días —continuó Quinn.

Me encogí ligeramente de hombros, antes de volver a beber un poco de vino.

Nos quedamos en silencio cuando el camarero vino con los platos de comida. Se lo agradecimos y no tardamos en probar lo delicioso que estaba todo.

Un día más no nos defraudó. Los bocados que nos llevamos a la boca estaban exquisitos.

—¿No nos vas a contar qué te traes entre manos con esa mujer? —me preguntó Quinn.

Lo miré serio y pensativo, antes de contestarle.

—No sé dónde ves eso —le dije—. Lo único que hago es ir a su floristería a comprar ramos de flores, cuando me apetece.

—Varias veces por semana —intervino Leo.

—Así es. ¿Algún problema?

—Ninguno —contestó riendo.

—Eso pensaba.

Me llevé un tenedor con comida a la boca y, cuando tragué, bebí un sorbo de vino.

—Hoy has descubierto que tiene pareja —siguió Quinn.

—¿Por qué tienen que ser pareja? —le preguntó Leo—. Pueden ser familiares, amigos, o incluso un rollo de unos días.

Pensó lo mismo que yo, aunque la última parte podría habérsela ahorrado.

—Tal vez… —habló pensativo Quinn, observándome fijamente.

—Deja de mirarme así —le advertí, negando con la cabeza.

—Estoy analizando la situación —me dijo.

Arqueé una ceja.

Mis amigos soltaron una carcajada al ver mi cara, pero no fueron los únicos que rieron. Otras risas captaron mi atención, las de Eimy.

En esta ocasión decidí mirar hacia ella con discreción. Verla fuera de la floristería, donde se mostraba profesional, me llamaba muchísimo la atención.

Se la veía muy relajada y estaba preciosa siendo ella, al natural. Me había alegrado ver que estaba recuperada del cansancio, ya que el cambio era muy evidente. Las ojeras ya no eran visibles, y no era porque se las hubiera cubierto con maquillaje.

Solo había que apreciar sus gestos y su expresión para darse cuenta de que se encontraba bien.

Volví a beber otro sorbo de vino, pensando en lo que sucedió ayer en la cámara de refrigeración de la floristería.

Cuando miré de nuevo a mis amigos, estos me observaban con la diversión reflejada en sus caras. No se perdían ni un detalle, por mínimo que fuera.

—Es muy interesante lo que estamos descubriendo. ¿Verdad, Leo? —habló Quinn.

—Bastante —estuvo de acuerdo él—. Quién nos lo iba a decir, ¿eh?

—Solo necesita un poco más de tiempo —dijo Quinn.

Se refirió a mí y siguió hablando como si yo no estuviera delante. Los escuché mientras comía lo más tranquilo posible.

—Cuando llegue el momento, se sincerará con nosotros. Somos sus mejores amigos —añadió Quinn.

—Estoy de acuerdo. —Asintió Leo—. Hay que esperar a que se decida a mover ficha con la florista, más de lo que lo ha hecho ya. Hoy no es el día adecuado, por el hombre que la acompaña.

—Yo apuesto a que no está con él —comentó Quinn.

—Pero si antes has dicho que eran pareja —rio Leo.

—Me has convencido con tus opciones.

Rieron ambos.

Durante un buen rato estuvieron hablando de lo mismo, mientras yo los ignoraba. Incluso me dio tiempo a acabar de comer, ya que solo me centré en eso y en disfrutar del momento.

—¿Vais a terminar en algún momento? —les pregunté.

Me limpié la boca y dejé la servilleta sobre la mesa.

—¿Estás molesto por algo? ¿Tienes alguna preocupación, amigo? Cuéntanos, estamos aquí para escucharte, apoyarte y aconsejarte —me dijo Quinn.

—Estás tentando mucho a tu suerte. *Amigo* —remarqué la última palabra.

—Ya te digo —admitió Leo, riendo.

Sacudí la cabeza y me levanté.

—Comed mientras voy al baño —les pedí, señalando mi plato vacío —. Tenéis los vuestros llenos y yo no tardaré en irme. Es domingo y quiero descansar bien, porque la semana es muy pesada.

—A sus órdenes —dijo Quinn, colocándose la mano en la frente.

Puse los ojos en blanco, antes de alejarme de la mesa. Los dejé riendo. Cuando se ponían en ese plan, no había manera de hacerlos cambiar rápido. Esperaba que cuando regresara ya se hubieran calmado y se hubieran dejado de tonterías.

Recorrí el salón sin mirar hacia ningún lado, yendo directamente hacia el pasillo donde estaban los servicios.

Una vez que llegué a él, me crucé con un hombre, pero el resto del tiempo estuve solo. Me demoré un rato en salir, entreteniéndome con el móvil una vez me sequé las manos. Contesté al mensaje de Mairi y de mi madre.

La primera estaba con la segunda, en la casa de mis padres. Mairi era como una más de nuestra familia y, al no estar yo en mi casa para comer juntos, se había ido con mis padres. Y estos estarían encantados de tenerla con ellos. Como si los viera.

Me guardé el teléfono y salí del baño, justo en el mismo momento en el que Eimy lo hacía del de mujeres. Nos encontramos de frente, ya que las puertas estaban una delante de la otra.

—Hola —me dijo, cuando se recompuso del pequeño sobresalto que se llevó.

—Hola —le correspondí.

Metí las manos en los bolsillos del pantalón, mientras la miraba fijamente.

—¿Te está gustando? —me interesé, para romper un poco la tensión que había vuelto a crearse entre nosotros.

—Sí —contestó con una sonrisa—. La comida está increíble y el sitio es inmejorable.

—Me alegro. —Asentí.

Nos quedamos en silencio, sin que ninguno de los dos lo interrumpiera.

Hasta que Eimy tuvo que moverse para dejar salir del baño a una mujer y el momento se rompió.

—Bueno… —dijo ella.

—Ayer no tendrías que haberte ido en moto. Lo digo por cómo estabas de agotada.

Tuve la necesidad de sacar el tema, porque yo no me lo había podido quitar de la cabeza.

Mis palabras la sorprendieron y le provocaron un rubor precioso en las mejillas.

—Es mi medio de transporte. Llevo muchos años…

—Da igual —la interrumpí—. Tendrías que haber pensado en las consecuencias de un simple despiste.

Eimy frunció el ceño y dio un paso hacia mí. Me dio la sensación de que no se dio ni cuenta de que se adelantó, acercándose.

—Siempre pienso en todo cuando voy en moto y pongo toda mi concentración en la conducción. Desde que utilizo ese método de transporte, y hace mucho, nunca he tenido un accidente por mi culpa.

La miré fijamente a los ojos.

—Por tu culpa… —repetí—. ¿Cuántos accidentes has tenido? —le pregunté y apreté ligeramente la mandíbula.

—¿A qué viene esto? —Levantó los brazos a los lados—. No entiendo cómo hemos terminado hablando de mi moto —dijo con una risa nerviosa—. Qué más da. No tiene importancia.

—A mí me importa. Sí —le dejé claro.

Cuando di un paso hacia ella, fue consciente de lo cerca que me quedé.

Incliné la cabeza hacia la suya, por la diferencia de altura. Necesitaba más cercanía.

—¿Cuántos? —insistí en saber ese dato.

—Cuatro —me contestó susurrando.

Me sorprendió y al ver mi expresión, añadió…

—Pero dos de los accidentes fueron insignificantes. Quedaron en una tontería —habló de carrerilla.

—¿Y los otros dos?

—Eh… Bueno… —Carraspeó—. ¿Por qué tengo la sensación de que si digo la verdad te vas a cabrear? Es una locura —terminó murmurando.

—Porque me cabrearé —le confirmé.

Agrandó los ojos y entreabrió los labios, los que me quedé mirando durante unos largos segundos.

—Ya me has dicho todo lo que necesito saber para hacerme una idea —le dije, con la voz ronca—. Lo que da más peso a lo que te he dicho al principio.

—Ayer estaba cansada, pero podía llevar perfectamente la moto —susurró—. Con eso no juego.

Hice una respiración profunda, aspirando su aroma, y me dejó tan tocado que me aparté rápido de ella.

Me puse recto y di un paso hacia atrás, mientras que Eimy no se movió.

—Me alegra ver que estás mejor. Has recuperado energías desde ayer —le dije.

—Sí —suspiró—. He descansado mucho.

Asentí.

—Yo… Bruno debe estar preguntándose por qué tardo tanto. Ya nos veremos por la floristería, Ander —se despidió.

—Por supuesto —le aseguré.

Me sonrió como respuesta y después se giró para darme la espalda. Comenzó a caminar por el pasillo, tomando distancia conmigo.

—¿Sois pareja? —le pregunté.

Al escucharme, se paró de golpe y se giró hacia mí.

—¿Cómo?

—¿Bruno es tu pareja? —insistí.

Sus mejillas se pusieron de un rojo intenso, pero no apartó la mirada de la mía, enfrentándome.

—No.

Me relajé al instante al escuchar su negativa y la rotundidad con la que me contestó.

Sonreí de medio lado, mientras caminaba hacia ella. Eimy tragó saliva.

—Es bueno saberlo —le dije—. ¿Entonces qué sois? —quise saber, cuando me paré frente a ella.

—Amigos —me confirmó.

—Pues ve ya con tu amigo. Te está esperando al final del pasillo.

Agrandó los ojos y se volvió para comprobarlo. La pillé desprevenida cuando me incliné hacia ella y coloqué una mano en su cintura.

Su reacción fue tensarse y dejar de respirar.

—Creo que vas a tener que responder a algunas preguntas —le susurré al oído.

Eimy soltó un pequeño jadeo y comenzó a caminar ligera hacia su amigo. Yo no perdí la sonrisa, ni siquiera cuando me encontré con la mirada de Bruno.

Él estaba apoyado en la entrada del pasillo, observando hacia nosotros, y elevó las cejas hacia mí. Esa fue su primera reacción, después terminó sonriendo como yo.

Cuando Eimy llegó junto a él, rio por algo que le dijo ella.

Desaparecieron de mi vista y entonces me moví yo, para recorrer el pasillo en la misma dirección.

Capítulo 19



Eimy

—Gracias —le dije a una clienta que se llevaba una planta preciosa en una maceta.

—Gracias a ti por aconsejarme —me sonrió—. Me encanta.

—Me alegro.

La acompañé hasta la puerta porque tenía las manos ocupadas. Se la abrí y cerré una vez salió y después de despedirnos. De nuevo sola, me dirigí a la zona de trabajo, hacia el lateral de la tienda.

Para atender a la clienta, había parado de preparar uno de los arreglos florales que estaba haciendo para la boda de Natalie.

Era martes y, entre la entrega del día anterior y la que me habían hecho hoy, ya había acumulado las flores suficientes para poder trabajar con ellas.

En cuanto pude, me puse a crear los adornos decorativos. El día me había cundido, ya que iba por la cuarta decoración y todavía quedaba más de media tarde por delante.

Había sido suerte, porque no habían entrado muchos clientes a la floristería y los encargos por la web los había dejado listos rápido. Tuve poco entretenimiento.

Antes de irme de la floristería, le haría fotografías a todo lo que había preparado, para enviárselas a Natalie. Tal como me pidió que hiciera.

Me hacía ilusión saber su opinión y también la necesitaba, por si tenía que retocar algo o cambiar alguno de los arreglos para darle otro toque.

Yo estaba trabajando convencida y dándole forma a las ideas que tenía en la cabeza, pero no podía dar por hecho que a la novia le gustara todo lo que estaba haciendo.

Me senté en mi silla de trabajo y me preparé para continuar. Esa fue mi intención, pero tuve que retrasarme un poco más cuando mi móvil sonó dentro del bolsillo del pequeño delantal que llevaba atado a la cintura.

—Mamá —dije al descolgar.

—Hola, cariño —me respondió cantarina.

Sonreí.

—¿Estás muy liada? —me preguntó.

—Bastante, pero no lo suficiente para no hablar contigo.

—Ay, que te quiero.

Reí.

—Y yo a ti. Estoy preparando una de las decoraciones para la boda. Cuando la termine, tendré cuatro hechas.

—Oh, qué bien.

—Sí —sonreí—. En cuanto tenga el visto bueno de Natalie, la novia, comenzaré a preparar todos los arreglos que necesitaré para decorar la casa de sus padres, para la ceremonia y la celebración.

—Puedo ir a ayudarte, cariño. Teniendo la muestra, solo tengo que hacer las demás iguales.

—Gracias, mamá. Había pensado en decírtelo, pero dentro de unos días.

—Cuenta conmigo. ¿Quieres que vaya ahora?

—No —reí—. De esta tarde me encargo yo. Para lo que queda, no vale la pena que te prepares y vengas. Mañana.

—Está bien. Pues mañana estoy ahí para pasar el día juntas. Llegaré sobre las nueve. Me levantaré temprano para dejarle la comida hecha a tu padre, para que no tenga nada que hacer cuando llegue de trabajar, y así nosotras también tenemos comida.

—Genial. Y no tengas prisa por llegar, da igual que sean las nueve o las diez. Que te conozco. Tómatelo con calma.

—Vale —rio.

Negué porque no iba a hacerlo. Se daría prisa para estar lo antes posible conmigo.

—Antes de irme le enviaré a la novia las fotografías que les haga a todos los arreglos florales y mañana ya sabré si tengo su confirmación para seguir adelante o las modificaciones que ella me indique.

—Estupendo. Yo puedo ponerme a trabajar haciendo las copias de lo que has hecho hoy, porque estoy segurísima de que esa chica te dará su aprobación en todo, y tú, mientras tanto, puedes seguir creando los modelos que te falten, para enseñárselos también.

—Algo así había pensado. Siempre te me adelantas.

—Así somos las madres.

Rio y sonreí.

—Ahora te dejo, cariño. No quiero retrasarte.

—Vale. Nos vemos mañana.

—Ahí estaré.

Colgué y durante la siguiente hora estuve muy entretenida y concentrada trabajando. Cuando terminé el arreglo floral, me quedé tan satisfecha que los nervios pudieron conmigo.

Me ganó la emoción que sentía y no esperé para hacer las fotografías. En cuanto las tuve, con una buena iluminación, entré en la aplicación de mensajes y busqué el número de Natalie.

Inicié la conversación con ella, ya que todavía no nos habíamos escrito.

Eimy: *Hola, Natalie. Soy Eimy, la florista. Tengo para enseñarte los primeros arreglos florales. Como verás, son diferentes, ya que mi intención es darle un toque especial a cada estancia.*

Eimy: *A ver qué te parecen. Ya me dirás si quieres que modifique algo para darles un aire diferente. Por mi parte, yo los veo muy bonitos y sofisticados, pero tú tienes la última palabra para tu día especial.*

Eimy: *Con lo que me digas, seguiré trabajando para crear todos los que necesito para decorar todos los espacios. Para cualquier modificación, volveré a enviarte nuevas fotos.*

A continuación, le adjunté las fotografías y terminé con otro mensaje.

Eimy: *Y, para acabar, espero que estés bien y que todo te vaya bien. Un abrazo.*

Salí de la aplicación, me guardé el móvil en el bolsillo del delantal, y di varios paseos hasta la cámara de refrigeración. Llevé todos los arreglos al frío, para que se mantuvieran frescos.

Añadí el que acababa de terminar y regresé a mi zona de trabajo, para seguir con un nuevo adorno floral.

Con la intención de terminarlo, antes de la hora de cierre de la floristería, me evadí de todo menos de lo que tenía entre manos. Por suerte, no entró nadie en la tienda y no me despisté.

Tanto me desconecté de lo que me rodeaba, que cuando sonreí viendo terminado el quinto adorno floral, me dio por mirar el móvil y entonces me di cuenta de que Natalie me había contestado a los mensajes.

Me levanté de la silla y llevé la nueva creación a una zona más bonita y luminosa, para sacarle una foto. La última del día.

Entré en la conversación con Natalie, impaciente y nerviosa por saber qué le habían parecido las fotografías.

Natalie: *¡Hola, Eimy! ¡Qué ilusión saber de ti! Dios, me encantan las cuatro decoraciones. Léelo gritando. Ja, ja, ja…*

Natalie: *De verdad, me he enamorado de todas. Ni se te ocurra modificar nada, tienes mi visto bueno para continuar con ellos. Son muy elegantes y como dices, preciosos y sofisticados.*

Natalie: *Qué pasada.*

Natalie: *Gracias por tu preocupación. Estoy bien, aunque cada vez más histérica por el día de la boda. Ja, ja, ja… Tengo a Greta subiéndose por las paredes. ¿Te puedes creer que hoy no ha descolgado mis llamadas? Ja, ja, ja…*

Natalie: *Esto último en parte es broma. Me ha costado contactar con ella, pero a su favor diré que ha tenido un día muy liado. Así que no estaba escondiéndose de mí. Tampoco podría.*

Acompañó el final de su mensaje con un guiño y risas.

Eimy: *Perdón. No me he dado cuenta hasta ahora de tus mensajes. He estado tan concentrada trabajando en esto, que me he evadido de todo. Mira, el quinto.*

Le adjunté la última fotografía, esperando que opinara lo mismo que de las otras.

Eimy: *Me alegro muchísimo de que te hayan gustado tanto los anteriores.*

Eimy: *Mañana comenzaré a trabajar en las copias de los que ya tenemos seguros. Qué ilusión.*

Natalie: *¡Eimy!*

Sonreí.

Eimy: *Hola, Natalie.*

Natalie: *Hola, preciosa. Este último también me encanta. Jooo…*

Reí.

Eimy: *Me has hecho reír. Trabajar contigo es muy fácil. Al final voy a creerme que lo hago genial. Ja, ja, ja…*

Le escribí con diversión y una gran sonrisa.

Me senté en la silla del mostrador desde el que atendía a los clientes.

Natalie: *¿Estás de broma? ¿No te lo crees? Eso tenemos que hablarlo en persona, para dejártelo muy clarito. Ja, ja, ja… ¿Qué me dices? ¿Te apetece quedar esta tarde un rato?*

Natalie: *Tengo esta tarde libre poque tenía la última prueba del vestido de novia. Ya he salido, ha sido rápido, por lo que estoy libre. Me encantaría verte otra vez. Si puedes, claro.*

Eimy: *Oh, ¿todo bien con el vestido? Espero poder verlo alguna vez.*

Natalie: *Ha ido genial. Mañana ya lo tendrán preparado para que lo recoja, ya que hoy me quedaba perfecto. ¡Y claro que lo verás! Cuenta con ello.*

Eimy: *Gracias, Natalie. Será lo más cerca que estaré de una boda porque mis amigas van por la misma carrera que yo. Ja, ja, ja…*

Natalie: *Nunca se sabe, querida.*

Eimy: ¿*Para quedar sería ya? Es que me queda una hora para cerra la floristería. No tengo aquí a mi madre ni a mi amiga para que cierren ellas por mí.*

Natalie: *¿No puedes irte antes por un día?*

Eimy: *Poder, puedo, pero si viene algún cliente…*

Natalie: *Dame unos pocos minutos para arreglarlo.*

Fruncí el ceño.

Eimy: *¿El qué?*

Natalie: *Para que vaya un hombre de mi confianza a comprarte todos los ramos que tengas hechos. Ja, ja, ja… Y lo demás que vendas.*

Eimy: *Estás de broma.*

Abrí los ojos al máximo, mirando hacia la puerta de la floristería.

Natalie: *Para nada estoy bromeando. Ja, ja, ja… Si estuviera Greta en la conversación te lo confirmaría. No quiero que pierdas ventas por mi culpa, pero sí quiero que nos veamos ya, así que…*

Eimy: *Por Dios, Natalie, ni se te ocurra.*

Natalie: *Ja, ja, ja…*

Eimy: *¡Lo digo en serio! Dime dónde nos vemos y cierro la tienda antes. No hay problema. Además, me vendrá bien desconectar y tomarme un tiempo para mí.*

Natalie: *Así se habla* —puso una cara haciendo un guiño—. *¿Te parece bien en veinte minutos en la plaza del mercado? ¿Ves? Soy buena, tienes quince minutos para ir sin prisa porque tienes la zona cerca.*

Eimy: *Por mí genial. Tengo la plaza al lado, aunque igualmente iré con la moto para irme después directa a mi piso. Nos vemos en un rato.*

Natalie: *Vale. ¡Hasta ahora!*

Salí de la conversación negando con la cabeza, pero sonriendo por Natalie. La veía muy capaz de hacer lo que había dicho, por eso me había asustado.

Me guardé el móvil en el bolsillo del delantal y me puse a recoger la zona de trabajo, para encontrármela lo mejor posible al día siguiente. Después continué llevando todos los recipientes con las flores a la cámara de refrigeración.

Al terminar fui a mi despacho, donde me quité el delantal para guardarlo, una vez saqué el teléfono y lo dejé sobre la mesa.

En el baño me lavé las manos y me arreglé un poco el pelo, cepillándomelo y rehaciendo la trenza que llevaba desde por la mañana.

De vuelta en el despacho, cogí el bolso del armario, en el que metí el móvil. Me fui dejando todas las luces apagadas.

En el momento en el que llegué a la zona principal de la floristería, vi a un hombre al otro lado de la puerta de cristal y me apresuré a ir hacia él.

—Hola —le dije sonriente, al abrirle.

—Hola —me devolvió—. ¿Está abierto?

—Eh, sí, claro, aunque me iba ya. Pero si necesitas algo que pueda ofrecerte rápido…

Señalé hacia el interior de la floristería, hacia dónde él observó detenidamente.

—Me han encargado que haga una buena compra, pero según lo que tú me digas, para no dejarte sin *stock* de flores.

Agrandé de los ojos.

—No lo ha hecho… —susurré.

—¿Cómo?

—¿Vienes de parte de Natalie? —le pregunté.

—No.

Su respuesta me descolocó porque no entendí a qué venía entonces lo de querer hacerme una buena compra tan precipitadamente, justo después de la conversación que había tenido con Natalie.

—Pero… —hablé pensativa—. ¿No conoces a ninguna Natalie? —insistí.

Sonrió de medio lado y elevé las cejas.

—No quiero retrasarte mucho —dijo, ignorando mi pregunta.

—No te preocupes —sonreí—. Bueno, pues…

Me giré hacia el interior de la tienda, observando todo lo que había fuera. Casi todo eran las plantas en macetas, ya que estas eran duraderas con un buen mantenimiento.

Las flores sueltas y los ramos preparados que me habían sobrado estaban en la cámara de refrigeración, como muchas otras cosas.

Solté un suspiro.

—Las flores y los ramos los tengo guardados en la cámara, frescos. Ahora los saco por si quieres llevarte flores sueltas o algo más elaborado, montado —le dije.

—Espera. Voy a ser más práctico para no complicarte y así no te hago trabajar mucho. ¿Cómo ves que me lleve las macetas de ahí?

Abrí los ojos al máximo, viendo hacia dónde señalaba.

—¿Todas? —le pregunté sorprendida.

—Sí —me confirmó, sonriendo.

Capítulo 20



—Muchas gracias —le dije al hombre, devolviéndole la tarjeta del banco.

Acababa de pagarme una gran cantidad de dinero por las nueve macetas con plantas variadas que se había llevado. La mayoría eran de gran tamaño y había cargado con ellas él solo.

Por más que le insistí, no me dejó ayudarlo ni en un viaje hasta su vehículo.

Debía tener un transporte grande, tipo monovolumen o furgoneta, porque los troncos y las grandes hojas, por su altura y lo que ocupaban, no cabían en el maletero de un coche normal. Así como tampoco podía tumbarlos.

—No hay de qué —me sonrió—. Ahora ya eres libre.

—Sí, y me voy mucho más feliz que antes.

Reí y su sonrisa se amplió.

—Me alegro de haber colaborado en ello. —Asintió.

—De nuevo, muchas gracias. Si tienes alguna duda sobre el cuidado y el mantenimiento de las plantas, puedes pasarte por aquí o llamarme para preguntarme. ¿De acuerdo? Da igual el tiempo que haya pasado.

—Gracias, Eimy. Eres muy amable.

Le sonreí y lo acompañé hasta la puerta, colgándome el bolso cruzado al pecho porque esta vez sí que me iba.

Salimos a la calle y me despedí del cliente. Este se fue calle abajo y pensativa, cerré con llave la puerta de la floristería y bajé la persiana. Una vez que bloqueé el candado fui hasta mi moto, la que como siempre se encontraba justo enfrente.

Miré la hora en el reloj de pulsera, para comprobar que todavía faltaban siete minutos para llegar a tiempo a la plaza del mercado. Estaba muy cerca, por lo que me sobraría tiempo.

La plaza era muy conocida, un punto clave de encuentro para muchos porque era muy fácil ubicarla y también llegar hasta ella.

Hoy día, y desde hacía bastantes años, no había ningún mercado en ella. Eso fue en el pasado. De ahí el nombre que tenía, porque albergó el primer y único mercado de la ciudad.

Era conocida por ello y por los recuerdos de lo grande que fue el mercado. Según lo que había escuchado, porque yo no llegué a verlo, fue un lugar donde se podía encontrar de todo lo que se te pasara por la cabeza. No solo alimentos.

Me puse el casco y me monté en la moto. Sonreí al arrancar y eché hacia atrás con cuidado, para salir del estacionamiento. Enseguida me incorporé a la carretera y recorrí las pocas que me llevaron hasta la zona más próxima a la plaza.

Volví a aparcar la moto y solo tuve que caminar unos metros para entrar en la zona peatonal. La plaza era el inicio de esta. Otro punto a favor para que todo el mundo conociera la plaza del mercado, ya que la zona peatonal atraía a muchas personas.

Tanto de día como de noche, ya que había comercios, restaurantes variados, bares, una coctelería y varios *pubs*.

El bar donde trabajaba mi amigo Bruno se encontraba en la misma plaza del mercado, por lo que, si a Natalie le parecía bien, quería llevarla a tomarnos algo allí.

Como ya esperaba, llegué unos minutos antes de la hora que había quedado con Natalie, por lo que la esperé sentada en un banco y decidí avisarla.

Eimy: *Acabo de llegar, pero no tengas prisa.*

Me dejé el móvil en las manos y me puse a observar a la gente ir de un lado a otro.

Desde lejos miré hacia la terraza del bar de Manuel, donde trabajaba Bruno, pero no vi a mi amigo.

—¡Hola!

Al escuchar la voz alta y animada de Natalie, sonreí y me giré para mirarla.

Venía caminando hacia mí, con una mano en alto. Me levanté del banco y le correspondí al saludo. Cuando se paró frente a mí nos abrazamos.

—Al final has llegado antes que yo —dijo con diversión.

—La floristería está cerca y con la moto soy más rápida.

—Sí. ¡Qué ganas tenía de volver a verte!

—Yo también —le dije con sinceridad.

—A Greta la he dejado mosqueada cuando le he dicho que habíamos quedado —rio—. Estaba esperando a un cliente y le llevará un buen rato atenderlo, así que no ha podido apuntarse.

Me agarró de un brazo, sonriéndome.

—Vaya… Bueno, la próxima vez.

—Claro. Eso le he dicho yo, pero se ha enfadado igualmente, porque también quería verte —me dijo, con un guiño.

—Al final me pones colorada —hablé entre risas.

—Pues solo he empezado, porque tengo que decirte bien y en persona, lo maravillada que me has dejado con los adornos que has hecho. Son una pasada, Eimy. Estoy deseando verlos colocados y lo precioso que quedará cada espacio.

—Gracias —sonreí, con un poco de vergüenza—. No sabes lo feliz que me hace que te gusten tanto y, sobre todo, me da mucha tranquilidad. Con tanto entusiasmo e ilusión se trabaja de maravilla.

—Puedes sentirte orgullosa y satisfecha, porque es imposible que lo hagas mejor. El día de mi boda será mucho más bonito con todo lo que vas a hacer.

—Muchas gracias, Natalie.

—Solo digo la verdad. A ver si te lo crees —rio.

Nos sonreímos.

—En esta plaza hay un bar en el que trabaja un amigo mío. ¿Te parece bien ir ahí? Me gustaría que os conocierais.

—Oh, ¡genial!

—Pues vamos —le dije sin perder la sonrisa.

La guie hasta la terraza del bar, a la que llegamos enseguida. Mientras ocupábamos una mesa, María me saludó desde lejos y me hizo un gesto con el que me dio a entender que iba a avisar a Bruno. Ella era otra camarera del bar, compañera de mi amigo.

Le correspondí al saludo y le sonreí agradecida por el detalle.

—Se está genial aquí.

—Sí —estuve de acuerdo.

Corría una brisa perfecta y muy agradable.

—Nunca me ha dado por pararme en este bar —comentó, observando lo que nos rodeaba.

—Espero que no suene mal… —le dije y me miró rápido—. Pero no creo que te muevas mucho por esa zona.

Hablé un poco cohibida porque era la segunda vez que nos veíamos y no teníamos casi confianza. Fuera del trabajo, porque como florista Natalie me había dejado clarísimo que confiaba plenamente en mí.

Para mi tranquilidad, ella sonrió de medio lado.

—Puedes hablarme con total naturalidad y cercanía, Eimy —me pidió—. Es verdad que no vengo cada semana por aquí, y que a lo mejor pasan varias porque me muevo por otros sitios, pero no es por nada en especial. Es como cuando te acostumbras a una rutina y no sales de ahí.

Se encogió de hombros.

—No tiene nada que ver con el dinero que tiene mi familia o yo —me sonrió—. Te darás cuenta de que me gusta moverme por todos los sitios y relacionarme con toda la gente. Y, por supuesto, no pongo por delante nada por el valor económico que tiene.

Nos miramos sonriéndonos y dimos punto final a la conversación sobre ese tema.

—Hola.

Al oír a Bruno, mi sonrisa se amplió y levanté la cabeza hacia él.

—Hola —le devolví y me hizo un guiño.

Me levanté para darnos un abrazo y un beso. Después los presenté.

—Él es Bruno, un buen amigo —le dije a Natalie.

—El mejor, sin duda —intervino él, con un ligero carraspeo.

Natalie y yo reímos.

—Eso, el mejor —repetí, mirándolo divertida—. Y ella es Natalie, la novia de la boda en la que estoy trabajando.

—Vaya… —reaccionó mi amigo, sorprendido—. Encantado de conocerte, Natalie. Eimy me ha hablado muy bien de ti.

—Me alegro —rio ella—. Es un placer conocer a alguien importante para Eimy.

Se levantó de la silla y se dieron un abrazo corto. A mí no se me borró la sonrisa mientras los observaba.

—¿Qué os apetece tomar? —nos preguntó Bruno, cuando Natalie y yo ocupamos nuestras sillas.

—Para mí un refresco de limón —le pidió Natalie.

—Trae dos —hablé.

—De acuerdo. Enseguida vuelvo.

—Imagino que vienes mucho aquí por Bruno —comentó Natalie, cuando nos quedamos solas.

—Sí. Aunque si algún día pruebas los desayunos y las tapas, sabrás que no es solo por él —reímos—. Este es el punto de encuentro en el que quedo con mis amigas, cuando salimos. Se llaman Taylor y Cata y también les he hablado de ti y de Greta.

—Estaría bien quedar todos, ¿no?

—Claro.

—Eimy, si ves que me embalo mucho, dímelo sin problema, ¿vale? No va a sentarme mal que me frenes —sonrió—. Cuando me emociono lo quiero todo lo más rápido posible.

Reímos.

—Por mí no hay problema. A mis amigos les encantará la idea.

—¿El qué? —me preguntó Bruno, parado a mi lado.

Dejó las latas de refresco en la mesa, junto con los vasos con hielo y limón.

—Estamos hablando de quedar en grupo, contigo y con Taylor, Cata y Greta —le conté.

Natalie y yo abrimos las latas y llenamos los vasos.

—Me apunto —se animó rápido Bruno—. No hay nada que me apetezca más que estar rodeado de bellezas —sonrió de medio lado.

—No le hagas caso —le pedí a Natalie, riendo.

—Conmigo no tienes nada que hacer —le dijo Natalie, riendo también.

Para dejarlo más claro levantó la mano en la que su anillo de compromiso brilló.

Bruno silbó al verlo, haciendo reír más a Natalie. El anillo era impresionante.

—Quién sabe, lo mismo consigues que mi amiga Greta ceda un poco —habló ella, con un pequeño carraspeo.

La miré divertida, pensando en la posibilidad que había dejado caer. Me gustó y me lo imaginé.

Después de un poco más de conversación con Bruno, él tuvo que dejarnos solas para continuar trabajando.

—Me ha caído genial —dijo animada Natalie.

—Me alegro. Pero no me extraña, Bruno encaja con todas las personas.

—Tiene un carácter muy bueno. —Asintió—. Oye, no podemos dejar pasar lo de quedar con nuestros amigos. Estoy emocionada por conocernos todos.

—Yo también y como he dicho, a Taylor y a Cata les hará mucha ilusión.

—Pues entonces solo queda buscar un día en el que todos podamos y ya está. Yo me encargo de Greta.

—Vale. Yo de los míos.

—Estupendo. Nos vamos informando y comentando las fechas. ¡Qué bien! El día de la boda estarás más acompañada.

—¿Cómo? —le pregunté sin entenderla.

—Como siempre me he adelantado —dijo y se tapó la boca.

Después soltó una carcajada.

—Era una sorpresa.

Puso los ojos en blanco.

En cualquier otra ocasión me hubiera hecho gracia, pero en esta me había dejado tan impresionada que no moví ni las pestañas.

—Tenía pensado decírtelo de otra manera, pero ya da igual —dijo, con una gran sonrisa—. Estás invitada a mi boda, Eimy. ¿Qué te parece?

Agrandé los ojos.

—¿Yo? —Me señalé.

—Sí —rio—. No puedes faltar. Y, por favor, y te lo digo muy en serio, no quiero ningún regalo tuyo. ¿Vale? De verdad, solo quiero que estés en mi boda, nada más. Ese es el mayor regalo que puedes hacerme.

—Pero… Joder.

—Y ahora que hemos estado hablando de nuestros amigos, y que vamos a conocernos todos, me haría mucha ilusión que fueran contigo a la boda Bruno, Taylor y Cata. Por eso he hecho ese comentario. Espero que se animen, al igual que tú —dijo con ilusión.

—No sé qué decir. No me esperaba esto. Para nada.

Negué con la cabeza, alucinada.

—De eso van las sorpresas. —Me hizo un guiño.

Bebió un sorbo de su refresco y la imité, para aplacar el sofoco que me había entrado.

—Y por el vestido no te preocupes —continuó hablando—. Si quieres estrenar uno, puedes comprarte el que quieras. Por supuesto. Sin problema y a tu gusto. Nada de etiquetas ni pensar en lo que llevarán los demás. ¿Vale?

Asentí, no muy segura.

—Aunque también quiero que tengas en cuenta que, si quieres, tienes mi vestidor a tu disposición para elegir entre mis muchos vestidos de fiesta. Créeme, te sorprenderás de todos los que tengo y algunos incluso sin estrenar.

—Dios mío…

Esa fue mi reacción, por la que Natalie rio con ganas.

Capítulo 21



Ander

—¿Todo bien? —le pregunté a Lewis, al salir del ascensor.

Llegué a la planta en la que estaba mi despacho y me dirigí a él, sin pararme. Por suerte, ninguno de los trabajadores que se encontraban en sus mesas me llamó para hacerme alguna pregunta o para plantearme un problema.

Estaba deseando irme de la empresa y cuantos menos retrasos, mejor.

—Todo controlado —me contestó Lewis.

—Bien.

—¿Ya estás preparado para salir? ¿Has terminado por hoy?

—No a ambas preguntas, pero no tardaré en cerrar el día de trabajo —aseguré—. Necesito contestar unos correos y firmar una documentación, entonces habré acabado.

—De acuerdo. Estoy llegando. Te espero en la cafetería.

—Perfecto.

Colgué la llamada y cuando llegué a la altura de la mesa de mi secretaria, caminé más despacio para pasar por delante.

—Olivia, recoge ya y vete —le pedí.

—Queda un poco más de media hora y tenía pensado…

—Lo que sea, déjalo para mañana —la interrumpí—. ¿Tienes mi agenda al día, con las últimas modificaciones?

—Sí, Ander.

Lo de dirigirse a mí como señor se lo quité de su vocabulario a la semana de estar trabajando para mí. Demasiado aguanté escuchándolo, pero quise que Olivia se habituara al trabajo, que se situara y se sintiera a gusto en su puesto y conmigo, para comenzar después con mis exigencias.

Llevaba muchos años conmigo y era una de mis personas de confianza dentro de la empresa.

—Pues es todo lo que necesitas para irte.

—Está bien —sonrió—. Hasta mañana, Ander.

—Hasta mañana. —Asentí.

Continué mi camino hasta la puerta de mi despacho, la que ese encontraba muy cerca de la mesa de Olivia. Estaban separadas tan solo por unos metros, más que suficiente porque Olivia hacía de barrera y filtraba todo lo que llegaba a mí.

Una vez entré en el despacho y cerré la puerta, me dirigí a la mesa para hacer lo que le había comentado a Lewis.

Él era otra de mis personas de confianza, pero para todo y en cualquier momento. Como sucedía con Quinn y Leo. Lewis, aparte de trabajar para mí, era un amigo.

Al principio, cuando era más joven, a pesar de que Lewis también lo era, para mí él supuso una amenaza. Cuando comencé a salir más con mis amigos, un poco antes de la mayoría de edad, fue mi padre quien me «aconsejó» que debía tener siempre a mi lado a una persona que velara por mi seguridad. La realidad fue que me obligó a aceptar esa situación.

Ese fue Lewis, y lo primero que me sorprendió cuando lo conocí, fue que solo fuera cuatro años mayor que yo. Como acababa de comentar, él representó todo lo que yo no quería, por lo que le cogí manía e hice todo lo posible para quitármelo de encima. Convertí en mi misión el escaquearme de él.

Por aquel entonces, mis amigos y yo bromeábamos con que a ingeniosos no nos ganaba nadie. Hasta que llegó Lewis a nuestras vidas y lo tiró por tierra. Él nos superó en todo, anticipándose a cada acción y movimiento nuestro.

No sabría decir cuándo pasó. El hecho fue que, de un día para el otro, cuando nos dimos cuenta, contábamos con Lewis para todo. Pero como si fuera un amigo más del grupo.

Aparté los recuerdos de mi mente, mientras me sentaba frente a mi mesa de trabajo. Lo primero que hice fue abrir la carpeta donde estaban los documentos que debía firmar.

Me tomé mi tiempo para leerlo todo detenidamente y una vez estuve conforme, firmé en cada hoja que lo indicaba.

Coloqué la carpeta a un lado, dando ese asunto por finalizado, y activé el ordenador para contestar los correos que no podían esperar al día siguiente. No eran muchos, solo cuatro, y algunos de ellos con pocas palabras los tenía solucionados, por lo que concentrado en ello acabé bastante rápido con todo.

Apagué el ordenador y recosté la espalda en la silla, apoyando la cabeza en el respaldo.

Lewis ya debía estar esperándome en la cafetería, tomándose algo para hacer tiempo.

A punto de levantarme para irme de la empresa y darle encuentro, mi móvil comenzó a sonar en el bolsillo de la chaqueta del traje.

Lo saqué y sonreí al ver que era mi padre.

—Hola, papá.

—Hola, hijo. ¿Cómo va el día?

—Bien. Estoy a punto de irme de la empresa.

—Pensaba que ya habías salido.

—Teniendo en cuenta que todavía no ha llegado el final de la jornada…

—Para algo eres el jefe.

—Lo dice quien lo ha sido también y hacía más horas que un reloj —dije con diversión.

—Eso fue en el pasado. Ahora ese papel te toca a ti, pero sin que cometas mis mismos errores.

—Tranquilo, por ahora sé cuándo parar.

—Eso está muy bien.

—¿Me has llamado por algo más, aparte de querer saber dónde estoy para tenerme controlado?

Sonreí al escuchar la risa de mi padre.

—Bastante trabajo me costó controlarte de pequeño y de joven. De adulto, hace años que dejé de seguir tus pasos.

Fue mi turno para reírme.

—Tardaste demasiado.

Me levanté de la silla, me aseguré de que llevaba la cartera y las llaves en los bolsillos, y me alejé de la mesa después de dejar bien colocada la silla.

—Te llamaba para recordarte que esta noche tenemos cena familiar.

—No se me ha olvidado. Estaré ahí a las nueve.

—Perfecto, hijo.

—Acabo de salir del despacho. Me voy ya.

—Vale, pues te dejo. Nos vemos esta noche.

—Hasta dentro de un rato.

Colgué y me guardé el teléfono en un bolsillo de la chaqueta. Estaba deseando quitármela, al igual que la camisa. No faltaba mucho para que eso sucediera.

Pasé por delante de la mesa vacía de Olivia y me despedí de las personas que quedaban. Ya se habían ido unos cuantos.

Fui directo al ascensor y bajé a la planta principal. Fuera del edificio, después de varias despedidas más, recorrí el camino asfaltado y llegué a la acera en la que giré hacia la derecha.

Hacia esa dirección estaba la cafetería en la que se encontraba Lewis. Mi amigo estaba en la terraza, frente a un gran ventilador. Sonreí de medio lado, acercándome a él.

—¿Te tomas una conmigo? —me preguntó.

Levantó su botellín de cerveza sin alcohol. El único alcohol que bebía Lewis era vino en todas sus variantes y *whisky* solo con hielo. Fuera de esas dos excepciones no probaba ninguna otra bebida que llevara alcohol.

Y mucho menos bebía cuando debía encargarse de mi seguridad, según él.

—Claro —acepté.

Mientras me sentaba, llamé la atención de la camarera. La chica se acercó y le pedí otro botellín de cerveza, pero el mío normal.

—Acabo de hablar con mi padre. Me ha llamado para recordarme la cena de esta noche.

—Como si se nos fuera a olvidar. Ayer hizo lo mismo conmigo —comentó con una sonrisa de medio lado.

Lewis, más allá de nuestra amistad, era uno más de la familia. Debido a ello, no faltaba nunca cada vez que nos reuníamos. Mis amigos también podían unirse, pero, quitando algunas excepciones de fechas importantes, a Quinn y a Leo les gustaba mantenerse un poco al margen.

Lewis llevaba muchísimos años dentro del núcleo familiar. Inclusive vivió en la propiedad de mis padres, en una casa que había cerca de la principal. Eso cambió cuando yo me independicé, entonces él también tomó su rumbo para estar cerca de mí.

Para mis padres era como otro hijo más y se lo habían demostrado siempre. Al igual que sucedía a la inversa. Con los padres biológicos de Lewis toda mi familia tenía muy buena relación. No podíamos verlos tanto como quisiéramos, debido a que vivían a muchos kilómetros de nosotros, en otro país, pero cuando nos encontrábamos era como si no hubiera pasado el tiempo y la familia se ampliaba.

El padre de Lewis y el mío eran amigos desde la infancia. Por ese motivo de peso, y porque Lewis se formó y estaba más que preparado para asumir la responsabilidad de mi seguridad, a pesar de su juventud por aquel entonces, debido a ello fue el único candidato al que mi padre le dio el visto bueno para estar cerca de mí.

La camarera volvió con mi botellín de cerveza y se lo agradecí antes de dar el primer trago.

—Paso a recogerte a las ocho y media —me dijo Lewis.

—De acuerdo. —Asentí—. Quedan casi tres horas, tiempo suficiente para darme una ducha, descansar y prepararme —dije con diversión.

—¿Estás seguro de que no necesitas más tiempo? Joder, tío, yo hago todo eso en la mitad de tiempo.

Negó con la cabeza y yo solté una carcajada.

No me molesté en hacer otro comentario. Él sabía que lo había dicho en broma. Ni por asomo iba a tardar tanto en arreglarme. En descansar no decía que no, ya que no tenía otra cosa mejor que hacer después del trabajo, y hasta que viniera a recogerme.

Me acostumbré desde bien joven a que Lewis me acompañara a todos lados, pero no por ello yo dejé de tener mi intimidad y mis momentos de soledad.

Capítulo 22



Eimy

—¿Qué vas a hacer, cariño?

Levanté la cabeza, apartando la vista de las flores para mirar a mi madre.

La hora de parar al mediodía, de cerrar la floristería e ir a mi despacho a comer, debía estar muy cerca.

Desde que mi madre llegó sobre las nueve y media de la mañana, no habíamos dejado de trabajar en las decoraciones para la boda de Natalie. Ella había estado entretenida copiando los arreglos florales que creé el día anterior.

Yo me había dividido entre, atender a los clientes que habían entrado a la tienda, preparar los encargos de la web, y continuar con los arreglos de la boda.

A ella estaba refiriéndose mi madre, precisamente. O más bien al hecho de que Natalie me había invitado. Nada tenía que ver con el trabajo.

—No lo sé —contesté pensativa.

—Yo diría que sí lo sabes —me sonrió—. Te hace ilusión ir. Te lo he visto en la cara mientras me contabas tu encuentro con Natalie de ayer por la tarde, y me decías lo bien que os fue y cómo terminaste invitada a su boda.

—Sí. Me haría ilusión ir, la verdad —admití, con una mueca—. Pero, mamá, será una boda muy importante, por quién es ella y, sobre todo, por quién es su padre. Su familia tiene muchísimo dinero y todo será muy lujoso.

Sacudí la cabeza.

—Yo… no sé. No le he dicho nada a mis amigos porque no tengo ni idea de lo que haré. Me da vergüenza asistir, pero, por otro lado, me daría mucha pena no ir y no estar presente en un día tan especial para Natalie, después de que ella me haya invitado. Ha sido un gran detalle y un paso más en nuestra amistad.

—Hija, no puedes rechazar la invitación porque sus padres sean ricos y supongo que ella también.

—Ricos se queda corto —suspiré.

—Da igual. Si vas a ser su amiga, debes quererla por lo que es, no por lo que tiene.

—Es lo que hago. Nunca miro otra cosa que no sea a la persona.

Fruncí el ceño.

—Lo sé —me sonrió y me miró con cariño—. Soy tu madre. —Me hizo un guiño y le sonreí—. Pero ahora mismo estás valorando todo menos disfrutar con ella en el día de su boda. Te lo ha puesto muy fácil, porque estarían contigo Cata, Taylor y Bruno.

—Y Greta, de vez en cuando, imagino.

—Sí. Otro motivo más, ya que vuestra relación de amistad también está comenzando.

—No tengo ni idea de cómo irán los invitados —dije con una mueca —. ¿Y si no me arreglo acorde con los demás?

—No digas tonterías —rio—. Hija, tienes muy buen gusto y un vestido de fiesta, es lo que es.

—Ya… No sé. Y después está el regalo. ¡No voy a presentarme en la boda con las manos vacías! Y a Natalie no puedo comprarle cualquier cosa. Ella debe tener de todo, a un nivel que yo no aspiro.

—Pero te insistió en que su regalo serías tú si aceptaras ir, ¿no?

—Sí, pero ¿cómo voy a ir sin nada? Le agradezco todo lo que me dijo, infinitamente, pero yo no soy capaz de presentarme en su boda sin…

—¿Qué? —me preguntó ladeando la cabeza.

—¿Y si no le cobro las decoraciones para la boda?

Mi madre agrandó los ojos.

—Pero, Eimy, eso es mucho —habló con sorpresa—. ¿Y tu ilusión por el ingreso tan bueno que suponía este trabajo? Te hacía estar más tranquila porque iba a ser una estupenda inyección de dinero.

Negó con la cabeza.

—No lo veo. Si ese es tu pensamiento, mi consejo es que no vayas y que termines el trabajo para cobrarlo. Lo necesitas, hija.

—Mamá —le sonreí—. Tu preocupación es la mía. Yo mejor que nadie sé lo que hay, pero sería el regalo perfecto y uno al nivel de lo que pienso que sería lo correcto.

—¿Y qué pasaría contigo y con la floristería?

Frunció el ceño.

—Todo continuaría igual. Lo único que cambiaría es que no ingresaría nada por todo este trabajo. El problema será Natalie, convencerla de que acepte. Aunque si no lo hace no asistiré a la boda.

Me encogí de hombros.

—Oh. Hola.

Me extrañó lo que dijo mi madre, después de que apartara la mirada de mí.

Agrandé los ojos con sorpresa, al ver a Ander, el cliente fijo de cada semana, parado al lado de la puerta.

¿Cuánto tiempo llevaba ahí? ¿Por qué no se había hecho notar para interrumpirnos a mi madre y a mí? ¿Cómo no habíamos escuchado la puerta ni a él entrar?

La verdad era que no había cerrado con llave, como solía hacer cuando estaba sola. No siempre, pero en algunos momentos sí que lo hacía. Y también era cierto que la puerta no producía ningún ruido. Debido a lo silenciosa que era había sucedido esto.

Mi madre estaba igual de sorprendida que yo, por lo que estaba haciéndose las mismas preguntas. Habíamos estado tan concentradas hablando de la boda y de todo lo demás, que Ander había pasado desapercibido para ambas.

Y mira que era difícil, porque volvía a llevar su traje de chaqueta y estaba impresionante. Aparte de que su presencia se hacía notar porque llenaba los espacios.

Me levanté despacio de la silla, sin apartar la vista de él.

—Hola —lo saludé.

Metí las manos en los bolsillos, para ocultar el pequeño temblor que me entró. Estaba observándome de una manera que me puso muy nerviosa. Eso, y recordar lo de la cámara de refrigeración y nuestro encuentro en el restaurante, terminó por alterarme.

A pesar de ello, me mostré lo más normal posible porque no quería que mi madre notara algo diferente en mí. Tenía serias dudas de que lo consiguiera, ya que, todo lo relacionado conmigo ella lo pillaba todo al vuelo.

Evité mirar a mi madre para no ponerme más nerviosa y sonreír con naturalidad. Al menos fue mi intención, que lo consiguiera o no ya era otro tema.

—Perdona. No te hemos oído entrar.

—No pasa nada. Yo tampoco he hecho para que me oyeras. No quería interrumpiros.

Solté un suspiro involuntario al escuchar su voz. Tenía algo tan especial…

Miré de reojo a mi madre. Ella ya tenía toda la atención en mí.

Salí de detrás del mostrador que había utilizado para ayudarme a trabajar y me acerqué a Ander.

Mi madre había hecho suya mi zona de trabajo, por lo que yo me había quedado y adaptado a la otra que tenía reservada para atender a los clientes.

El interior de la floristería era un caos de cubos con agua y flores, muchas flores por todos los lados.

—¿Qué flor quieres para hoy? —le pregunté.

—Rosas.

—¿Rojas o de algún otro color?

—Lo dejo a tu elección.

—Si quieres darle algún significado…

No tuve suerte y no me aclaró para quién era el ramo que iba a llevarse. Me quedé con las ganas y la necesidad de saberlo, por un gran motivo.

Como no me contestó continué hablando.

—El significado de cada una puede variar, pero siempre dentro de la misma línea. Las rosas de color rojo, ya debes saber que simbolizan el amor y la pasión. También respeto y admiración.

—Sabía lo del amor y la pasión.

Su voz sonó un poco más ronca de lo normal, pero ignoré ese detalle y le sonreí.

—Es por lo que más se las conoce. Sí. Las rosas blancas representan paz, armonía, nuevos comienzos y espiritualidad. Las de color rosa expresan gratitud, ternura, cariño sincero, admiración y simpatía. Las amarillas se relacionan con la amistad, la alegría y el optimismo. Las naranjas, tonos salmón o melocotón, son entusiasmo, energía y vitalidad. Aunque te adelanto que estas se me han acabado.

Desvié la atención hacia mi madre. Se movió e hizo un ruido lo suficientemente fuerte como para destacar. Ella disimuló muy bien el motivo real por el que me había interrumpido, ya que tenía la mirada puesta en otro lado.

—Las rosas azules expresan lo imposible, el deseo de alcanzar lo inalcanzable, el misterio y lo extraordinario. Las moradas históricamente están relacionadas con la nobleza y simbolizan un flechazo intenso o un amor elegante y misterioso. Estas transmiten un encanto más sutil que las rojas.

—Son estas —dijo mi madre.

Ander y yo la miramos. Tenía una rosa morada en alto y le sonreí, asintiendo.

—Esas moradas son realeza, dignidad, encanto, atracción y espiritualidad. Y, por último, están las negras. Estas suelen vincularse con la muerte, pero también simbolizan un nuevo despertar, el renacimiento, la fuerza ante la adversidad y el cierre de ciclos. Amor eterno, misterio, lo desconocido, transformación, y luto y despedida.

Mi madre comenzó a tararear una canción mientras volvía a concentrarse en el trabajo. Aunque no nos perdió de vista a Ander y a mí, pero muy disimuladamente.

—Esos son los colores básicos. Después se pueden encontrar otras variaciones —le dije a él.

Me encogí de hombros, dando la explicación por concluida.

Me había lanzado a ello porque en más de una ocasión me había pedido que le explicara las diferencias entre unas flores u otras. Y en este caso, como había dejado a mi elección el color de las rosas, no quería equivocarme y dar un mensaje incorrecto e irreal.

—Así que prefiero que la elección sea tuya —comenté.

—Entiendo —sonrió de medio lado.

No fue una gran sonrisa, pero me conformé con lo que parecía un inicio de sonrisa.

—Un ramo de las de color rosa —me pidió.

—Claro —le sonreí.

Le di la espalda y caminé por la floristería, tomando distancia de él. Las rosas que quería no las había sacado de la cámara de refrigeración, ya que no tenía pensado utilizarlas.

Hasta allí fui a sacar el cubo en el que las mantenía frescas y vivas.

Cuando volví a la zona principal de la floristería, cargando con el cubo, elevé las cejas al ver a Ander al lado de mi madre.

Estaba apoyado en el mostrador de la zona de trabajo, con los brazos, y mi madre le enseñaba y le hablaba del centro que estaba haciendo. Llegué a escuchar que le decía que era creación mía, para la decoración de la boda que nos había escuchado hablar.

Al oírme, ambos miraron hacia mí, pero yo seguí mi camino hasta el otro mostrador. Solté el cubo en el suelo y me senté en la silla, poniéndome los guantes de trabajo.

Mi madre volvió a hablarle y mientras los escuchaba de fondo, preparé el ramo para Ander. Lo hice como sabía que le gustaba. Era lo que tenía que fuese un cliente fijo y fiel, que me había dado tiempo a conocer sus gustos.

Hablo en lo referente a los ramos, a mi trabajo, por lo demás pasaba palabra porque no lo conocía.

Capítulo 23



—¿No vas a hablarme de ese cliente? —me preguntó mi madre.

—¿De qué cliente exactamente, de todos los que han venido esta mañana?

Sonrió.

—Del último de la mañana. El que se ha ido hace un rato con un ramo precioso de rosas rosadas. Después has cerrado la floristería para comer y descansar un rato. ¿Necesitas algún dato más?

Negué con la cabeza, mientras masticaba la comida. Antes de hablar tragué sin prisa, al igual que bebí un sorbo de agua.

—Se llama Ander. ¿Qué quieres que te diga de él? No creo que pueda aportar nada interesante ni nuevo, porque, quitando las últimas veces, las anteriores tenía que sacarle las palabras a cuentagotas, para que saber qué tipo de ramos quería.

Me encogí de hombros.

—Has hablado tú más con él hoy, que yo en todas las veces que viene desde que abrí la floristería.

—A veces las palabras sobran. ¿No crees?

—No sé a qué te refieres.

Mi madre soltó una carcajada y como me había propuesto ignorar todo lo relacionado con Ander, volví a llevarme a la boca un tenedor lleno de comida.

Estaba riquísima. Mi madre había madrugado más de la cuenta para prepararla y dejarle una parte a mi padre, para que no tuviera que liarse en la cocina cuando llegara a casa del trabajo.

—Deberías saber que tanta negación llama más la atención.

—No estoy negando nada, mamá. Solo estoy diciéndote cómo son las cosas.

—Pues por cómo os habéis mirado he pensado…

—Nada. De verdad —la interrumpí—. Ander es un cliente estupendo. Viene varios días cada semana, sin faltar ni uno, de manera que es fijo de la floristería y como has visto, se lleva unos ramos grandes y preciosos. No porque los prepare yo —reí y ella sonrió.

Cogí el vaso para beber un poco más de agua.

—Se gasta mucho dinero en cada ramo. Hasta ahí puedo decirte. Ah, bueno, y también que coincidimos en el restaurante al que me invitó Bruno.

—¿El pijo?

Reí.

—Sí. El pijo —le confirmé con un guiño.

—Vaya. Aunque ya se ve que debe tener dinero. Es evidente la clase que tiene. ¿Será empresario? ¿Un directo de banco? Lo digo por el traje.

—No tengo ni idea, mamá, y tampoco voy a preguntarle.

Negué con la cabeza, antes de continuar hablando.

—Entre semana, el traje es como su uniforme de trabajo. Pero cada vez que viene lleva uno diferente, claro. Las únicas ocasiones que lo he visto sin traje fueron el sábado pasado, que se saltó su norma de venir entre semana a la floristería, y el domingo en el restaurante en el que estuve con Bruno.

—¿Y dices que viene varias veces por semana y se lleva ramos como el de hoy?

—Sí.

Me limpié la boca con la servilleta.

—Y varía mucho de flores.

—Es interesante.

—No sé dónde ves lo interesante, pero lo que sí sé es que, es estupendo para mi negocio —le dije, con un guiño.

—Eso parece —sonrió—. Podías entablar conversación con él, empezar tú la próxima vez que venga. A mí me ha caído muy bien.

—¿De qué habéis hablado? —le pregunté, sin mostrar mucho interés.

—Le he enseñado lo que estaba haciendo y él me ha hecho algunas preguntas. Nada importante.

Levanté la cabeza para mirarla.

—¿Qué te ha preguntado?

—Uy, ya no me acuerdo casi —dijo y se hizo la pensativa.

Eleve las cejas porque no colaba. Así de simple. A mi madre le dio igual, continuó con lo mismo.

—Como ya te he dicho hemos hablado del trabajo. ¿Quieres un poco más?

Me acercó el recipiente en el que quedaba bastante ensaladilla rusa y negué con la cabeza. Era lo primero que habíamos comido. Ella se sirvió un poco más y después le puso la tapa al recipiente.

—Hoy me ha salido muy buena. A tu padre le va a encantar —dijo antes de llenarse la boca.

—A mí también me ha encantado. Está riquísima —le confirmé, sonriendo.

—Gracias, cariño. El recipiente está a la mitad, llévatelo y así tienes una parte de la cena hecha.

—¿Una parte? Con la ensaladilla tengo la cena completa.

Reímos por la manera en la que cogí el recipiente.

—¿Esta tarde viene Taylor?

—Sí. Quedamos en que vendría mañana por la tarde, pero me ha escrito a media mañana para decirme que se adelantaba a hoy.

—Al final deja su trabajo para unirse a ti —dijo riendo.

—Le ha cogido el gusto. Sí. —Negué sonriendo—. Ojalá pudiera ofrecerle trabajo, pero hoy día eso es impensable —suspiré.

—Estás haciéndolo muy bien, hija. La floristería va cada vez mejor y te da para vivir. Trabajas duro para ello, nadie está regalándote nada.

—Sí —amplié mi sonrisa.

—Por eso me duele, en cierta manera, que vayas a perder la oportunidad de conseguir un buen ingreso por lo de la boda.

—No sé lo que haré al final.

Bajé la mirada al plato vacío y dejé el recipiente de nuevo en la mesa.

—Tengo que valorar muchas cosas —dije pensativa.

—Habla con Taylor esta tarde. Ella te dará su punto de vista, para hacer una cosa u otra, y estoy segura de que te ayudará.

—Sí, será lo mejor —dije haciendo una mueca—. Quería esperar, pero tampoco tiene mucho sentido. Ah, no te he dicho que si todo va bien iré a final de esta semana con Taylor, Cata y Bruno a la casa de Natalie.

Me levanté para recoger los platos, los cubiertos y los vasos. Mi madre se encargó de los recipientes, el vacío y el de la ensaladilla rusa.

—No hablo de la casa de sus padres, sino de la que compartirá con su futuro marido una vez se casen. Allí también estará Greta. La intención es que nuestros amigos se conozcan y de paso, como Natalie quería enseñarme su casa…

—Qué bueno, cariño.

—Tanto Natalie como Greta me caen genial, y por lo naturales y cercanas que han sido siempre conmigo quiero afianzar la amistad.

—Me alegro. Lo mejor es estar rodeada de personas buenas.

Asentí.

Como los platos eran de plástico, los tiré a la basura. Los cubiertos y los vasos los lavé en el baño. A falta de fregadero, era lo que había.

—¿Quieres un café? —le pregunté al entrar en el despacho.

Mi madre ya había recogido su parte y limpiado la mesa baja. Volvía a estar sentada en el sofá.

—Vale.

Fui hasta la cafetera y preparé dos cafés. Los llevé a la mesa de enfrente del sofá, en la que habíamos comido, junto con las cucharillas y el azúcar.

Me senté a su lado en el sofá y cada una nos preparamos el café a su gusto.

—Ay, ¡ese debe de ser tu padre!

Se incorporó de un salto y fue rápido a por su móvil. Cuando vio quién le llamaba, asintió hacia mí y le sonreí.

—Hola, cariño —saludó a mi padre, mientras se sentaba en la silla de mi mesa de trabajo—. Sí. Acabamos de comer.

Me desconecté de ellos. Me descalcé y subí las piernas al asiento del sofá, para estirarme un rato rodeada de cojines.

Cogí el móvil de la mesa y entré en la aplicación de mensajes, al ver que tenía mensajes de Taylor.

Tailor: *Hola, amiguísima.*

Sonreí, apretando los labios para contener la risa.

Tailor: *Acabo de terminar de comer. Si no ves rápido este mensaje estaré ya echándome una pequeña siesta. Pero puedes escribirme, dejo el móvil en silencio. Nos vemos en un rato. Besazos.*

Decidí no contestarle, pero sí le puse un corazón a cada uno de sus mensajes.

Bloqueé el móvil y lo dejé en la mesa. Mi madre continuaba hablando con mi padre. Miré durante unos segundos al techo y después cerré los ojos, para descansar lo máximo posible antes de volver a trabajar.

Tenía un poco más de media hora para relajarme y fue lo que hice.

—Estoy despierta —le dije a mi madre, todavía con los ojos cerrados.

Ya había terminado de hablar con mi padre y se había sentado en la otra punta del sofá. Cabíamos perfectamente las dos, aunque yo estuviera estirada.

—Descansa, cariño. Yo también voy a hacerlo un rato.

—Vale —susurré.

—¿Tienes puesta una alarma en el móvil?

—Sí.

—Pues ya está.

En cuanto pronunció esas palabras me giré para quedarme de lado y abracé un cojín, acomodándome más de lo que estaba.

Sonreí un poco, al notar las piernas de mi madre cerca de las mías.

No solía dormir los mediodías. Daba igual que me echara para relajarme, como estaba en este momento. Lo normal era que cerrara los ojos y descansara la vista, pero esta vez, al hacerlo, me dejé arrastrar por el sueño.

Solo iba a ser una cabezadita, porque tenía mucho trabajo por hacer y, sobre todo, debía pensar bien la decisión que iba a tomar con respecto a la boda.

No quería defraudar a Natalie, ni quitarles a mis amigos la oportunidad de vivir una boda como la que sería la de Natalie. Pero ir en las condiciones en las que mi reciente amiga me dijo no las veía bien. No me sentía cómoda.

Capítulo 24



Salí del baño recién duchada, seca y envuelta en la toalla. Acababa de secarme el pelo, por lo que solo me faltaba arreglarme para salir.

La salida de hoy era especial. Estaba nerviosa y es que, por fin, iba con mis amigos a la casa de Natalie. Ella misma me había enviado la ubicación.

Era viernes, las siete de la tarde, y el plan era ir a su casa, estar un rato allí, entre que hacíamos las presentaciones, nos la enseñaba y nos tomábamos algo. Después íbamos a salir a cenar.

Lo único que sabía era que Greta estaría, porque no iba a perdérselo. Palabras de Natalie. Pero no tenía ni idea de si hoy conoceríamos al novio y futuro marido.

En todas las veces que había hablado con Natalie, en ninguna de esas ocasiones ella comentó si Eduardo iba a estar hoy en la casa o no. Y yo no había querido preguntarle. Sinceramente, tampoco pensé en ello mientras hablábamos, por llamada o por mensaje.

Tailor y Cata estaban igual de ilusionadas y emocionadas que yo. En cambio, a Bruno le daba bastante igual ver la casa de Natalie. Lo que sí quería era conocer a Greta e ir a cenar todos en grupo.

Mis amigos hacía días que sabían lo de la invitación de la boda, lo que los incluía a ellos también. Lo habíamos hablado y al final, los tres me habían dicho y remarcado que la decisión final era mía. Sobre todo, me repitieron que no me sintiera presionada por ellos.

Yo todavía no sabía qué hacer, por muchas vueltas que le había dado al tema. Lo peor era que hoy debía darle una respuesta definitiva a Natalie y mis amigos también, cuando ella les dijera en persona que los invitaba a su boda.

Llegué hasta la cómoda, de donde saqué de un cajón la braga. Era lo único que iba a ponerme de ropa interior, ya que no necesitaba sujetador. El top que llevaría incluía sujeción para el pecho.

Después de ponerme la braga dejé la toalla del cuerpo a un lado, para ir al armario. Cogí de él una falda corta monísima y el top con el que me encantaba conjuntarla. Este tenía tirantes finos y un escote en pico, y se ajustaba bastante a mi cuerpo. No llegaba a estar pegado del todo.

Al terminar de vestirme me calcé las sandalias de tiras con cuña y volví al baño, para echarme crema en la cara, maquillarme, cepillarme el pelo y recogérmelo de un lado en la parte delantera con varias horquillas. Por último, me perfumé.

No tardé mucho, ya que solo me apliqué la máscara de pestañas, el colorete y el pintalabios.

Cuando volví a la habitación me colgué el bolso que prepararé antes de ducharme y cogí el móvil. Recorrí el pasillo mientras leía el mensaje que me había enviado Cata. En él me ponía que ya venían en camino, en el coche de Bruno. Las había pasado a buscar, ya que íbamos a ir los cuatro juntos.

Del mensaje hacía unos diez minutos, por lo que no dudé en apagar todas las luces y salir del piso. Después de asegurarme de dejar bien cerrada la puerta, me dirigí al ascensor y bajé hasta la planta principal, para salir a la calle.

Tuve que esperar muy poco, antes de que aparecieran. Sonreí en cuanto vi el coche de Bruno y de esa manera caminé hasta él.

—Hola —los saludé al entrar en los asientos traseros.

Cata y yo nos abrazamos, ya que era la que iba sentada detrás. Taylor estaba en el asiento del copiloto y nuestro amigo conducía.

Nos saludamos como pudimos, entre risas y besos, y Bruno se incorporó a la carretera para ir hacia la dirección de Natalie. Puse la ubicación en mi móvil y se lo di a Taylor, para que fuera dirigiendo a Bruno.

Ninguno de los cuatro sabíamos muy bien dónde se encontraba exactamente la casa de Natalie. La zona nos sonaba, pero nunca habíamos ido. Hasta hoy.

—Tiene que ser una zona pija —comentó Taylor al cabo de un rato, atenta a la pantalla de mi teléfono—. A dos calles, gira a la izquierda.

Bruno la miró divertido, ya que hablaba acelerada para anticiparse a la voz que iba dando las indicaciones.

—Tiene que serlo. Natatie y su futuro marido está a otro nivel que nosotros.

—A uno bastante superior —dijo con diversión Taylor.

—Mejor para mí. Así mi coche saldrá intacto —comentó Bruno—. Lo mismo se le pega algo.

—Eres muy tonto —le dije, antes de reírnos las tres.

Cata y yo nos quedamos en silencio y mientras todos observábamos las zonas por las que pasábamos, las únicas voces que se oyeron fueron las de Taylor y la del GPS.

—Vaya… —Silbó Taylor.

Después de un buen rato de que Bruno girara a la izquierda, de varias rotondas y carreteras largas, el cambio en las viviendas y en las calles fue muy significativo.

En esta parte de la ciudad no había edificios, solo casas que tenían como máximo dos alturas. Alguna vimos con tres.

Las casas estaban rodeadas por zonas verdes y las entradas eran por caminos que llevaban hasta los garajes de las viviendas.

—Debe ser una urbanización —comentó Cata, sin perderse detalle mirando por su ventanilla—. Nunca había venido a esta zona.

—Normal. Por aquí no se nos ha perdido nada —dijo riendo Taylor.

—Ya —rio Cata también.

Yo estaba muy entretenida admirando por dónde pasábamos.

—Hay mucha tranquilidad —dije—. Es como si de golpe estuviéramos en otro sitio completamente diferente.

—Pues ahora más. Me da a mí que entramos en una parte muy exclusiva.

Las tres miramos a Bruno. Nuestro amigo nos señaló hacia las dos barreras que había en la carretera. Había una para cada dirección y solo una se encontraba levantada. Era hacia la que íbamos nosotros.

Un hombre vestido de seguridad, al ver el coche de Bruno, salió de la caseta que estaba situada entre las dos barreras.

—Joder. ¡Qué nivel! —dijo sorprendida Cata.

—Ya te digo —comentó Taylor, con el mismo asombro.

—Buenas tardes —habló el hombre, cuando Bruno paró a su lado.

—Buenas tardes —le devolvió nuestro amigo—. ¿Necesitamos autorización o algo?

—No, tranquilo. Con tener anotada la matrícula tengo suficiente. Es para controlar el movimiento y quién entra y sale.

—De acuerdo.

—Pueden seguir.

—Gracias —le dijimos al unísono.

Bruno se puso en marcha y continuó circulando por la carretera.

Una vez pasamos el control, las viviendas y las parcelas cambiaron de nuevo. Entramos a una parte en la que todo era más grande, amplio. Las casas eran como pequeñas mansiones con jardines alrededor.

Cada terreno era precioso y destacaba la vegetación bien cuidada, de varias tonalidades de verdes.

—Creo que voy a pasar de entrar en la casa de Natalie —dijo Taylor.

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿Te intimida todo esto?

—¿Qué dices? —me preguntó ella, antes de soltar una carcajada—. Lo que quiero es aprovechar el tiempo para ir picando puerta por puerta, para ver si en alguna de estas casas de ensueño hay un dueño joven y soltero. O un hijo con esas características. Me adapto a todo. No tengo problema.

Cata, Bruno y yo reímos con ganas.

—Pues si vamos a la boda y veis la mansión de los padres de Natalie… —comenté con diversión.

—Dios, eso tiene que ser increíble —suspiró Cata.

—Sí —sonreí.

—Ya hemos llegado —dijo Bruno.

Los cuatro centramos la vista en la casa que quedó a nuestra derecha, una vez Bruno estacionó justo en línea recta de la entrada. Nos separaba de ella una verja, un camino que partía el césped de la parte delantera y una pequeña escalera de dos escalones.

Había mucho sitio para estacionar. Imaginaba que aquí poca gente lo hacía en la calle.

—Qué pasada —habló Taylor, sin apartar la vista de la propiedad.

—Qué lujo vivir en un sitio así —suspiró de nuevo Cata—. Me apunto contigo a ir por las demás casas. Tú una acera y yo la otra.

Reímos.

—Otro día —les dije—. Ahora vamos a que conozcáis a Natalie y a Greta.

Bruno me hizo un guiño. Él iba con ventaja, ya conocía un poco a Natalie.

Nos bajamos del coche y nos acercamos a la puerta de la verja. Pulsé el timbre, pero no se escuchó la voz a través del aparato ni tampoco abrieron.

En cambio, sí que se abrió la puerta de la vivienda. Mis amigos y yo miramos hacia esa dirección y sonreí al ver a Natalie con una sonrisa de oreja a oreja.

Desde esa posición nos abrió y dio varios pasos para salir de la casa. Se quedó en el pequeño rellano de la entrada, sin bajar la escalera.

Bruno empujó la puerta de la verja y entramos a la propiedad, para recorrer el camino estrecho que nos llevaba hasta Natalie.

—¡Bienvenidos! —nos recibió ella con mucha alegría.

Espontánea y cercana, como siempre había sido conmigo, se abrazó a Bruno. Mi amigo le correspondió de la misma manera y después de un beso en la mejilla, me abrazó a mí con fuerza.

—Qué ilusión teneros aquí. Tenía muchas ganas de conoceros —nos dijo y miró a mis amigas.

—Ellas son Taylor y Cata —se las presenté, señalándolas por orden.

—Es un placer, Natalie —dijo Cata.

—Ay, igualmente. El placer es mío.

Se lanzó a abrazarla también y después pasó a Taylor.

—Adelante. —Se apartó de la entrada y nos señaló hacia dentro—. Como si estuvierais en vuestra casa.

Capítulo 25



—Qué bonito —le dije, sobre un mueble del ancho y amplio recibidor.

—Me lo regaló mi abuela y a ella su madre—me explicó Natalie.

—Tiene historia y mucho encanto —comenté.

—Sí. Tuve que llevarlo a restaurar, pero si hubieras visto cómo era originalmente, no notarías ninguna diferencia.

Pasó la yema de los dedos por la superficie, acariciándola.

—Para mi abuela era muy importante —añadió.

—Me puedo hacer una idea —le sonreí.

—¿No pensáis moveros de la entrada o qué?

Al escuchar a Greta, Natalie soltó una carcajada y yo sonreí. Mis amigos miraron hacia ella con curiosidad.

—Chicos, ella es Greta. Mi mejor amiga y un proyecto de la vuestra —la presentó Natalie, con humor.

—Déjalo. Yo puedo sola —dijo a modo de queja Greta.

Puso los ojos en blanco, haciéndonos reír, y después se acercó a nosotros. Ella y yo nos dimos un abrazo y después mis amigos se presentaron uno por uno.

De repente se escucharon varios ladridos y sonreí de oreja a oreja al pensar en Skye, la perra de Natalie.

—Y cómo no, Skye no podía esperar más para saludarte y dar la bienvenida —comentó Natalie, haciéndome un guiño.

La perra apareció corriendo por la entrada del recibidor, dio varias vueltas a todos y al final se paró delante de mí, con la cola yéndole rápido de un lado al otro.

—Hola, preciosa —la saludé.

Skye ladró solo una vez, como respondiéndome. Volví a sonreír.

Después de reclamar varias caricias y mimos, los que les di encantada, fue uno por uno de mis amigos, para olerlos bien y darles su bienvenida.

—Eres una preciosidad —le dije a Bruno.

A Skye debió encantarle porque subió las patas delanteras al pecho de mi amigo. Él rio, acariciándola.

—Ahí tienes tu primera conquista de la noche —le dijo Taylor a Bruno.

Reímos por su comentario.

Después de un rato en el que Skye recibió muchas muestras de cariño y a Cata, como a mí el primer día, se le quitaba poco a poco la impresión de ver a Skye, la perra se fue igual que llegó. Corrió perdiéndose por la casa.

—Vamos a movernos, que al final sí que es verdad que no pasaremos del recibidor —dijo con diversión Natalie—. Primero quiero presentaros a alguien más y después ya os enseño la casa y los exteriores. Terminaremos tomando algo en el porche. Ahora se está genial.

—¿Conoceremos al novio? —le preguntó Taylor, con la rápida confianza que le había dado Natalie.

—Sí —nos confirmó, sorprendiéndonos—. Estáis a punto de conocerlo. ¡Qué menos que sea antes de la boda!

Sentí todas las miradas de mis amigos puesta en mí, pero no aparté la atención de Natalie.

—Ese día habrá mucha gente y no podremos estar todo el tiempo que nos gustaría con nuestros amigos. Al menos al comienzo, porque una vez que termine la ceremonia tendremos muchos compromisos que atender por mi padre y por el de Eduardo, de manera que quería que lo conocierais antes, con tiempo.

—Natalie, sobre la boda…

—Tenemos todo lo que queda de día y una parte de la noche para hablar de ello —me interrumpió—. No te preocupes. Ahora vamos a ver a Eduardo, que tiene muchas ganas de conoceros. Le he hablado mucho de ti y de este momento con todos —rio.

—Vale.

Alguno de mis amigos me dio un ligero tirón del top, disimuladamente. Lo ignoré.

Greta se puso a mi lado cuando Natalie comenzó a caminar por su casa, siguiendo la dirección en la que se había dio Skye. Taylor se adelantó y comenzó a hablar con ella, mientras se alejaban.

Cuando comenzamos a seguirlas los demás, Greta me miró con curiosidad.

—¿Estás bien? —me preguntó en tono bajo.

—Sí.

—¿Seguro? Pareces incómoda. Ni la primera vez que conociste a Natalie te noté así. Y la casa de sus padres impone muchísimo más.

—No es nada —le sonreí—. De verdad. Lo único es que quiero hablar sobre la boda con Natalie y hasta que no llegue ese momento…

En cuanto llegamos al salón, la vista se me fue hacia todos los lados. Cata hizo un sonido de sorpresa y no fue para menos. El espacio era enorme y la decoración exquisita. Era perfecto en forma y detalles. Había dos sofás alargados y anchos, de tonalidades café con leche. El color que más destacaba y predominaba era el blanco, incluso en los muebles.

Los toques de color lo daban las decoraciones que hacían un conjunto increíble. El suelo era de madera, de un color cálido, y había una alfombra en la parte de los sofás que hacía del lugar más acogedor.

Fuimos directas hacia la corredera del salón. Esta tenía abierta una hoja y entraba el sonido de voces y risas. Era evidente que Eduardo no estaba solo, porque Skye no podía haberse transformado.

Ese pensamiento me hizo sonreír y al pensar en la perra, no entendí cómo le pude tener miedo la primera vez que la vi. A ver, sí, era una perra grande, pero de ahí a verla como una amenaza…

—Esa conversación con Natalie sobre la boda… —habló Greta—. ¿Es por algo malo?

—No. Tranquila, que no es por nada de mi trabajo. He adelantado muchísimo en los arreglos florales y estoy perfilando los detalles. Ya me han llegado todas las flores y las estoy conservando como nuevas, frescas. Tengo todas las muestras de las decoraciones hechas y cuando llegue el día, lo tendré todo claro.

Nos paramos en medio del salón, cuando Cata y Bruno lo hicieron. Mis amigos estaban hablando sobre la zona de la chimenea, hacia donde miraban. No me enteré de lo que decían.

Seguí hablándole a Greta.

—Por ahora estamos montando los arreglos que van en maceteros ocultos, ya que solo hay que regarlos y mantenerlos. Con las demás decoraciones no puedo ponerme hasta que no queden como máximo cuarenta y ocho horas para la boda.

Me encogí de hombros.

—Menudo trabajo en la recta final.

—Bastante —sonreí—. Pero mi madre me está ayudando, ya que se le da genial todo el tema de la jardinería y las plantas. Tiene muy buenas manos y experiencia, ya que lleva años manteniendo y conservando su jardín. Lo tiene precioso, te encantaría.

—Algún día puede que lo vea —me dijo con un guiño—. Aunque lo que has dicho son buenas noticias, no sé yo si me dejas muy tranquila. —Elevó las cejas.

Reí, para eliminar un poco la tensión que sentía yo.

—Natalie tiene pensado trasplantar todas las flores de los maceteros en los jardines de alrededor de esta casa. Al día siguiente de la boda alguien tendrá trabajo para traerlos todos aquí.

—Me encanta la idea de que las conserve ella. Había pensado que se quedarían en la casa de sus padres. Eso también estaría muy bien, pero como son un recuerdo de un día especial para ella…

—Qué va. Por los jardines de sus padres solo se quedarán una cuantas. La gran mayoría vendrán aquí. —Asintió.

Skye entró en el salón porque estábamos tardando mucho en llegar junto a los demás. Reímos cuando empujó con la cabeza a Greta, para que se moviera.

—Vale, vale… Ya lo he captado —dijo riendo ella.

Volvimos a movernos, para terminar de recorrer el camino que nos llevó hasta una parte nueva de la casa. El gran porche, donde había una mesa rectangular preciosa, con bancos con asientos acolchados y sillas alrededor. Hacia el lado opuesto se encontraba varios sillones de jardín, anchos y cómodos, con varias mesas a los lados. Un poco más apartado había un balancín.

Nada ni nadie me preparó para lo que me encontré en el porche de mi nueva amiga.

Agrandé los ojos y entreabrí los labios, sin salir del asombro de ver a Ander, mi cliente, sentado en uno de los sillones.

Su mirada estaba fija en mí. Me impactó verlo de una manera tan natural y despreocupada. Tampoco era como si lo conociera, pero…

El tobillo de una pierna le reposaba en el muslo de la otra. Y en la pierna flexionada de lado que tenía en alto, tenía apoyado un botellín de cerveza que sujetaba con la mano.

Incrédula con la situación, observé que al lado de él también estaban los dos hombres con los que vi a Ander en el restaurante caro al que me llevó Bruno. Y, para más sorpresa mía, me encontré también con otra cara conocida.

—Menudo giro de los acontecimientos, ¿eh? —me susurró al oído mi amigo.

Se inclinó detrás de mí para acercarse. Al llegar al porche, Bruno se había quedado a mi espalda.

Él reconoció a tres de los hombres que estaban en los sillones, sin problema. Sobre todo, a Ander. Bruno tenía mucha mejor memoria que yo para esas cosas.

Skye, de nuevo, fue la que salvó la situación. Ladró varias veces y dio unos giros sobre sí misma, feliz. Natalie rio y le agarró la cabeza, para darle un beso en ella.

Para mi sorpresa, otra más, la perra no se mantuvo al lado de su dueña. Se separó de ella para ir al lado de Ander. Skye se tumbó a los pies del sillón en el que estaba él y Ander bajó una mano para acariciarla.

En ningún momento apartó la vista de mí, ni siquiera para mirar unos segundos a los demás.

—Chicos —habló Natalie, captando nuestra atención—. Para empezar, os presento a Eduardo, mi prometido y futuro esposo —rio.

Un hombre moreno y sonriente, el único que no conocía de nada, se levantó de otro sillón para acercarse a mis amigos y a mí. Era alto y muy guapo, atractivo y con complexión bastante fuerte.

Con la impresión que me había llevado, el anfitrión de la casa me pasó desapercibido hasta ese momento. Totalmente.

—Hola. Encantado de conoceros —nos dijo—. Es un placer. Natalie estaba muy emocionada por este día, por este momento. Me alegra poneros cara, al fin. Sed bienvenidos a nuestra casa.

Después de sus palabras nos presentamos y todos le correspondimos con la misma amabilidad y simpatía. Taylor se mantuvo a un lado, ya que, por lo visto, al llegar primero al porche con Natalie, ya debían haber hecho todas las presentaciones.

Yo tuve que hacer un gran esfuerzo para mantenerme centrada en Eduardo, sobre todo, cuando me habló directamente.

Ahora, viéndolos a los dos juntos, porque Natalie se agarró del brazo de Eduardo, podía decir que hacían una pareja perfeta de guapos. Y lo más importante era que no era solo hacia fuera, porque me bastó con unos segundos para darme cuenta del amor y la conexión que desprendían.

Capítulo 26



Ander

Me incliné hacia delante en el sillón, para coger mi botellín de cerveza. No hacía mucho que Eduardo había sacado para todos, por lo que todavía no había empezado a beber.

El momento indicado llegó cuando escuché unas voces desde el interior de la vivienda.

Di un trago y acaricié a Skye, cuando volvió al porche corriendo. Vino directa hacia mí y se sentó al lado de mis piernas.

—Chica, no vamos a robártelo —se dirigió a ella Quinn.

Skye ladró y se puso en pie, mirando hacia él. Yo sonreí de medio lado y la felicité con más caricias.

—No tenemos nada que hacer —comentó Leo, riendo—. Parece mentira que todavía intentes apartarla de él.

—Algún día lo conseguiré —aseguró con diversión Quinn.

—No te lo crees ni tú —dijo Eduardo, sonriendo.

Bebió de su cerveza, mientras me miraba.

—¿Estás preparado? —me preguntó.

—¿Por qué no tendría que estarlo?

Arqueé una ceja.

—La historia que nos has contado es muy interesante —dijo Leo.

—En el restaurante ya supimos que sucedía algo —comentó con picardía Quinn—. Ha estado muy callado.

—En aquel momento no tenía nada que decir —dejé claro—. Pero a estas alturas necesitabais disponer de toda la información para lo que viene dentro de poco.

—Lo que me extraña es que tu mujercita —le dijo Quinn a Eduardo — y Greta no hayan hablado de más sacando el tema.

—No te imaginas lo que le ha costado a Natalie contenerse — informó él.

Ambos sonreímos de medio lado, mientras Quinn reía.

—Lo mismo tendrían que haberla preparado de alguna manera — habló Lewis, balanceando su botellín—. No sé, con alguna indirecta. Más que nada para minimizar la sorpresa que va a llevarse cierta señorita —carraspeó, mirándome de reojo.

Todos supimos a quien se refería, por lo que no hizo falta ninguna aclaración.

Iba a responderle, pero las voces del interior de la casa sonaron más fuertes, cercanas, y me quedé callado. Natalie salió al porche con una mujer que no había visto nunca, pero por el momento nadie más apareció detrás de ellas.

—Chicos, os presento a Taylor. Es una de las mejores amigas de Eimy, la florista, por lo que espero que, desde hoy, comencemos a ser amigas también —se sonrieron entre ellas—. Ellos son Eduardo, Lewis, Leo, Quinn y Ander —nos presentó por el orden en el que estábamos sentados.

Nos levantamos todos para y fuimos dándole un beso en la mejilla, para finalizar la presentación.

—Sí, sí… —rio Natalie—. Hay que ver cómo te pones cuando no se te incluye —dijo entre risas.

Estaba dirigiéndose a Skye, después de que la perra le ladrara para llamar su atención.

—Y Skye, por supuesto —habló hacia Taylor—. La princesa no puede faltar nunca —comentó con diversión.

Skye, como respuesta, volvió a ladrar una vez provocando que algunos rieran.

—No estéis de pie por mí —nos pidió Taylor.

—Siéntate con nosotros —le ofreció Quinn.

Taylor observó que no había sillones libres y cuando fue a mirar hacia otro lado, para encontrar donde sentarse, Quinn volvió a hablarle.

—Mis piernas siempre estarán libres y dispuestas para ti.

Todos lo miramos. Los que lo conocíamos bien no nos sorprendimos de nada, y a favor de Taylor debía decir que su sorpresa por el atrevimiento de nuestro amigo duró poquísimo.

Enseguida sonrió de medio lado, sin apartar la vista de Quinn.

—Esa oferta es muy tentadora. ¿Estás seguro? —le preguntó ella.

Quinn también sonrió de medio lado, mientras acomodaba su postura en el sillón.

—Por supuesto. No soy de echarme para atrás —le dijo él.

—¿Y si peso demasiado?

—Eso no va a suceder.

Para corroborar sus palabras, los ojos de mi amigo recorrieron el cuerpo de Taylor de arriba abajo.

—Como he dicho, no vas a pesar nunca demasiado para mí —repitió con un guiño.

Desconecté de ellos, de sus siguientes comentarios, cuando dirigí la vista hacia la corredera del salón. Me incliné hacia delante, para susurrarle al oído a Skye.

—Trae a Greta —le pedí.

Ella, tan obediente como siempre, fue a buscarla al interior de la casa. No tuvo que ir muy lejos porque se escuchaban los murmullos de las voces en el salón.

Supe enseguida que Skye consiguió su propósito, cuando escuché reír a Greta.

La perra volvió rápido y segundos después, llegó la gran sorpresa para la mujer que salió al porche al lado de Greta.

Eimy, en cuanto me vio, se quedó con la boca abierta. Tal cual. No pudo ocultar su sorpresa, mientras yo la observaba fijamente.

Dirigió sus ojos hacia todos los que estábamos en la zona de los sillones y fue de asombro en asombro. Hasta que se encontró de nuevo con mi mirada.

—Chicos —habló Natalie.

Llamó la atención de todos cuando se dirigió a los recién llegados.

—Para empezar, os presento a Eduardo, mi prometido y futuro esposo —rio.

Eduardo se levantó de su sillón y se acercó a ellos.

—Hola. Encantado de conoceros —les dijo—. Es un placer. Natalie estaba muy emocionada por este día, por este momento. Me alegra poneros cara, al fin. Sed bienvenidos a nuestra casa.

Después de esas palabras le siguieron las presentaciones entre ellos, menos de Taylor, que ya tenía ese trabajo hecho.

Eduardo habló con el grupo un poco más y en un momento dado se centró en Eimy, ya que era de la que más le había hablado Natalie.

Cuando terminaron llegó el momento de la verdad, como se suele decir. La hora de enfrentar de cara la situación.

—Y ahora os presento al resto —volvió a hablar Natalie.

Greta acercó una silla y se sentó, viendo la escena muy entretenida. Taylor se mantuvo al lado de sus amigos, a pesar de que ya sabía lo que venía a continuación. Eso sí, ella y Quinn se lanzaron varias miraditas.

—Era una sorpresa. Al saber que veníais quería que conocierais a unas de las personas más importantes de mi vida.

Eduardo le pasó un brazo por los hombros y se sonrieron. Él asintió y ella continuó hablando.

—Ellos son Lewis, Leo y Quinn, amigos de toda la vida o casi, y como hermanos mayores por lo pesados que son —los presentó con diversión.

Lewis sonrió de medio lado. Leo rio directamente. Y Quinn le hizo un guiño a Natalie.

—Y, por último, Ander. Mi hermano mayor.

Ahí estaba. La bomba final.

Los únicos sorprendidos por esa noticia fueron Bruno, y claro está, Eimy. Ella fue la que peor se quedó.

—Como ya habéis escuchado con Eduardo, ellos son Cata, Bruno y Eimy.

—¿Tu… hermano? —consiguió preguntarle Eimy a Natalie.

—Sí —le confirmó ella, sonriéndole con cariño.

—Pero…

—¿Qué pasa? —Quiso saber Taylor, con el ceño fruncido mirando a su amiga.

Eimy dirigió la vista hacia ella y después hacia Cata. Paseó su mirada entre sus amigas. Bruno colocó sus manos en los hombros de Eimy, dándole apoyo y fuerza.

Estuve muy tentado a intervenir para poner más fácil la situación, pero Eimy se me adelantó y dejé que hablara ella.

—Tenéis ante vosotras a Ander —les dijo a sus amigas.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien? —Se preocupó Cata.

—Eso digo yo —comentó Taylor, con el ceño fruncido—. Ya sabemos que se llama Ander.

—Ya… pero no que es el mismo Ander que viene a la floristería cada semana, varias veces.

Taylor y Cata la miraron como si no hubieran comprendido lo que acababa de decirles. Hasta que agrandaron los ojos y me miraron.

—No jodas —dijo Taylor.

—¿Es ese Ander? —preguntó por voz ahogada Cata.

—El mismo —le confirmó Eimy, con un suspiro.

—Se acabó la curiosidad —habló Bruno, con un carraspeo.

—¿Y esta casualidad? —preguntó Taylor, pensativa.

—Creo que todos nos hemos quedado igual —comentó Bruno.

—Natalie… —la llamó Eimy.

—Que no cunda el pánico —rio ella—. Hablaremos con calma, ¿vale?

—No entiendo cómo…

La interrumpí cuando me levanté. Mis amigos hicieron lo mismo, para acercarnos a ellos. Como habíamos hecho con Taylor, tocaba finalizar la presentación con un beso en la mejilla.

Fue lo que hicimos, uno por uno con Cata y Eimy. A Bruno le dimos la mano.

Me puse frente a Eimy, cuando fue mi turno con ella.

—Hola —le dije.

Necesitaba romper la tensión que todavía transmitía.

—Hola —susurró.

Sonreí de medio lado.

Me incliné hacia ella, para darle el beso en la mejilla. Lo hice alargando un poco más de lo normal el contacto de mis labios en su mejilla. Antes de separarme, le susurré sobre la piel.

—Relájate. Este encuentro, el de todos, es muy especial para Natalie. Ella de verdad quiere ser vuestra amiga.

Me separé y nos miramos a los ojos. Eimy asintió y yo me quedé conforme al ver cómo hacía una respiración profunda y soltaba un suspiro después.

Skye se sentó muy cerca de mis piernas y levantó una pata delantera hacia Eimy. Ella rio al verlo y se agachó para cogerle la pata.

—Fue un grandísimo placer el otro día y aún más el volver a verte, preciosa —le dijo Eimy.

Skye, como no podía ser de otra manera, soltó un ladrido y se puso de pie, para apoyarse en la pierna de ella.

—Le cuesta mucho separarse de Ander —habló Quinn, con diversión —. Nosotros estamos a punto de tirar la toalla porque no se separa de él.

—Eso no es verdad. En mi casa va por libre —comenté.

—¿En tu casa? —me preguntó Eimy, con el ceño ligeramente fruncido.

—Skye es mía. Soy su dueño —le aclaré otro dato del que no tenía ni idea.

—Yo… pensaba que era de Natalie —habló buscando la mirada de ella.

—Cuando no está mi hermano cerca, sí —dijo con diversión Natalie.

—¿Hay alguna sorpresa más? Porque no sé si entre unas cosas y otras necesito sentarme —comentó Taylor.

A excepción de Eimy y de mí, los demás rieron por su comentario. Nosotros nos quedamos mirándonos fijamente.

Capítulo 27



Eimy

Cogí mi vaso, en el que me había echado la mitad de la lata de refresco, y me lo llevé a los labios para beber un buen sorbo.

Tenía la garganta seca, pero ni bebiendo conseguí hacer desaparecer la sensación que se me había quedado.

Todavía estaba alucinando bastante, por todo lo acontecido y por cada sorpresa que me había llevado. Todas seguidas y en cuestión de segundos.

Bajé la mirada a Skye y sonreí. No tenía ni idea de si debía notar que no estaba en mi mejor momento, pero Skye había sorprendido a todos olvidándose de su dueño por un rato para estar a mi lado. Y no solo eso, tenía la barbilla apoyada en mi pierna.

Sonreí mientras le acariciaba la cabeza.

—Estoy bien —le susurré, para que solo ella me oyera.

Así era, más o menos, ya que había controlado los nervios. Controlado, que no era lo mismo que eliminado. Para esto último todavía me faltaba y a saber, si lo conseguiría en algún momento de lo que quedaba de tarde.

Skye, al oírme, levantó las orejas. Las dejó firmes y me miró moviendo los ojos hacia arriba. Mi sonrisa se amplió.

—Estoy flipando —dijo Leo.

Cuando levanté la mirada, me di cuenta de que lo había dicho por Skye, por cómo continuaba conmigo. Por algunas de las caras que vi, todavía seguían con lo mismo y me pregunté qué tan sorprendente era.

No lo entendía, pero no sería yo la que preguntara sobre ello. Si salía la conversación, perfecto. Si no, era lo que había.

Y no supe por qué, pero como si tuviera que pedirle permiso de algo a su dueño, dirigí la vista hacia Ander.

Él volvía a estar sentado en el sillón en el que lo había visto al salir al porche, con su botellín de cerveza rozándole los labios.

—Para que luego me digáis… —comentó Ander, sin apartar los ojos de los míos.

—Es que nuestra Skye es una chica muy lista —dijo con diversión Natalie.

—Y tan lista. Sabe muy bien lo que hace —intervino Greta.

—¡Es tan mona! —exclamó Cata.

—Sí, pero te han entrado ganas de salir corriendo al verla —dijo riendo Taylor.

—Como si a ti no te hubiera pasado lo mismo —se quejó Cata, con un bufido—. Joder, es que con lo grande que es…

Ambas rieron y yo sonreí.

—¿Qué haces? —le preguntó Eduardo a Leo.

—Grabar este momento porque es de esas cosas únicas en la vida —contestó Leo, con el móvil enfocando hacia Skye y a mí.

Hasta que una mano bajó de golpe el teléfono. El dueño de dicha mano era Ander y no le gustó lo que iba a hacer su amigo.

—No hagas tonterías —le advirtió Ander.

—Iban a ser unos segundos —se defendió Leo, con una pequeña sonrisa.

—Ni medio —le dijo Ander, con una ceja arqueada.

—Vale. —Levantó las manos Leo y rio.

Ander negó con la cabeza. Cogió su botellín de cerveza y se bebió lo que quedaba dentro de él, para dejarlo después sobre la mesa pequeña que tenía más cerca.

—Mi hermano y sus amigos vienen también al restaurante a cenar —informó de repente Natalie.

—Qué bien —habló de manera espontánea Cata—. ¿No? —Nos miró a Taylor, a Bruno y a mí.

—Claro —tuve que ser la primera en responder, porque los demás esperaron mi contestación.

—Sí —afirmó seguido Bruno.

—Por supuesto —terminó Taylor.

—Me alegro de que os haga tanta ilusión como a nosotros —habló emocionada Natalie.

¿Qué iba a decir? ¿Qué no quería estar mucho tiempo cerca de Ander porque me tenía constantemente en tensión? Él no tenía la culpa de cómo me encontraba yo ni de lo que sentía. No era justo que provocara una situación en la que él, y seguramente sus amigos, porque lo seguirían, quedaran excluidos por mi culpa.

De igual manera, que no era justo chafarle los planes a Natalie y tirar por tierra su ilusión. Daba igual que yo tuviera que pasar una noche un tanto o bastante diferente. Solo debía asumir el nuevo giro y tirar adelante, como siempre hacía con todo.

—Voy un momento al baño —dije.

Le acaricié detrás de las orejas a Skye, antes de incorporarme despacio. Al hacerlo, ella levantó la cabeza y se quedó sentada a mi lado.

No miré hacia ninguno de los presentes. Me dirigí hacia la corredera del salón y entré en él, para ir hacia el baño que Natalie nos había enseñado en esta planta.

Después del impacto que me llevé al llegar al porche, y una vez que se terminaron las presentaciones y estuvimos unos minutos hablando, Natalie nos llevó a mis amigos y a mí por toda la casa.

Nos enseñó cada estancia y rincón de ella, tanto de la planta principal como de la superior, antes de sentarnos a tomarnos una bebida fresca en el porche.

La vivienda era preciosa. No había habido habitación o espacio que no me hubiera gustado. La decoración era moderna y elegida con mucho gusto.

En la planta superior había cuatro habitaciones con sus armarios, camas y baños privados. Dos de ellas compartían vestidor y las otras dos, entre las que estaba el dormitorio principal de la pareja, tenían vestidores independientes.

Aparte de esas estancias, arriba también había otra habitación que estaba vacía. Natalie nos había dicho que todavía no tenía claro qué quería hacer en ella.

En la planta baja, los espacios grandes que predominaban eran el salón y la cocina. Esta última era de ensueño. Aparte, la planta principal se dividía entre el recibidor, el baño al que me dirigía, un despacho doble en el que había mucho espacio y todo lo necesario para trabajar dos personas, una biblioteca con una cristalera enorme que daba al jardín y una sala convertida en gimnasio. Este era muy completo.

En el exterior se encontraban los jardines que rodeaban la vivienda. En la parte del jardín que daba al porche, al que se accedía desde el salón, se encontraba a unos metros de distancia una piscina ovalada con un acceso como si fuera una playa.

Cerca de ella había una zona con tumbonas y una carpa, para elegir entre sol y sombra. La vivienda también tenía una zona *chill out* increíble para relajarse y otra zona para la barbacoa.

Entré en el baño y lo primero que hice fue ponerme frente al espejo y apoyar las manos a los lados del lavabo. Me quedé mirándome en el espejo.

Podía estar tranquila porque mi aspecto era el mismo que cuando terminé de arreglarme. El problema lo tenía por dentro, con los nervios que se negaban a abandonarme.

—Joder. Ya está —susurré—. ¿Qué mierda me pasa? Sí, me he llevado más de una sorpresa totalmente inesperada, pero están más que superadas.

Suspiré, preguntándome si era cierto lo que acababa de decirme a mí misma.

De repente sonaron varios golpes en la puerta y miré hacia ella como si en cualquier momento fuera a llevarme un susto más grande.

Todos sabían que había venido al baño y no hacía nada que entré.

—¿Eimy? ¿Estás bien?

Me relajé al instante al escuchar a Bruno. Sonreí y le abrí la puerta, para que se quedara tranquilo.

—Lo estoy —le contesté frente a él—. Todavía no me ha dado tiempo a hacer nada —le dije con diversión.

—Ya…

Ladeó un poco la cabeza y yo elevé las cejas cuando me empujó con delicadeza al entrar él en el baño. Cerró la puerta.

—¿Qué haces? —le pregunté con una risilla—. Van a pensar que nos estamos liando aquí encerrados —reí.

—He dicho que venía al baño. No era plan que pensaran que iba a pasearme solo por la casa.

—Mucho mejor así. Sí.

—Y me importa una mierda lo que se les pase por la cabeza. Que piensen lo que les dé la gana —sonrió de medio lado—. Mientras tú y yo sepamos la verdad… Y hablando de verdades, no me mientas al decirme que estás bien.

Elevó las cejas. Se apoyó en la pared y se cruzó de brazos.

—¿Cómo llevas los descubrimientos inesperados? —me preguntó serio.

—Ha sido… chocante —contesté—. Pero de verdad que estoy bien. Un poco nerviosa todavía, pero nada importante.

Me encogí de hombros.

—¿Tienes ganas de que acabe esta noche?

Ladeó un poco la cabeza.

—Hasta ahora y ahora mismo, un poco.

Reí y él sonrió.

—Pero se me pasará —suspiré—. Estoy adaptándome a la nueva realidad y ya está.

Bruno se quedó con los labios entreabiertos, preparado para hablar, pero otros golpes en la puerta lo interrumpieron.

Ambos miramos hacia ella.

—Abrid ahora mismo si os falta alguna prenda de ropa. ¡Egoístas!

Bruno y yo soltamos una carcajada al oír a Taylor. Fue él quien abrió la puerta y entonces nuestra amiga apareció al otro lado.

—Mierda. Qué decepción —dijo Taylor, después de comprobar que teníamos toda la ropa en su sitio.

Sonrió de medio lado y se cruzó de brazos.

—Ya puedes salir de tu escondite. Están decentes —dijo.

Cata asomó la cabeza por un lado y los cuatro reímos. De repente estuvimos todos dentro del baño, en una reunión improvisada.

—Madre mía. ¿Qué van a pensar? Hemos desaparecido los cuatro —pregunté.

—Ni idea, pero estoy segura de que si le damos tiempo a Natalie y a Greta terminarán uniéndose a nosotros.

Volvimos a reír.

—Solo queremos saber cómo estás —me dijo Cata, sonriéndome con cariño.

—Eso y hablar tranquilamente, por si no quieres ir a cenar con las nuevas incorporaciones. Puedo fingir encontrarme mal de golpe, antes de irnos. El drama fingido se me da genial —sonrió con picardía.

—Sí, porque los hemos dejado hablando de ir al restaurante cuando volviéramos todos al porche —comentó Cata.

—Chicas… todo está bien. De verdad —insistí, por cómo me miraron.

—¿Estás segura? —insistió Taylor, con el ceño ligeramente fruncido.

—Sí —les sonreí—. Sois los mejores.

Los abracé a los tres, provocando que se pegaran entre ellos. Recibí la misma muestra de cariño por parte de mis amigos.

—¿Entonces nos vamos de cena? —preguntó Taylor.

—Nos vamos de cena —le confirmé.

Todavía no nos habíamos soltado.

—Estupendo porque le tengo unas ganas al rubio…

Cuando nos separamos Taylor rio porque comenzamos a hacerle preguntas sobre Quinn. Él era el rubio, con el que a Taylor le había dado tiempo a picarse al hablar y también a compartir miraditas muy significativas.

Centrarnos en ella me liberó de que lo hicieran más en mí. Sabía que estaban dándome una tregua, para que mi noche fuera bien y porque no era el lugar para poder hablar sobre Ander.

La conversación se daría y muy pronto. De eso no tenía ninguna duda, pero por el momento agradecía que todo se quedara como estaba.

Capítulo 28



—¿Todo bien? —nos preguntó Natalie.

Acabábamos de regresar del baño y todos nos miraban.

—Sí —contestó Bruno—. Todo perfecto —sonrió.

Natalie pasó la mirada por cada uno de mis amigos y de mí, para asegurarse. Cuando nuestros ojos se encontraron, asentí sonriéndole, para que no se preocupara. Era lo último que quería.

Amplié la sonrisa al bajar la mirada para ver a Skye. Al escucharnos a mis amigos y a mí entró en la casa y vino hasta nosotros, para acompañarnos o quizás para guiarnos, no fuésemos a perdernos. Todavía continuaba a nuestro lado

Le acaricié la cabeza y la apoyó en mi pierna.

—De vez en cuando hacemos estas cosas raras —le dije a Natalie—. Como la de encerrarnos los cuatro en un baño —hablé con diversión—. Para nosotros es normal. Lamento si os habéis preocupado.

—Es que no sabía sí… Bah, da igual —rio—. Si es como dices, yo feliz y no tengo ningún motivo para dudar. —Me hizo un guiño y le sonreí.

—Hemos hablado de irnos ya para el restaurante —nos informó Greta—. La reserva está para las nueve y media y faltan veinte minutos. Así no vamos con prisas.

—Estupendo —comentó Bruno.

—Yo os doy encuentro allí —habló Ander.

Se levantó despacio y Skye fue hacia él.

—Primero voy a llevarla a casa —se refirió a la perra.

—Déjala aquí hasta mañana —le pidió Eduardo.

—¡Pero bueno! —exclamó Natalie, para después soltar una fuerte carcajada.

No fue la única, todos reímos con ella al ver a Skye ponerse entre las piernas de su dueño, con la intención de esconderse o de que nadie la apartara de él. Ander sonrió de medio lado, orgulloso de su perra.

—Acaba de dejar claro que quiere irse —habló con diversión Ander, mientras le acariciaba la cabeza.

—Me has fallado, princesa —le dijo Natalie, con un puchero.

Skye soltó un lamento, pero después ladró varias veces. Fue como si dijera: lo siento, me sabe muy mal, pero yo me voy con mi dueño. Es lo que hay.

—Tranquila, chica —le habló Ander—. Nos vamos. Como no os deis prisa en salir llegaré antes que vosotros al restaurante —nos advirtió—. La llave —le pidió a Lewis, alargando una mano hacia él.

—Voy con vosotros —dijo este.

—No digas tonterías. No tardaré. Nos vemos en el restaurante. Ve con Leo o con Eduardo.

—Hay sitio de sobra en los coches —comentó Greta.

Lewis sacó la llave del coche y se la dio a Ander.

Cuando Ander se movió para irse, nuestras miradas se cruzaron durante unos segundos. Fue él el que cortó el contacto visual, cuando se giró para entrar en el salón.

Skye dio una vuelta a todos, como despedida, y después corrió detrás de Ander, sin perder más tiempo.

Ambos desaparecieron de nuestra vista.

—Vente con Quinn y conmigo, en mi coche —le pidió Leo a Lewis—. Así nos repartimos tres en cada coche.

Se refirió a Eduardo, a Natalie y a Greta.

—Sí —confirmó Lewis.

Entre todos, ayudamos a Natalie y a Eduardo a recoger y a dejar limpia las mesas pequeñas del porche.

Mis amigos y yo, junto con Quinn, Leo y Lewis nos dispusimos a irnos. Greta se sentó en el sofá, a esperar a que Natalie hiciera unas cosillas. Eduardo subió a la planta superior con su futura mujer, después de que los demás nos fuéramos.

Salimos de la casa y nos paramos en el camino asfaltado.

—¿Cuál es el restaurante? —les preguntó Bruno a los amigos de Ander.

Yo ni me había acordado de ese detalle importante.

—Greta ha reservado en el restaurante que está en la misma plaza del mercado. El del toldo rojo —contestó Lewis.

—Sabemos cuál es —les confirmó Cata, con un asentimiento.

—Estupendo —dijo Leo, haciéndole un guiño—. Pues nos vemos allí ahora.

Nos despedimos y terminamos de recorrer el camino que nos llevó directamente al coche de Bruno, después de salir de la propiedad de Natalie y Eduardo por la puerta de la verja.

Lewis, Quinn y Leo se fueron hacia el coche del último.

Tardamos un poco más de lo normal en llegar porque la zona desde la que salimos estaba bastante más alejada que de costumbre. Mis amigos, nuestras familias y yo, vivíamos cerca del centro, pero al mismo tiempo apartados del ajetreo que había en este.

Tuvimos suerte de encontrar aparcamiento a la hora que era. Bruno solo tuvo que dar un par de vueltas por los exteriores de la plaza y de la zona peatonal, hasta que encontró donde estacionar.

Caminamos por las calles mezclándonos con el ambiente que había. Enseguida encontramos mucho movimiento de personas yendo de un lado al otro, también las había disfrutando en las terrazas de los bares y restaurantes.

En cuanto el restaurante quedó a la vista, vimos que Quinn, Lewis y Leo habían llegado los primeros. Estaban parados cerca de la terraza, esperándonos.

—Mira que está bueno —dijo Taylor, refiriéndose a Quinn.

La miramos divertidos.

—Te ha dado fuerte, ¿eh? —habló Cata.

—Es que no veas… —Bufó—. Vaya tela con el cliente misterioso de Eimy y sus amiguitos. Y Eduardo no se libra tampoco. Menuda suerte tiene Natalie —rio.

—Y tú no puedes quejarte —le dijo Cata a Bruno, con diversión.

—¿Yo? ¿Qué he hecho ahora para salir en la conversación?

Cata y Taylor rieron, yo apreté los labios.

—Greta es una mujer preciosa y de un carácter estupendo —le aclaró con un guiño.

—A mí es que me ha interesado más Lewis —habló con diversión—. No sé, tiene un punto que… ¿Qué?

—¿En serio? —preguntó sorprendida Taylor.

Las tres nos paramos de golpe y lo miramos como si de repente tuviera dos cabezas. Teníamos nuestros motivos para tanto asombro, ya que era la primera noticia que teníamos después de muchos años.

Bruno se cruzó de brazos con las cejas elevadas.

—¿Qué pasa si me crea interés un tío? —nos preguntó, pasando la mirada de una a otra.

—Joder —volvió a hablar Taylor—. Pues nada. ¿Qué va a pasar? Es tu vida y nosotras lo veremos todo bien, siempre y cuando seas feliz.

—Pues ya está.

—Pero… —Comencé a hablar—. ¿En qué momento? —le pregunté con interés—. Quiero decir… ¿Cuántos años hace que nos conocemos? Nunca has mencionado ni has actuado como si te gustaran los hombres. Por un momento he pensado que estabas de broma.

—¡Qué fuerte! ¿Por qué no has confiado en nosotras en algo tan importante? —le preguntó Cata—. Tienes nuestro apoyo y amor en todo. No lo entiendo.

—Parad que os estoy viendo venir —nos pidió Bruno, riendo.

Levantó las manos.

—No os he ocultado nada y, por supuesto, que confío en vosotras. Sois mis amigas, las mejores para mí. No vayáis a pensar que no me he sincerado antes y bla, bla, bla… En cuanto he sentido algo diferente lo he soltado de manera natural, como lo siento. Ya está.

Se encogió de hombros.

—¡Chicos!

Nos giramos hacia Quinn, Lewis y Leo. El último tenía una mano levantada hacia nosotros.

Les sonreímos confirmándoles que los habíamos visto, porque era lo que no sabían ellos hasta este momento. Por eso se habían hecho notar, porque habían dado por hecho que los estábamos esperando apartados de la terraza del restaurante.

—Tenemos una conversación pendiente —le dijo Taylor a Bruno, señalándolo con el dedo índice.

Él se limitó a sonreír de medio lado.

—Vamos con ellos, para que no se piensen que no queremos acercarnos —suspiró Cata.

Se agarró del brazo de Taylor y ambas nos miraron a Bruno y a mí.

—Adelantaos. Ahora nos unimos a vosotros —les dije.

—Que sea breve la charla porque nosotras queremos enterarnos también y va para largo —nos pidió Taylor.

Una vez dicho, comenzaron a andar hacia los chicos.

—¿De verdad te gusta Lewis o lo has dicho en broma para picarnos la curiosidad? —le pregunté a Bruno, cuando nadie más podía escucharnos.

—¿Tan raro te parece?

—Es que nos has pillado tan de sorpresa… Y perdona que te diga, si es una bromita hoy ya tengo el cupo lleno de sobresaltos con los que me he llevado —suspiro.

Puse los ojos en blanco, pensando en Ander y en todo lo que tenía que ver con él.

—A ver, que no es por el hecho de que te guste un hombre. Eso lo tienes claro, ¿verdad? —Asintió—. Menos mal. Es por el hecho de que no supiéramos que podía haber esa posibilidad. Siempre has estado con mujeres y no has mirado hacia otro lado.

—Cuando tenía catorce años mi mejor amigo y yo nos besamos en la boca. Para experimentar y esas cosas. Él ha sido mi único contacto con los hombres. Éramos unos niños y teníamos mucha confianza.

—Pero eso entra dentro de lo normal de la experimentación. ¿Y qué tal fue, por cierto?

—Un desastre total —contestó.

Reímos.

—Puedes hacerte una idea —sonrió de medio lado—. ¿Tú, de pequeña, te besaste con alguna de tus amigas o te pareció interesante hacerlo?

—No —reí—, pero porque no pensaba en esas cosas ni me lo pedía el cuerpo —sonreí—. Lo que sí puedo decirte es que durante un curso completo estuve admirando a una compañera de clase. Todo de ella me parecía increíble y me quedaba embobada cuando la veía.

—Esa admiración es normal. Seguramente verías a esa chica como algo que querías alcanzar. Me refiero a querer ser como ella: en su manera de vestir, en su carácter a la hora de relacionarse con los demás, en la forma de actuar en general…

—Sí. Supongo —dije pensativa.

—El caso es que sí y no sé por qué, pero Lewis me ha llamado mucho la atención. Y créeme, me he dado cuenta de ello, muy bien, porque me interesaba más mirarlo a él que a Greta, en este caso.

Se encogió ligeramente de hombros.

—No sé… —comentó con duda.

Dirigió la mirada hacia el grupo al que dentro de poco nos sumaríamos.

Sonreí viendo como él observaba fijamente a Lewis, quien debió notar algo porque dirigió la vista hacia nosotros. Sus miradas se encontraron y se las mantuvieron.

—Creo que lo importante de esta conversación no es el género de la persona, sino la persona en sí. ¿Me explico? —me preguntó.

—Sí —le confirmé—. Te refieres a que no es que nos gusten los hombres o las mujeres, sino que nos guste una persona en concreto en la que vemos algo diferente y especial. Algo que nos atrae y nos incita a querer más.

—Exacto, porque yo no me siento atraído ni me gustan los hombres que forman parte de mi vida. Hasta incluyendo a los clientes del bar. Para nada. No tengo ni idea de por qué, pero es solo él.

—¿Y cuál es el siguiente paso? ¿Te atreverías a estar con Lewis? —le pregunté, agarrándome de su brazo.

—Lo siguiente es tirar adelante con lo que sea. Sobre la segunda pregunta… no podré contestarte hasta que llegue el momento. Si es que llega. Nunca he hecho algo parecido.

—Bueno. Poco a poco —le acaricié el pecho, por encima de la camiseta—. Una de las cosas más importantes ya la has hecho: darte cuenta y aceptarlo con naturalidad, como debe ser.

—Sí —sonrió de medio lado.

Lewis y él todavía seguían mirándose. Eso era bueno, ¿no?

—Primero tengo que averiguar adónde me lleva esta novedad y de paso, saber si soy el único que va en la misma dirección. O cabe la posibilidad de que Lewis…

—¡Eimy! ¡Bruno!

Fue Natalie la que nos llamó en alto, mientras se acercaba con Eduardo y Greta.

La conversación con mi amigo terminó de golpe al girarnos hacia ellos. Les sonreímos.

—Me ha costado encontrar aparcamiento —comentó Eduardo.

—Nosotros hace muy poco que hemos llegado —le dijo Bruno.

—Para la reserva de la mesa nos sobran unos minutos todavía —habló Greta—. Eso es lo más importante porque tengo un hambre…

Capítulo 29



—Mi hermano debe estar a punto de llegar —comentó Natalie.

—Sí —confirmó Lewis—. Lo he llamado y viene de camino.

—Genial —sonrió ella—. Me voy a la mesa.

Natalie accedió a la terraza y fue directa a nuestra mesa. A ella estaban sentados Eudardo, Leo, Cata, Bruno y Greta. Los demás estábamos fuera del límite de la terraza, de pie o apoyados en un gran macetero, como era el caso de Lewis y yo.

Taylor y Quinn se encontraban cerca de nosotros, pero con la suficiente distancia como para que tuviéramos conversaciones independientes. Ni Lewis ni yo nos enterábamos de lo que hablaban Quinn y Taylor, y lo mismo sucedía a la inversa.

—Con que no conocías a ninguna Natalie, ¿eh? —le comenté a Lewis, mirándolo de reojo.

Él soltó una carcajada, recordando al instante cuando vino a la floristería para llevarse nada más ni nada menos que nueve macetas. Sí, fue Lewis el que entró a la tienda aquella tarde.

—No te dije que no conociera a ninguna —me dijo.

—¿Cómo que no?

Agrandé los ojos.

—No —confirmó, con una gran sonrisa—. Cuando me preguntaste si conocía a alguien llamado Natalie, no te respondí. —Me hizo un guiño.

—Pero…

—Lo único relacionado con Natalie que te contesté fue cuando me preguntaste si venía de parte de ella.

—Me acuerdo. Me dijiste que no.

—Porque era verdad. No fui de parte de ella. Por cierto, me quedé con dos de las nueve plantas y lucen preciosas.

—Eso es bueno —sonreí—. Aunque muy pronto para cantar victoria.

Reí, por la cara que puso.

—¿Y entonces de parte de quien…?

No llegué a terminar la frase. Mis ojos fueron abriéndose por la sorpresa, mientras veía como Lewis sonreía de medio lado. Caí en ese instante en la respuesta.

—Por ahí viene el único culpable —dijo.

Señaló con la cabeza hacia mi izquierda y dirigí la vista hacia esa dirección.

Ander venía caminando tranquilo. Una mano la tenía en un bolsillo y con la otra sujetaba el móvil. Él no nos vio, iba atento a la pantalla.

—¿Qué hizo con tantas plantas? ¿Eran para regalar? —pregunté en tono más bajo.

—Eso es mejor que te lo responda él. Trabajo para Ander y solo cumplí sus órdenes —me dijo Lewis, sorprendiéndome—. Voy a…

Miré por encima del hombro, para saber el motivo por el que se había quedado tan callado de repente.

Sonreí al encontrar la causa. Lo que estaba sucediendo esa noche me parecía todo tan irreal…

Bruno estaba de pie, junto a la mesa donde los demás permanecían sentados. Se había levantado y Eduardo estaba diciéndole algo. Mi amigo reía con una de esas risas sinceras y fuertes. Era muy evidente que Bruno se sentía muy cómodo y relajado.

Como si se sintiera observado, que lo estaba siendo, miró hacia Lewis y hacia mí, sonriendo.

A mí me hizo un guiño y a Lewis… a él se lo quedó observando, aguantándole la mirada, hasta que sus labios se curvaron todavía más para alcanzar una gran sonrisa que escondía mucho.

Apreté los labios, conteniendo la diversión y la felicidad porque ambas se entremezclaron.

Lewis sacudió la cabeza, como si necesitara despejarse. Fue después de que Bruno fuera hacia el interior del restaurante.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Lewis buscó mis ojos y asintió.

—Me alegro —le sonreí.

—Gracias —me devolvió el gesto.

Comenzó a caminar y accedió a la terraza, para ir directamente a la mesa donde estaban nuestros amigos.

Me separé del macetero y miré hacia Taylor y Quinn. Ambos seguían hablando, cada vez más cerca del otro. Por lo que parecía, la noche no podía estar yéndoles mejor a ambos. Sonreí al ver a Taylor coquetear.

Decidí dejarlos solos, hasta que alguien de la mesa los llamara con un grito, pero en cuanto les di la espalda me encontré de frente con un cuerpo más alto y fuerte que yo.

Levanté la cabeza despacio, para encontré con los ojos de Ander.

—Hola —susurré.

—Hola —me correspondió—. ¿Todo bien?

—Sí.

—De acuerdo.

Ladeó un poco la cabeza.

—He escuchado que le preguntabas lo mismo a Lewis. ¿Él está bien?

—No sé lo que te dirá a ti si le preguntas. A mí me ha dicho que sí.

Asintió, sin apartar los ojos de los míos.

—Ander…

—Dejemos esa conversación para después de cenar. Así podemos hablar con calma y sin interrupciones. ¿Te parece bien?

—Claro —acepté.

No tenía la intención de hablar mucho con él porque me desestabilizaba, pero sí que necesitaba algunas respuestas que solo él podía contestarme.

—Tú primero —me pidió.

Me di la vuelta y tragué saliva, cuando sentí el contacto caliente de su mano extendida al final de mi espalda.

La tela del top no era un obstáculo para todo lo que me hacía sentir este hombre. Me entraron muchos calores de golpe, pero conseguí mantenerme firme sobre mis sandalias de cuña y caminar erguida y segura.

Todo un logro, sintiéndolo tan cerca de mí. Hasta que no me paré frente a la silla que elegí ocupar, él no apartó la mano.

Aunque no hubiera vuelto, a mi derecha tenía a Bruno, y, para mi gran sorpresa, a mi izquierda a Ander, porque eligió ese sitio para sentarse.

Tendría que haberme sentado antes. Menuda cena voy a tener, me dije.

Coloqué el bolso sobre las piernas y contuve la respiración en el momento que Ander se acercó un poco más a mí. Tanto que apoyó el brazo en el respaldo de mi silla.

Fue instintivo, me puse rígida en la silla. No pude controlarlo y de esa manera me encontré Bruno que nos vio de frente al salir del restaurante.

Mi amigo arqueó una ceja, mirándome divertido. Yo puse los ojos en blanco, sin que nadie más me viera.

El asiento que estaba justo delante de mí estaba vacío y el resto de mis amigos y los de Natalie… contuve la respiración al darme cuenta de que todos, sin excepción, nos miraban a Ander y a mí.

—Genial —susurré.

—¿Has dicho algo? —me preguntó Bruno, mientras retiraba su silla para sentarse.

—Sí. Que hay que avisar a Taylor y a Quinn —contesté disimulando.

Lewis fue el que se encargó de eso, llamando la atención de ambos.

—Buenos pulmones —le dijo Bruno.

Lewis lo miró fijamente tamborileando los dedos en la mesa.

—Lewis es un buceador experto —comentó Eduardo—. Alguna vez vamos con él unos cuantos. Nos lleva a descubrir las maravillas que hay bajo el agua, aunque nos falta todavía preparación y no podemos descender mucho.

—¿Habéis practicado alguna vez ese deporte? —nos preguntó Greta, a mis amigos y a mí.

Quinn y Taylor ocuparon en ese instante las sillas de enfrente de Ander y de mí.

—¿Qué deporte? —Quiso saber Taylor, con interés.

—Submarinismo —respondió Natalie.

—Ah, no —les dio la respuesta rápida a todos.

—Nosotros somos más de tierra firme —comentó Cata, riendo.

—Porque no habéis probado la experiencia —se dirigió a ella Leo, sonriendo.

—No sé… —dudó Cata—. Lo máximo que me meto en el mar es hasta que me cubre por el pecho, pero estoy más cómoda cuando el agua me llega por el estómago.

Se encogió de hombros.

Taylor soltó una carcajada de repente. Todos miramos hacia ella, sin comprender qué le parecía tan gracioso.

—Lo siento —se disculpó entre las últimas risas—. Joder, es que me la he imaginado bajo el agua. —Señaló a Cata—. No os imagináis lo que puede ser eso. —Me miró y apreté los labios—. Cata es capaz de quitarse la bombona de la espalda para lanzársela al primer pez inofensivo que vea pasar por su lado, asustada.

Esta vez fuimos Bruno, yo y la misma Cata quienes reímos con ganas. Taylor no se había equivocado ni un poco.

Los demás terminaron uniéndose a nuestras risas.

—Joder —dijo Leo—. Pues entonces es mejor que te quedes en tierra firme, como dices.

Le hizo un guiño y ella sonrió bajando la mirada.

—Sí —hablé—. No es muy aconsejable que Cata pruebe la experiencia. Todos sus amigos nos opondríamos a esa idea, por su seguridad.

—¿Y tú?

Giré la cabeza hacia Ander y me encontré con su cara demasiado cerca de la mía. Cerré los ojos durante unos segundos, aspirando su olor.

Al final entreabrí los labios, dispuesta a… los cerré de golpe porque no le hubiera dicho que se apartara, sino que terminara de acercarse del todo a mí y que me besara de una puñetera vez.

Eso era un gran error porque, aunque hoy no estaba con ninguna pareja, no significaba que no la tuviera. Había muchos motivos por los que dicha persona podía haber faltado hoy y no iba a ser yo la que se arriesgara a meter la pata.

Me mordí una mejilla por dentro para no fastidiarla, antes de responder a su pregunta.

—¿Yo qué?

—Si ves interesante lo del buceo.

—Es interesante y tiene que ser emocionante, pero no sé si me veo en una igual.

—A mí me gustaría probar —comentó Bruno.

—¿Estás seguro? —le preguntó Lewis.

Frunció ligeramente el ceño, sin apartar la vista de Bruno.

—En todos los deportes hace falta mucha disciplina y concentración, pero el buceo, como otros tantos deportes, es de riesgo y no es para tomárselo a broma. Ni para pasar un rato de diversión. Por supuesto, te divertirás, pero si sigues y con el tiempo, cuando puedas controlar por ti mismo y te sientas seguro. Un descuido puede significar…

—Sé lo que puede significar —lo interrumpió Bruno—. De la misma manera que sí, estoy seguro de querer hacerlo. ¿Me enseñas? Nunca he tenido una oportunidad tan cercana y segura.

Se miraron fijamente durante unos largos segundos, en los que nadie más de la mesa habló. Estaban sentados casi frente al otro.

La pausa la terminó Quinn, cortando la tensión que creó entre ellos.

—Sería genial tener a uno más en el grupo de buceo.

—Sí —estuvo de acuerdo Eduardo—. Las primeras veces debes ir solo con Lewis —se dirigió a Bruno—. Él necesita estar muy pendiente de ti y de todo lo importante, así lo hizo con cada uno de nosotros. Es algo muy serio y hay que hacerlo muy bien. Cuando Lewis considere que puedes ir solo, aunque vigilado, entonces podremos organizar una salida.

—Estaría muy bien —dijo Ander.

—¿Tú sabes bucear bien? —le pregunté, con un nudo en el estómago.

Ander sonrió de medio lado.

—De los que estamos aquí, Ander es el segundo que más sabe. Lleva muchos años practicando con Lewis —me contó Natalie.

—Quinn, Eduardo y yo nos animamos más tarde —comentó Leo.

—Vale —sonreí y miré a Bruno.

—Voy a hacerlo e irá bien —me dijo mi amigo, al notar mi preocupación.

—No permitiré que le pase nada malo. En mis manos está bien y seguro, no lo perderé de vista —aseguró Lewis.

Todos lo miramos.

—Pues… —carraspeó, al sentirse tan observado—. Cuando quieras empezamos.

—¿Te va bien el fin de semana que viene? —le preguntó Bruno.

Estaba dispuesto a ir a por todas, como me había dicho. Y ahora no estaba refiriéndome al buceo, sino a Lewis.

—No. Es la boda.

—Es verdad. —Negó con la cabeza Bruno—. Con la emoción del buceo se me ha olvidado por un momento.

—El siguiente fin de semana —le dijo Lewis—. Me encargo de todo el equipamiento.

—Pues ya tenemos plan. Y uno muy interesante. ¿Nos intercambiamos los números de teléfono para estar en contacto? —le preguntó Bruno, con una sonrisa pícara.

Capítulo 30



—Tuya.

Agarré la copa que me ofrecía Greta.

—Gracias.

Me la llevé a los labios y le di el primer sorbo. Era la segunda ronda, desde que llegué al bar de copas al que vinimos al irnos del restaurante.

La cena había estado de lujo, por cierto. La comida, buenísima.

Greta acababa de llegar con Natalie, con las bebidas. Ambas se empeñaron en ir a la barra a por las consumiciones y Cata y yo nos quedamos ocupando los taburetes y la mesa, y guardándoles sus taburetes.

Estábamos en una terraza al aire libre, sentadas en alto. Las cuatro terminamos sentadas y con los codos apoyados en la mesa, observando cómo la gente bailaba y hablaba en grupo.

La música estaba alta, pero era un volumen cómodo y no molestaba. Se podía hablar sin tener que alzar mucho la voz.

Los demás estaban repartidos por el local, iban y venían porque algunos habían dejado sus copas en la mesa. A otros, como Quinn y Taylor, no los veíamos desde pocos minutos después de llegar.

Leo, Eduardo, Bruno, Lewis y Ander estaban a unos metros de nosotros. Los tres primeros estaban sentados en el respaldo de un banco. Había varios repartidos por la terraza, así como también sofás que solo los primeros en llegar habían tenido el privilegio de ocupar, y los taburetes de las mesas.

Lewis y Ander estaban sentados en el asiento del banco, entre las piernas de los otros.

Todo estaba ocupado, no quedaba ni un hueco libre. Por suerte, donde había más alboroto y donde más se movía la gente era en el interior del local.

En la terraza se estaba de maravilla. Tenías todo lo del bar de copas al alcance, pero también respirabas al aire libre y podías moverte y hablar con total libertad.

Había varios grupos bailando cerca de nosotras, dándolo todo. A Greta, a Cata, a Natalie y a mí nos habían provocado más de una sonrisa. Nos tenían entretenidas, en el buen sentido.

—La fiesta está muy animada —dijo Natalie.

—Nunca habíamos estado en este local —comentó Greta.

—¿Es la primera vez? —preguntó Greta, sorprendida.

—Sí —le confirmé, riendo.

—Pero si es uno de los más famosos.

—Por eso mismo —le dije, con una sonrisa de medio lado—. Las noches que hemos pasado por delante del bar de copas siempre hemos visto mucha gente haciendo cola.

Me encogí de hombros.

—Esperar, teniendo la posibilidad de ir a otros que hay por la zona es una tontería. No tenemos paciencia —rio Cata.

—Vaya…

—Natalie es capaz de esperar horas, si se le antoja un sitio —comentó con diversión Greta—. Yo antes, al principio, era como vosotras, pero tanto tiempo junto a Natalie al final terminó pegándome parte de su impaciencia.

Se refirió a Natalie y ambas rieron.

—Yo soy incapaz de eso. —Negué con la cabeza.

—Oye, Taylor y Quinn han encajado de maravilla. Hace bastante que no se dejan ver —dijo Natalie, con una expresión pícara.

—Eso parece —afirmó Cata—. Son tal para cual. Desde que se han visto no han dejado de buscarse —rio.

—¿Y tú qué? —le preguntó Greta—. ¿Te interesa alguno?

—Joder, sería una pasada que al final salieran varias parejas de esta noche —habló emocionada Natalie.

—Que te estoy viendo venir con tanta emoción —le dije.

Soltamos una carcajada.

—Es que estaría genial —insistió, con un suspiro—. ¿Hay alguno que te guste?

—Todos los hombres que nos acompañan esta noche son muy guapos —dijo Cata, avergonzada.

Sonreí mirándola. No había luz suficiente para verla ruborizada, pero no me cabía duda de que se había sonrojado.

Yo tenía claro en quién había pensado y no había dicho.

—Todos son un partidazo —comentó Greta—. Ander, el que más —rio, sin apartar la mirada de la mía.

Le sonreí, intentando no mostrar lo que me recorrió por todo el cuerpo.

—Ambas tenemos debilidad por mi hermano —dijo Natalie, con un guiño.

También fijó la mirada en mí y entonces sí que comencé a ponerme nerviosa.

—Lewis sería un candidato sensacional —continuó Greta—. Es un pedazo de tío —sonrió.

Cata y yo nos miramos, porque nos vino a la cabeza Bruno. Lewis estaba descartado de una posible lista desde el inicio, aunque rechazara a nuestro amigo. Bruno se había fijado en él y eso entre nosotros era sagrado, saliera como saliera después.

—Lo siento, chicas, Eduardo es mío —comentó Natalie, con una risilla.

—Menuda suerte tuviste con él —le dijo Greta.

—Oye, que él tiene la misma suerte —se quejó Natalie, sin perder la sonrisa.

—Por supuesto, cariño.

Greta se acercó a ella para darle un beso en la mejilla y Natalie se quedó encantada.

—¿Entonces qué? ¿Nada de nada con ninguno de los chicos? Leo es un bombón también —continuó con el tema Natalie, hablándole a Cata.

—Con lo mal que nos salen siempre las relaciones con los hombres… —habló Cata y me miró.

Le sonreí asintiendo. Ese era nuestro gran historial.

—Es mejor que no piense en probar con ninguno —rio—. Prefiero cuidar la amistad que ha comenzado hoy, porque espero que sea duradera, antes que lanzarme a tener algo con alguno de ellos y terminar mal.

Negó con la cabeza.

—Un pensamiento muy maduro —le dijo Greta, sonriendo—. Pero no tiene por qué terminar mal. No se tiene suerte en el amor hasta que se encuentra a la persona indicada. —Le hizo un guiño.

—Por si acaso me quedo como estoy —volvió a reír Cata.

—Taylor está claro que no piensa igual —dijo Natalie con diversión, pero también con emoción.

—Ella se toma las cosas de diferente manera —comenté.

Estuve a punto de sacar el tema de la boda, pero al final no lo hice porque no me apeteció estropear la noche. No quería quitarle la ilusión a Natalie y la tenía, mucha ilusión porque la había dejado ver durante la cena.

Comentó varias veces lo bien que lo pasaríamos todos en la boda, y también, les dijo a Cata y a Taylor, como hizo conmigo, que podían elegir un vestido de fiesta de entre los suyos.

Era un encanto de persona.

—Aquí viene el tío más sexi y guapo de todo el bar de copas —dijo Natalie, con un silbido.

Esa fue la señal para saber que Eduardo se acercaba a nosotras. Después, la risa de él fue definitiva.

—Tú si que eres sexy y perfecta —le dijo él.

Llegó a su lado y le rodeó la cintura con un brazo. Natalie rio, porque se tambaleó en el taburete. Tuvo que agarrarse a él, pero con el beso que le dio lo demás dejó de importar.

—¿Qué tal?

Me sobresalté al escuchar a Ander a mi espalda.

Miré por encima del hombro y lo encontré parado muy cerca.

—Estupendamente —le contestó Greta, muy animada.

Leo estaba al lado de Ander. Bruno y Lewis se habían quedado en el banco, guardándolo para que no se lo quitaran. Aquí había que hacerlo así, si no querías verte sin nada.

—¿Te lo estás pasando bien? —le preguntó Leo a Cata.

Se puso a su lado en la mesa, con los brazos apoyados en ella.

—Claro —contestó ella—. Se está muy bien en este sitio.

—No habían venido nunca —comentó Natalie.

—En su lugar muy céntrico —habló Eduardo, un poco sorprendido.

—Y muy solicitado —añadí.

—Ya hemos dejado claro que lo de esperar no va con nosotros —dijo Cata—. Donde hay que hacer mucha cola no nos veréis nunca.

Se encogió de hombros.

—Nosotros no tendríamos la facilidad de entrar como hoy —comenté.

—La verdad es que es una suerte que Eduardo conozca al dueño del bar de copas —rio Natalie.

—Sí —sonrió él—, pero con esta mujer eso da igual. Cuanta más cola mejor, porque según ella, eso significa que vale mucho más la pena lo que sea.

—No te quejes, amor —le pidió Natalie.

—No es una queja. Es una realidad.

Eduardo, Greta y Leo rieron. Natalie hizo un puchero, mientras que Ander sonrió de medio lado.

Lo vi porque se pegó más a mí, al apoyar una mano en la mesa. Su brazo se rozaba con el mío.

Me recorrió un pequeño escalofrío ante la sensación, la que me recordó a lo que vivimos en la cámara de refrigeración de la floristería.

Tragué saliva, al mismo tiempo que cogí mi copa para aliviar mi garganta. Bebí un sorbo de bebida y al sentirme observada, giré la cabeza hacia Ander.

—Mmm… ¿Quieres? —le pregunté, al ver cómo miraba la copa y mis labios, alternativamente.

No me respondió, pero sí que me quitó la copa de la mano.

Lo demás dejó de existir, mientras observaba cómo giraba la copa en la mano y cuando la marca de mi pintalabios quedó frente a él, se llevó la copa a los labios.

Entreabrí los míos, al verlo beber por el mismo sitio que yo, el que había buscado a propósito.

¿Eso qué significaba? ¿Qué quería decir? Sentí como si hubiera sido un beso imaginario, pero sin contacto.

Ander no apartó la mirada de la mía, mientras bebía.

—Gracias —me dijo sin alzar mucho la voz.

Agradecí que no me devolviera la copa, porque habría sido muy evidente que me temblaba todo. La dejó en la mesa.

—Quiero proponerte algo.

—¿A mí?

Los nervios me jugaron una mala pasada porque mi pregunta no tenía sentido.

Ander elevó las cejas.

—¿Vas a dejar de ser mi cliente?

Hasta soné asustada.

Ander me dejó con la boca abierta, al soltar una carcajada. Era la primera vez que lo veía reír de esa manera.

¿He comentado lo guapísimo y atractivo que estaba, con su pantalón largo y un poco ancho, y la camisa de manga corta, ambas prendas de lino?

—No voy a dejar de ser tu cliente —me contestó, con un carraspeo —. Cuando te he dicho que quiero proponerte algo, estaba pensando en quedar tú y yo, para hablar con calma.

—Ah. Claro —sonreí, nerviosa.

—Estupendo. —Asintió serio.

Capítulo 31



—Me duele mucho la cabeza —se quejó Taylor a través del teléfono.

Sonreí al imaginarla haciendo un puchero. Cuando se encontraba mal o le dolía algo, se convertía en una niña pequeña.

Era sábado, rozaba el final de la mañana, por lo que no faltaba mucho para cerrar la floristería hasta el lunes. Estaba deseando que llegara ese momento.

Debía dar gracias a que había sido un día tranquilo en la tienda. Terminé rápido con los pedidos de la web, ya que no fueron encargos complicados y, entre atender a los pocos clientes que habían entrado, hacer una previsión de las flores que necesitaba para la semana siguiente, contando con las de la boda de Natalie y Eduardo, más entretenerme con los últimos maceteros decorativos para la boda, se me había pasado la mañana bastante rápido, a pesar de la pesadez que sentía.

A primera hora, antes de salir de mi piso para venir a la floristería, le prohibí a mi madre venir. Tuve que amenazarla con no abrirle la puerta si se le ocurría asomarse por aquí.

Había abierto la tienda sin ninguna gana, ya que, la noche anterior, me metí en la cama cerca de las dos de la madrugada.

Era lo que tenía salir a tomar unas copas. Podría haberme ido antes del bar, pero me sentía tan a gusto que no me lo planteé. ¿Qué era una mañana con sueño, en comparación con lo bien que me lo pasé?

Nada. Además, en cuanto llegara a mi piso al mediodía, después de comer, tenía todo el tiempo que quisiera para echarme una siesta y no despertarme en bastante rato. Ahí me recuperaría del cansancio, porque no quería retroceder a cómo me sentí días atrás.

Todo era una rueda que poco a poco se hacía más grande.

Por eso Taylor se había quejado, por la salida de la noche anterior. Yo, como he dicho, llegué a mi piso antes de las dos de la madrugada, pero ella no llegó hasta pasadas las tres.

Eso sí, por lo poco que me había contado hasta ahora, mejor no le pudo ir la noche. La terminó con Quinn, bien pegados, aunque me había remarcado que lo hizo sufrir y se despidió de él dejando para otra ocasión lo bueno.

Lo que se resume en que no tuvieron sexo y que ahora a Taylor le tocaba esperar a que Quinn quisiera quedar de nuevo. Se intercambiaron los números de teléfono y por cómo había notado a mi amiga, sabía que en cualquier momento sucedería.

Al menos eso esperábamos ambas.

—Te duele la cabeza porque te pasaste un poco con la bebida y porque no has dormido mucho —le dije.

—Mierda, sí. —Bufó—. La culpa de que me haya tomado varias pastillas ya para el dolor de cabeza es del rubio. Cuando lo pille voy a hacerle pagar por cómo estoy —suspiró—. Joder, pero bien que mereció la pena.

Rio y sonreí.

—Pues quédate con eso. Es lo más importante. Lo demás lo arreglas con un buen sueño y descanso.

—Eso pienso hacer durante el día. ¿Cómo has llevado tú la mañana? Debes estar muy cansada, ¿no?

—Aquí estoy, al pie del cañón. Por ahora activada, pero porque no he parado. En cuanto pueda relajarme sé que me vendrá un bajón.

—Normal, cariño. Ayer fue muy bien.

—Sí —sonreí—. Nos lo pasamos genial.

—Después de tantos sobresaltos y sorpresas, mereció la pena.

Reímos.

—No me lo recuerdes. Todavía no lo he asimilado del todo —suspiré.

—Qué fuerte. No me has dicho si hablaste con Ander. Después de la cena no me enteré de casi nada.

—Normal, desapareciste con Quinn al poco de estar en el bar de copas —le dije con diversión.

—Sí —rio.

—No hablé mucho con Ander, la verdad —dije pensativa—. Pero en un momento de la noche me dijo que quería proponerme algo y que teníamos que hacerlo.

—¿El qué? —alzó la voz.

Apreté los labios.

—¿El qué va a ser? Hablar —le recordé.

—Ah. Joder, me he entusiasmado para nada.

Reímos.

—¿Y tú qué le dijiste? —me preguntó.

—Después de asegurarme de que no iba a dejar de ser mi cliente, porque le pregunté…

—¿Le preguntaste eso?

—Sí.

Puse los ojos en blanco, al escuchar sus risas.

—Ole tú. Claro que sí.

—Fue una pregunta totalmente normal y entendible —me justifiqué.

—Por supuesto… Continúa —me pidió con diversión.

—Pues, una vez que me respondió que continuaría viniendo a la floristería, entonces me dijo que debíamos hablar. Bueno, sus palabras exactas fueron que había pensado en que quedáramos solos, él y yo, para hablar con calma de todo.

Me quedé pensativa.

—Vaya… Pinta muy bien. ¿Cuándo?

—No pinta nada y no lo sé. El tema se quedó ahí y con mi confirmación de que aceptaba. Ya está.

—Bueno, Ander tiene muchas maneras de encontrarte y hablar contigo.

—Sí. —Negué con la cabeza.

—Oye, ¿y Bruno? ¿Pasó algo entre él y Lewis? ¿Viste algún acercamiento? Me quedé loca cuando nos contó quién le había gustado —suspiró.

—¿Qué iba a pasar con tanta gente alrededor? Estuvieron juntos toda la noche, pero como lo estuvieron Ander, Eduardo y Leo con ellos. Lewis y Bruno se quedaron poco tiempo solos, más que nada porque alguien debía quedarse guardando el banco que cogieron al llegar.

—¿Y no notaste algún avance?

—Bruno es muy reservado para esas cosas. Y me da a mí, con lo poquísimo que conozco a Lewis, que él es de la misma manera de ser. Lo que tengan que hablar lo harán en privado y en la intimidad que ellos quieran. No hay más.

—Vale —suspiró—. Todavía me cuesta creerlo.

—Taylor, debemos apoyarlo.

—Joder, ya lo sé. Y es lo que haremos en todo momento, pero es que nos pilló de sorpresa y fue totalmente inesperado. Por eso he dicho que aún no me he hecho a la idea. Yo, como tú y Cata, solo quiero que verlo feliz.

Sonreí.

—Nena, deja de hablar ya —dijo de repente.

—¿Qué dices? Si eres tú la que me estás dando conversación —reí —. Parece que no te duele la cabeza.

—Cállate. —Bufó—. Y tanto que me duele. Como que ya estoy tumbada en la cama y no pienso levantarme a comer.

—Si comes te sentirás mejor y recuperarás antes las fuerzas.

—Lo sé, cariño, pero como ahora mismo estoy bajo mínimos… —rio —. Tengo reservas de sobra. He desayunado fuerte precisamente para sentirme un poco mejor. Ahora lo que me pide el cuerpo es descansar y estoy a nada de cerrar los ojos. Tú recoge ya y cierra la puerta de la tienda. Es la hora.

Miré la hora en la pantalla y comprobé que pasaban unos minutos de la hora de cierre de la floristería.

—Pues sí. Se acabó por esta semana. Estoy deseando descansar el día y medio que tengo de fiesta —suspiré.

Me levanté de la silla y me quité el único guante que llevaba puesto.

—Hablamos por la tarde —le dije, saliendo de la zona de trabajo.

—Claro. Descansa, preciosa.

—Igualmente, y que te despiertes sin dolor de cabeza.

—Eso espero. Hasta dentro de un rato.

—Hasta más tarde. Besos.

—Besos, cariño.

Colgué sonriendo, mientras caminaba hacia la puerta. Cerré con llave, giré el cartelito para que se viera desde la calle que estaba cerrado, y me dirigí de nuevo a la zona de trabajo, para recoger.

No tardé mucho en hacerlo porque antes de la llamada de Taylor ya había llevado la mayoría de las flores a la cámara de refrigeración e incluso barrí la zona.

Estaba quitándome el delantal, después de dejar el móvil en el mostrador, cuando unos golpes en la puerta me hicieron girarme hacia ella.

Agrandé los ojos al ver a Ander a través de la puerta de cristal.

Me dije que esta era otra de sus excepciones y como la vez anterior que vino en sábado, había decido pasarse a por un ramo muy justo de tiempo. Bueno, hoy pasado de tiempo.

Solté el delantal en el mostrador y volví a la puerta para abrirla, girando la llave para desbloquearla.

—Ander… Hola.

—Hola, Eimy.

—Ahora no sé si preguntarte cuando te vea si vienes a por un ramo como cliente, o a saludarme como amigo, porque pasabas por aquí.

—¿Tú que crees? —me preguntó.

Sonreí nerviosa, cuando apoyó el brazo en el marco de la puerta. Ese movimiento lo acercó más a mí.

¿Por qué todo lo que hacía este hombre era tan llamativo? Parpadeé varias veces rápido, para salir del estado en el que me había quedado al verlo.

—No sé —reí, nerviosa—. No me equivocaré si digo que primero quieres saludarme y después pedirme un ramo.

Sonrió de medio lado.

—Vas por buen camino, pero te sobra algo. Siento decirte que hoy no vengo a por ningún ramo, aunque si estoy mucho tiempo aquí, puede que al final caiga en la costumbre.

—Ah, ¿no?

Negó con la cabeza.

—Llevo un rato fuera, esperando a que cerraras para venir. Ayer hablamos de que quedaríamos para hablar con calma y he pensado que hoy sería un día perfecto para hacerlo. ¿No te parece?

—Eh, sí. Claro —carraspeé.

—A no ser que tengas otros planes. Si es así no…

—No —lo interrumpí, quitándole esa idea—. En realidad, sí que tenía un planazo, pero da igual.

—¿Sí o no? —me preguntó, con una ceja arqueada.

—Sí y no —contesté riendo—. Sí, lo tenía: llegar a mi piso, ponerme cómoda, comer algo rápido y echarme en la cama a descansar. La mañana me ha costado bastante porque me dormí sobre las dos de la madrugada y me he levantado temprano. Pero no pasa nada si retraso un poco el ir a casa, para hablar contigo.

—Tal vez me he precipitado —dijo, separándose del marco de la puerta—. Lo lamento. No he pensado en lo poco que has descansado y que has trabajado toda la mañana.

Sacudió la cabeza. El cambio en él fue evidente.

—No tienes que sentir nada, Ander —le sonreí.

—¿Y si te invito a comer y después te dejo libre? Comer tienes que hacerlo igualmente.

—Me parece genial, pero no hace falta que me invites —acepté.

—Ya sé que no hace falta. Quiero hacerlo.

—Vale —sonreí, sintiéndome muy nerviosa—. Entonces…

—Te espero aquí —dijo y asintió.

Dio un paso hacia atrás, en la acera, y no me molesté en cerrar la puerta sabiendo que no se movería de la entrada.

Fui hasta el mostrador, de donde cogí el delantal y el móvil, y me dirigí al despacho. Una vez en él, después de guardar el delantal y de sacar el bolso del armario, me lo colgué y salí.

Lo único que necesitaba era el bolso, aunque antes de reunirme con Ander paré un momento en el baño para lavarme las manos y mirar mi cara en el espejo pequeño.

Capítulo 32



Volver a verlo después de tan pocas horas me parecía muy raro.

Después de apagar todas las luces de la floristería, cerré la puerta con llave y bajé la persiana. Pero no lo hice sola, Ander me ayudó haciendo el mayor esfuerzo.

Me agaché para bloquear el candado y, cuando me puse de pie, me quedé frente a él.

—¿A qué restaurante vamos? —le pregunté—. Para ir en moto o caminando.

Ander dirigió la vista hasta mi moto. La localizó rápido y después volvió a mirarme a mí.

—En el rato que he estado aquí fuera he pensado que comeríamos más cómodos y tranquilos en mi casa.

Agrandé un poco los ojos.

—A ti te vendrá bien y Skye se pondrá contenta.

—Skye —repetí, sonriendo.

—Sí. Parece que siente debilidad por ti —dijo con una sonrisa de medio lado—. ¿Qué me dices? Por supuesto, cuando quieras puedes irte. Podemos encargar la comida a algún restaurante e ir para mi casa.

—Eh… Bueno.

—¿Te doy miedo?

Ladeó un poco la cabeza.

—No —contesté riendo—. Lo siento, es que no me esperaba que quisieras… Está bien ir a tu casa, o como si quieres venir a mi piso.

—A mí me da igual. Si en tu piso vas a sentirme mejor, vamos para allí.

Metió las manos en los bolsillos.

—Da igual. La idea de tu casa me parece bien, así tenemos una excusa para repetir para que vengas a mi piso —sonreí.

—Me parece una idea genial.

—Vale —suspiré.

Aparté la mirada de él, porque de repente noté mucho calor.

—Tenemos dos opciones.

—¿Cómo?

—O me sigues con la moto o te sigo yo, para que la dejes donde vives y vamos a mi casa en mi coche.

—Te lo agradezco, pero para no perder tiempo creo que lo mejor es que te siga con la moto. Así luego no tengo que pedir un taxi, cuando sea el momento de irme.

—No pedirías el transporte. Te llevaría yo adónde quisieras ir y en el momento que te apeteciera. Solo tendrías que decírmelo.

Fui a decir algo, pero su seriedad me lo impidió. Ander hablaba muy en serio siempre y costaba pillarlo relajado y haciendo alguna broma.

Esto último todavía no lo había presenciado, pero viéndolo como lo vi anoche, con sus amigos y su entorno seguro, estaba convencida de que con ellos era de una manera muy diferente a como se mostraba al resto del mundo.

—Vale —sonreí—. ¿Dónde has dejado el coche?

—En la calle de atrás.

—Te doy ventaja para que llegues, mientras escribo varios mensajes —le dije con diversión.

La comisura de sus labios se elevó un poco.

—Te espero con el coche encarado para salir.

—Vale.

Se fue caminando a paso normal por la acera, pero no me moví en ese momento. Me quedé mirándolo de espaldas y solté un suspiro.

Me acerqué a mi moto cuando él ya estaba lejos. Saqué el casco, me lo puse y me monté. Antes de arrancar cogí el móvil, para escribir varios mensajes.

El primero fue a mi madre.

Eimy: *Acabo de salir de la floristería, ya estoy en la moto. Semana terminada y superada. Os llamo por la tarde, voy a conducir. Os quiero.*

Por la hora que era mi madre no vería el mensaje. Debía estar en la cocina, liada con mi padre con la comida. Siempre que el trabajo de mi padre lo dejaba libre, aprovechaban los máximos momentos posibles para estar juntos.

Y la cocina era un espacio importante para ambos, porque les gustaba por igual compartir tiempo ahí.

Después de dejar tranquilos a mis padres con el mensaje, entré en el grupo que compartía con mis amigos.

Eimy: *No os lo vais a creer. Ander ha aparecido pocos minutos después del cierre y me ha invitado a comer.*

Sonreí al ver que Cata escribió al instante. Con Taylor no contaba, ya que se habría quedado dormida en cuanto colgó la llamada. Ya se enteraría más tarde.

Cata: *¿Qué dices? Te estás quedando con nosotros.*

Eimy: *Ja, ja, ja… ¡Nooo…! Es muy cierto.*

Cata: *¿Dónde estás ahora?*

Eimy: *Sentada en la moto. Le estoy dando tiempo a Ander, para que llegue a su coche. Lo seguiré hasta su casa.*

Cata: *¿Quéééé…? ¿Cómo que vas a seguirlo hasta su casa?*

Bruno: *Ja, ja, ja… Me han dolido los tímpanos desde aquí, por tus gritos.*

Bruno: *Hola, preciosas.*

Cata: *Holaaa… Ja, ja, ja…*

Eimy: *Hola, guapo.*

Bruno: *Entonces, si no he leído mal, dentro de un rato estarás en la casa de Ander y comeréis ahí. ¿No?*

Eimy: *Exacto, y veré a la preciosidad de Skye.*

Cata: *¡¡Qué fuerte!! ¡Y lo dices tan tranquila! Estoy alucinando.*

Eimy: *Me tiembla todo, ¿qué más quieres?*

Bruno: *Mujer, por querer, imagino que ese temblor te lo siga provocando él, pero de otra manera mucho más divertida. Ja, ja, ja…*

Eimy: *Eres tonto. No me pongas más nerviosa. Ja, ja, ja…*

Cata: *Oye, pero ¿cómo ha surgido?*

Eimy: *Anoche hablamos de quedar para hablar de todo, y se ha presentado por sorpresa. Una cosa ha llevado a la otra y… pues es lo que ya sabéis.*

Bruno: *¿Cómo estás?*

Eimy: *Muy rara. No sé.*

Cata: *Una cosa….*

Eimy: *¿Qué?*

Cata: *Que, si te lleva a su casa, ya tenemos la duda resuelta, ¿no?*

Bruno: *¿Qué duda? Me he perdido.*

Cata: *Hemos hablado muchas veces, antes de saber quién era Ander y su nombre, que como cliente que se lleva varios ramos a la semana, debía tener pareja. Vamos, que lo dábamos por hecho.*

Cata: *Pero si ahora lleva a Eimy a su casa significa que vive solo con Skye. ¿No?*

Bruno: *Sí.*

Eimy: *¿Ese sí qué significa?*

Bruno: *Significa que hasta donde yo sé, sí, Ander solo vive con su perra. Hablando de parejas, me refiero, porque con el dinero que debe de tener lo mismo tiene a personas que le mantengan la casa.*

Eimy: *Joder, ¡qué es hijo de uno de los hombros más ricos del mundo!*

Cata: *Anda, ¿y te das cuenta ahora? Ja, ja, ja…*

Eimy: *Mierda. Acabo de bufar, para que lo sepáis.*

Bruno: *Ja, ja, ja…*

Cata: *Ja, ja, ja…*

Eimy: *Os dejo, que ya debe hacer unos minutos que me espera Ander. Por la noche os cuento las novedades.*

Cata: *¿Nos va a tener nerviosos hasta la noche?*

Eimy: *Supéralo. Ja, ja, ja… Cuando llegue a mi piso de comer con él, voy a echarme una siesta. Así que sí, hasta la noche.*

Bruno: *Bien hecho. Tú disfruta, desconecta y descansa. Que os aproveche a las dos la comida, más todo lo que venga de más, y hasta la noche, preciosas.*

Cata: *Valeee… Yo he suspirado, para que lo sepáis también. Ja, ja, ja… Hasta luego. Pasad buen sábado.*

Cata: *Oye, ¿y Taylor? Qué raro que no se haya conectado. ¿Estará bien?*

Eimy: *Está perfectamente. Hace unos minutos que hablé con ella y desde que hemos colgado debe estar durmiendo.*

Cata: *Ah… Ja, ja, ja…*

Salí de la conversación, me guardé el móvil en el bolso, y arranqué la moto. Enseguida comencé a circular por la carretera.

Giré al final de la calle, para ir hacia la de atrás de la tienda. Al ver un coche en doble fila, fui aminorando la velocidad.

Ander era el conducto y sacó la mano por la ventanilla, para que me quedara más claro. Asentí y nos pusimos en marcha.

En todo momento, mientras recorría las calles detrás de su vehículo, estuve preguntándome cómo narices había terminado yendo a la casa de Ander. Otra cosa más que añadir a la lista de las que parecían irreales, y como todo estaba sucediendo muy rápido…

No había tenido tiempo de asimilar lo que me encontré la tarde anterior y todo lo que vino después, como para hacerlo ahora con el hecho de que estaba siguiendo a Ander. A nada más ni nada menos a su casa, donde estaríamos solos, él y yo.

Sí, Skye también contaba, pero era yo la que estaba sola ante el peligro y me había metido de cabeza, sin pensar mucho en ello.

Ander era un peligro para mí, en todos los sentidos.

Después de bastante rato, aminoré la velocidad cuando él lo hizo. Miré más detenidamente la zona y hacia delante, observando que estábamos en una parte exclusiva de la ciudad. Otra más que iba a descubrir en poco tiempo.

Ander paró el coche frente a una gran puerta rectangular y esta esta comenzó a abrirse despacio.

Sonreí, oculta por el casco, al escuchar ladrar a Skye. Fue lo primero que me hizo saber que estaba cerca. Lo segundo y definitivo, fue verla a un lado de la puerta, dentro de la propiedad.

Imaginaba que era algo normal y habitual que saliera a recibir a su dueño.

Ander entró y yo lo seguí. La puerta se cerró despacio a mi espalda y dejé de mirarla cuando encajó por completo en el marco.

Por ese motivo, por estar pendiente de la puerta y de Skye, que iba corriendo del coche a mi moto, tardé en darme cuenta del terreno que nos rodeaba y de la imponente casa que había en línea recta, cada vez más cerca.

Casa, por llamarla de esa manera.

Era impresionante, magnífica y elegante. Incluso los jardines tenían un toque diferente, uno muy destacable. Mi madre se volvería loca con los exteriores de la propiedad de Ander, al igual que le sucedería con los jardines de la casa de Natalie, pero, sobre todo, con los de los padres de ambos.

Capítulo 33



Aminoré aun más la velocidad, cuando Ander paró su coche dentro del garaje que nos habíamos encontrado abierto. Lo seguí al interior.

En cuanto se bajó, Skye fue a darle la bienvenida, feliz. Quité la llave del contacto con una sonrisa de oreja a oreja, viendo cómo perra y dueño se comunicaban de maravilla.

La puerta del garaje se cerró despacio, mientras tanto.

Después de unas cuantas caricias de Ander, Skye se acercó a mí.

—Hola, preciosa —la saludé.

Soltó un ladrido, sin dejar de mover la cola con fuerza de un lado a otro.

Desmonté de la moto y me quité el casco. Después de colocarlo sobre el asiento, me giré para recibir su bienvenida.

Poco faltó para que nos fuéramos al suelo, cuando apoyó las patas delanteras en mi pecho. Reí, acariciándola, mientras que Ander nos observaba apoyado en el lateral del coche.

—Hijo.

Al escuchar esa palabra agrandé los ojos y se me fue toda la diversión.

—Papá. No sabía que estabas aquí —le dijo Ander.

—Tu madre también. Hemos venido porque tu madre quería traerle a Mairi la gran creación que cocinó ayer. Esto que quede entre nosotros.

Escuché sus pisadas a mi espalda y antes de volverme para ser respetuosa, busqué la mirada de Ander. Él observaba en ese instante a su padre, sonriendo por lo que le había dicho, pero cuando nuestras miradas se encontraron se puso serio.

—Papá. Te presento a Eimy.

Fue en ese momento en el que me di la vuelta, para quedarme frente al padre de Ander y Natalie.

Contuve la respiración cuando Ander se puso a mi lado y pasó un brazo por mi espalda. Colocó la mano en mi cintura y la dejó ahí. Lo que en otro momento me habría hecho temblar las piernas, en este me sentó genial porque sentí su apoyo y estabilidad.

Era demasiado ya, entre lo de ayer y ahora esto… Aunque sabía que en algún momento conocería a este hombre y su mujer, ya que en la casa de ambos se celebraba la boda y necesitaría el día de antes para trabajar en la propiedad, esperaba verlos por primera vez allí.

No aquí, en la casa de su hijo, solos Ander y yo.

Solté un pequeño suspiro.

—Es amiga de Natalie y de Greta, y la dueña de la floristería que está preparando los arreglos florales para la boda. Eimy está encargándose de todo.

—Vaya. Por fin te conozco —dijo el padre de Ander.

Sonriente y mirándome, se paró frente a mí.

Me parecía increíble estar delante de uno de los hombres más ricos del mundo y verlo tan… común y natural. Me impactó.

Ya, era una gran tontería de pensamiento porque el hombre, independientemente del dinero que tuviera y de su poder, era una persona normal y corriente.

Ander se parecía mucho a su padre, el físico de ambos y las facciones eran muy similares. Eran dos hombres que imponían y transmitían respeto.

—Es un placer conocerte, Eimy —me dijo.

Me ofreció una mano y se la acepté.

—Gracias, señor —le sonreí, nerviosa.

—Llámame Logan, por favor —me pidió.

—De acuerdo, Logan.

Su sonrisa se hizo más amplia.

—Voy a adelantarme para que mi mujer no se te eche encima.

Debí poner cara de susto porque lo hice reír.

—Me refiero a que voy a hacerla a la idea de que estás aquí. Para que no te agobie nada más entrar —me aclaró.

—El entusiasmo de mi hermana es herencia de mi madre —me dijo Ander.

—Ya veo —sonreí, mucho más tranquila.

Logan nos dejó solos en el garaje.

—Lo siento. No tenía ni idea que estarían aquí mis padres. Si lo hubiera sabido habría retrasado la llegada.

—No pasa nada —suspiré—. En algún iba a conocerlos.

Me encogí de hombros.

—Mi madre tiene muchas ganas, por eso lo de frenarla.

Reí.

—¿Echas de menos el país en el que naciste?

—Sí. Me encanta Escocia, tengo una unión especial con cada rincón de ella. La siento diferente. Tengo varias propiedades allí que son mi desahogo cuando quiero desconectar completamente de todo. Es raro, porque lo siento como mi hogar, pero también lo es este, por todo el tiempo que llevo aquí. Sinceramente no echo de menos nada, hasta que necesito lo que solo Escocia puede darme.

—Entiendo. —Asentí.

—Mis padres viajaban a menudo, y más desde que mi padre se quitó de encima las responsabilidades con la empresa. Sigue estando presente y yo le comunico lo importante, pero desde hace unos años soy yo el que se encarga de todo.

—¿Estás al mando de la empresa familiar? —pregunté con un punto de sorpresa.

—¿Te parece raro?

Me miró con diversión.

—No. —Negué con la cabeza—. Ha sido una pregunta tonta.

—Eh…

Me dejó con la mente en blanco, al agarrarme de la barbilla. De esa manera me levantó la cabeza, para que nuestros ojos se encontraran.

—Puedes hacerme todo tipo de preguntas y pedirme que te aclare lo que sea. ¿De acuerdo?

Intenté asentir, pero su sujeción no me lo permitió mucho.

—No hay pregunta o duda tonta —continuó.

—Vale —susurré.

—Mis padres no tardarán en irse, pero si en algún momento te ves sobrepasada, házmelo saber. Cuando entremos también conocerás a Mairi, es la mujer que vive conmigo y se encarga de mantenerme alimentado. Según ella. Es como una segunda madre para mí.

—¿Alguien más para estar preparada?

—Por ahora no. Lewis no aparecerá hoy y el resto del personal, los fines de semana tienen fiesta.

—Vale.

—¿Estás lista para entrar? —me preguntó sin soltarme todavía.

—Claro.

Mi decisión y determinación se fueron al traste. Los nervios se apoderaron de mí cuando nos giramos hacia la puerta.

Skye, que en todo momento había estado atenta a nosotros, salió corriendo hacia la puerta abierta que daba a la vivienda.

Ahí había tres personas paradas al otro lado, en el interior de la casa. Miraban hacia nosotros y… habían visto nuestra cercanía. Los tres sonreían.

—Bueno… —Carraspeó Ander—. Primer paso dado. A la mierda la privacidad.

Su comentario me hizo reír. Solté una carcajada que lo hizo sonreír.

Ander me dio un ligero apretón en la cintura, con la mano que no había apartado, y comenzó a caminar llevándome con él.

Mientras daba los primeros pasos me miró de reojo con diversión y agradecí que no hiciera ningún comentario, refiriéndose a que parecía que los pies me pesaban y me resistía a dar los pasos hacia las personas que nos esperaban.

Al llegar a la puerta subimos los dos escalones que había y entramos en la casa. Ander cerró la puerta del garaje detrás de nosotros.

—Mamá, Mairi, ella es Eimy.

—Tu padre ya nos ha puesto al día —habló la madre de Ander.

Lo di por hecho porque el padre tenía las manos en los hombros de su mujer.

—Qué ilusión y sorpresa tan inesperada, Eimy. Desde que mi hija comenzó a hablarme de ti y de tu trabajo, he tenido muchas ganas de conocerte. Mi nombre es Leslie.

—Es un placer conocerla, Leslie —le dije.

—Ay, ¡me encanta! —rio.

Sonreí, a punto de reír también, porque fue como si tuviera delante a Natalie.

—Yo soy Mairi —se presentó la otra mujer importante en la vida de Ander.

—Es otro placer conocerla, Mairi.

Ella me dio una gran sonrisa.

—Trátanos de tú —me pidió Leslie—. Mi hija ya me ha dicho que te ha comunicado lo de la invitación a la boda, a ti y a tus amigos.

—Sí —le confirmé, aunque no dije mis dudas.

Para mi sorpresa, algo debió notar Ander porque me miró con el ceño ligeramente fruncido. Ignoré su reacción, para no darle importancia.

Recorrimos el recibidor, desde el que se accedía al garaje, y llegamos a un salón de dimensiones enormes.

No me impresionó porque ya lo hizo el salón y toda la casa de los padres de Ander, que era esta multiplicada por dos. Como poco.

Me detuve a admirar todos los detalles decorativos y cómo estaba organizado el salón. Era preciosa y con mucho estilo.

—Mairi. Vamos a pedir comida a domicilio —habló Ander.

—No te he hecho nada porque por la hora que es pensaba que comerías con tus amigos, pero puedo prepararos algo rápido. No tardaría mucho, mientras os tomáis una bebida —dijo la mujer.

—No. Hoy descansa —le pidió Ander, con un guiño.

—Lo mejor es que dejemos solos a la pareja —comentó Logan, el padre.

Estuve a punto de atragantarme con mi propia saliva, al escuchar lo de pareja, pero no lo saqué de su error. Más que nada porque se me fue la voz por unos segundos.

—Vente a nuestra casa, Mairi —le pidió Logan.

—Ay, sí. Así podemos planear una tarde entretenida —comentó Leslie—. Pero, cariño, podemos quedarnos unos minutos más. Eimy acaba de llegar y me gustaría mucho hablar un rato con ella.

—Eso será otro día —insistió su marido, sin dar su brazo a torcer.

—Tiene razón —intervino Mairi.

Le hizo un gesto a Leslie y cuando esta miró a su hijo, algo tuvo que ver en él que sonrió y asintió.

En el momento que yo miré a Ander no vi nada diferente en su expresión. Eso, o que llegué tarde para verlo. Me creó mucha curiosidad.

—Está bien —dijo Leslie—. Aunque haya sido muy breve, me ha encantado conocerte por fin. Nos veremos el día de la boda y espero que muchos días más.

Se acercó para darme un abrazo y le correspondí de la misma manera.

—Me alegro de que estés aquí, Eimy —me habló Mairi y miró a Ander—. Disfrutad tranquilamente, la casa se queda para vosotros solos. Vale, vale… —rio—. Para ti también, pequeña —se dirigió a Skye.

La perra se había acercado a ella para dejar claro que ella también estaría en la casa.

—Nos veremos pronto, Eimy —me dijo Logan.

En esta ocasión no hubo apretón de manos, para mi sorpresa, el hombre me dio un afectuoso abrazo. Lógicamente lo correspondí, devolviéndoselo a pesar de la vergüenza que sentía.

Se fueron hacia el garaje, después de despedirse de Ander y de Skye. El coche que había visto en el garaje, al llegar, debía ser de Logan. Me extrañó y me creó curiosidad que no tuviera chófer privado.

Aunque Natalie no tenía. Ander sí, a Lewis, tal y como me contó él mismo cuando, en un momento dado de la noche anterior, me dijo qué trabajos hacía para Ander.

El de ir a comprar maceteros a mi floristería estaba incluido. Ese recuerdo me hizo sonreír y miré al culpable de que Lewis lo hiciera.

—¿Qué?

—Estaba pensando por qué mandaste a Lewis a comprar tantas plantas a la floristería.

Sonrió de medio lado.

Skye ladró y salió corriendo. Se fue de la casa por la corredera del salón. Imaginé que para acompañar hasta la puerta de la propiedad a los padres de Ander y a Mairi.

Capítulo 34



Ander

—¿Quieres que te enseñe ahora la casa o más tarde?

—Como quieras.

—De acuerdo. —Asentí—. Ven.

La llevé a la cocina, la que miró con el mismo interés que el salón.

—¿Qué te apetece beber? ¿Cerveza, refresco, agua o vino?

—Una cerveza está bien.

Saqué de la nevera dos botellines y después de abrirlos, le pedí con un gesto que me siguiera de nuevo.

Me dirigí al porche, ya que se estaba genial a cualquier hora del día. Los rayos del sol no entraban del todo nunca, por lo que siempre había sombra y ventilación para estar frescos.

Era uno de mis espacios preferidos, incluso para cuando trabajaba desde casa los fines de semana.

Estábamos sentándonos cuando llegó corriendo Skye. Fue directa a beber agua del cuenco que tenía en el porche. Tenía varios repartidos por la casa.

En el momento en el que sació la sed, se acercó a nosotros y se tumbó en el suelo quedando en medio de los dos.

Eimy y yo habíamos elegidos dos sillones, para estar más cómodos. Las sillas de la parte de la mesa alta las dejamos olvidadas.

—Antes de nada, voy a llamar al restaurante para no retrasar mucho la comida —le dije.

—Vale.

Saqué el móvil y busqué la carta del restaurante.

—Aquí tienes, para que te decidas por lo que más te apetezca.

Le ofrecí el teléfono y lo cogió, observando la pantalla.

—No tengo ninguna preferencia —dijo al cabo de unos segundos, pero de todas maneras siguió concentrada leyendo la carta.

Me llevé el botellín a los labios, sin apartar la atención de ella. Mientras bebía, bajé la mano y acaricié a Skye.

—Todo tiene muy buena pinta —comentó, indecisa.

—Puedo aconsejarte la comida que más me gusta, o si quieres, puedo pedir platos variados y así probamos diferentes.

—Me gusta la última idea. —Asintió.

—De acuerdo. Entonces me encargo yo.

Cogí el teléfono que me devolvió y marqué el número del restaurante. Hice el pedido, el que me confirmaron que estaría en media hora listo, más el tiempo de entrega. Como ya me conocían, solo tuve que dar mi nombre antes de colgar.

—Ya está. En unos cuarenta minutos traerán la comida —le informé.

—Estupendo.

—Al final voy a retrasarte más de lo que pensaba.

—No pasa nada —sonrió—. Ha sido salir de la floristería y se me ha pasado un poco el cansancio —rio.

—Es bueno saberlo. El trabajo la mayoría de las veces no sienta bien.

—Y menos después de dormir poco por haber salido de fiesta —negó.

Bebí otro trago de cerveza y Eimy hizo lo mismo.

—Ahora que la comida está en marcha, voy a aclararte el motivo por el que envié a Lewis a comprar las plantas.

Me eché hacia delante, para dejar el botellín en la mesa baja y redonda que tenía enfrente.

Eimy se quedó callada, a la espera de que continuara.

—Estaba con mi hermana el día que fue a la última prueba del vestido de novia. La acompañé y al salir, participé de manera indirecta en la conversación que tuviste con ella.

Levanté una pierna, para apoyar el tobillo en la otra.

—Aquel día Natalie te insistió para quedar y como todavía faltaba para que cerraras la floristería, te dijo que enviaría a alguien para compensarte el tener que cerrar antes. Fue cuando yo ya estaba hablando con Lewis y le había pedido que fuera a la floristería para hacer una buena compra. Natalie solo repitió lo que escuchó de mí.

—No había necesidad. Se llevó nueve macetas —dijo hablando más bajo de lo normal.

Apreté los labios.

—Y las repartí bien. Por aquí verás algunas —sonreí de medio lado.

Ella negó con la cabeza, pero con una sonrisa preciosa.

—¿Estás bien? ¿Te sientes a gusto?

—Si. Muy a gusto —me contestó.

—Perfecto.

—Ander…

—¿Qué?

—Yo…

Se quedó callada de golpe y apartó la vista de mí. Miró el jardín que quedaba a su izquierda.

—Nada —terminó diciendo.

—Dilo. Sea lo que sea lo que te ha venido a la cabeza.

Negó.

—Da igual. Era una gran tontería —suspiró.

Cogió su botellín de la mesa y le dio un buen trago a la cerveza.

—¿Vas a hacerme insistir? Como no me conoces te advierto que a veces no llevo bien la impaciencia.

—Es cosa mía —sonrió, un poco tensa—. Es que contigo pierdo muchas de las facultades que tengo —suspiró.

Elevé las cejas y me lo aclaró.

—Me refiero a que me pongo muy nerviosa cuando estás cerca, así que puedes hacerte una idea de cómo estoy desde que has aparecido en la floristería.

—Por ahora me gusta. Sigue —la animé.

Intenté no reírme al ver cómo abría los ojos un poco más de lo normal, por la sorpresa.

—¿Te gusta que esté nerviosa? —me preguntó con el ceño fruncido.

—Me gusta el motivo por el que estás nerviosa, que es diferente.

—A eso me refiero. Era lo que quería decir. Con esto último que has dicho y con casi todo lo demás, no sé a qué atenerme contigo. Me desconciertas.

—¿Eres de las personas que lo planifican todo y necesitan saber en todo momento lo que va a suceder, para no llevarse sorpresa?

—¿Qué? No —rio—. Mi única planificación son mis rutinas.

—Entonces no entiendo porque te desconcierto.

Fruncí el ceño.

—Porque a veces te acercas más de la cuenta —dijo, mirando al interior de la casa—. Está bien. —Cogió una bocanada de aire y me miró—. ¿Tienes pareja?

—¿Qué…?

Solté una carcajada tan fuerte que Skye se levantó y ladró.

—Vale. Lo siento. —Bufó—. Ha sido una pregunta fuera de lugar e indiscreta. No tienes que…

—No tengo pareja —contesté, interrumpiéndola para que no terminara lo que iba a decir.

Su expresión fue de sorpresa.

—No tienes pareja —repitió.

—Eso he dicho.

Arqueé una ceja.

—¿Cómo iba a tenerla si has notado que me he acercado a ti más de la cuenta? Si estuviera con alguien te aseguro que sería porque estoy enamorado, por lo que nunca le faltaría el respeto de esa manera.

—Yo… Vale —dijo ruborizada.

Se movió inquieta en el sillón.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión? Me gustaría saberlo.

Ladeé un poco la cabeza, mientras que con un gesto de la mano le pedí a Skye que se acercara. La acaricié, por el susto que le había dado al reír tan fuerte, y terminó sentada con la cabeza apoyada en mi pierna.

—Es que… no sé. Creí que tenías pareja por todos los ramos que te llevas a la semana. No fallas nunca.

—Para mi hermana, para mi madre, para Mairi, y para darle un toque de color a esta casa.

—Ah —sonrió con vergüenza.

Bebió otro trago de cerveza.

—En todo el tiempo que hace que voy a la floristería, nunca se me ha ocurrido pensar que me veías de esa manera —dije, negando con la cabeza.

—Pues sí —sonrió—. Y como casi no hablabas no tuve la oportunidad de conocerte poco a poco. Hay clientes de vienen mucho menos que tú a la floristería y puedo decirte cuantos son en la familia.

Rio y sonreí.

—Yo soy más de observar, de analizar y de ir dando pasos despacio. Al principio.

—Me he dado cuenta.

Miré la hora en el reloj de pulsera.

—Antes de que venga la comida me gustaría saber porque, cuando mi madre te ha dicho que os veréis en la boda, tu expresión ha cambiado. Ha durado muy poco, pero me he dado cuenta.

—Pues sí que eres observador.

—Ya te irás dando cuenta hasta qué punto.

Nos quedamos mirándonos a los ojos y vi la duda en los suyos. Tuvo ganas de preguntarme qué había querido decir con lo último, pero no lo hizo. En cambio, me explicó lo de la boda y mi madre, lo que no me gustó nada. En absoluto.

—Estoy pensando en rechazar la invitación de boda de tu hermana —me dijo.

—¿Por qué? —le pregunté, más serio de lo que pretendía mostrarme.

Eimy volvió a moverse en el sillón, inquieta.

—¿Por mi culpa? —insistí ante su silencio.

—¿Qué? ¡No! Tú no tienes nada que ver y, aunque fuera el caso, iría igualmente por mi amiga. Mi amistad con tu hermana es muy reciente, pero siento que puede ser una relación muy bonita, sincera y duradera. Al menos ella me lo transmite así.

—Estás en lo cierto. Natalie es lo que ves y sientes al estar con ella. No finge nunca y va siempre con la verdad por delante. Ha querido tu amistad y la ha conseguido, por lo que tienes una amiga para toda la vida.

Sonrió.

—He tenido mucha suerte de conocerla. Y a Greta también.

Asentí.

—¿Por qué no quieres ir a la boda? —le pregunté.

—Me encantaría ir.

—¿Entonces? No lo entiendo.

Fruncí el ceño.

—Lo que no quiero es ir sin un regalo. Tu hermana me insistió en que no quería ningún regalo mío ni de mis amigos, solo nuestras presencias en su día especial.

—¿Y cuál es el problema? Natalie ha sido sincera.

—Es que yo no me siento a gusto yendo a una boda como la de tu hermana con las manos vacías.

Bajó la mirada a su botellín.

—Será una celebración con mucha clase, lujosa y con muchísimo estilo. No tengo duda. Sois una familia muy importante, Ander. Una de las más ricas.

Se ruborizó de nuevo.

—Necesitaría un vestido, aunque esto podría solucionarlo la semana que viene. Todavía no le he dicho nada a tu hermana porque no quiero quitarle la ilusión.

Hizo una mueca.

—Me sabe muy mal, pero la única manera de que vaya es si acepta que le regale todo el trabajo de los arreglos florales para la boda.

—Eso es mucho —dije—. Aparte de que te quedarías sin una gran fuente de ingreso.

—Lo he estado pensando, pero, sobre todo, haciendo números, y puedo afrontar ese cambio. Quiero hacer feliz a tu hermana, me dolería que se sintiera mal, de cualquier manera, por mi culpa y la de mis amigos si decidimos no ir.

—¿Qué dicen ellos?

—Han dejado la decisión para mí. Harán lo que yo diga porque me entienden.

—Comprendo.

Tamborileé los dos en el reposabrazos del sillón, pensativo.

—Así que quieres rechazar la invitación por el regalo de bodas y también porque te sobrepasa el pensar el tipo de boda que será.

—Habrá muchos invitados y la mayoría, por no decir todos, muy importantes. Famosos, políticos, empresarios…

—Olvídate de eso. Es insignificante. Vais a ir a la boda.

Capítulo 35



Eimy

—No puedes afirmarlo —le dije.

—Y tanto que sí. No vas a dejar de ir por lo del regalo, ni mucho menos voy a permitir que pierdas el dinero de tanto trabajo y esfuerzo. No estamos hablando de unos cientos de euros.

—Ya lo sé, pero es decisión mía.

—Si yo puedo evitarlo, no.

Elevé las cejas y me crucé de brazos.

—Te aconsejo que vayas la semana que viene a comprarte un vestido, a no ser que quieras ponerte uno de los que tengas en tu armario.

—Ander…

—No, Eimy.

Se echó hacia delante y apoyó los brazos en las piernas.

—Si quieres mantenerme como cliente, te pido que disfrutes y que vivas sin pensar más de la cuenta. No pienses en qué tipos de invitados asistirán, ni cuantas personas serán. Deja todas las dudas y los nervios aparte, para acompañar a mi hermana y a Eduardo en uno de sus días más importantes.

—¿Acabas de chantajearme? —le pregunté entre sorprendida y divertida.

—Sí —contestó con seguridad—. Y puedo ir más allá. Tú decides —sonrió de medio lado.

—Eso no es justo —dije riendo.

—Tampoco sería justo para ti lo que me has contado. Estamos empatados.

Elevó las cejas.

—No voy a ir.

—Ya te digo yo que sí. Si hace falta voy a buscarte con mi hermana vestida de novia, a ver si entonces eres capaz de hacerla llorar.

—Deja de presionarme.

Negué sonriendo y muy nerviosa.

—Pues deja tú de ser cabezota.

Sonó el timbre y se levantó sin apartar la vista de mí.

—Piénsalo bien —me pidió—. Es muchísimo más sencillo de lo que tienes en la cabeza, Eimy.

Lo seguí con la vista, mientras caminaba. Entró en el salón y Skye se fue detrás de él.

Cogí una bocanada de aire y apoyé la espalda en el respaldo, con pocas fuerzas. Dirigí la vista hacia el jardín y dejé caer la cabeza en el respaldo.

Durante todo el tiempo que Ander tardó en regresar, mi mente no frenó. Pensé en todo lo que me había dicho y en las ganas que tenía de ir a la boda. El puñetero regalo me tenía la cabeza loca, pero en este instante iban ganando las ganas de hacer lo que me había pedido Ander.

¿Y si hacía caso a lo que tanto Natalie como Ander me habían pedido? Cerré los ojos.

—Eimy.

El susurro de mi nombre me hizo fruncir el ceño y querer darme la vuelta. Fue en ese momento en el que, cuando no pude, abrí los ojos.

Lo primero que vi fue la cara de Ander. Estaba sentado en el reposabrazos del sillón de al lado, con los brazos apoyados en las piernas y mirándome fijamente con poca distancia de separación.

—¿Qué…?

Tuve que carraspear para aclararme la voz.

—Te has quedado dormida —me habló suavemente.

Agrandé los ojos y me senté recta, separándome del respaldo.

—Joder —susurré—. No me he dado cuenta.

—Lo imagino —sonrió—. Hace un rato que se fue el repartidor del restaurante. Cuando vine a avisarte te encontré dormida y preferí dejarte descansar un poco. No estabas lo cómoda que necesitabas, pero igualmente te he dejado.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Un poco más de media hora.

Me sorprendí de nuevo.

—¿Y la comida?

—Tranquila. Está en el horno, a una temperatura que la mantiene.

—Vale —suspiré—. Lo siento. Era lo último que quería hacer.

—No te disculpes, Eimy. He sido yo el que te ha cambiado los planes que tenías. Sabía que estaba cansada.

—Me habrá dado un bajón de golpe al cerrar un rato los ojos. No lo he notado.

—No hay problema. ¿Comemos?

—Claro.

Fui a coger el botellín para tirarlo en la cocina, pero ya no estaba en la mesa baja de enfrente. Me levanté y no tuve que ir muy lejos porque Ander había montado la mesa del porche.

Había puesto las copas, los cubiertos, las servilletas, varios cucharones y los platos. Solo faltaba la bebida y la comida.

—Espérame aquí —me pidió.

—Quiero ayudarte.

Ander asintió y fui con él hasta la cocina. Una vez llegamos, cogió una botella de vino que dejó frente a mí, en la encimera, y fue al horno.

Este era muy grande y alargado. No había visto uno igual. Del interior sacó cinco recipientes y uno a uno los dejó sobre la isla.

Entre los dos volcamos los contenidos en los platos que cogí de donde me dijo Ander, y los llevamos a la mesa del porche.

En ese momento me di cuenta de que Skye estaba dormida sobre una cama acolchada. Había seguido mi ejemplo de dormirse.

—Se va a perder un festín —dije, pensando en lo que disfrutaría si estuviera despierta.

Ander rio y lo miré con curiosidad.

—Ya se lo ha dado —me aclaró—. Cuando he visto que estabas dormida le he preparado un buen plato para ella, mezclándole un poco de todo. Por eso está dormida y no se entera de nada. Durante un buen rato seguirá así.

—Vaya…

Miré a Skye sonriendo.

—¿Y ha sobrado toda esta comida? —pregunté porque era mucha.

—Come lo que quieras y puedas. No pasa nada si sobra. Si estuviera aquí Mairi te diría que es lo normal, cuando pido yo la comida —sonrió de medio lado.

—No he tenido mucho tiempo para hablar con ella, pero me ha caído muy bien. Igual que tus padres. Hay cosas que se notan a simple vista y solo con sus sonrisas sinceras y cálidas lo dicen todo.

—Se pondrán contentos cuando les diga esas mismas palabras de tu parte.

Comenzamos a servirnos la comida en el plato y cuando terminamos, Ander cogió la botella de vino y la abrió.

Primero echó en mi copa un poco.

—Pruébalo. Si no te gusta voy a por otro vino.

—No hará falta.

Cogí la copa y me la acerqué a los labios, para darle el primer sorbo.

—Está muy bien —le dije—. No entiendo nada de vinos, pero este es suave al paladar.

—Lo he cogido pensando en que pudiera gustarte.

—Gracias.

Dejé la copa en la mesa y, a pesar del calor que sentí en las mejillas, no aparté la mirada de la suya.

Ander terminó de llenar mi copa, sin desviar la mirada de la mía, y después hizo lo mismo con la suya.

La comida se veía deliciosa y el olor que desprendía era buenísimo. Comprobé enseguida que estaba riquísima, independientemente de la variedad de comida que me llevara a la boca. Tenía un sabor exquisito y la carne se deshacía en la boca.

—¿Has pensado mejor lo de la boda? —me preguntó.

Me limpié los labios con la servilleta y bebí un sorbo de vino, para terminar de pasar la comida.

—Me he quedado dormida.

—Ya…

—No sé lo que haré, Ander.

—Disfrutar de la boda de una amiga, junto al resto de tus amigos. ¿Te parece poca motivación?

—Sé lo que intentas, pero…

—Lo que intento es que estés allí y que yo pueda verte.

Me dejó sorprendida con esas palabras.

—Me debes varios bailes.

Sonrió de medio lado y solté una carcajada. Consiguió que me relajara de golpe. No del todo, pero sí lo suficiente.

—¿Yo? ¿Desde cuándo y por qué? —le pregunté.

—Sí, tú. Porque soy un cliente fiel a la floristería, desde casi su nacimiento. Y porque al mes me dejo un buen dinero en los ramos.

—Es elección tuya. No puedes exigir nada por eso —le dije divertida.

—Anoche estabas preocupada porque dejara de ser tu cliente.

Arqueó una ceja y apreté los labios.

—Por supuesto, eres uno de los mejores. Solo te supera tu hermana debido a la boda, pero solo por ahora. A la larga, si no dejas de comprar flores y plantas, mantendrás el primer puesto.

—Tú lo has dicho, tengo el primer puesto. Lo provisional no cuenta, por lo que mi hermana queda al margen. Me debes varios bailes para recompensarme.

—¿Y si acepto y bailo contigo todas las veces, te sentirás recompensado?

—Sí. Me recompensarás y me harás feliz —dijo serio.

En vez de moverme en la silla y que se notara mi nerviosismo por cómo me observaba, elegí coger mi copa y darle un buen sorbo al vino.

El líquido alivió mi garganta, pero no lo suficiente para el calor que me entró de golpe.

—Quién soy yo para quitar la felicidad a alguien… —hablé con diversión.

—Para más de una persona estoy seguro de que eres la única que puedes quitársela —me dijo.

Me observó de una manera que no supe qué más decir. Me dejó callada de golpe.

Ander continuó comiendo como si nada, mientras que yo comenzaba a no saber dónde meterme.

Miré hacia Skye y la vi durmiendo plácidamente. Me dio mucha envidia.

Lo imité y volví a comer. Para lo único que moví la boca durante un rato fue para comer y beber y gracias a eso conseguí relajarme un poco. No del todo, porque de vez en cuando notaba la mirada de Ander puesta en mí.

Cuando terminamos y después de vaciar las copas de vino, nos levantamos y recogimos para llevarlo todo a la cocina.

Llegué a ella dispuesta a fregarlo todo, ya que no quería dejarle trabajo extra a Mairi, para cuando regresara. Y era lo mínimo, ya que Ander me había invitado a comer y barato no debía haberle costado.

Abrí el grifo y Ander se puso a mi lado.

—Deja eso. No hace falta. Eres mi invitada.

—Los invitados hacen estas cosas y más —le dije con diversión—. Así que ya lo sabes, por si algún día comes o cenas en mi piso.

—Cuando me invites estaré encantado de encargarme de la cocina.

Giré la cabeza hacia él. Ander apoyó la cadera en la encimera.

—¿Sabes cocinar bien? —le pregunté, desviando el tema.

—Estamos hablando de fregar. Lo de los fogones no es lo mío.

Solté una carcajada y él sonrió, pero enseguida su sonrisa desapareció de sus labios y fue sustituida por seriedad. Levantó una mano y me retiró de la cara un mechón que me rozaba la mejilla.

Se lo enrolló en el dedo, varias veces, sin apartar los ojos de los míos, hasta que me lo colocó detrás de la oreja.

—Deja eso —me pidió, insistiendo.

Su voz sonó más ronca, profunda.

—Si quieres para más tarde, pero ahora no.

Capítulo 36



Me tensé por el contacto de Ander.

Aunque me sorprendiera, el momento que tanto había intuido, el que tanto había querido que sucediera, había llegado.

Me rodeó la cintura con un brazo y se agarró de un lado con la mano, ejerciendo un poco de presión.

Me atrajo hacia él, por lo que tuve que levantar las manos y mantenerlas separadas para no mojarle la camiseta. Apoyé los antebrazos en su pecho, cuando me giró hacia él.

—¿Qué? —le pregunté—. Voy a mancharte —susurré.

—Me da igual. Puedes hacerlo sin problema.

Me mordí el labio inferior, mientras que él levantaba una mano. La metió entre mi pelo, enredando los dedos.

—Hasta aquí, ¿vale?

—¿Cómo? —le pregunté sin entenderlo.

—Que hasta aquí vamos a dejar de huir el uno del otro, de rondarnos cuando estamos cerca.

—Ander…

—¿Qué?

—Deja de hablar de una vez.

Una sonrisa ladeada asomó en sus labios, pero dejé de verla en el momento en el que su boca fue directa a la mía.

Jadeé cuando atrapó mis labios y me pegó a su cuerpo, manteniéndome inmóvil en la posición por su mano en mi pelo.

Le rodeé el cuello con los brazos, acercándome del todo a él. A estas alturas no iba a preocuparme por si lo manchaba. Total, era agua, ya que solo me había dado tiempo a mojarme las manos.

No quedó ni un espacio minúsculo entre nosotros mientras ambos profundizábamos el beso, consumiéndonos en él.

Nuestras lenguas y labios se movieron al ritmo de los del otro, con nuestras manos aferrándose con desesperación a nuestros cuerpos, allá donde estuvieran. La necesidad y el deseo contenidos estallaron de repente.

Ander nos giró y noté el frío del borde de la encimera a la altura de las lumbares. Solté un jadeo cuando me aprisionó con su cuerpo, mostrándome sin palabras lo excitado que estaba.

Su miembro erecto se clavó por debajo de mi ombligo y me presioné más con su cuerpo.

Gruñó en mi boca y sin dejar de besarme, se separó lo suficiente para dirigir las manos al botón de mi pantalón corto.

Lo desabrochó y bajó la cremallera, y conforme lo hacía, noté como dentro de mí estallaba algo. Tenía las pulsaciones aceleradas y mi respiración era un caos, entre los besos de Ander que no me daban tregua y todo lo que estaba sintiendo.

Lo último que esperaba tener ese día era sexo. Ni este día ni ningún otro, porque no tenía planeado nada con nadie. Hacía bastante que no tenía una cita e intimaba con alguien.

Mis pensamientos se volatilizaron al sentir sus dedos apartando la goma de la braga. Mientras avanzaba con la mano hacia abajo, interrumpió el beso y nos quedamos mirándonos con nuestros pechos subiendo y bajando desacompasados por la falta de aire.

Me mordí el labio infiero al sentir la punta de varios de sus dedos muy cerca del punto más delicado, necesitado y excitado de mi cuerpo en este mismo momento.

—Si supieras cuántas veces he imaginado esto —dijo con la voz ronca.

No pude prestarle atención a lo que dijo, porque un jadeo me entrecortó más la respiración. Cerré los ojos unos segundos, con fuerza, cuando, por fin, sus dedos llegaron a mi clítoris y lo cubrieron con su calor.

—No tienes ni idea. Abre todo lo que puedas las piernas.

Lógicamente acepté su orden, ya que fue como sonó. Abrí las piernas lo máximo que pude, dándole acceso completo.

Ander aprovechó el movimiento para meter la mano del todo y cubrir mi sexo completamente con ella. Empezó a jugar con mis fluidos, deslizándolos y yendo a cada parte de mi zona íntima para que no quedara ni un pequeño rincón por humedecer.

—Ander…

—Es demasiado bueno —dijo, ignorando mi súplica escondida para que me diera más.

No era que estuviera dándome poco, pero me sentía demasiado acelerada como para la calma que veía en él. No sabía cómo podía tener tanto control, porque su miembro estaba completamente duro y su expresión era el claro ejemplo de la excitación y el deseo.

Se había propuesto volverme loca y lo estaba consiguiendo, mientras movía los dedos con total libertad por mi sexo.

Curvé la espalda pegándome a él, justo cuando adentró uno de sus dedos en mi interior. Gemí agarrándome a sus brazos, sintiendo cómo lo empujaba despacio, hasta que llegó al final del máximo recorrido que podía hacer.

Nos miramos a los ojos y sin perder el contacto, moví la cadera para notar más la sensación y para buscar un poco de alivio.

Ander se apiadó de mí y comenzó a mover el dedo en mi interior, cada vez que entraba, mientras que con otros dedos me acariciaba otras partes del sexo.

Mis jadeos llenaron la cocina y el orgasmo me atravesó poco después, provocando que me fallaran por completo las fuerzas.

Ander me rodeó la cintura con el brazo, para sujetarme y para que no me golpeara la espalda con el borde de la encimera.

Yo me agarré a ese mismo borde con ambas manos, buscando algo de estabilidad por mí misma.

Cuando las sensaciones intensas desaparecieron, respiré profundo y busqué su mirada. Sus ojos desprendían algo diferente y me dejó sin palabras la intensidad que me transmitió.

Su mano continuó entre mis piernas, tocando con los dedos los nuevos fluidos. Tragué saliva, por lo sensible que estaba, pero, al mismo tiempo, por la necesidad que volvía a nacer.

Cuando sacó la mano y se llevó los dedos a la boca, la respiración se me entrecortó y me faltó. Me excitó más. Me puso más caliente ver cómo lamía sus dedos, uno por uno, y los succionaba sin apartar los ojos de los míos.

Cuando terminó, antes de que él hiciera algo más, me adelanté para hacer lo que deseaba. No me lo pensé cuando agarré el bajo de su camiseta y tiré de ella hacia arriba.

Ander me ayudó levantando los brazos, hasta que se la saqué. La lancé a un lado, seguramente cayó al suelo, pero no me molesté en mirar.

Mi vista estaba demasiado entretenida viendo el pecho y los brazos del hombre que tenía muy cerca. Coloqué las manos en su pecho y empecé a moverlas, acariciándolo en el proceso.

Sus labios se entreabrieron y de su garganta salió un pequeño gruñido, cuando mis labios y dientes atraparon uno de sus pezones. Jadeó mientras jugaba con esa punta dura y sensible. De un pezón pasé al otro, y después comencé a hacer un recorrido de besos por varias partes de su piel.

Ander volvió a meter la mano entre mi pelo y de esa manera me agarró, pero no ejerció fuerza. Siguió dejándome hacer a mí y fue lo que hice, deleitándome con cada parte que descubría.

Tenía un cuerpo definido y perfecto.

Sin dejar de besarlo, en ese momento por el cuello, llevé las manos al botón de su pantalón y lo desabroché sin perder tiempo.

Ander se tensó y más rígido se puso cuando le abrí el pantalón y le agarré el miembro por encima del bóxer. Se lo apreté, provocando que él me diera un ligero tirón del pelo.

Me encantó la sensación que provocó en mí. Mi centro de placer volvía a estar palpitando por el deseo.

Me manera precipitada, le bajé el bóxer lo suficiente para liberar su miembro. Me aparté de él un poco, para bajar la mirada y ver esa parte de su cuerpo tan caliente, tensa y suave.

Volví a rodearle la erección, esta vez sin barreras, tocando su piel. Ander se inclinó hacia delante para apoyar las manos en el borde de la encimera, a ambos lados de mi cuerpo.

—Continúa —me pidió con la voz ronca—. Porque dentro de muy poco te quiero en mi cama, desnuda y preparada para mí.

Sus palabras me hicieron jadear.

Como sabía que sería de esa manera, me apresuré a disfrutar de lo que tenía entre manos. Deslicé la que tenía agarrándole el miembro, subiendo y bajando hasta el final, muy despacio.

Ander apretó la mandíbula y noté como sus músculos se contraían, al apretar las manos en el filo de la encimera.

Entre deslizamientos y caricias en el glande, lo torturé un poco descubriéndolo.

Y de nuevo actué como me pedía el cuerpo, cuando sin soltarlo, lo empujé un poco para que diera un paso atrás.

Lo dio, pero no apartó las manos de la encimera, como si supiera que iba a necesitar ese apoyo.

Me puse de rodillas frente a él y busqué su mirada. En ese momento no pude definir lo que había en sus ojos, pero me dejaron sin respiración durante unos breves segundos.

Una vez recompuesta, en cierta manera, desvié toda mi atención a su miembro. Con la mano, lo dirigí a mi boca.

Ander gruño y soltó un jadeo, cuando pasé la lengua por el glande. Introduje un poco de la punta en la en la abertura pequeña y echó la cadera hacia mí.

Busqué su mirada de nuevo y de esa manera, sin apartar el contacto visual, me introduje lentamente su miembro en la boca.

Él gimió cuando me quedé llena por completo, una vez llegó todo al fondo que pude meterlo.

Con una mano continuó sujetándose a la encimera, pero con la otra me agarró del pelo y me movió la cabeza.

En esta ocasión fui yo la que gemí, mientras él llevaba todo el control de la situación. Movió mi cabeza a su antojo, metiendo y sacando su miembro cada vez más rápido.

Lo agarré del trasero, para pegarlo más a mí cada vez que me llenaba la boca. Y cuando me perdí en la neblina del placer, porque me sentía a punto de correrme sin que me hubiera tocado, Ander tomó un ritmo frenético en cada empuje.

Pero todo terminó muy rápido, ya que se apartó de golpe dando varios pasos hacia atrás.

—No te levantes —me pidió con la voz irreconocible.

No lo hice. Me quedé de rodillas frente a él, con el pantalón abierto y la braga mal colocada. Aun así, no se me veía nada fuera de lugar. En cambio, a Ander solo le faltaba terminar de quitarse el pantalón y el bóxer que se les había deslizado hacia abajo.

Fue lo que hizo. Como si me leyera la mente, de varios tirones se deshizo de toda la ropa y se quedó desnudo delante de mí.

Si miembro húmedo por mi saliva y sus fluidos, brilló como si estuviera llamándome.

Mientras yo admiraba al hombre que tenía delante, él se dedicó a observarme tal y como estaba. Sus ojos se oscurecieron.

Capítulo 37



Ander

Después de grabarme su imagen en la memoria, me acerqué a Eimy y le ofrecí una mano para levantarse.

Cuando estuvo de pie frente a mí, la agarré de cada nalga y junté nuestros cuerpos. Mi miembro quedó aprisionado entre nosotros.

—Hora de cambiar de sitio —le dije.

Eimy asintió y yo sonreí de medio lado.

Hice más fuerza en sus nalgas y la subí para que me rodeó la cintura con las piernas. Con los brazos se sujetó de mi cuello.

Rozándole los labios y pasando la punta de la lengua por ellos, comencé a caminar. Salimos de la cocina, dejando las pruebas de lo que había sucedido dentro, por mi ropa.

Recorrí el salón y fui directo a la escalera. Eimy no prestó atención a las zonas nuevas por las que pasamos, como las escaleras y la planta superior. Hice todo el camino mordisqueándome los labios y saliendo al encuentro de mi lengua.

Yo estaba encantado por conseguir despistarla tanto que no supiera ni dónde se encontraba.

Una vez llegué arriba, me dirigí a mi habitación. Abrí la puerta y la cerré con el pie. No me paré hasta que tuve delante la cama.

Subí a Eimy sobre ella y se agarró de mis hombros, para no tambalearse al principio.

Cuando la tuve como quería, de pie en la cama, no perdí más tiempo para quitar capa por capa toda la ropa que me impedía verla desnuda.

Le bajé el pantalón y se lo saqué por los pies. Le toqué la braga entre las piernas, por encima, para comprobar con satisfacción que la tenía muy mojada.

Busqué su mirada, sonriendo de medio lado.

Metí un dedo por cada lado de la goma y tiré de esa prenda minúscula de tela. Hice exactamente lo mismo que con su pantalón, la braga terminó por algún lado de la habitación.

—Abre las piernas —le pedí.

Eimy lo hizo al instante, a pesar de la vergüenza que sentía. Me hizo gracia que se ruborizara a estas alturas, pero, por otra parte, comprendía perfectamente que fuera en este instante en el que se sentía vulnerable por su desnudez.

Dirigí la mano a su sexo y se agarró con más fuerza a mis hombros. Deslicé los dedos arrastrando sus fluidos, empapándome los dedos con ellos. Volví a adentrarme en su calor, para tantear cómo estaba la situación.

—Estás más que preparada —le dije.

—Sí —me confirmó con un jadeo.

—Agárrate fuerte y no te muevas.

—¿Qué…?

No esperé a darle una explicación. Al menos con palabras, porque con la lengua le quedó clarísimo a qué me había referido.

Le separé los labios vaginales y me agaché lo suficiente para poder tocar con la lengua su clítoris.

Gimió echando la cadera hacía mí, con necesidad.

Para darle bien lo que quería, me aparté y pasé un brazo por detrás de su espalda. Con el otro le doblé las rodillas.

Contuvo la respiración cuando su cuerpo se fue hacia atrás, pero yo guie su caída. Se quedó tumbada bocarriba en la cama y me subí de rodillas por sus pies.

Le abrí las piernas y me quedé entre ellas, viendo su sexo expuesto y brillante por primera vez.

Me eché hacia delante, hasta que apoyé las manos a los lados de su cadera. Busqué su mirada. Era la viva imagen del deseo y el placer.

Tenía el pelo revuelto, las pupilas dilatadas, los ojos más brillantes de lo normal, las mejillas sonrojadas y los labios entreabiertos, rojos y un poco hinchados por nuestros besos.

—Quítate el resto de la ropa —le pedí.

La quería desnuda, como tantas veces había imaginado en mi mente. Aunque la realidad estaba superando a la ficción. Todo lo que había visto y probado hasta ahora no podía compararse a nada.

Eimy se quitó la camiseta. Se quedó en sujetador, pero este desapareció rápido cuando curvó la espalda hacia arriba y dirigió sus manos hacia atrás. Se desabrochó la prenda de ropa y lanzó en sujetador a un lado, quedándose completamente desnuda para mí.

Apreté la mandíbula y no pude contenerme para agarrarle un pecho. Eimy se estremeció cuando me centré en el pezón, el que acaricié para después tirar de él con fuerza medida.

Volvió a curvar la espalda, pero por un motivo muy diferente. Ante su ofrecimiento inconsciente, me incliné y atrapé el otro pezón con la boca.

Su cuerpo se estremeció debajo del mío, mientras se lo succionaba y lo torturaba un poco. Me agarró del pelo con un tirón y me pegó más a ella. Pasé de un pecho al otro, varias veces, hasta que le dejé los pezones rosados.

Me alejé de ellos con una última pasada de la lengua, provocándole un suspiro profundo, y bajé hacia la zona que se había quedado esperándome.

—Ander… —Gimió.

Se agarró de nuevo a mi pelo, al mismo tiempo que movía la cadera hacia abajo, para sentir más presión de mi boca y mi lengua en su clítoris.

Le di lo que deseaba y necesitaba. Me la comí, tal cual. No me dejé ninguna parte ni pliegue por el que no pasé la lengua y los labios, pero centrándome siempre en su punto de máximo placer y en llenarla con la lengua y varios dedos, alternativamente.

Eimy se corrió con un grito desesperado, moviendo la cadera contra mi cara.

No la dejé recuperarse. Me levanté de la cama de un salto y fui hasta mi mesita de noche. De un cajón saqué un sobrecito que contenía un preservativo, y me lo puse mientras me acercaba de nuevo a ella.

Subido de nuevo a la cama, le levanté las piernas y se las abrí.

Bajé la mirada a su sexo, por el que deslicé la punta de la protección para que resbalara bien y sin problema. Eimy jadeó al sentirme y se agarró a la colcha con ambas manos.

Agarrándola de los gemelos, manteniéndole las piernas rectas hacia el techo, nos torturé a ambos entrando solo el glande en su interior, para después continuar con las caricias.

—No muevas las piernas —le pedí, cuando se las dejé apoyadas en mi pecho.

Ella asintió con energía, mientras se mordía el labio inferior, y entonces no esperé más. Me posicioné en su abertura y empujé con fuerza, clavándome hasta lo más hondo de su interior.

Ambos gemimos ante las sensaciones que nos recorrieron y durante unos largos segundos no me moví. Me quedé muy quieto dentro de ella, disfrutando del momento.

Hasta que no pude soportarlo más y me eché hacia atrás, deslizándome despacio, para después entrar de un empuje rápido y certero.

Ese fue el comienzo para el baile en el que los dos nos perdimos por completo.

Manteniéndole las nalgas separadas con las manos, y con la vista fija en la unión de nuestros cuerpos, viendo cómo acogía a mi miembro cada vez que la embestía y cómo salía este, cada vez más mojado, aumenté el ritmo hasta llegar a un ritmo de locura.

Los pechos de Eimy se movían por cada movimiento, sin control, al igual que lo hacía el resto de su cuerpo. Se mantenía en el sitio por el agarre en sus nalgas.

Mi habitación se llenó de jadeos, gemidos y pequeños gritos, entremezclados con gruñidos. El sonido del choque de nuestros cuerpos, por los fluidos acumulados era lo que más destacaba por encima de todo lo demás, al mismo tiempo que era lo que más nos incentivaba para ir a por más.

Eimy se corrió con fuerza, gritando mi nombre y agarrándose desesperada a la colcha. Yo continué embistiéndola, más fuerte, más duro, más rápido, aunque fuera imposible. Hasta que me corrí con gemidos de puro placer.

Después de balancearme un rato, alargando todas las sensaciones, sin salir de su interior me dejé caer a su lado, cubriendo una parte de su cuerpo con el mío.

No hablamos. Tampoco podíamos. Nuestros pechos subían y bajaban con la respiración descontrolada, la que salía de nuestros labios entreabiertos.

Durante un rato nos mantuvimos de esa manera, mientras recuperábamos el control de nuestros cuerpos y nos tranquilizábamos.

—¿Cómo estás? —le pregunté y tuve que carraspear.

—Genial —me contestó, con un suspiro.

Sonreí de medio lado.

—Me alegro.

—¿Y tú? —me devolvió la pregunta, girando la cabeza hacia mí.

Nos quedamos mirándonos a centímetros de distancia. Nuestras narices casi se tocaban.

—¿Cómo crees que estoy? Ahora mismo agotado y saciado, muy feliz.

En sus labios apareció una sonrisa preciosa.

—Yo también me alegro —dijo.

Soltamos una carcajada y nos traspasamos las vibraciones del cuerpo, al estar yo todavía dentro de ella.

—Deberíamos…

—Un poco más —le pedí.

Mi miembro todavía estaba erecto en su interior. No tanto como minutos atrás, pero sí lo suficiente para tener todavía un tiempo para poder alargar el momento.

Por ese motivo quise más. Eimy soltó un jadeo por el susto que se llevó. De un movimiento rápido la coloqué encima de mí y yo me quedé tumbado bocarriba.

Se incorporó un poco, quedándose sentada a horcajadas, y con ese nuevo movimiento gimió y yo apreté la mandíbula. La postura era la perfecta para clavarme más en ella, por completo, sin que hubiera una mínima separación entre nuestros sexos.

Cerré los ojos y entreabrí los labios, cuando rotó la cadera, balanceándose.

—Me encanta —suspiró.

Entreabrí los labios y admiré las vistas que me ofrecía.

—Tú sí que me encantas a mí —le dije con la voz ronca y tomada por el deseo, otra vez.

Parecía que iba a ser un día muy, muy largo, porque esto solo había hecho que empezar.

Tal vez Eimy no tuviera ni idea, y seguramente, ni siquiera se lo había planteado, pero yo lo sabía por ambos y con eso bastaba para calmar mi ansiedad por no tenerla.

Capítulo 38



Eimy

Ander: *Hola, preciosa.*

Ander: *Que disfrutes del día con tus amigos y tengas muy buenas compras.*

Ander: *Hablamos más tarde. Estoy deseando que me enseñes lo bien que te queda el vestido que vas a comprarte.*

Ander: *Aunque más me gustará quitártelo.*

Sonreí como una tonta leyendo los mensajes y continué de la misma manera mientras le contestaba.

Eimy: *Hola, guapo.*

Eimy: *Gracias. Estoy esperando a las chicas, ya vienen de camino. A Bruno pasaremos a buscarlo al bar.*

Eimy: *Eso espero, que pueda hacer buenas compras y termine el día satisfecha.*

Eimy: *Serás el siguiente que me vea con el vestido puesto, después de mis amigos. Aunque para quitármelo tendrás que esperar al día de la boda.*

Me mordí el labio inferior.

Dejé la conversación abierta y solté un suspiro, antes de dirigir la mirada a la puerta de la floristería. No vi la calle, me quedé con la mente en blanco y distraída, sin ver realmente nada.

Era martes, las cinco y cuarto de la tarde, para ser más exacta.

Había quedado con Taylor, Cata y Bruno para tener una tarde de tiendas con mis amigos. El objetivo era encontrar tres vestidos preciosos para nosotras y el conjunto perfecto para Bruno.

La meta era sentirnos elegantes, guapos, cómodos y que no nos dolieran mucho los bolsillos a la hora de pagar. Teníamos la esperanza de encontrar la ropa perfecta, a un precio razonable.

Sí. Al final había aceptado ir a la boda, por lo que mis amigos venían conmigo. Ya había avisado a Natalie y a Greta, ambas estaban informadas de que no había vuelta atrás.

Natalie se emocionó mucho, aunque ella no tuvo dudas en ningún momento de que la acompañaríamos en su día especial, junto a Eduardo.

Esta tarde Cata, Taylor y yo nos habíamos cogido fiesta en los trabajos. Mi madre me hacía el gran favor de quedarse a cargo de la floristería. Habíamos elegido este día porque Bruno lo tenía libre, desde la una del mediodía, y porque la boda era sábado e íbamos muy justos de tiempo.

El culpable de que pensara mucho más en lo de mi asistencia a la boda fue Ander y por ello terminé entrando en razón sobre lo de ir. El sábado que vino a buscarme a la tienda y terminamos en su casa, para comer y todo lo que vino después, comenzó a meterme la idea en la cabeza y me quitó los pensamientos negativos.

Habíamos pasado un gran fin de semana juntos, ya que no solo estuvimos la mitad del sábado sin separarnos. Ese día, el sábado, después del primer encuentro íntimo en el que terminamos en su cama, nos quedamos descansando en ella y hablando de nuestras cosas, para conocernos.

Entre confesiones, secretitos e información privada, acabamos enredados de nuevo en la cama.

La segunda sesión de sexo fue igual de impresionante que la primera. Ander me llevó al orgasmo varias veces y, una vez saciados ambos y recompuestos, entramos al baño para asearnos y bajamos a la planta inferior con Skye.

Para mi sorpresa nos la encontramos durmiendo todavía. Ander rio por la cara que puse al verla en la misma posición en el porche, sobre su cama acolchada.

Eso sí, cuando escuchó el sonido de la correa que Ander movió a propósito, se despertó de golpe y corrió a buscarlo. Salimos a dar un paseo con Skye, por las calles de la zona de lujo en la que vivían.

Me llamó la atención, ya que dentro de la propiedad sobraba espacio. Ander me explicó que le gustaba sacarla para que estuviera acostumbrada a todo. Además, me dijo que Skye era muy curiosa y le gustaba ir de un lado a otro, investigando todo lo que encontraba en su paseo.

Me di cuenta rápido, en cuanto llegamos a un espacio grande y verde en el que pudo soltarla con total libertad.

El miedo era por otros perros, porque Skye era incapaz de hacer daño intencionado. A no ser que se viera en la obligación de ello, acorralada o en modo de defensa.

Después del paseo, Ander se dio una ducha y con varias cosas en una mochila, nos fuimos los tres para mi piso. Mairi no regresó a tiempo para poder verla de nuevo.

Pasamos la noche los tres en mi piso. Skye se portó genial. Después de revisar cada estancia y quedarse con los olores, se tumbó en el salón, cerca del sofá, y ahí se quedó tranquila, acompañándonos en todo momento.

Por supuesto, Ander y yo estrenamos mi cama. Antes de quedarnos dormidos y al poco de despertarnos el domingo. Ese día lo pasamos relajados en mi piso, saliendo a pasear con Skye para que se desahogara y preparando juntos la comida.

Fue un rato de muchas risas. Ander me demostró que no era tan serio como aparentaba y que cuando se sentía a gusto, en un ambiente que controlaba a la perfección, se mostraba relajado y muy, muy cercano.

Eso no significaba que no tuviera un carácter serio y como le había dicho ya varias veces, riendo, muy mandón. También le gustaba tenerlo todo bajo control. Era muy seguro de sí mismo y con grandes dotes de liderazgo.

El domingo, Ander se fue sobre las diez de la noche de mi piso, después de cenar.

Sonreí al recordar el fin de semana tan diferente que había tenido y lo bien me había venido y sentado estar con Ander. Me sentía muy distinta.

Un sonido me hizo mirar a hacia la derecha y sonreí al ver a mi madre caminando hacia mí.

Había ido a la cámara de refrigeración a por unas flores y venía con ellas y con una gran sonrisa.

—¿Ya has dejado de hablar con tu amorcito? —me preguntó.

—¿Qué dices?

Solté una carcajada.

Colocó las flores en el mostrador y se giró hacia mí, señalando con un gesto de la cabeza mi móvil.

—Antes de dejarte sola me has dicho que te había escrito Ander —dijo, con una sonrisa pícara.

Las personas importantes de mi vida, mi familia y amigos, sabían lo ocurrido con Ander. A mis amigos tuve que contenerlos porque esperaban que les contara cómo me fue el sábado con él, pero tuve que retrasarlo porque continué con Ander.

El domingo por la noche les hice una videollamada, después de que Ander se fuera, y entonces les conté el fin de semana que había vivido. No me dejé ningún detalle, sin entrar en los íntimos, y les dije que el sábado siguiente nos íbamos de boda.

Todos se ilusionaron, tanto por lo de Ander como por asistir a una boda tan especial y diferente. En ese momento supe que había hecho bien al aceptar ir. Sobre el regalo… no sabía qué iba a hacer. Iba a cobrar por el trabajo de la boda, por lo que todavía debía pensar en algo.

Lo mismo les decía a mis amigos de comprarle algún conjunto de collar, pendientes y pulsera, o algo así, aunque tuviera muchos. Haciendo un regalo conjunto podíamos dividir el gasto. Aún debía pensarlo bien, porque, por otro lado, me sabía muy mal regalarle a Natalie y a Eduardo no.

Tenía la cabeza hecha un lío con eso, pero paso a paso. Lo importante esta tarde era ir en buscar de un vestido para la boda y hablar con mis amigos sobre qué podíamos regalarle a la pareja.

Y, por supuesto, mis padres también estaban al tanto de todo lo de Ander. De ahí las palabras de mi madre, la que estaba muy feliz por mí. Por la noticia inesperada, porque había decidido ir a la boda, pero, sobre todo, porque no iba a renunciar al dinero del trabajo de esta.

—Me ha escrito y le he contestado, pero debe estar ocupado porque no ha leído todavía mis mensajes —le dije sonriendo.

—Cómo me alegro de verte así, cariño.

Me agarró la cara con las manos y me dio un beso en la frente.

—Sé que Ander va a marcar la diferencia de todos los intentos de relación que has tenido, hija. Ander es un hombre formal, de los pies a la cabeza.

—No sé si será así, mamá, pero está claro que es muy diferente a los hombres que se han acercado a mí en el pasado —suspiré.

—Disfruta mi niña.

Me abrazó y de esa manera nos pillaron Cata y Taylor. Golpearon la puerta de la floristería y mi madre y yo las vimos por la puerta de cristal.

Me despedí de ella, diciéndole y repitiéndole que me llamara para cualquier cosa que necesitara, y me acompañó hasta la puerta.

Mis amigas y mi madre se saludaron, antes de irnos caminando hacia la plaza del mercado. En esa zona estaba el bar donde nos esperaba Bruno, en el que trabajaba, y todas las tiendas de ropa a las que necesitábamos ir.

—A ver si tenemos el día animado y encontramos lo que buscamos —dijo animada Cata.

—Esperamos que sí porque no tenemos mucho tiempo —comentó Taylor.

—¿Qué tal os ha ido el día? —les pregunté, cruzando una calle.

—Ahora os suelto una bomba —rio Cata.

Taylor y yo la miramos con curiosidad, pero nos dijo que cuando estuviéramos con Bruno.

Taylor la agarró de un brazo, yo del otro, y así tiramos de ella casi poniéndonos a correr, para llegar rápido y saber qué bomba tenía que contarnos.

Llegamos a la terraza del bar riendo, donde Bruno estaba con un compañero hablando. Se despidió de él hasta el día siguiente y empezamos a caminar por las calles peatonales.

—Cuéntalo ya —le pidió Taylor a Cata.

La última rio, encantada. Debía ser algo muy bueno.

—¿El qué? —preguntó Bruno.

—Espera —le dije, agarrándome de su brazo.

Mi amigo me miró con diversión y yo le hice un guiño.

—Mañana es mi último día en la empresa. Por fin me largo y será a primera hora. Voy a madrugar para cumplir con la entrada a la empresa y cuando esté en ella y me haya hecho un café con leche, sin haberme quitado nada de encima para irme rápido, iré al área de dirección y diré bien alto que desaparezco para siempre.

—¡Oleee…! —Aplaudió Taylor y todos reímos.

—Estupendo, cariño —le dije.

—Disfrútalo, preciosa —le pidió Bruno.

—Y tanto que voy a disfrutarlo porque, ¿sabéis que es lo mejor? Que mañana a las nueve viene a una reunión uno de los clientes más importantes de la empresa y siempre ha tratado conmigo. No quiere a nadie más, me lo ha dejado claro varias veces. Así que se van a ver con la sorpresa y sin saber qué hacer —rio.

—¿Y el cliente? —pregunté.

—Ya he hablado con él —sonrió de medio lado—. Le he dicho lo que iba a hacer e igualmente, se presentará en la empresa para liarla un poco más. Me ha dicho que iba a hacerlo por mí y sé que es sincero. Ya hemos quedado en hablar porque continuaremos haciendo negocios en la nueva empresa. Encima llego a la nueva empresa con un cliente fuerte —contó emocionada.

Todos nos alegramos mucho por ella. Nos paramos en medio de la calle peatonal y nos dimos un abrazo en grupo. Terminamos riendo al notar que muchos nos miraban, lo que nos dio exactamente igual.

—Entonces empiezas pronto en la otra empresa, ¿no? —le preguntó Bruno.

—Sí. El lunes que viene. Tenía la intención de esperar hasta el último día para irme, pero qué leches. Con esto de la boda voy a tener unos días libres, antes.

—Bien hecho —le dije con un guiño.

—El viernes voy a una reunión en la empresa nueva, para comenzar a tope el lunes.

—Guay —dijo animada Taylor.

—Yo he hablado varias veces con Lewis, por mensaje —soltó Bruno.

Las tres giramos rápido las cabezas hacia él y Bruno soltó una carcajada por nuestra reacción.

—¿Y qué? —preguntó con impaciencia Cata.

—Muy bien, la verdad —contestó con una sonrisa ladeada—. Todas las veces que le he escrito ha sido para hablarle de lo del buceo. La verdad es que hemos estado bastante tiempo al móvil —rio.

—¿Y cómo lo has sentido? —le pregunté.

—No os sabría decir. Sin tenerlo delante y ver sus gestos y expresiones es complicado.

—Este sábado tienes otra oportunidad —le recordé.

—Lo sé. Sueño con eso. Tenéis que vestirme bien guapo y atractivo.

Reímos.

—Tú ya eres muy guapo y atractivo —le dije.

Me pasó el brazo por los hombros y me dio un beso en la cabeza.

—Así que tu interés sigue adelante —comentó Taylor, con una sonrisa pícara.

—Más que el primer día, así que imaginaros… —Carraspeó.

—¡Ay, que me emociono! —gritó Cata y volvimos a reír.

—Oye, debemos pensar en un regalo para la pareja —les dije.

—Es verdad —habló Taylor, pensativa.

Enseguida apareció una sonrisa en sus labios y los tres la miramos con interés.

—Dejádmelo a mí. Creo que tengo el regalo perfecto para ellos y será uno hecho con mucho amor.

—Vas a pintarles un cuadro —dije y acerté.

—Uno impresionante —afirmó Taylor.

—¿En el que llevas trabajando un año? —le preguntó Bruno.

—Exacto —rio Taylor—. Estoy a punto de terminarlo y qué mejor que hacerlo para la boda.

—Dios, es estupendo. ¡Van a flipar! —exclamé emocionada.

Taylor tenía un talento oculto que no dejaba ver mucho, y era el arte que corría por sus venas.

Capítulo 39



Me senté en la cama y sonreí viendo a mis amigas.

Era sábado, las diez y media de la mañana, y estábamos en mi habitación.

La semana había pasado muy rápida, casi no nos habíamos dado cuenta. Estábamos en mi piso porque de todos nuestros pisos, incluido el de Bruno que estaba en el baño del pasillo, el mío era el que quedaba más cerca de la iglesia.

El día de la boda de Natalie y Eduardo había llegado, por fin. Faltaba pocas horas para verlos en el altar. Yo ya había estado en la iglesia y en la mansión de Logan y Leslie, los padres de Ander y Natalie.

A las siete y media de la mañana salí de mi piso para comprobar que todos los arreglos florales estaban tan perfectos como los dejé el día anterior, y cargando con el cuadro que sería el regalo de mis amigos y el mío para los recién casados.

Dejé el cuadro en la mansión y los padres de Natalie y Ander quedaron impresionados. Me dijeron que era perfecto.

Leslie, la madre, me había ayudó y acompañó por la vivienda, revisando cada estancia y espacio. Después, al terminar de comprobar las últimas decoraciones, Leslie me invitó a desayunar y me senté a la mesa con ella y con su marido Logan.

Me hicieron sentir en todo momento muy a gusto y cómoda, y por fin, pude tener una conversación tranquila con ambos.

El día anterior, el viernes, estuve muy liada con los últimos detalles de los arreglos florales, haciendo viajes con una furgoneta que alquilé para transportarlo todo a la mansión de los padres de Natalie y Ander, y colocando las decoraciones en su lugar.

Terminé agotada, a pesar de la ayuda que me ofrecieron mi madre, Bruno, quién pidió la tarde libre en el bar para no dejarme sola, Cata, que ya no trabajaba porque se fue a lo grande de la empresa en la que la trataron muy mal, y Lewis, Quinn y Ander, quienes se unieron para que todo quedara perfecto para la boda.

Fueron muchas manos las que colaboraron, pero aun así todavía me sentía cansada porque no paré ni instante. Y si le sumaba la noche que había pasado, la que me costó un montón dormirme y me cagué en todo al escuchar el despertador esta mañana, para ir a hacer la última comprobación de las decoraciones…

Mientras estaba en mi cama intentando dormir, dando vueltas de un lado a otro, me arrepentí muchas veces de haberle dicho a Ander que era mejor que cada uno durmiéramos en nuestra casa. Fui tonta. ¡Ni que fuéramos a casarnos nosotros!

En fin, que quise estar sola en mi cama, pensando que me dormiría pronto por lo cansada que terminé anoche, y al final hubiera sido mejor que Ander me cansara un poco más y cerrar los ojos abrazada a él.

La tarde que salí con mis amigos a mirar tiendas, en busca de la ropa para este día, Bruno fue el primero en tener suerte. Se compró un traje muy bonito, moderno y con mucha clase. La chica que le atendió se quedó encantada con él. La camisa también se la compró, para que fuese en la misma línea.

Después fue el turno de Cata, la seguí yo y, la última en conseguir su vestido fue Taylor. Las tres encontramos lo que buscábamos, pero lo más importante era que los vestidos encajaron en nuestros cuerpos a la perfección.

Esta mañana, en cuanto avisé a mis amigos de que ya estaba en el piso, vinieron con todas sus cosas para prepararnos y vestirnos todos juntos. Eso estábamos haciendo. Bruno había ido al baño del pasillo para afeitarse y arreglarse el pelo, para dejarnos el baño de mi habitación para nosotras.

Su traje y la camisa estaban colgados de la puerta, de una percha, mientras que los vestidos de Taylor, Cata y el mío los teníamos extendidos en mi cama. Cada una estábamos junto al suyo, donde también teníamos todos los complementos que íbamos a ponernos. Los zapatos de tacón estaban en el suelo, preparados también.

Taylor, que ya se había maquillado, fue la primera en colocarse su vestido.

—Estás preciosa —le dije, sonriendo.

—Me siento como una diosa —comentó, riendo.

—Nena, no es para menos. —Silbó Cata.

—Venga, poneros los vuestros que vais a estar igual que yo —nos pidió Taylor, emocionada.

—¿Vas a maquillarte primero? —le pregunté a Cata.

—Espera, quiero contaros algo —dijo, cuando Bruno entró en la habitación.

Él también silbó al ver a Taylor, haciéndola reír cuando la agarró de una mano y la hizo girar.

—¿De qué se trata? —le pregunté.

—Me lo he callado hasta estar más o menos arregladas. Por el impacto y esas cosas —dijo Cata.

Arqueé las cejas.

—¿Qué dices? —habló Taylor.

—Ya puedes empezar —le pidió Bruno.

Él se quitó la ropa, quedándose solo con el bóxer, y fue a descolgar las perchas de la puerta.

—Os acordáis de que ayer por la mañana fui a la nueva empresa. Tenía una reunión, antes de comenzar el lunes en mi puesto de trabajo.

—Es verdad —dije sorprendida—. Joder, con todo lo de los arreglos florales y el lío que tenía en la cabeza ni me acordé de que fuiste.

—No pasa nada —me sonrió con cariño—. Bastante tuviste ayer como para acordarte. Yo también podría haberte dicho algo, estuvimos toda la tarde juntas para ayudarte a llevarlo todo y a colocarlo en la mansión.

—Yo te pregunté y me dijiste que había ido muy bien —comentó Taylor.

—Y fue así —sonrió Cata—. Más bien de lo que pensaba. Espero —rio, mirándome a mí.

—¿Qué pasa?

—Que me llevé una grandísima sorpresa cuando entré en la sala de reuniones y me encontré con varios altos cargos.

—¿Por qué? —Quiso saber Bruno.

—Porque el principal, el más importante de la empresa, el jefe supremo, estaba sentado a la cabecera de la mesa y no era otro que Ander.

—¿Qué? —chillé.

—¡Madre mía! —exclamó Taylor y después soltó una carcajada, nerviosa.

—Lo que habéis oído —suspiró Cata—. Cuando nos vimos, nos quedamos los dos… —rio—. Ander tampoco esperaba verme. En ninguna de la documentación que tienen de mí en la nueva empresa aparece una foto mía, por lo que era imposible que él me pusiera cara. Además, todas las veces que estuve en la empresa me reuní con personas diferentes.

—¿Por qué no me dijo nada ayer? —pregunté, con el ceño fruncido.

—Por mí —me aclaró Cata—. Le pedí que no lo hiciera porque quería darte la sorpresa yo —sonrió—. ¿Qué os parece? Ander es mi nuevo jefe y algo me dice a mí que vamos a llevarnos muy bien.

—Joder, qué puñetera casualidad —habló Bruno.

Taylor y Cata rieron. Yo me había quedado digiriendo la información, todavía sentada en la cama y en ropa interior.

—Me parece increíble —dije.

—Y tanto que lo es. Por cierto, la reunión salió perfecta. Terminé muy satisfecha y creo que los demás también. Como te dije —se dirigió a Taylor, quien asintió sonriendo.

—¿Os habéis dado cuenta de que, si Eimy se casa con Ander, ella también será tu jefa? —nos preguntó Bruno, mirando solo a Cata.

Las tres lo miramos sorprendidas, como si no hubiéramos pensado en esa posibilidad, y al cabo de unos segundos soltamos una fuerte carcajada. La realidad era que pensar en algo así era apostar muy alto. Yo prefería vivir el día a día, porque nunca se sabía qué depararía la vida.

—Anda, vamos a terminar para salir con tiempo. No quiero ir a la iglesia con prisas —dije.

Todos nos pusimos a ello. Taylor terminó de arreglarse colocándose todos los complementos y calzándose, y los demás comenzamos de cero. Cata y yo primero nos maquillamos, después hicimos el resto.

—Si digo que estáis espectaculares se queda corto —nos dijo Bruno, mirándonos con cariño y admiración.

—No me hagáis llorar, ¿eh? —nos pidió Cata y apretó los labios, para contener la emoción.

—Los cuatros estamos divinos —dijo Taylor.

A continuación, se retiró la humedad de los ojos con cuidado, por el maquillaje.

—Vamos a arrasar —rio Bruno.

—Tú solo quieres arrasar a uno en particular —se unió a sus risas Taylor.

—¿Sinceramente? Me da miedo ver a Lewis hoy.

—¿Qué dices? ¿Por qué? —le pregunté sorprendida—. ¿Ha pasado algo malo entre vosotros?

—Qué va. Todo va genial. Ya lo viste ayer, mientras te ayudábamos.

Asentí.

—¿Entonces?

—Joder, es que si me gustó vestido normal, como lo vea hoy arreglado tengo miedo de lo que pueda sentir —nos aclaró.

Le sonreí con cariño.

—Piensa que él puede sentirse igual que tú, cuando te vea —le dije.

—Todavía no tengo ni idea de si estoy cometiendo un error —habló pensativo.

—Eh, no es momento de esas dudas y miedos, ¿vale? —le pedí—. Relájate, solo estás nervioso por verlo.

—Lo que no tardará en suceder —comentó Cata, mirando la hora en el bolso—. ¿Nos vamos ya?

Respondimos que sí y terminamos rápido con lo que nos faltaba, para salir de mi piso y bajar al coche de Bruno para ir a la iglesia.

El trayecto lo hicimos en unos veinte minutos y como íbamos con antelación encontramos aparcamiento bastante rápido.

—A mitad del banquete me habré deshecho de estos zapatos —dijo Taylor, con un bufido.

—Si no has andado casi con ellos… —comentó divertido Bruno.

—Pues ya he tenido más que suficiente —suspiró Taylor.

—Te entiendo amiga, yo estoy igual. Son muy altos —habló Cata, haciendo un puchero.

—¿Cómo los llevas tú? —me preguntó Bruno.

—Bien por ahora, sorprendentemente —reí.

—Joder, ¡qué suerte! —se quejó Cata y rio también.

—Qué bonita es esta iglesia —dijo Taylor, cambiando de tema.

La iglesia se hizo visible y era bien cierto lo que acababa de decir mi amiga. La fachada era preciosa, así como toda la construcción.

Conforme nos acercábamos, nos sorprendió ver a tanta gente fuera, cuando pensábamos que seríamos de los primeros.

—La virgen, ¡a que me pierdo con tantas personas! —jadeó Cata.

Su comentario nos hizo reír y como siempre, eso fue lo que nos tranquilizó.

—Vamos a estar buscando a Ander y a los demás un rato —dije a modo de queja.

—Yo ya he visto a Lewis, por lo que, a Ander, a Leo y a Quinn también ——nos confirmó Bruno y los miramos con asombro—. ¿Qué? Están justo en la puerta de la iglesia.

Se encogió de hombros.

—Qué control chico —habló con diversión Taylor—. Hoy no se te escapa Lewis. Te lo digo yo.

Bruno negó con la cabeza, pero sonriendo.

Caminamos entre la gente, haciéndonos un camino hasta ellos. Conseguimos llegar rápido y en cuanto los ojos de Ander se cruzaron con los míos, dejó de hablarle a la mujer que estaba agarrada de su brazo.

Fruncí ligeramente el ceño, al verlos.

—No me has avisado de que no estaban solos —le susurré a Bruno.

—Es que a ella no la he visto hasta ahora —se disculpó mi amigo—. Tranquila, será un familiar.

—Claro —sonreí tensa.

—No te preocupes, cariño —me dijo Cata.

Tanto Ander, como todos los que estaban con él, no apartaron la vista de mis amigos y de mí conforme nos acercábamos. La única que nos ignoró fue la mujer rubia, ya que no nos conocía.

—Hola —saludó Bruno.

—Hola —le correspondió Lewis.

Después llegaron el resto de los saludos y mis amigos fueron acercándose a los demás.

—Estás… impresionante —me dijo Ander, con la voz ronca.

—Gracias.

Me sonrojé un poco.

Miré a la mujer a la cara y después bajé la mirada hacia sus brazos enlazados. Ella me observaba con altivez y las cejas elevadas.

—Ella es Bonnie, la hija de una amiga de mi madre —la presentó Ander.

Al hacerlo se soltó de su agarre, lo que pareció molestar a la tal Bonnie. Esta vez fui yo la que elevé las cejas, para que pillara el mensaje.

No me lo pensé cuando acorté la distancia con Ander y lo agarré de la nuca. Le di un beso atrevido e intenso, y por la reacción de él, que me correspondió al instante de la misma manera, le encantó que lo hiciera.

Cuando nos separamos, sonrió de medio lado y sin dejar de mirarme a tan corta distancia…

—Te sientan muy bien los celos —me dijo con un guiño.

Sintiendo mucho calor en las mejillas, le di un pequeño golpe en el pecho. Ander soltó una carcajada y yo terminé sonriendo, porque era imposible no hacerlo cuando estaba así de juguetón y divertido.

Capítulo 40



—¿Y esa quién es? —me preguntó Cata.

Yo solté un bufido, antes de contestarle.

—Ni idea. Otra que va detrás de él.

Soné molesta, porque lo estaba. ¡Qué narices!

—Joder, pero ¿cuántas tías persiguen a Ander? —preguntó sorprendida.

—Pues está claro que muchas —suspiré—. Si lo llego a saber no dudo en si venir o no.

—No digas eso —me pidió Bruno—. Él no tiene la culpa de todas las mujeres que se han acercado a él en la iglesia y ahora aquí. Además, estamos aquí por Natalie y Eduardo —me recordó.

—Tienes razón —acepté, haciendo un puchero—. Es que me jode mucho ver como revolotean alrededor de Ander, esperando el momento perfecto para pegarse a él. Desde que hemos llegado a la mansión de sus padres no he podido estar con él más de unos pocos minutos.

—Está con su padre, pasando de un invitado a otro.

—Joder, pues con los que hay, como tenga que hablar con todos… —dijo Cata.

Nos miramos y reímos.

—Chicos —nos llamó Greta y le sonreímos.

Venía hacia nosotros con Lewis y Leo. Quinn y Taylor habían vuelto a desaparecer a la primera oportunidad que habían tenido.

Todavía tenían tiempo, ya que estábamos esperando a los novios. Natalie y Eduardo habían ido a hacerse unas cuantas fotografías a una zona en concreto, pero llegarían pronto porque la mayoría de las fotos se las harían por los jardines de aquí, de la propiedad de los padres de Natalie.

La ceremonia en la iglesia había sido preciosa y emotiva. La novia apareció del brazo de su padre increíble. Natalie estaba espectacular, aunque Eduardo no se quedaba atrás. Hacían una pareja maravillosa y lo eran.

La ceremonia había pasado rápida y cuando nos dimos cuenta los novios estaban besándose.

Todo había salido perfecto y para mi orgullo, escuché muchos comentarios de lo bonitos que eran los arreglos florales. Saqué varias fotografías para enseñárselas a mi madre, al igual que hice de cada estancia y espacio decorado de la mansión.

Esto último fue cuando vine temprano a la mansión, para asegurarme de que todo seguía tal y como lo dejé la tarde anterior.

Todavía no habíamos podido acercarnos a los novios para darles la enhorabuena. Con todas las personas que había, cuando salieron de la iglesia y les lanzamos pétalos de rosas y arroz, fue imposible llegar hasta ellos.

Greta había estado liada, controlando que todo saliera bien. Por lo visto ahora podía tomarse un descanso.

—Aquí —Leo llamó la atención de un camarero.

Lo hizo en cuanto llegaron frente a nosotros.

El hombre se acercó cargando con una bandeja y todos cogimos una copa de vino. Se lo agradecimos y se fue.

—¿Cómo lo estáis viviendo? —nos preguntó Greta.

—Está siendo un día inolvidable —le contesté yo.

—Sí, y todavía queda mucho por delante —comentó Bruno.

—No ha hecho nada más que empezar —dijo Lewis.

Se puso al lado de Bruno, como quien no quiere la cosa, y se apoyó en el saliente de un ventanal. Igual que estaba Bruno.

Mi amigo se esforzó por no mirarlo. Lo supe. Lo noté. Ya nos había contado el impacto que le provocó ver a Lewis.

—Oye, ¿y Ander va a estar todo el banquete así? —preguntó Cata.

Miré de reojo a mi amiga, agradecida porque sacara el tema. Yo no quería parecer una caprichosa, porque no lo era, pero la situación me estaba sobrepasando un poquito.

—Son compromisos de él y de su padre —contestó Leo—. Pero ya veréis como se los quitan rápido de encima.

—¿Y a todas las tías que van detrás de él?

Se me escapó la pregunta y Greta me miró con diversión, pero también con comprensión. Cata me dio un codazo muy ligero y Bruno sonrió de medio lado. A Leo y a Lewis no quise mirarlos para no sentir más vergüenza.

A las alturas que estábamos todos las personas cercanas a Ander sabían lo que había pasado entre nosotros, incluso sus padres.

—Es lo normal en Ander. Tendrás que acostumbrarte —me dijo Greta.

—¿Yo? Es cosa suya —le quité importancia.

—Exacto, y por eso no intercambia más de una palabra con esas mujeres a las que te has referido. Se para lo justo con ellas, para no ser descortés. Hasta ahí llega —contó Lewis.

—Sé que él no tiene la culpa —susurré.

—No dejes de confiar nunca en él, Eimy —me pidió Lewis—. La vista puede jugar malas pasadas, pero la realidad puede ser otra totalmente diferente.

—Gracias —le sonreí y él me imitó.

—¡Eso significa que han llegado los novios! —exclamó Cata, cuando escuchamos el claxon de un coche.

Sonreímos y nos dirigimos a la entrada de la vivienda, hasta donde llegaba el camino asfaltado.

Así era, el coche apareció circulando muy despacio y todo nuestro grupo de amigos reímos cuando Natalie asomó medio cuerpo por la ventanilla de la parte de atrás.

A nuestras risas se unieron muchas más, por la escena. Los recién casados se besaron en cuanto se bajaron del coche. Se ganaron silbidos y vítores.

Natalie y Eduardo nos saludaron desde la distancia, cuando nos localizaron entre tanta gente. Con un gesto de Eduardo entendimos que nos pedía un poco más de tiempo, antes de que pudieran reunirse con nosotros.

Mientras los camareros pasaban con bandejas con canapés y bebidas, la pareja fue a hacerse las últimas fotografías. Los esperamos disfrutando.

Taylor y Quinn se unieron a nosotros, por lo que el único que faltó fue Ander. Él continuó liado con su padre e incluso con su madre, en algún momento.

La música sonaba por los altavoces que habían colocado por la fachada de la casa y sobre la hierba, y el ambiente mejor no podía ser.

Cuando los recién casados se sumaron, estuvimos un rato más, antes de ir hacia las mesas para sentarnos a comer el menú.

Había varios equipos completos de cocina utilizando la cocina de Leslie, la madre de Natalie y Ander. Greta nos dijo que nos iba a sorprender toda la comida, aparte de que estaría deliciosa.

Nos dejó con la intriga. Greta se iba y venía, para seguir encargándose de que todo iba bien.

—Un momento de atención, por favor.

Todos nos sorprendimos al escuchar a Ander. Su voz sonó alta y fuerte, a través de los altavoces.

Cuando lo localizamos lo vimos con un micrófono en la mano, cerca de los labios. Todos se centraron en él. La música dejó de sonar y las voces se acallaron.

—Gracias —volvió a hablar—. Con el permiso de mi hermana y mi cuñado, que lo tengo de sobra, quiero decir unas palabras.

Muchos de los presentes aplaudieron.

—Primero de todo, quiero felicitar y dar la enhorabuena en público a Natalie y a Eduardo. Sabéis lo que os quiero, por lo que sobran las palabras. Os deseo toda la felicidad del universo y que siempre encontréis dentro de vosotros la fuerza para continuar queriéndoos.

Más aplausos y algún «viva los novios».

Yo sonreí emocionada.

—Os prometo que acabaré rápido. No voy a robar mucho protagonismo.

La gente rio.

—Hoy, aparte de por todo lo evidente, es un día muy especial para mí porque está aquí la mujer que me ha robado el corazón.

Enseguida se escucharon algunos murmullos y aplausos. También algún que otro jadeo. Esos debieron venir de algunas que perdieron el conocimiento ante tal descubrimiento.

—Joder —dijo con un pequeño chillido Cata.

Yo la miré agrandando los ojos, y después volví a prestarle atención a Ander. Tragué saliva con dificultad.

—Un día cualquiera me dio por entrar en una floristería que hacía pocos días que había abierto. Yo siempre pasaba por esa zona con el coche, por lo que la tenía muy controlada. Sé rápido en cuanto cambia algo.

Se oyeron risas.

—En esa floristería estaba ella. No, ella era la dueña de la floristería. Resulta que en cuanto la vi algo hizo clic en mí. Llamadlo flechazo o amor a primera vista, da igual. El caso es que me quedé embobado observando cómo atendía a un cliente y cuando fue mi turno, costándome hablar por primera vez en mi vida, le pedí un ramo de rosas rojas. Ese fue mi primer pedido, pensando en ella.

Me rodeé la cintura con los brazos y agradecí que Bruno me sujetara, pegándome a él.

—Después de ese ramo vinieron muchos más, porque no podía dejar de ir para verla. Cada semana varias veces. Aparte de que tuve la necesidad de que su negocio prosperara. Debido a ello, como sé muy bien lo que es comenzar desde cero y lo que conlleva, aparte de ser un muy buen cliente fijo, me encargué de hacerle una publicidad muy especial y de hacer correr la voz sobre la floristería y la profesionalidad de su dueña.

Jadeé, tapándome la boca con las manos.

—Lo siguiente que hice fue hablarle a mi hermana de ella y decirle lo que me había pasado. Natalie no dudó en pedirle a Greta, su mejor amiga y la organizadora de esta boda increíble, que la contratara para este día. Fue como sabía que sucedería, porque esa mujer tan especial habla a través de las flores y transmite muchísimo con ellas.

Greta le lanzó un beso a Ander y él le hizo un guiño, con la gran confianza que se tenían.

Yo no pude reaccionar a nada.

—Solo quería que todos supierais que llevo meses enamorado de una mujer increíble y que desde hace muy poco, por fin estamos juntos.

Esas palabras provocaron muchos silbidos y aplausos.

—Ella es Eimy y ya que estamos, si alguna vez necesitáis un gran trabajo con flores, ya sabéis donde acudir. Solo tenéis que ver la decoración tan perfecta y delicada que hay por toda la vivienda de mis padres. Ahora sí, gracias por escucharme y perdonadme, pero a partir de ahora voy a disfrutar de la boda de mi hermana con la mujer de la que estoy enamorado.

—¡Ese es mi hermano! —gritó Natalie, por algún lado entre la gente.

La risa de Eduardo se escuchó alta y clara.

Ander dejo el micro encima de un altavoz que estaba en la hierba a su lado y comenzó a caminar hacia mí.

Me mordí el labio inferior, con un nudo en la garganta y con los ojos nublados por las lágrimas.

—Y ahora —me dijo cuando se paró delante de mí, agarrándome de la nuca—. Estoy desenado quitarte este vestido, con la boca y con las manos, con todo lo que pueda.

—Ander… —susurré.

—Ya sabes mi verdad, la que he estado reservando para este momento.

Asentí.

—No sé qué decir.

—Que estás empezando a quererme y que quieres estar conmigo.

—Te quiero y quiero estar contigo —le dije, agarrándome a su camisa.

Sonrió de medio lado.

—Tú lo has querido preciosa.

Sin esperármelo, se agachó y se echó mi cuerpo al hombro. Solté un grito por la impresión, con muchísima vergüenza porque todas las miradas estaban puestas en nosotros.

A Ander le dio igual todo, comenzó a caminar hacia el interior de la casa.

Para mi bochorno, pasamos por al lado de sus padres y de Mairi.

—Logan, dile algo a tu hijo —le pedí a su padre, después de que yo le pidiera sin éxito a Ander que me bajara.

—Por fin puedo darte la bienvenida oficial a la familia, Eimy —me dijo él con una gran sonrisa, ignorando mi petición.

Leslie y Mairi se limpiaban los ojos con un pañuelo, también sonriendo.

—Gracias, papá —le dijo Ander, antes de entrar a la mansión y dirigirse hacia la escalera.

Lejos de miradas indiscretas, me mordí el labio inferior y le agarré de las nalgas. Él soltó un gruñido y yo reí encantada de alterarlo tanto.

Todavía estaba asumiendo todo lo que había dicho ante los invitados, la mayoría personas muy importantes e influyente. Teníamos pendiente una conversación larga sobre ello, pero en este instante, mientras mi cabeza colgaba a la altura de su perfecto trasero y una de las manos de Ander se colaba por debajo de la falda de mi vestido, me dio todo igual, menos lo que necesitaba que sucediera.

Epílogo



Nueve años más tarde…

Ander

De manera acelerada, me quité la chaqueta del traje y la corbata, y las lancé en el asiento trasero del coche.

Me monté frente al volante y me desbroché los puños de las mangas, para remangarlas hasta la mitad de los antebrazos.

Una vez terminé, arranqué y tomé la dirección del hospital.

Mandaba narices que salí de casa sabiendo que no estaría más de una hora fuera y solo habían pasado veinte minutos. Eimy fue la primera en animarme a que me fuera, porque todo estaba bien.

Tendría que haber anulado la puñetera reunión. Mi mujer estaba embarazada de ocho semanas y media y los últimos días no se había encontrado muy bien.

De ahí que me hubiera costado tanto salir de casa para una reunión que debía hacer en persona. Llevaba días trabajando desde casa, sin perder de vista a Eimy y ayudando a Mairi con Lía y Zoe, nuestras hijas de siete y cuatro años, respectivamente.

Íbamos a tener nuestro tercer hijo y el último. Mi mujer me había amenazado en varias ocasiones con eso y en todas ellas había ido muy en serio.

Enzo tenía prisa por ver el mundo. Así se llamaba nuestro tercer hijo, el que había decidido nacer hoy.

En cierta manera me sentía tranquilo porque Lewis había estado a cargo de toda la situación. Me fui de casa con la condición de que él se quedara, por si surgía algún inconveniente. Y tanto que había salido.

La preocupación por Eimy no me dejaba disfrutar del momento, pero me sentía muy feliz porque dentro de muy poco podríamos abrazar al nuevo miembro de la familia que había creado con mi mujer.

Para nuestra boda repetimos la jugada que hicieron mi hermana y Eduardo. La celebramos en la casa de mis padres y como no, la organizadora fue Greta. Ella había sido la encargada de todas las bodas del grupo de amigos, sin importar la cantidad de invitados.

Vivimos en mi casa. Eimy vendió su piso al año y medio de estar viviendo conmigo, ya que pasaba todo el tiempo en mi casa. Debo decir que Skye fue una gran ayuda para que Eimy se adaptara a los cambios de dimensiones. Mi perra era una más de nuestra familia, todos los miembros la adorábamos.

Desde que Skye conoció a las niñas se proclamó la protectora de ellas, y lo mismo sucedería en cuanto volviéramos a casa con Enzo. Skye continuaba con la misma vitalidad, parecía que los años no pasaban para ella. Estaba fuerte y tenía salud.

La casualidad había querido que Lía y Zoe llevaran desde ayer en la casa de mis padres. Eran unos abuelos perfectos, como lo eran en el papel de padres. Lo mismo sucedía con Belén y Andrés, los padres de Eimy. Todos nos llevábamos de maravilla y ellos, mis padres y mis suegros, encajaron muy bien desde la primera vez que se vieron.

Gracias a que las niñas estaban con mis padres, Mairi había podido acompañar a Eimy al hospital, junto a Lewis. Mi gran amigo me había dicho que él se encargaba de hacer todas las llamadas a los familiares y a los amigos, que no me preocupara por nada más que por llegar bien al hospital.

Cada vez que pensaba que no había estado con mi mujer en un momento tan difícil y delicado…

Sacudí la cabeza y me concentré en la conducción, pensando en que igualmente, una vez llegara en el hospital ya no podía hacer nada más que esperar con los demás.

Eimy sigue con la floristería. Le va genial y disfruta de su trabajo. Al año y medio de estar juntos, cerca de la fecha que ella vendió su piso, yo compré el local de la floristería sin que ella pudiera imaginarlo. Quise darle una sorpresa y contacté con la dueña, de esa manera le hice una oferta a la mujer que no pudo rechazar.

Hace muchos años que la tienda es de Eimy y que no tiene que pagar por el alquiler. Se lo dije como regalo de cumpleaños, también le di los papeles firmados. No os imagináis la bronca que me echó y lo enfadada que se puso, aunque después de soltar de todo por la boca y de carrerilla, se sentó a horcajadas sobre mis piernas y me lo agradeció con besos. Eso fue el comienzo, podéis haceros una idea de cómo terminamos.

Por mi parte, sigo al mando de la empresa que fue de mi padre. Desde hacía años era de manera oficial, desde que mi padre se jubiló y se alejó del negocio definitivamente. Para mí no varió nada porque continué haciendo exactamente lo mismo.

Mi hermana Natalie y Eduardo son un matrimonio feliz. El amor no ha disminuido entre ellos. Se adoran y se desean como siempre. Después de la gran boda que celebraron estuvieron tres semanas de viaje de novios, en dos destinos diferentes de mar y playa. Y con el tiempo, al cabo de dos años, llegó Gael. A los tres nació Emma.

Greta ha visto crecer mucho su negocio, tanto que hace unos seis años tuvo que trasladar la empresa a un local mucho más grande y tuvo suerte, porque era céntrico. Desde entonces se encuentra muy cerca de Eimy, ya que sus negocios están a tan solo dos calles de distancia. Sobra decir que todos los trabajos que acepta Greta, en los que hay necesidad de decoraciones florales, van a parar a las manos de Eimy. Greta tiene una relación con Diego desde hace siete años y les va de maravilla. Se conocieron en unas vacaciones de verano y lo que iba a ser un romance corto, pasó a ser uno muy duradero. Por el momento no están casados y no piensan en dar el paso, pero ni falta que hace si continúan queriéndose como se quieren. Viven juntos y son felices. Tampoco piensan en niños, más allá de los de sus amigos.

Bruno pasó de ser camarero a dueño del bar. Su antiguo jefe Manuel se jubiló y le vendió el negocio a Bruno, a muy buen precio. La inversión le salió redonda a Bruno y el cambio moderno que le dio al bar favoreció a que, desde entonces, sea uno de los bares más demandados en la zona de la plaza del mercado. Bruno y Lewis están juntos. Sí, lo que comenzó de manera inesperada poco a poco fue tomando forma. Todo sucedió el primer fin de semana en el que Lewis iba a enseñarle a bucear a Bruno. Los roces casuales y las miradas pilladas por parte de los dos fueron despacio abriéndoles el camino. Hasta que metidos en el agua, con la euforia de Bruno por haber conseguido hacer su primera inmersión con poca profundidad, le dio un beso en los labios a Lewis. En ese momento ambos se quedaron paralizados, mirándose fijamente, pero solo les duró unos segundos, ya que se lanzaron a la boca del otro, en medio del mar. Lewis siempre ha llevado su sexualidad muy en privado, cosa que me parece genial y respeto al máximo. Yo soy una de las pocas personas con las que más ha hablado del tema, por la amistad y la confianza que nos une. Por eso sabía que tarde o temprano sucedería lo inevitable entre Bruno y él. Ese primer beso llevó a muchos más aquel día. Les costó separarse y desde ese momento iniciaron una relación, sin dejar claro que eran una pareja. Las palabras sobraron al principio. No les hizo falta dejar claro que estaban juntos, porque lo demostraban todo con hechos. Nunca se han separado, ya que apostaron al máximo por lo que sentían. Bruno se trasladó a vivir con Lewis y desde entonces están felices y son inseparables.

Taylor y Quinn, después de muchos encuentros en los que no dejaban nada claro, pero en los que se buscaban constantemente y se provocaban, decidieron darse un tiempo. La verdad es que fue Taylor la que le dijo a mi amigo que era mejor que pararan, ya que no les llevaba a ningún lado y ella estaba cansada de relaciones fallidas. Le dijo a Quinn que no quería enamorarse más de él para pasarlo peor. Mi amigo se quedó muy tocado, aunque le costó reconocerlo. Por suerte, reaccionó sin dejar pasar mucho tiempo y fue a buscar a Taylor. Tuvieron una conversación en la que dejaron salir todos sus sentimientos e iniciaron una relación que hoy día continúa fuerte. Están casados y tienen un hijo de seis años, Sergio.

Y, por último, pero igual de importantes que los demás, están Leo y Cata. Con ella cogí mucha confianza y, desde casi al comienzo de trabajar en mi empresa, es mi mano derecha allí. Después de la gran sorpresa que me llevé al saber que iba a trabajar para mí, Cata demostró sobradamente porque era más que válida para el puesto que ocupaba. Leo y ella comenzaron a verse sin decírselo a nadie. Quisieron probar primero y les salió bien la jugada porque fueron conociéndose sin prisa y sin presión de ningún tipo. Fue al cabo de siete meses cuando nos dijeron que eran pareja y que estaban seguros de que podían funcionar como tal. Tanto funcionaron que están casados y tienen dos hijas mellizas de seis años, Alba y Luna.

La vida está llena de luces y sombras, y a ambas hay que abrazarlas porque forman parte del proceso personal de cada uno. Sobre todo, a las sombras, ya que, cuando todo sale mal y va en contra de uno, es cuando más mimos y cariño hay que ponerle a la situación que sea. Y a nosotros mismos.

Llegué al hospital en tiempo récord y me encontré a Lewis y a Mairi esperándome en la entrada.

Hoy iba a ser un día de mucha luz, una inmensa y preciosa. Aunque hasta que no estuviera junto a Eimy y Enzo no me quedaría tranquilo.

—Relájate, futuro papá —me pidió Lewis, sonriendo—. Una enfermera nos ha informado que Eimy ya está dando a luz de manera natural. Todo va bien, pero como la han preparado para una cesaría, por cómo ha llegado y por su historial, la enfermera nos ha dejado claro que nadie podía estar con ella. Nos ha pedido que le transmitamos al padre que cuidarán muy bien de Eimy.

Sonreí emocionado y me lancé a los brazos de mi amigo. Reímos y lloramos, con los sentimientos a flor de piel. Mairi también se unió a nosotros, llorando porque todo había terminado bien.

Atrás quedaron las preocupaciones de los días anteriores, en los que yo no conseguía dormir. Durante las noches me dedicaba a observar a Eimy, para asegurarme de que no le pasaba nada mientras yo dormía.

Mi mujer era mi vida entera, mi camino y mi luz. Mi chica de las flores, tan preciosa y perfecta para mí.

RRSS:

Facebook: Carlota Manzano
Instagram: @carlotamanzanoautora
Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano
Twitter: @ChicasTribu